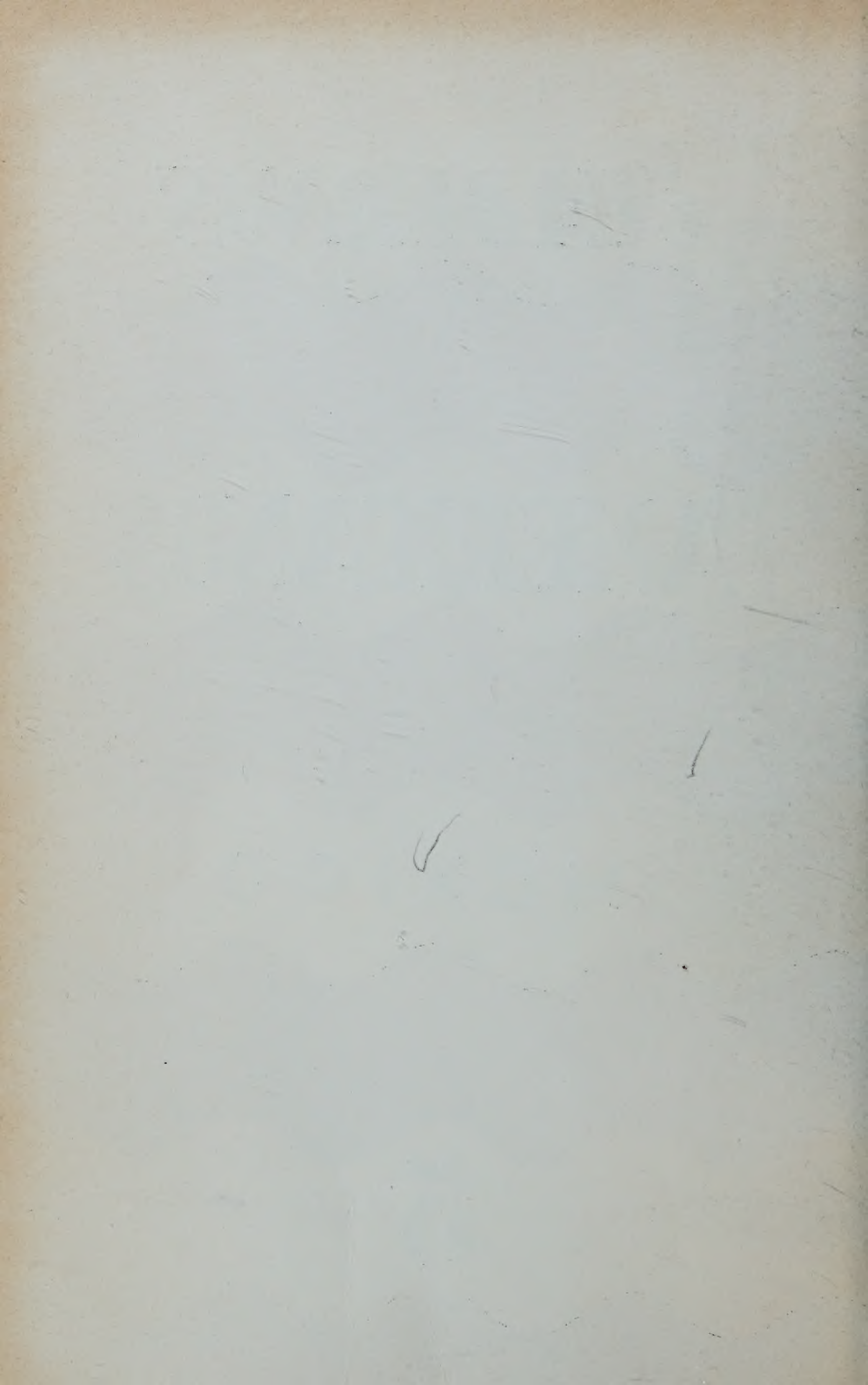
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5




FE EN
MEXICO
LA PATRIA
NECESITA
TU ESFUERZO
AMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO



SANTA FE DE GUANAJUATO,

CAPITAL DEL ESTADO DEL MISMO NOMBRE, SE ASIENTA EN UNA ESTRECHA CAÑADA POR LA CUAL TREPA EL CASERIO QUE TOMA UN ASPECTO DE LO MAS PINTORESCO.

LA ABUNDANCIA DE SUS RICOS METALES LO HA CUBIERTO DE FAMA MUNDIAL.

EL LIBRO DE HISTORIA DE NUESTRA INDEPENDENCIA CUENTA CON BRILLANTES PAGINAS EN LAS CUALES ESTA BELLA POBLACION VIENE TENIENDO UN LUGAR PRINCIPAL.

LOS FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO TIENEN UN SERVICIO CON TODO CONFORT.



CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1947 Vol. XXXV

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA



Venga usted...
A NUESTRAS SALAS DE EXPOSICION Y VENTAS EN BOLIVAR 25, MADERO 22 Y BOLIVAR 21 (ENTRADA TAMBIEN POR MADERO 22). ENCONTRARA ALLI LOS EQUIPOS DE ACERO
DM Nacional
CALIDAD EN MUEBLES DE ACERO
QUE NECESITA PARA EQUIPAR SU OFICINA, EN LA FORMA QUE LO REQUIERE LA CATEGORIA Y BUEN FUNCIONAMIENTO, Y CONSIGUIENTEMENTE, EL EXITO DE SU NEGOCIO, PROFESION O ACTIVIDAD.- RECIBIRA VALIOSAS SUGESTIONES, SIN COMPROMISO PARA USTED.
MOS CONCESIONARIOS
USIVOS EN LA REPUBLI-
_ PROCESO "BONDERITE"*
QUE PRESERVA DE LA
ION Y PROLONGA 5 VECES
A VIDA DE LOS MUEBLES
DE ACERO.
PARKER RUST PROOF
COMPANY, E.U.A.
MARCA REGISTRADA"
ERIC. GIRE 01 Y PIDA:
(SERVICIO POR NOMBRE)
DISTRIBUIDORA MEXICANA, S.A.
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO
UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS
DIRECTOR GENERAL ANTONIO RUIZ GALINDO
SERVICIOS Y PEDIDOS 17-23-51

DEMOCRACIA EN FUNCIONES

LA interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO VI VOL. XXXV

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1947

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1947

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.
Bucareli 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

MEDITACIONES SOBRE MEXICO

Por *Jesús SILVA HERZORG*

RECORDACION GEOGRAFICA

MÉXICO es un país de dos millones de kilómetros cuadrados, situado entre los Estados Unidos y la América Central, el Océano Pacífico y el Atlántico. Se dice que su forma —ironía geográfica— se asemeja al cuerno de la abundancia.

Hay climas cálidos, templados y fríos; zonas salubres e insalubres; desiertos y selvas; llanuras y montañas. Hay tribus primitivas, pequeñas poblaciones coloniales y ciudades modernas. Por esto, cuando se habla de algún problema concreto: económico, social o político, la gente enterada usa siempre el plural.

Muchos ríos lo son solamente por temporadas: en la época de las lluvias. Entonces las corrientes se hinchan y se tornan bravías y amenazantes. Muy pocos ríos son navegables, y todavía menos en toda su carrera; tan pocos que pueden contarse con los dedos de una mano. Nostalgia del Amazonas, del Mississipi, del Nilo; nostalgia de los caminos que andan y ayudan en la historia a caminar a los pueblos.

En pocos lugares falta la montaña en el paisaje. Está casi en todas partes, alta y hermosa, cubierta de vegetación o como si una enorme navaja hubiera pasado por su rugosa superficie; está allí, negra en la noche, azul, gris, morada o rojiza según la distancia y la hora del día; está allí, interponiéndose entre el hombres y el hombre, dificultando el intercambio de las mercancías que enriquecen y de las ideas que aproximan. Tierra joven, de matriz fecunda y prepotente. Hace apenas un lustro, parió un volcán.

Los litorales son extensos en el Oriente, en el Poniente y en el Sur; pero no hay puertos naturales y precisa dragar

constantemente; precisa hacer obras costosas para utilizar al mar, para defendernos del mar; precisa luchar en contra de una naturaleza enemiga, siempre y sin reposo. La pesca es cuantiosa riqueza que muy poco se aprovecha. El mexicano no es marino ni pescador. Por mirar siempre a sus montañas se ha olvidado del mar.

Las lluvias son irregulares; en pocas regiones abundantes y en la mayoría de ellas, escasas. Agricultura de temporal, aleatoria, con la amenaza de la helada temprana o tardía, agricultura pobre y campesinos miserables.

Pero el hombre es capaz de transformar su morada. En México parece que ya la está transformando con las obras de riego, la utilización de la energía eléctrica en gran escala y la conquista del trópico. El destino del mexicano depende de su esfuerzo y de su visión del porvenir.

La población es de algo más de veintidós millones y pueden habitar en nuestro suelo muchos millones más. Unos cuantos son inmensamente ricos; algunos tienen un mediano pasar; la mayoría es inmensamente pobre y desoladoramente ignorante.

México es un hermoso país, uno de los más hermosos de la tierra; pero está todavía en construcción y lo que importa es terminar la obra y cuanto antes mejor.

EN EL TIEMPO LEJANO

La historia es el drama del hombre y éste es, como dice Croce, un compendio de la Historia Universal. Drama en que se mezclan el bien y el mal, el sufrimiento y el goce, la desesperanza y un afán eterno de superación; y, cada ser humano, es en sí mismo una síntesis de su generación y de las generaciones.

La historia jamás se detiene; es un río caudaloso que fluye hacia un mar ignorado; es cambio constante y suceder sin término. Por eso no hay cortes verticales en la historia. Se construye con los errores y aciertos del pasado, la angustia del presente y el anhelo fervoroso, inquieto o sosegado de un futuro mejor.

Y así, con deseos apasionados de mejoramiento, miseria y dolor, triunfos y derrotas, así ha ido escribiendo su historia,

penosamente, el pueblo mexicano; pero está en pie, escudriñando el horizonte para ver si sorprende el primer rayo de luz de una insospechada aurora; está en pie, como sus árboles milenarios y sus volcanes mitológicos.

Se cuenta que las tribus batalladoras que violaron las montañas y los valles, los bosques y los lagos primitivos del territorio que ahora es México, avanzaron del Norte poco a poco; tan despacio que tardaron decenios para establecerse en el Centro y el Sur. Toltecas, Mayas, Chichimecas y Aztecas. Muchos otros grupos humanos con nombres diferentes que los arqueólogos y prehistoriadores —poetas del préterito— han clasificado sin duda alguna con singular acierto; distintos pueblos con ciertas características privativas en diversas regiones. Luchas de unos en contra de otros. Vencedores y vencidos. El hombre, siempre, lobo del hombre.

La historia confundida con la leyenda y la leyenda con la historia. Personajes misteriosos que civilizan y emigran para convertirse en estrellas; reyes que tiranizan, matan y mueren; dioses bondadosos que dejan caer la lluvia que fecunda, o vengativos y sedientos de sangre. Y en el fondo del cuadro las sombras de la multitud que trabaja y lucha, que sufre y calla, que nace y vive para hundirse en las tumbas sin recuerdos; las sombras dolientes de millones de seres anónimos que son los que hacen, en gran parte, la historia.

Pero estos antiguos pueblos dejaron la huella por donde pasaron: Mitla, Teotihuacán, Monte Albán, Uxmal, Chichén-Itzá y tantos otros monumentos grandiosos que muestran el grado de civilización y la capacidad creadora de sus constructores; monumentos que asombran al viajero estudioso y hacen nacer en el pecho del mexicano el orgullo de serlo. Allí están para que se conforte el hombre de nuestra América y afirme la confianza en su destino.

LA EPOPEYA DE LA CONQUISTA

Los Aztecas llegaron al Valle de México en 1325; llegaron agotados, desnudos y enflaquecidos por las privaciones y fatigas de su largo peregrinar. Allí por fin descubrieron sobre un nopal y devorando una serpiente, al águila que sus augures

les habían señalado como término de su viaje. De seguro se sintieron sometidos al hechizo de la vegetación exuberante, de los lagos apacibles, del cielo diáfano y de los volcanes gigantes, embellecidos por la nieve que decora sus cumbres.

Lentamente construyeron su ciudad y más tarde su imperio: su ciudad con el trabajo; su imperio con la guerra. Primero sometieron a los vecinos y celebraron con ellos alianzas militares; después, subyugaron a pueblos y tribus que habitaban en comarcas distantes. Siempre, en todos los tiempos y en todas las zonas geográficas, la codicia de poder o de gloria de los pocos que mandan, utilizando la ignorancia y la fuerza de los muchos que obedecen, ha sido el origen de los grandes imperios.

Las características del imperio azteca fueron el dominio implacable sobre los vencidos, los pesados tributos o la esclavitud; los sacrificios humanos y algunos principios de moral que parecen arrancados de los Evangelios. Enseñaban que debía respetarse a los ancianos y consolar a los pobres y afligidos con obras y buenas palabras.

Arriba estaba el Emperador con los nobles, los sacerdotes, los guerreros; abajo la masa infeliz, idólatra, desnutrida y explotada. Sociedad contradictoria como todas las que se han organizado en el curso de los siglos. ¿Qué pueblo, qué nación puede arrojar la primera piedra? El hombre es una bestia admirable, pero imperfecta. Lógicamente, es admirable, pero imperfecto, todo lo que realiza. Lo único que le salva es la eterna inconformidad con su imperfección.

Reinaba Moctezuma cuando llegó Cortés a Veracruz. Los españoles apenas pasaban de quinientos, en tanto que ascendían a dos millones cuatrocientos mil los indígenas que poblaban el actual territorio mexicano. Pero jamás los déspotas han podido contar en las horas de prueba, con la ayuda de los que tiranizan y humillan.

El imperio, ya lo dijimos, había sido construído por la fuerza de las armas y se apoyaba en el temor de los pueblos avasallados; apoyo inestable porque invariablemente lo derrumba la primera ráfaga, cierta o ilusoria de libertad.

Y el genio indiscutible de Cortés, estimulado por la ambición de riqueza, de poder y de gloria, percibió, o más bien intuyó que el edificio político de Moctezuma se asentaba sobre

terreno movedizo, y entonces se arrojó con sus hombres a la epopeya de la conquista.

Los españoles no lucharon solos en contra de los aztecas; a su lado lucharon centenares y miles de indígenas. El español era de hierro; el azteca de bronce. Choque tremendo de dos civilizaciones. La técnica guerrera del europeo se impuso sobre el bravo corazón del nativo; pero no sin tiempo y sin trabajos. Cortés supo de la amargura de la derrota y lloró de rabia y desesperación en una noche memorable. Los cronistas la llaman: "la noche triste".

El sitio de Tenochtitlán es uno de los episodios más heroicos de la historia. Tiene grandezas de epopeya y está todavía esperando al poeta de imaginación creadora que lo exalte y sintetice en un poema inmortal.

Heroísmo y audacia de los sitiadores; valor y heroísmo de los sitiados. Tal para cual; dignos los unos de los otros.

En el fondo, no era sino el afán de dominio y la sed de oro lo que movía al español; al aborigen lo movía el derecho a defender el solar de sus mayores. En tal ocasión, como en muchas otras, sucumbió el Derecho.

Se luchó día tras día durante semanas con inaudita terquedad. Los nativos fueron retirándose poco a poco, cediendo palmo a palmo el terreno; se fueron retirando sobre los cadáveres de los suyos y la angustia del fracaso inevitable. El hambre y la peste consumaron la derrota.

Cuauhtémoc, heredero del trono de Moctezuma, peleó como han peleado los mejores caudillos que celebra la historia; peleó con arrojo y tenacidad por su pueblo, inútilmente, desesperadamente. Había llegado la hora fatal para una raza bronca y batalladora; y el héroe indómito, hermoso ejemplar de su raza, comprendió con honda desesperación, tan honda que debió machacarle la entraña, que asistía al fin de su Imperio en un ocaso sangriento, sin promesa de un nuevo amanecer. Se entregó con dignidad. Mátame con esa daga, ya que no pude salvar a los míos, le dijo al vencedor.

Pasó el tiempo. La maldad resultó una vez más victoriosa. El héroe fué asesinado, y se hizo estatuas.

Pero del choque brutal en la ruda contienda, nació a la distancia el germen de una nueva nacionalidad.

LA NUEVA ESPAÑA

EL coloniaje duró tres siglos. Mucho o poco tiempo, según el ángulo desde el cual se examine; mucho en comparación con la vida del hombre, bastante menos en la evolución de un pueblo y sólo un instante en la historia del planeta; en la historia de esta esferita de lodo en que habitamos, perdida hace milenios en el espacio inmenso.

Muy dura fué la existencia del nativo durante las primeras décadas posteriores a la conquista. Trato inhumano, castigos injustos y explotación brutal. Se le obligó a trabajar catorce horas diarias en las minas y en los campos de que se apoderaron los vencedores; se le exigió con la espada a convertirse al catolicismo medieval del español de entonces, y a construir con sus manos, su sudor y su sangre, los templos, humildes o soberbios de los nuevos dioses. Se le amenazó —como dice Alfonso Caso— con el infierno en la otra vida, si se atrevía a salir del infierno en ésta.

Millares de indígenas murieron en las minas agotados por la ruda labor y la insuficiente alimentación, sin saber que estaban contribuyendo a la construcción de la sociedad mercantil. El oro y la plata de América, el tráfico de esclavos y la piratería, forman el triángulo diabólico que aceleró el progreso del capitalismo.

No faltó quien dudara de que el aborigen fuera un ser racional. Hubo polémica. Al fin el Papa Pablo III, por medio de una bula, declaró que el indio de América pertenecía al linaje humano.

Llegaron los Franciscanos: gotas de luz en la noche sombría del vencido. Más tarde, los Dominicos y los Agustinos. Muchos de ellos cargados de virtudes y poseídos por el amor a los humildes; muchos de ellos, agentes civilizadores, verdaderos misioneros del Jesús de los Evangelios. Se enfrentaron al soldado y al encomendero en defensa de los débiles y destilaron en el corazón del vencido la esperanza, último refugio de todos los desdichados. Hermoso ejemplo el del padre Las Casas que defendió la justicia con ardor apasionado y constancia sin desmayos. Ejemplo más hermoso todavía el del insigne Vasco de Quiroga, el primero que se afanó por crear en el

Nuevo Mundo un mundo nuevo, inspirado en el país maravilloso que diseñara el genio sabio y bueno de Tomás Moro.

Ejemplos, nada más hermosos ejemplos. No pudo generalizarse la obra civilizadora, con todo y que fué grande. Los errores políticos y económicos internos, las conquistas y la colonización, menguaron la vitalidad de España y agotaron su fuerza creadora. Prolongó la Edad Media, y sin darse cuenta del presente vivió de espaldas al futuro.

Las Leyes de Indias, de que tanto se ha escrito, fueron también hermoso ejemplo de nobleza y buenos propósitos; pero por desgracia para millares de seres humanos casi nunca se cumplieron, porque las neutralizaba la distancia y la economía del colono. Y es que las leyes no pueden crear la realidad; es, lo contrario. Esto es obvio y es bien claro. Sin embargo, el hombre es terco en el error, asombrosa y desesperadamente terco. La experiencia sólo con sangre le entra, con la propia sangre y el propio dolor.

Con el correr del tiempo se fueron suavizando un tanto las costumbres. El mal trato al pobre dejó de ser sistema generalizado.

Se edificaron doce mil iglesias para que el pueblo miserable pidiera a Dios resignación y soñara en el cielo —lugar de perenne dicha— envuelto en el humo del incienso y en sus harapos mal olientes. Se erigieron costosos palacios para los ricos; se construyeron carreteras para dar salida a los metales preciosos y entrada a los efectos que traían las flotas de Cádiz o Sevilla.

La tierra acaparada por el español, el criollo, y en su mayor parte por el clero.

Se continuó desenvolviendo el drama en un escenario paradójico, en una paz de esclavos, en una charca quieta.

Es cierto que bien pronto tuvimos una Casa de Moneda, una Universidad y una Imprenta, y claro está que todo esto honra a España y nos honra. Más tarde se establecieron otros Institutos de enseñanza superior, otras casas de moneda, otras imprentas; pero la mayor parte de la plata y del oro acuñados se conducían a España y de allí al mundo entero. El peso de plata mexicano fué durante siglos moneda internacional. Se acuñaron también monedas de cobre para que los indios realizaran sus pequeñas transacciones. La Universidad fué cen-

tro de cultura para los españoles, los criollos y rara vez para el mestizo. De las imprentas salieron decenas de libros, unos malos y otros buenos; alimento del espíritu para unos cuantos, porque a la inmensa mayoría de la población no se le había enseñado a leer. Tal vez puede afirmarse con optimismo que al comenzar el siglo XIX, el número de analfabetos en la Nueva España no era inferior al noventa por ciento de los habitantes.

Por supuesto que no faltan personajes ilustres en la ciencia, en la literatura y en las artes plásticas: Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, de estatura universal; Sigüenza y Góngora, hombre de letras y de ciencia; Clavijero, historiador y filósofo; José Antonio Alzate, sabio eminentísimo; Miguel Cabrera, pintor de cierto talento; y algunos más, no muchos, que brillaron en el país y fuera de sus fronteras.

Al finalizar el siglo XVIII la charca quieta comienza a perder su sosiego. Hay relámpagos en el horizonte y sopla el viento de la inconformidad. Algunos criollos que saben de la independencia de los Estados Unidos y de la revolución francesa, que conocen a Rousseau, a Voltaire y a los enciclopedistas, sienten nacer lentamente, primero con vaguedad de sueño, la aspiración de construir una Patria; después, poco a poco, el sueño se torna anhelo fervoroso e incontenible.

Mientras tanto, el indio silencioso roe su mendrugo y espera la hora del alba.

INDEPENDENCIA Y ANARQUIA

LAS rebeliones las organizan los soldados para sustituir en el poder a una persona por otra. Su origen es el resentimiento o la codicia de algún alto jefe militar. Naturalmente que siempre se usan grandes palabras; la justicia, la libertad, la patria; se usan para encubrir los peores instintos y los propósitos más perversos.

Las revoluciones las hacen los pueblos para subvertir el orden social establecido, con el fin de mejorar sus condiciones de vida, convencidos de que éste, el de la revolución, es el único camino; son actos temerarios, de desesperados y suicidas.

El rebelde es, en la mayoría de los casos, ambicioso y moralmente inferior; el revolucionario es fundamentalmente bue-

no y puede ser un apóstol, o un héroe. En México hemos tenido en el curso de la historia muchos rebeldes y muy pocos revolucionarios: numerosos cuartelazos, rebeliones y motines y sólo tres revoluciones. La primera la inició un sacerdote de cabellos blancos, ilustrado y valeroso, en un pueblecito del centro del país el 16 de septiembre de 1810, horas antes de que despuntara en el levante la luz del día.

Hidalgo, el caudillo, habló de independencia, de libertad. Y esas palabras mágicas despertaron a las masas en letargo secular. Lo siguió desde luego una multitud desarrapada, entusiasta y ululante; lo siguió el pobre que nada tenía que perder y algo que ganar en las horas tumultuosas del saqueo; lo siguieron unos cuantos letrados y militares, a quienes la ilusión grandiosa de hacer una patria de la tierra sojuzgada en que nacieron, les había encendido el corazón.

Nunca son los que están arriba los que realizan una revolución; tampoco los satisfechos ni aquéllos que encontraron sitio preferente en el banquete de los afortunados. Las revoluciones son obra de los de abajo, de los que padecen hambre y sed de justicia social.

Hidalgo tuvo su hora cenital. Victoria tras victoria y la seguridad del éxito pronto y definitivo. En Guadalajara decretó la abolición de la esclavitud. Este solo hecho es bastante para rendirle merecido homenaje.

Después, la derrota, la huída hacia el Norte, la desgracia y el abandono. Los obispos lo excomulgaron por el delito de luchar por la libertad de un pueblo; y el héroe, padre de la Patria, fué fusilado en la población de Chihuahua el 30 de julio de 1811. La sangre de los héroes, mártires de una causa generosa, es germen que fecunda y exalta el ideal por el cual perecieron y provoca en los mejores el deseo de imitarlos.

La lucha por la Independencia continuó en las montañas del Sur. Otros caudillos recogieron la herencia de los primeros, dando ejemplo de amor a la Patria y terca abnegación. El cura Morelos, el más grande de todos, gran estadista y gran general, vió con claridad que el problema del país no era meramente político, sino además económico; que lo que había que hacer era dar tierras a los campesinos para que tuvieran qué comer y qué dar de comer a sus mujeres y a sus hijos. También,

como Hidalgo, fué excomulgado por el clero y después fusilado. Morelos es uno de los próceres más ilustres de América.

La Independencia se consumó en 1821 como resultado de transacciones entre los beligerantes; fué sólo la independencia política del dominio de España, ni más ni menos, ni menos ni más. Los únicos gananciosos fueron los criollos, es decir, la clase alta, precisamente la que había combatido a los insurgentes. El indio y el mestizo, las clases media y baja, siguieron como siempre arrastrando su existencia miserable y angustiosa.

Vino más tarde una lucha más larga y cruenta: la lucha por constituir una nueva nacionalidad. Rebeliones y cuartelazos; una fracción del ejército en contra de otra fracción, y el juego se repite y vuelve a repetirse una y muchas veces, sangrando la República. Federalismo y centralismo; errores, fracasos, penuria, vergüenza y anarquía. El saldo trágico: la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de más de la mitad del territorio.

Entonces no era grande la diferencia entre el poder de México y el del país vecino. La guerra se perdió por falta de recursos del Gobierno; el clero los tenía; pero cuando los invasores se hallaban no muy lejos de la Capital, fomentó una rebelión para guardar intactos sus tesoros y salvarse de salvar a la Patria. Hay que agregar a las causas de la derrota la falta de patriotismo o la impericia de los generales. Sólo los cadetes de Chapultepec y el soldado raso supieron cumplir con su deber, al dar lo único que tenían: sus vidas hechas carne de cañón. La desgracia de México en aquellos años sombríos, consistió en su fertilidad para producir pseudo-héroes de uniforme y pseudo-santos de hábito.

Hubo voces honradas, serenas y patriotas. Sus opiniones y advertencias no tuvieron eco y se perdieron en una selva enmarañada de envidias, de ignorancia, de estulticia, de fiebre de lucro y de poder. Recordemos a uno de los más distinguidos: al sabio y austero doctor José María Luis Mora.

REFORMA E INTERVENCION

A mediados del siglo XIX el clero poseía dilatadas extensiones territoriales y numerosas fincas urbanas. La iglesia de aquel mártir extraordinario de Judea, que predicaba la virtud,

el amor y la pobreza, era con mucha ventaja la organización económica más poderosa en el país. Esas enormes riquezas se hallaban amortizadas, sin ninguna posibilidad de movimiento, sin circulación, obstaculizando por tal causa el desenvolvimiento de la República.

Hombres eminentes y de clara visión política, pensaron desde pocos años después de la Independencia que había que desamortizar esos bienes materiales, si se quería la prosperidad de la nación; pero no fué sino hasta 1855 cuando se dió el primer paso, al promulgar la ley que ordenaba al clero la venta de sus inmuebles.

El clero estuvo inconforme y provocó una nueva guerra civil, una de las más sangrientas y enconadas que registra la historiografía mexicana. El Gobierno liberal de Benito Juárez, de ese indio de pura sangre, de voluntad de acero, a quien Pérez Martínez ha llamado con justeza el impasible, obligado por la rebeldía de la iglesia decretó en 1859 la nacionalización de tales propiedades.

El escritor católico Roque Barcia escribe que el clero forma parte de la organización social, entra en el régimen político, es una clase, una categoría; y agrega que cuando se modifica la organización de un país, se modifica necesariamente la organización del clero. Pues bien, esa clase, esa institución política, esa entidad social, ha sido freno de todo impulso creador en la evolución del pueblo mexicano. El clero siempre ha sido enemigo de las clases populares, siempre ha estado en contra de todo esfuerzo para mejorar la vida de esos millones de seres humanos, para quienes parece que se hicieron todos los dolores del mundo y ninguno de sus goces. Triste antinomia entre la doctrina y la acción, entre los principios y la realidad.

Los liberales ganaron la guerra y Juárez se afirmó en el poder por cierto lapso. Entonces los perdidosos enviaron una comisión a Europa en busca de un emperador que nos gobernara. Lo encontraron al fin en una de las viejas Casas del viejo Continente. Napoleón III ofreció enviar un ejército en apoyo del futuro mandatario, y cumplió su palabra.

Y el ejército francés, defensor de pueblos, vino a México a combatir al pueblo. En una ocasión lo derrotaron los mexicanos que mandaba un buen general: Ignacio Zaragoza. Esto sucedió el 5 de mayo de 1862. A la postre el extranjero se

impuso por la táctica, el número y la ayuda de los nativos a las órdenes de generales conservadores, nativos también. Los soldados franceses llegaron a ser dueños del terreno que pisaban, nada más; porque las guerrillas liberales nunca cesaron de hostilizarlos en los campos, en las rancherías, en los pequeños poblados, y los patriotas, casi siempre de la clase humilde, en las ciudades.

Maximiliano y Carlota fueron recibidos con alborozo por la clase alta y los arzobispos, obispos y canónigos. Hubo solemnes fiestas profanas y religiosas en su honor y se improvisó en la ciudad de México una corte a imitación de las de Europa. Tres años duró aquella opereta de trágico desenlace. Los franceses que habían ocupado buen número de puntos geográficos en el territorio, pero sin lograr destruir al gobierno de Juárez refugiado en la frontera norte, se vieron en la necesidad de abandonar el país por razones de índole nacional e internacional bien conocidas. Maximiliano no quiso abdicar, soñando en la consolidación de su imperio con el apoyo de los conservadores vernáculos. Perdió la partida. El 19 de junio de 1867 fué fusilado en la población de Querétaro.

La sangre azul del rubio archiduque fecundó la simiente de la libertad de un pueblo.

La historia de México se reduce —cuentan que dijo una vez Pedro Henríquez Ureña—, a la lucha entre dos clases. El peladismo honrado y el decentismo ladrón. Los liberales pertenecían al peladismo; los imperialistas, a los otros. Ganaron los liberales y su gobierno se estableció en la capital de la República. Los conservadores quedaron deshechos; habían sufrido un golpe mortal.

En México, lo mismo que en otras partes, los conservadores suelen alcanzar triunfos pasajeros; mas a la larga siempre pierden porque quieren conservar a perpetuidad todo lo existente, porque quieren que nada cambie, porque quieren detener el tiempo y este es el mayor de los absurdos. Por el contrario, los progresistas, llamémosles así puesto que se trata de un vocablo a la moda, pueden sufrir reveses en la lucha, no obstante lo cual al fin logran imponerse; y es que obran de conformidad con las leyes de la vida y las corrientes de la historia. Vivir, no hay que olvidarlo, es suceder, es acontecer; y no puede haber

acontecimiento ni suceso sin cambio, porque el cambio es la esencia del suceso o del acontecimiento.

Pero volvamos a nuestro asunto. Después de la derrota de los imperialistas gobiernan los liberales: Juárez y Lerdo de Tejada; gobiernan los liberales y la libertad. En esos años se inaugura el primer ferrocarril, se realiza la reforma educativa de Gabino Barreda, se progresa en todos los órdenes. En esos años México abre sus puertas y ofrece asilo a los perseguidos, a todos los nobles visionarios; entre ellos, al apóstol de estatura continental José Martí, quien encuentra entre nosotros estímulo y amistad cordial.

LA PAZ DE LOS SIERVOS

El general Porfirio Díaz se adueñó del poder por medio de una rebelión y lo retuvo durante treinta años. Muy luego estableció la paz, bien supremo tanto tiempo anhelado por todas las clases sociales. Fué un gobernante enérgico, de mano fuerte y a veces cruel; empero, no hizo de la crueldad su sistema de gobierno y en ocasiones hasta dió la impresión de ser un dictador benévolo.

Le tocó gobernar a fines del siglo pasado y a principios del presente, cuando se tenía fe ciega en el progreso y en los milagros del capitalismo creador, como llama a este régimen tan discutible un economista superficial de Norteamérica. Se construyeron ferrocarriles, se hermosearon las ciudades importantes, se erigieron monumentos a los héroes de la Independencia y la Reforma, se restableció el crédito exterior, se fomentaron las instituciones bancarias y se nivelaron los presupuestos; pero precisa recordar al mismo tiempo que de acuerdo con la política gubernamental, se entregaron a empresas extranjeras las minas de oro y plata, los yacimientos petroleros, la explotación de la energía eléctrica, las pocas grandes industrias de transformación y los muchos grandes comercios. En una palabra, se desnacionalizó la economía de la nación, excepción hecha de la agricultura que continuó en manos de propietarios absentistas, en su mayor parte de origen mexicano.

La tierra acaparada por unos pocos. Grandes haciendas con cultivos extensivos, tiendas de raya para mermarle al peón su reducido jornal; las deudas que pasaban de padres a hijos,

la explotación sin medida ni piedad. El hacendado tenía su moneda, su cárcel, su Justicia.

Los obreros no podían asociarse con fines defensivos. La huelga era ilegal. En una ocasión los trabajadores de una fábrica de hilados y tejidos fueron ametrallados, porque se habían echado a la calle para pedir aumento de salarios. Con tal motivo, los periódicos dedicaron editoriales laudatorios al General Díaz. Uno de ellos se titulaba: "Así se gobierna".

Se aseguraba que esto era el progreso, que el país progresaba a pasos agigantados y se inventó el mito del General Díaz, presentándolo como estadista genial, reconocido por las naciones extranjeras, según se decía.

La gente rica se vestía a la moda de París. No pocos hablaban francés y tenían una buena cultura; la gente rica era tan dichosa como se puede ser en la tierra. En hiriente contraste la gran masa de la población vivía en la pobreza, o en la miseria; vivía en la mayor ignorancia, vivía de dos mitos: Don Porfirio y la Virgen de Guadalupe.

Un autor ha escrito que los pueblos viven de mitologías, porque buscan en la fábula todas las nociones indispensables a su existencia. Sin embargo, hubo un momento en México en que la fábula indispensable a la existencia del pueblo no fué bastante a su existencia, porque los artesanos de las poblaciones, los obreros de las fábricas y los peones de las haciendas, ya no pudieron contener su hambre de pan, su hambre de justicia, su hambre de libertad.

El esquema anterior explica la Revolución Mexicana. Tenía que ser, inevitablemente; porque cuando los pueblos no han rodado al abismo de la imbecilidad, su instinto colectivo de conservación es más poderoso que el poder de los tiranos y de los más grandes imperios.

AÑOS DE LUCHA

EN septiembre del año de 1910 la nación se arrebujaba en el manto de la paz porfiriana. Los que habían tenido suerte en el juego de azar de la vida, disfrutaban confiados de esa paz, preparándose para tomar parte activa en las fiestas del Centenario de la Independencia. Todo iba bien. Para ellos el porvenir se anunciaba con fulgores de dicha.

El loco Madero —así le llamaban los porfiristas— que se había atrevido a contender con el General Díaz en las últimas elecciones, estaba a buen recaudo en la cárcel de San Luis Potosí. Ignoraban entonces que ese loco, de igual manera que otros locos en la historia, ascendería pocos años más tarde a la más hermosa y elevada categoría humana: a la de mártir y apóstol de la libertad.

Pero precisa examinar el reverso de la medalla. ¿Cuál era entonces la situación de la clase pobre?

En las poblaciones unos vivían resignados y otros ocultaban su descontento. No eran dichosos. La felicidad no anida en los hogares sin fuego y no gusta de los pies descalzos ni de los estómagos vacíos; la felicidad no se deja engañar de "las bienaventuranzas". El pobre, obrero o artesano, sólo de vez en vez se alegraba por momentos, con el alcohol que embrutece y rebaja la dignidad del hombre. En cuanto a los campos la situación era semejante. Nada más que allí el descontento solía manifestarse en actos de violencia, resultado inevitable de necesidades más apremiantes y de una mayor opresión de los amos y de las autoridades locales. Unos y otros —trabajadores de las ciudades y de los campos— sentían una honda inconformidad y fluir de todo su ser el anhelo nebuloso de que algo nuevo aconteciera, de que algo inesperado viniese a modificar las condiciones de su dura existencia. Estos estados patológicos sociales son, por supuesto, propicios a los movimientos revolucionarios. Lo que importa es que el caudillo comprenda las vagas aspiraciones de las masas, las asimile en su carne y en su espíritu y sea capaz de devolverlas aclaradas y engrandecidas en un programa de acción inmediata. Las masas le seguirán, apasionadas, enardecidas y dispuestas a todo.

Las fiestas del Centenario fueron suntuosas: inauguración de soberbios edificios, solemnes embajadores de los países con los que México tenía relaciones diplomáticas; sonoros desfiles militares, corridas de toros y bailes palaciegos. El general Porfirio Díaz, héroe de la paz saturado de gloria, penosamente erguido por el peso de sus ochenta años, con su uniforme de divisionario, la banda presidencial y las medallas, que de tantas no le cabían en el pecho, era en aquellos festejos la figura central en la que se clavaban temblorosas todas las miradas.

Mientras tanto, Madero preparaba en la ciudad en que se hallaba prisionero, su plan revolucionario.

El 20 de noviembre de aquel mismo año, comenzó la lucha. El estruendo de la metralla apagó los últimos ecos de las fanfarrias y el horizonte se cubrió de nubes densas y sombrías. Se ha convenido, generalmente, en llamar a esa lucha la Revolución Mexicana.

En la mayoría de los casos las revoluciones no las hacen los militares profesionales; ellos se ocupan de las rebeliones. En México la revolución de Independencia fué acaudillada por Hidalgo, un sacerdote; la de Reforma por Benito Juárez, un abogado; y la de 1910 por Madero, terrateniente del norte del país, y a su muerte, por Carranza, un político provinciano. En México los civiles han sido —con excepciones que confirman la regla— los que han dado jalones hacia adelante en la historia.

Otra observación: en las grandes peleas trascendentes en la evolución del pueblo mexicano, entre militares técnicos y militares improvisados, siempre, a la postre, los segundos han derrotado a los primeros. Es probable que esto no volverá a ocurrir aquí ni en parte alguna, debido al progreso de la técnica guerrera y al diabólico adelanto en la construcción de máquinas asesinas.

De los militares técnicos de mi país puede decirse, por lo menos hasta hace poco, lo que Antonio Machado cuenta que escribió Mairena sobre los alemanes: "... son los grandes maestros de la guerra. Sobre la guerra ellos lo saben todo. Todo, menos ganarla..."

En 1910 se improvisaron generales y hubo levantamientos en varios lugares del territorio. Seis meses más tarde aproximadamente, a mi parecer con sorpresa para la mayoría de la población, porque tanto los amigos como los adversarios del Gobierno estaban seguros de su solidez, Madero había triunfado. Claro está que no por la fuerza de su pequeño ejército de rancheros, aun cuando cierto es que había alcanzado sonadas victorias, sino más bien por la fuerza de la opinión pública que, en unos cuantos meses, se inclinó decididamente a su favor. Los pueblos hambrientos siguen o apoyan al primero que les ofrece algo: ya sea un pedazo de pan para calmar el hambre, o juegos de pirotecnia para olvidarla.

El General Díaz presentó su renuncia y se embarcó, entristecido, rumbo a Europa. Dejaba la tierra en la cual durante tantos años había sido el primero en el mando y en los honores. Lo más difícil de la vida es lo último: morir con dignidad, y a tiempo. Si el General Díaz hubiera muerto, por ejemplo, en 1907, tendría, no obstante sus errores, que méritos también los tuvo, monumentos en todas las ciudades de la República.

Madero fué Presidente pero no pudo gobernar en paz. El creyó que los problemas de México eran preponderantemente políticos y estaba en un craso error; porque los problemas de México eran y son todavía preponderantemente económicos. Sus dos más destacados segundones se levantaron en armas en su contra: Pascual Orozco y Emiliano Zapata. Este volvió a la pelea al grito de tierra y libertad; aquél se apoyó en un programa más amplio, de mayor alcance y para aquel tiempo muy radical. Zapata y Orozco iban mucho más lejos que Madero en materia de cambios económicos y sociales. Y es que los que inician una revolución en consonancia con un sistema de ideas, con ciertos principios y planes, se ven arrastrados por la fuerza de las masas y de los acontecimientos, más allá de sus planes, de sus principios, de su sistema de ideas. Entonces, no les quedan sino dos soluciones: nadar con la corriente para alcanzar la orilla, o detenerse resignados al fracaso.

Grave cosa es provocar un incendio social; pero es más grave todavía querer apagarlo una vez provocado y en plenitud. Hay que dejarlo que destruya y purifique.

Orozco fué al fin derrotado y Zapata continuó la lucha por algo más de un lustro al amparo de sus montañas surianas.

Un soldado desleal, Victoriano Huerta, obligó a Madero a renunciar a la Presidencia de la República y días más tarde lo mandó asesinar. El, Huerta, se hizo nombrar Presidente. En la ciudad de México las gentes decentes bebieron champaña; en todo el país, no obstante los errores del caudillo, el pueblo, lo mejor del pueblo, siempre noble, lloró de indignación y de tristeza, y se aprestó al desquite.

El Presidente usurpador quiso dar reverso a la historia; quiso gobernar como se había gobernado en 1840, y estábamos en el año de 1913.

La Revolución no podía detenerse. Surgieron otros adalides: Carranza, Villa, Obregón, muchos otros. El soldado asesi-

no fué vencido y tuvo que huir al extranjero, donde murió deshecho por el peso de sus crímenes. Después de la victoria hubo todavía lucha de facciones. Carranza se impuso y se le eligió para ocupar el Poder Ejecutivo. La Revolución había triunfado.

Siete años duró la contienda. Se destruyeron muchas riquezas acumuladas y se segaron millares de vidas. No parece sino que sólo a muy alto precio alcanzan los pueblos un poco de bienestar. A algunos les cuesta menos; pero es que en estos casos son a otros pueblos a los que les cuesta. Pienso, por qué no decirlo, en los grandes imperios.

La Revolución Mexicana tuvo precursores: Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Flores, Rosalío Bustamante y Ricardo y Enrique Flores Magón. Ellos lucharon desde distintas trincheras en contra del gobierno de Porfirio Díaz; ellos sembraron ideas que más tarde germinaron en espléndida floración. Esas ideas contribuyeron a formar el pensamiento revolucionario, digan lo que digan los soberbios que se atribuyen la paternidad ideológica de nuestro movimiento social.

Bueno es recordar aquí que mucho se ha discutido si la Revolución tuvo o no, con antelación al movimiento armado, una doctrina económico-social, un programa de ideas claras y definidas. A mi parecer el "Plan de San Luis" y el "Plan de Guadalupe", aquél del apóstol Madero y éste del caudillo Carranza, fueron documentos meramente políticos, con la salvedad de que el "Plan de San Luis" contenía una alusión al problema agrario. Ambos planes fueron rebasados por la realidad en el curso de los días, lo cual no tiene nada de extraordinario porque eso ha sucedido en fenómenos sociológicos análogos. En el caso de la Revolución Mexicana es seguro que se infiltraron lentamente en sus combatientes, las ideas radicales de los precursores. Esto se advierte con claridad si se examina el "Plan Orozquista". Además hay que recordar que la lucha armada duró siete años. Sería absurdo imaginar que las ideas hubieran permanecido congeladas y no en constante ebullición, como sucedió. Pruebas de ello son, entre otras, el "Plan de Ayala", de Zapata y la ley de 6 de enero de 1915, firmada por Carranza.

Por otra parte, hay que hacer notar que con los defensores del porfirismo y del huertismo estuvieron los ricos y el clero, luchando activamente. El resultado inevitable fué que los revolucionarios estuvieran en contra del clero y de los ricos y que se acentuara su radicalismo social. Al triunfar la Revolución castigó a los adversarios. Ellos, fingiendo olvidar sus acciones pasadas, imploraron justicia de los mismos a quienes habían combatido con singular encono.

El pensamiento revolucionario cuajó en los principios constitucionales de 1917, y se mantuvieron intactos los ideales de libertad por los que lucharon y murieron los hombres de la Reforma, sesenta años antes.

Esos principios son los siguientes:

1º—Nacionalización de las riquezas del subsuelo, quedando sujetas para su explotación a un régimen de concesiones.

2º—Obligación de distribuir tierras a los campesinos.

3º—Garantizar al trabajador un salario mínimo, descanso semanario y participación en las utilidades de las empresas.

4º—Fijar la jornada máxima de trabajo diurno en ocho horas y del nocturno en seis.

5º—Prohibir que trabajaran los menores.

6º—Protección a la madre y al niño por medio de cuidados prenatales y postnatales.

7º—Reglamentación en materia de cultos religiosos.

La esencia de la reforma fué ésta: mejorar el nivel de vida de la mayoría de los habitantes, como base sustantiva del progreso de la nación.

Por estos principios de justicia y profundamente humanos, no han faltado ignorantes, sobre todo periodistas estadounidenses, que han hablado del comunismo mexicano. Nuestra Revolución no tuvo nada de común con la Revolución Rusa, ni siquiera en la superficie; fué antes que ella. ¿Cómo entonces pudo haberla imitado? En la literatura revolucionaria de México, desde fines del siglo pasado hasta 1917, no se usa la terminología socialista europea; y es que nuestro movimiento social nació del propio suelo, del corazón sangrante del pueblo y se hizo drama doloroso y a la vez creador.

LOS ULTIMOS TREINTA AÑOS

DESDE 1917 gobiernan los generales de la Revolución. En ocasiones bien y a veces mal; con frecuencia bastante mal, especialmente en las provincias. Este fenómeno político sociológico del monopolio gubernamental de los generales, muy lejos está de ser insólito en la historia de México y en la de otros países latino americanos. Con leves interrupciones, así ha sido durante ciento veinticinco años de vida independiente. En México parece que las cosas comienzan a cambiar. Ahora nos ufanamos de tener un presidente civil.

Los militares son los menos capacitados para las funciones de gobierno. Ellos conocen el arte de la guerra, y lo que se necesita conocer para gobernar es lo contrario, es decir el arte de la paz. Los militares son por regla general autoritarios y fáciles al despotismo; ellos no tienen la culpa, porque su psicología es resultado de las enseñanzas que reciben; pero tampoco la tienen los pueblos.

En cada soldado suele haber un tirano en potencia. Algunos sólo conciben el orden social a la manera de Carlos Fourier: basado en "la coerción ejercida por una minoría de esclavos armados en contra de una mayoría de esclavos sin armas". Ojalá hayamos salido para siempre de la triste etapa del caudillismo militar.

Durante los últimos treinta años hemos tenido diez regímenes gubernamentales. El último comenzó en diciembre de 1946. Todos ellos han seguido en líneas generales el rumbo señalado por los principios revolucionarios; unos con la voluntad del Jefe del Ejecutivo, otros, en contra de su voluntad; mas de no haberlo hecho así se hubieran suicidado políticamente. La obra realizada tiene enorme significación e indudables aspectos afirmativos, aun cuando, como toda obra humana, no está exenta de errores ni limpia de máculas.

Distribución de tierras por millones de hectáreas a los campesinos; enseñanza agrícola y crédito para el campo; construcción de sistemas de riego y de caminos para automóviles; fomento industrial y del crédito en sus varias ramas; leyes protectoras del trabajo, y educación popular y técnica.

Capítulo aparte merece la expropiación de los bienes de las empresas petroleras. Ahora el petróleo no es del extranjero sino de los mexicanos.

Además, es obvio que ha contribuído a la transformación del país, el progreso científico y técnico alcanzado en el mundo durante las últimas décadas.

Por otra parte, precisa destacar el hecho de que los gobiernos revolucionarios han garantizado la libertad de pensamiento, sobre todo a partir del año de 1935. Haber hecho de México desde hace doce años un país en el cual no se castiga a los heterodoxos de la política oficial, y un asilo para los perseguidos de todas las tiranías, es motivo de honda y legítima satisfacción para el mexicano.

Las fallas han sido: la improvisación y la superficialidad en vez del estudio técnico y profundo; la subordinación de la técnica a la política, en todos los sectores; la falta de educación política de la clase trabajadora, que ha luchado tan sólo por la conquista de metas inmediatas; el menosprecio por la educación universitaria y las altas manifestaciones de la cultura; y, por último, la falta de honradez administrativa. Cabe advertir que algunas de estas fallas no han sido ni son privativas de México, lo son del momento histórico que sufre la sociedad contemporánea.

El hombre de nuestros días vive angustiado, vive en una crisis de hondura abismal. A todas horas y en todas partes le salpican el rostro las olas de cieno que crecen y multiplican la maldad y la desilusión. El hombre no sabe a donde dirigir sus pasos porque mira siempre hacia abajo, buscando las viejas veredas borradas por la metralla. Se empeña en ignorar que su salvación no está en el pasado, ni tampoco en el presente, sino en el futuro; su salvación está en mirar siempre hacia adelante y a lo alto para descubrir nuevos horizontes y el secreto de algunas constelaciones.

Y México no podía escapar a esa crisis. Nadie ha escapado y nadie escapará. Ya se dijo otra vez: crisis moral y crisis ideológica. Hace falta limpieza en la conducta y claridad en el pensamiento. El hombre nunca ha sabido lo que es, de dónde viene y a dónde va. Ahora, no obstante su ciencia, lo sabe menos que nunca; ni siquiera reduciendo el interrogatorio a la vida en su morada terrestre.

En los gobiernos revolucionarios pueden listarse nombres de funcionarios de ejemplar probidad. De muchos no puede decirse lo mismo: han sido los logreros de la Revolución. Hay algunos que después de haberse enriquecido en el gobierno, o en negocios con el gobierno por medios turbios y malas artes, son ahora hombres honrados y socialmente respetables y hasta filántropos. Es probable que hayan pensado y piensen que "los ricos tienen la obligación de ser honrados y los pobres no"; es posible que la gratitud pública los inmortalice por sus buenas obras y sus nombres se lean en las calles de las ciudades, al frente de alguna escuela o de algún hospital.

Los principios de la Constitución de 1917 han sido en algunos casos superados, de modo particular en la legislación obrera y tratándose de la reforma agraria. La explicación se encuentra, generalmente, en necesidades políticas del momento y a veces en exigencias económicas inaplazables.

Ahora bien, si quisiéramos representar gráficamente la trayectoria progresista de los gobiernos revolucionarios en el terreno económico y social, desde 1917, la línea resultaría quebrada y oscilante, pero con marcada tendencia al ascenso, llegando al punto más alto al finalizar el año de 1938. A partir de entonces, si continuásemos la curva, se advertiría con facilidad su declinación. Y es que no hay una fuerza social, sino fuerzas sociales que se oponen unas a otras. Los movimientos de avance, por más vigoroso que sea su impulso, no pueden marchar indefinidamente hacia delante porque los contienen las fuerzas antagónicas. Esas fuerzas negativas, conservadoras o reaccionarias, nunca logran por largo tiempo en los casos en que lo logran, que los movimientos progresistas retrocedan al punto de partida, que es lo que desean y por lo que luchan; pero sí logran siempre, o casi siempre, y esto sí por largo tiempo, jalarlos hacia atrás hasta conseguir un ajuste relativo y transitorio entre los intereses en pugna.

Los hombres no son, por importantes que sean, sino producto o juguete de las leyes históricas.

Los cuatro primeros años de Cárdenas, de 1935 a 1938, señalan el momento culminante de la Revolución Mexicana. Hasta allí se pudo llegar; porque en los dos años restantes de su gobierno se hizo sentir la presión de las fuerzas contrarias, cada vez más agresivas y mejor organizadas. El, Cárdenas,

quizás sin darse cabal cuenta de ello, tuvo que ceder una pequeña faja del terreno ganado, y así ha sido en los gobiernos posteriores.

La antigua burguesía nacional sufrió un rudo golpe al triunfar la Revolución; pero lentamente se rehizo: ganó de prisa dinero y despacio influencia. En pocos años recobró lo perdido. No es eso todo. Una burguesía nueva se le unió para formar una sola clase social. Los nuevos elementos se fueron desgajando de las filas de la Revolución: funcionarios o exfuncionarios enriquecidos, traficantes de influencia gubernamental que lucraron con los contratos de obras públicas o la venta de mercancías deterioradas. Unos pocos hicieron su fortuna con métodos que acepta la moral de nuestro tiempo. Así, ya todos unidos por la comunidad de intereses, han constituído la fuerza neutralizadora de la Revolución. Además, en todo esto ha influído el rumbo de la política internacional de las grandes potencias, sobre todo de las más próximas.

La Revolución Mexicana aceleró el progreso de México. A mi parecer la obra realizada arroja un saldo favorable. La lucha armada duró siete años y ya llevan treinta los gobiernos revolucionarios, más o menos fieles a sus principios; pero hay que tener presente que se trata de un hecho histórico y que todo hecho histórico es, necesariamente, transitorio. En consecuencia, puede pensarse que nos hallamos ya en una nueva etapa en la evolución del pueblo mexicano.

UNA BREVE PAUSA

RECUERDO que un escritor cubano escribió que hay hombres que sólo tienen una ventana en el espíritu. Yo diría que no es ventana sino claraboya y que por ella contemplan sólo un fragmento del paisaje universal. Me parece que esa especie zoológica es la de los especialistas a la moda norteamericana, que es mutilación del hombre y del ciudadano, que es una creación monstruosa del mercado y de los mercaderes. El ideal humano estriba en lo opuesto. Hay que tener en el espíritu amplios ventanales abiertos a todos los vientos, a los cuatro puntos cardinales de afuera y de adentro. Lo que interesa es abarcar en su totalidad y comprender el mundo circundante y al que llevamos dentro de nosotros mismos.

Lo humano es el problema esencial. La suprema aspiración del hombre es la felicidad. Todos sus actos tienden a ese fin, desde los más maquinales y sencillos hasta los más complejos y trascendentes. Por eso procura siempre huir del dolor y aproximarse a lo que le produce satisfacción, gusto, deleite o goce. A veces su más grande dolor es no sentir ninguno y el placer repetido se le vuelve hastío; pero no obstante, y sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la meta individual y social es el logro de los mayores bienes materiales y culturales para el mayor número de seres humanos, aquí en nuestro pequeño y cenagoso planeta.

Y para descubrir los senderos que conducen a esa meta, sueño secular del hombre atribulado, es para lo cual ha menester de los amplios ventanales en el espíritu. La utopía que puede en el futuro dejar de serlo, consiste en construir una sociedad nueva con individuos distintos a los de ayer y de hoy, en cuanto a su personalidad interna. Don Quijote y Sancho forman la más hermosa y tal vez la más perfecta dualidad humana. Si se pudieran mezclar sus ingredientes psicológicos y crear con ellos un hombre nuevo, ese sería el superhombre; no el de Nietzsche, sino el de todos los subyugados por un anhelo de superación.

El hombre necesita en primer lugar satisfacer sus necesidades biológicas elementales; nutrirse y reproducirse. Después, necesita una morada, vestido, adornarse y llenar las demás necesidades materiales. También necesita entender los fenómenos de la naturaleza, crear obras de arte o gozar en su percepción; y, sobre todo, conocerse a sí mismo, o en otros términos, saber su propia historia. Sólo el que llena plenamente sus necesidades animales, biológicas —estoy pensando en el ser humano común y corriente— puede ensanchar los horizontes de su espíritu y encontrar en sí mismo y en el exterior motivos frecuentes para ser feliz.

Todos los hombres por el hecho de haber nacido tienen derecho a disfrutar de esos bienes materiales y culturales. Trabajar para que todos alcancen esos bienes, eso es lo que es gobernar. Y que no nos digan que gobernar es poblar, que gobernar es construir caminos y otras simplezas por el estilo. Gobernar es afanarse sin descanso y con fervor por hacer felices a los habitantes del país gobernado. Ejemplos contrarios: Hi-

tler no gobernó a Alemania; trabajó por destruirla. Los grandes estadistas que ahora hablan de guerra por los magnavoces de su publicidad, en el fondo en defensa de intereses financieros, están preparando, o quieren preparar, la desgracia de sus pueblos; se están preparando para desgobernar.

ALGUNOS PROBLEMAS

No es privativo de México la existencia de múltiples y complejos problemas económicos, sociales y políticos. Esto ha sido y será siempre en todas las zonas geográficas y en todos los tiempos; lo será mientras el hombre habite sobre la tierra. Y es que la vida es mudanza permanente, como ya lo hemos dicho repetidas veces, y por lo mismo permanente problema. Lo esencialmente utópico en Moro, Bacon y Campanella, los tres más célebres utopistas del Renacimiento, no está en la estructuración de los mundos que imaginaron sino en haberlos imaginado estáticos en cuanto a su organización, a su vida social orgánica.

En un país como los Estados Unidos los problemas económicos no son de producción sino de distribución. Jamás en tiempos de paz han utilizado toda su capacidad productora, siempre limitada por la demanda de los mercados. En un país como México las cosas son diferentes. Exportamos buen número de productos agrícolas, pero no producimos trigo y maíz en cantidad bastante para llenar las necesidades de la población. Nuestra agricultura apenas comienza a modernizarse con el uso de abonos y maquinaria. Se va por buen camino; mas la transformación completa, o casi completa, tardará cuando menos un cuarto de siglo. En materia de industrias de transformación, no obstante el progreso alcanzado en los últimos cinco años, nuestra situación está muy lejos de ser óptima. Apenas nos encontramos en la etapa inicial y por consiguiente somos, en buena parte, importadores de artículos acabados.

La industrialización del país debe continuarse valientemente. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de importantes grupos de trabajadores. Se dijo valientemente, porque no se ignora que hay algunos sectores de la plutocracia norteamericana que no miran con buenos ojos el progreso económico de la América Latina.

Ellos quisieran condenarnos a una pobreza sin fronteras, a un coloniaje sin posible salida.

Claro está que no debe escatimarse esfuerzo alguno para que la industrialización se realice con predominio del capital nacional.

La minería es una de las industrias más importantes; pero es extranjera y no deja en México sino salarios, impuestos, fletes y el dinero para las compras de algunas materias primas. Las utilidades a veces se reinvierten en el negocio y otras se exportan para beneficiar a los "sleeping partners" que viven en Londres, Chicago o Nueva York. Amargo destino es entregar a extraños los bienes que nos donó la naturaleza, y tener todavía que vivirles agradecidos.

Pero si son serios y difíciles los problemas de la producción de riquezas, son aún más difíciles y serios los de su distribución. No obstante los esfuerzos constructivos de los gobiernos revolucionarios, de su preocupación indudable por mejorar las condiciones de vida de las masas, y de los pequeños éxitos alcanzados, hay centenares de miles de familias que viven en la ignorancia y en la miseria. La explicación es sencilla: no ha sido posible resolver en un cuarto de siglo, problemas acumulados durante cuatro siglos.

Sin embargo, es urgente tratar de resolver esos problemas para que cese el hambre de pan y de justicia, para constituir una verdadera nacionalidad. No necesitamos "leaders" sino apóstoles; que tengan alas en el pensamiento y el pecho encendido por el amor a su pueblo.

En materia de educación se ha recorrido un trecho del camino; empero, es más largo todavía lo que falta por recorrer. El número de analfabetos es apenas inferior al cincuenta por ciento y hasta hace poco la cultura superior en sus varias ramas, no había recibido la atención que merece y que exige el interés de la República.

Los problemas de salubridad son pavorosos. La mayoría de las poblaciones carecen de drenaje y agua potable, lo cual eleva a cifras impresionantes la mortalidad, sobre todo la infantil en los dos primeros años. Las zonas bajas del trópico encierran en potencia enormes riquezas. El problema estriba en que es indispensable sanear esas zonas y eso cuesta cientos de

millones de pesos. La obra que se realice en este capítulo tendrá que ser, inevitablemente, obra de muchos años.

No creo que fuera de la Unión Soviética exista algún otro país en el que se haya realizado una reforma agraria tan radical como en México. Se han distribuído más de treinta millones de hectáreas con beneficio para cerca de dos millones de familias campesinas. No obstante, hay a la fecha miles de campesinos sin tierras y el problema está lejos de haberse resuelto integralmente. Algunas personas son partidarias del sistema del ejido como sistema preponderante y otros de la pequeña propiedad. Ambos sistemas existen y a mi parecer pueden coexistir por algún tiempo; pero si se continúa dando tierras a nuevos ejidatarios no será posible que aumente la extensión total de las propiedades particulares; y si por el contrario se fomenta la pequeña propiedad, resultará en poco tiempo que ya no podrán hacerse nuevas distribuciones ejidales. A la postre un sistema será en detrimento del otro; los dos no pueden crecer paralela e indefinidamente, por la simple razón de que la cantidad de tierra disponible no es ilimitada. El actual gobierno parece que se pronuncia por robustecer y generalizar la pequeña explotación agrícola privada, rodeándola de garantías legales y ayudando a su explotación por medio del crédito.

Por regla general al pueblo de México no le interesa la política; es más bien un tanto indiferente. Sólo de tarde en tarde da señales de actividad. A veces por la ausencia de los mejores ciudadanos en las luchas electorales, los peores son los que triunfan. Esta es una falla que urge corregir.

Puede decirse que en la actualidad hay cuatro partidos políticos: el Partido Revolucionario Institucional, partido oficial; el Partido de Acción Nacional, de tendencias conservadoras; el de los sinarquistas, ultra reaccionario y con muchos puntos de semejanza con la falange española, y el partido comunista, que cuenta con cerca de dos mil miembros en todo el país. Ninguno de esos partidos políticos está, como se dice con frecuencia, a la altura de las circunstancias; quizás les falte imaginación a sus dirigentes, puesto que no pocas veces tratan de resolver problemas nuevos con fórmulas útiles en el pretérito, ya bien gastadas por el tiempo. Ninguno ha llegado al corazón del pueblo, porque ninguno representa sus auténticas aspiraciones ni es capaz de interpretarlas.

Mucho se habla en México entre los liberales, socialistas o de tendencias socialistas, de la necesidad de organizar un partido político en consonancia con el momento histórico de la desintegración del átomo; un partido con ideas nuevas, con principios éticos, con capacidad para recoger la herencia de lo mejor de la Revolución Mexicana y deseos inquebrantables de servir con desinterés a la nación.

Por desgracia hasta ahora nada práctico se ha hecho y no se descubre al hombre, o grupo de hombres, con aptitud y condiciones afirmativas bastantes para realizar tamaña empresa. En estos momentos y a tal propósito, el escenario político de México no es optimista ni mucho menos brillante; la niebla lo envuelve y está cargado de interrogaciones.

La política exterior de México ha sido correcta y patriótica. Siempre hemos estado con las mejores causas como en los casos de Abisinia, Austria y España, como en la última guerra. Esperamos que así sea en el futuro, y que nunca influencias extrañas nos aparten de la decencia internacional.

México tiene un solo problema internacional, permanente, serio y a veces grave. Este problema se deriva de la geografía. Somos vecinos de los Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra en los tiempos que corren; y ese país es imperialista, fenómeno económico resultante de su formidable desarrollo industrial y financiero. El imperialismo no es hijo de la voluntad de un hombre o de algunos hombres, como la teoría de la buena vecindad; es cual un aljibe surtido constantemente por veneros de agua turbia, que al fin se derrama y encharca los lugares próximos y en ocasiones hasta los distantes. La teoría de la buena vecindad y el imperialismo no pueden unirse en estrecho maridaje; son incompatibles, son antinómicos; nada más que el imperialismo es una realidad y lo otro, en el mejor de los casos, un buen deseo.

La defensa de los países que no cuentan las máquinas de guerra por millares y por millones los soldados, está en el Derecho. Fuerte o débil defensa, tal vez muy débil, pero es la única. El Derecho hay que saber ejercerlo; hay que ejercerlo con sensatez, con inteligencia, con hombría, con clara y lejana visión. Frente al poderoso es útil hacerse respetar; y sólo podremos hacerlo por la fuerza de nuestras virtudes, siendo honestos, sinceros, responsables y en verdad patriotas.

El concepto de independencia está siendo sustituído por el de interdependencia, debido entre otras causas al progreso de la industria del transporte y del comercio internacional. No es posible pensar en la presente hora en economías nacionales completamente autónomas; y si esto no es posible, tampoco lo es en el orden político. Consecuencia inevitable es lo uno de lo otro. De aquí se derivan graves problemas cuyas soluciones no es fácil imaginar. Claro está que no hay que confundir la interdependencia con la dependencia. Esta significa subordinación y es intolerable; aquélla puede cimentarse en principios de equidad, de justicia y ser una fórmula nueva de convivencia entre los pueblos.

Hay nubarrones que cubren el horizonte. No obstante, se siente dentro del pecho y de la cabeza, en las carnes, en los huesos y en la sangre, que hay una luz nueva que se acerca con lentitud, con desesperante lentitud, pero que se acerca.

PALABRAS FINALES

ESTAS meditaciones son hijas de mi amor a México y de mi sinceridad biológica. Es cierto que se me ha escapado la censura y en algunos momentos, tal vez involuntariamente, asomó la pasión; pero siempre he querido decir la verdad, porque sé que sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre, que sólo con la verdad el hombre sirve de verdad a los pueblos.

El patriotismo no es ditirambo sino crítica constructiva. Se descubren los errores para que no se repitan, se señalan los vicios para corregirlos y las llagas para curarlas. El patriotismo es en esencia amor admirativo y anhelo apasionado de superación. Se quiere que la Patria sea cada vez mejor y por eso se hace crítica; se hace crítica para servirla y porque se le ama.

Y no hay que adular a los gobernantes. "El incienso —dice Luis Cabrera— huele bien, pero acaba por tiznar al ídolo". La adulación —agregamos nosotros— es arma de lacayos.

La historia de México es paradoja, como es paradójico el pueblo mexicano. Es verdad, tiene grandes defectos, pero virtudes más grandes todavía. Por eso, los que conocemos bien a ese pueblo sabemos de la profundidad humana de su acción colectiva y tenemos fe en la fulguración de su destino.

EL CANADA: PANORAMA POLITICO

Por *Peter FRANK DE ANDREA*

> No one knows my country, neither the stranger nor its own sons. My country is hidden in the dark and teeming brain of youth upon the eve of its manhood. My country has not found itself... For we are young my brothers, and full of doubt, and we have listened too long to timid men. But now our time is come and we are ready.
>
> Bruce Hutchinson.

I *PALABRAS PRELIMINARES*

a) *Una nueva potencia económica*

Los vertiginosos sucesos de la historia actual, que hacen surgir y plasmar, en forma inesperada, realidades que en otros tiempos pertenecieron a la esfera de la utopía, han acelerado la gestación de un nuevo astro internacional: El Canadá. Aquel país nórdico se ha ido forjando un nuevo destino mediante un tremendo esfuerzo, en el reciente holocausto bélico.

Este conflicto global ha causado cambios revolucionarios en todas las naciones envueltas en él. En algunas, la guerra ha sembrado a su paso, debilidades y caos; en otras, progreso, fuerza y un nuevo destino. Precisamente este último resultado, se ha verificado en Canadá, en donde a causa de la pugna titánica se ha triplicado la producción de las industrias, colocando al país en cuarto lugar en poderío naval y en fuerza aérea entre las Naciones Unidas. Se ubica, además, en tercer sitio entre los países comerciales del mundo.

A base de ello es fácilmente explicable que, cuando los Estados Unidos de Norteamérica suspendieron sus préstamos y arrendamientos, el General de Gaulle, el Premier Soong de

China y Lord Keynes de Inglaterra, no dejaran de incluir a Ottawa en su itinerario, para la búsqueda del "Eldorado" norteamericano. Es significativo que el cuartel general de la Organización Internacional de Aviación Civil, se estableciera en Montreal. Es sintomático que la primera conferencia de la Organización de Alimentos y Agricultura de las Naciones Unidas se reuniera en Canadá bajo la presidencia de un canadiense, siendo este país el mayor suministrador de abastecimientos, y el tercer contribuyente, en dinero, a la UNRRA.

Los que predicen una conflagración armada entre Rusia y los Estados Unidos, escudriñan el mapamundi y profetizan que las pugnas aéreas del futuro estallarán precisamente en los cielos boreales del Canadá. Mas si este pandemonio no se verificara, la posición estratégica del "Dominio" le será de inconmensurable provecho, pues el país está precisamente situado en la ruta directa, ya sea entre Europa y Norteamérica, ya sea entre Norteamérica y Asia. Se le debe considerar, por lo tanto, como lazo de rutas intercontinentales. Es natural que el uso de sus aeródromos, por parte de las superpotencias, le proporcionará considerable *bargaining power* para extender su propio comercio.

Basándonos en este escuetísimo y elemental bosquejo de la economía y geopolítica canadiense—únicamente traído a colación para redondear la fisonomía del país, pues no es nuestro propósito lucubrar aquí sobre su desarrollo económico [1]— es clara la prominente posición internacional del Canadá, ya que sólo su relativa escasez de población le impide que sea una superpotencia. Así pues, no hay que extrañarse del todo si hay quienes consideren a la nación como quinta potencia económica mundial.

b) El Canadá, tierra ignota

A pesar de que últimamente su portentoso desarrollo industrial y su esfuerzo bélico haya captado la fantasía de muchos,

[1] A los que deseen estudiar con más amplitud el desenvolvimiento económico e industrial del Canadá, recomendamos la consulta de las siguientes obras: Currie, A. W., *Canadian Economic Development*, Toronto, 1942; Taylor, Griffith, *Canada's Role in Geopolitics*, Toronto, 1942; Innis, M. Q., *An Economic History of Canada*, Toronto, 1943; Currie, A. W., *Economic Geography of Canada*, Toronto, 1945.

el Canadá permanece, para el consenso general, como un país peregrino, arrebujado en la bruma de las narraciones de fábulas —recuérdese el cuento de Amado Nervo.

Para la mayoría de los hispanoamericanos, los contornos de la personalidad del "Dominio" —hijo de la civilización europea y del páramo americano— se han configurado de una manera difusa. Ha sido difícil para ellos ver que tras de esa muralla, constituída por el vasto, poderoso y opulento Estados Unidos, se "oculta" un país que es "geográficamente americano, políticamente anglosajón", e internacional en sus preocupaciones económicas y pacifistas; que es, además, un miembro independiente del *Commonwealth* Británico; que goza no solamente de tradiciones culturales inglesas y francesas, sino que está gestando rasgos culturales autóctonos, y, por fin, que es una comunidad que disfruta de un nivel de vida parecido al del "coloso del sur", pero que al mismo tiempo, no es los Estados Unidos.

Se nos conoce universalmente a través de los relatos de nuestros inmensos bosques gélidos, poblados de osos blancos, nuestros montes coronados de nieve, nuestras primaveras paradisíacas, nuestros guías francocanadienses, y nuestra heroica Policía Montada. Somos renombrados en lo accidental y afamados en lo superfluo, mientras que aun solicitan comprensión nuestros problemas substanciales, el político y el cultural.[2]

Pero si el Canadá es hoy, en el sentido político-cultural, "tierra incógnita", a nadie se le puede reprochar esta situación. Más bien, la génesis de tal estado de cosas hay que buscarla en el ser, en las entrañas mismas de su desarrollo cultural, el cual todavía no ha logrado contornos bien definidos. Aunque los canadienses hayan tejido rápida y laboriosamente la contextura de un Estado fuerte en su aspecto económico-político, el desarrollo de su cultura —lo que da indiscutible personalidad a una nación— no ha seguido a *pari passu.* Y eso es fácil de entenderse, pues la fisonomía cultural de una comunidad se perfila con mucha más lentitud que los adelantos económicos y políticos. La gestación de una cultura, con características bien marcadas y distintivas, precisa tiempo; es el resultado de un lento y paulatino crecimiento orgánico.

---

[2] En este ensayo nos limitamos principtalmente a aspectos políticos, dejando para próxima ocasión el panorama cultural del Canadá.

Al tratar de los problemas de la civilización canadiense, analizaremos ciertos factores que han detenido una más rápida configuración de su fisonomía cultural. Aquí basta enumerar algunos de ellos: la juventud del país como comunidad política bien definida; la sombra eclipsadora y magnética de los Estados Unidos; la tendencia a considerar el pensamiento científico como el *summum* de todas las actividades; la falta, por mucho tiempo, de una élite orientadora; la tutela cultural inglesa y francesa; y una historia —exceptuando el régimen francés— que en general no ha ofrecido dramatismo épico, alimentador del espíritu nacional, ni sensacionalismo revolucionario que haya captado la fantasía de otros pueblos.

El Canadá no parece haber alcanzado una madurez suficiente para producir un Rodó, un Korn, un Gilberto Freyre, un Antonio Caso, que hayan tratado de llegar a un profundo escudriñamiento de su esencia como comunidad, pues la autognosis, es el requerimiento necesario y vital para la realización de sí mismo. Sin la introspección inmediata de los sentimientos, emociones, virtudes y debilidades, no se puede llegar a una visión que abarque la naturaleza de la comunidad, para explicar así de ese modo, la nación ante sí misma e interpretarla ante los demás pueblos. No hemos llamado la atención de un Keyserling, de un Waldo Frank, o de un Larrea, que hayan tratado de comprender las fuerzas básicas que han de moldear el destino de la nación. Por supuesto, hay algunos ensayos valiosos que tratan de analizar este *Canadianism* en gestación. Muy laudables han sido los esfuerzos de A. Brady (*Canada,* London, 1932), de J. W. Dafoe (*Canada, An American Nation,* New York, 1935), de André Siegfried (*Le Canada, Puissance Internationale,* Paris, 1937), de Bruce Hutchinson (*The Unknown Country,* Toronto, 1942), y últimamente nuestro brillante historiador-filósofo A. R. M. Lower (*Colony to Nation,* Toronto, 1946) ha estado prometiendo muchísimo.

Pero este movimiento no ha cuajado aún, en una creación comparable con obras tales como *Epic of America,* de J. T. Adams, o la *History of England* de Trevelyan. Tal parece que esta labor de articulación no le incumbe ni al historiador, ni al sociólogo, ni al ensayista casual, sino al literato. El *dictum* de que la literatura es el epifenómeno de la vida nacional, tiene particular vigencia en Canadá, pues a última

hora un cuarteto de novelistas canadienses —Gwethalyn Graham, Hugh MacLennan, Roger Lemelin y Gabrielle Roy, han dado los primeros pasos para llevar a cabo esta tarea. Con cuatro novelas con sesgos de *roman-à-thèse, Earth and High Heaven, Two Solitudes, Au Pied de la Pente Douce* y *Bonheur d'Occasion* respectivamente, han hincado el bisturí del análisis en la materia viva del mundo canadiense circunstante de una manera tan franca, tan brillante, y tan inusitada en el mundo literario del "Dominio", que han captado la fantasía no sólo del público canadiense —algo abúlico en cuestiones literarias— sino que han despertado gran interés, aún más allá de las fronteras nacionales. Mas esta ráfaga de descripción escudriñadora de los problemas sociales y realidades del escenario canadiense es obra, como llevamos dicho, de última hora. En general, se puede afirmar que no se ha hecho un análisis cabal y penetrante de su civilización. Sin embargo, el "Dominio" no es "la catorceava colonia", como había anticipado Benjamín Franklin en 1774; "ni la imagen, ni el trasunto mismo" de Inglaterra como había esperado en 1792 el coronel John Simcoe, Teniente Gobernador del Alto Canadá. Aquella entidad nórdica es ya, un microcosmo dentro del macrocosmo. Sin extremos aparatosos —y en apariencia lejos del mundanal ruido— ha venido dibujándose más y más diáfanamente en esta última década.

II ASPECTOS POLITICOS

Se ha dicho —y con muchísimo fundamento— que el Canadá en cuanto nación es el fruto del triunfo político frente a la geografía, la economía y las divergencias étnicas. Pues el sistema y proceso político canadiense han mantenido juntos, no solamente dos grupos culturales de diferentes orígenes sino que han canalizado, en contra de toda ley geográfica y económica, una corriente este-oeste cuando la cabal atracción lógica y material ha sido un eje norte-sur en el continente septentrional americano. En resumen, lo político tiende a proporcionar al Canadá una conciencia histórica de su existencia. El derecho estatal ha moldeado una buena parte de la personalidad canadiense. De ahí que la vida política haya sido tan



Otawa: Biblioteca del Parlamento.

'Galos, an-
glosajones,
ieocanadien-
es en un
nolde in-
ransferible''.





CANADÁ
es septentrionales)
300
400
OCÉANO
ATLÁNT
Montreal Liverpool 2760
Estrecho de Belle Isle
TERRANOVA
Port aux Basques
Miquelon (Francia)
Golfo de San Lorenzo
Sydney
CAPE BRETON
HALIFAX
Halifax-Londres
NUEVA
Bahía de Fundy
Saint John
NACIONAL
AEREAS TRANSCANADIENSES
Cochrane
Noranda
La Tuque
QUEBEC
Levis
Trois Rivieres
Sherbrooke
R. Ottawa
MONTREAL
OTTAWA
Sudbury
Sault Ste. Marie
Lago Champlain
Portland
Boston
Kingston
Saint John-Jamaica
Halifax Nueva York 599
Saint John
El Cabo



La universidad de Montreal.

absorbente en el país del castor y del maple. Los nombres que han alcanzado mayor prestigio dentro y fuera del país son los de los hombres de Estado.

Con todo, pocas veces los problemas políticos del Canadá han trascendido sus fronteras para repercutir con tremendo impacto en los asuntos internacionales. Sin embargo, las justas políticas han proporcionado al país una rica veta de sus anales históricos y los problemas estatales de hoy día tienen hondas raíces en el pretérito. No se puede comprenderlos sin dar por lo menos una rápida mirada retrospectiva por las veredas de la evolución histórica canadiense. Para la conveniencia de este ensayo, podemos dividir a grandes rasgos la trayectoria de lo que es actualmente el Canadá, en tres períodos:

1º—La Nueva Francia (1534-1760).

2º—De la Conquista a la Confederación (1760-1867).

3º—De la Confederación al "Acta de Ciudadanía Canadiense", (1867-1947).

a) *Mirada retrospectiva*

1o.—*La Nueva Francia.* Allá por los años del primer tercio del siglo XVI, cuando el alma hispánica, en éxtasis, fantaseaba y cumplía hazañas inauditas en la conquista del Nuevo Mundo, salía de Saint Malo el explorador francés, Jacques Cartier. Siguiendo las huellas del florentino Giovanni da Verazzano, el marino galo buscaba un paisaje que lo condujera hacia "Eldorado" de Cathay. Mas le salió al paso otra comarca, la región del río San Lorenzo, de la cual tomó posesión efectiva en nombre del Rey de Francia. Erigió una cruz de 30 pies con un escudo *fleur-de-lisé* en presencia de un jefe indio a quien Cartier mostró el cielo. Al igual que en Hispanoamérica, en el sector francés del norte del continente, la colonización marchó brazo a brazo con la evangelización. Como en Paraguay, unos jesuítas habían de ensayar más tarde en la misión de Sault Ste. Marie un dominio propio, una verdadera teocracia. A menudo, la evangelización condujo a estos religiosos al martirio. El suplicio del Padre Brébeuf en manos de los iroqueses, tiene pocos paralelos en los anales históricos. La *Nouvelle France* tuvo también su época mística.

Al principio, la Nueva Francia fué gobernada por compañías mercantiles, pero en 1663 el país fué sometido al Consejo Soberano de Francia. El control inmediato pasó a Louis XIV, que nombraba en el establecimiento a sus representantes, esto es, al gobernador, al intendente, al obispo. De hecho nunca estuvo bien definido quien ejercitaba el poder efectivo, jamás estuvo bien claro lo que era de César y lo que era de Dios. El principio fundamental que regía la política colonial francesa fué un paternalismo benévolo absoluto y una estrecha unión entre estado e iglesia. Se caracterizaba la colonia por un monoplio mercantil y por un sistema semi-feudal de tierras. No obstante que este paternalismo parecía tan sólidamente arraigado, tenía que reconocer ciertas limitaciones. En su foco principal, el gobierno podía ejercer una autoridad relativamente absoluta, pero en el *hinterland* tenía que permitir la iniciativa personal, la independencia y el valor indisciplinado de los intrépidos *coureurs-des-bois.* El trueque con los indios asentó la base del comercio de las pieles que adquirió una importancia transcendental a la par que fructificaba en grandes ganancias en favor de Francia. Mientras tanto, los ingleses habían fundado la compañía del Hudson's Bay en 1670, y estaban ejerciendo presión sobre el comercio de pieles de los franceses.

La Nueva Francia no atrajo muchos colonos. Se calcula que únicamente doce mil franceses emigraron al Canadá durante todo el período colonial. En una época —para equilibrar el balance adverso de los sexos— se enviaron mil esposas; las llamadas *filles-du-roi.* Algunas provenían del orfanatorio real, otras eran robustas campesinas de las campiñas normandas, destinadas para los soldados, y, por último, jóvenès de nacimiento "superior" destinadas a los oficiales estacionados a la orilla del San Lorenzo. Amor al primer día y casamiento al segundo, eran acontecimientos frecuentes en aquellos días.

La historia de la penetración del San Lorenzo que puso a los franceses en presencia de una maravillosa cadena de lagos y cascadas, de bellísimos ríos y de bosques que albergaban una opulenta fauna de zorros, castores, cibelinas, es en sí misma materia suficiente para una obra voluminosa.

En un bosquejo somero como éste, no es posible detenerse largamente sobre aquel período pintoresco que en términos de

fasto romántico hace que la historia posterior, en comparación, parezca sumamente gris. Las sagas épicas de Champlain, de Maisonneuve, de Dollard, de Joillet, de La Verendrye, etc., constituyen una epopeya conmovedora. Aquí basta decir que este período fué también caracterizado por rivalidades imperiales, con orígenes en la diplomacia europea, entre Inglaterra y Francia; rivalidades que culminaron con la derrota francesa en los planos de Abraham. Allí murieron épicamente no solamente el jefe vencido Montcalm, sino que también el general vencedor, Wolfe.

2o.—*De la Conquista a la Confederación.* Al derrotar a los franceses en el valle de San Lorenzo, los ingleses eliminaron el poderío francés en Norteamérica, para quedarse en posesión de todo el sector septentrional del continente. Ahora bien, la introducción de unos setenta mil franceses en el sistema colonial británico creó un problema y durante los primeros años hubo alguna confusión concerniente al *status* del catolicismo del derecho francés y al sistema de posesión de tierras.

Frente a la divergencia cultural y a su superación como posible factor de disgregación política, se planteaban dos posturas fundamentales: una de asimilación y otra de tolerancia. Gran Bretaña optó por la segunda ruta, pues al agregar una comunidad civilizada no británica al Imperio se acuerda —mediante el Acta de Quebec, 1774— respetar su idioma y sus derechos. Al clero católico se le permite continuar la práctica de su culto.

Poco después del Acta de Quebec, surgió la Guerra de Independencia americana. ¿Qué harán los nuevos súbditos galos de Su Majestad? Los francocanadienses sienten confusamente —después de la tolerancia de 1774— que a su pequeño número le conviene quedarse en la órbita británica. Pues conocían sobremanera las ideas de los *Bostonnois* acerca del catolicismo. Paradójicamente, resisten a los revolucionarios del sur para desarrollar un papel de suma importancia en el mantenimiento de la soberanía inglesa en Norteamérica. Y, lo que es más, desde entonces han ofrecido una implacable resistencia a la norteamericanización del Canadá.

Uno de los resultados inmediatos de la Guerra de la Independencia de Norteamérica —en cuanto concierne al Canadá— fué el éxodo de 40,000 británicos, los *United Empire Loyalists*, quienes fieles al rey de Inglaterra, salieron de los Estados Unidos para establecerse en Acadia y en la ribera septentrional del Lago Ontario, no lejos de Montreal. Hasta entonces el elemento anglosajón, en lo que es actualmente territorio canadiense, era, con relación al grupo francés, escasísimo. Con esta invasión vinieron a reforzar al núcleo británico para convertirse en los creadores efectivos del Canadá anglófono. Han conservado un especial concepto de britanismo, —un cuerpo de sentimiento y tradiciones sociales—, que lo han diferenciado y lo siguen diferenciando del estadounidense. Así pues, la Revolución Americana dió a luz, no únicamente a los Estados Unidos, sino también a un vástago menos conocido, el Anglocanadá —bando conservador de la contienda.

Los lealistas no sólo trajeron una propensión por la agricultura —que se reflejó en su limpia de la selva para el establecimiento de colonias, de granjas y de haciendas— sino que vinieron provistos de un marcado espíritu de libertad en las discusiones de los asuntos públicos. No estaban avezados al despotismo colonial, pues en el sur ya habían ejercido el voto. No tardaron, por lo tanto, en causar cambios en su medio ambiente. Pronto obtuvieron un gobierno responsable, y, al lograr estas libertades, no se pudo negar lo mismo a los francocanadienses, resultando de esta manera que, muy pronto éstos irían también a las urnas electorales al igual que el recién llegado lealista. Así que el pueblo canadiense empezó a educarse en el ejercicio del *self-government,* que al principio fué muy restringido, pero que fué ampliándose a tal punto que al mediar el siglo XIX el gobierno representativo y responsable era en Canadá un *fait accompli;* la democracia canadiense se volvió definitiva.

A medida que las colonias iban exhibiendo sus capacidades cívicas, la Gran Bretaña —tal vez escarmentada por el ejemplo de Estados Unidos—, iba concediendo más derechos a los colonos, sin que por ello dejaran de estallar conatos revolucionarios en 1837 en contra de la conducta arbitraria de los gobernadores, quienes a menudo se oponían a las aspiraciones populares. Las sublevaciones, que no llegaron a con-

secuencias trágicas, fueron dirigidas por William Lyon Mackenzie en el sector inglés y por Louis Papineau en la parte francesa. Fueron apagadas al nacer, pero produjeron resultados históricos, pues el gobierno británico envió a Lord Durham para estudiar e informar sobre el problema. Como fruto de sus investigaciones, llevó un *Report* al gobierno metropolitano, en el cual se proponían una serie de medidas para resolver el malestar del Canadá. En el informe, entre otras medidas, recomienda la introducción en las colonias de los principios de la constitución inglesa. El Gobernador —como el Rey en Gran Bretaña— debe de permanecer neutral en las discusiones políticas, aceptando los puntos de vista de sus ministros y debiendo nombrar para estos cargos a las personas que gocen de la confianza del pueblo. Es decir, recomendaba la extensión del *self-government* a las colonias. En última instancia, abogaba además por una unión de todas las colonias británicas de Norteamérica. En suma, se vislumbra en el *Report* toda la trama del futuro despliegue político del Canadá.

Exceptuando sus consideraciones acerca de los francocanadienses, el documento ha sido juzgado como el de mayor visión política liberal concerniente a las colonias, hasta entonces conocido. En ello estriba precisamente la diferencia de trayectoria política del dominio y la mayoría de los demás países del continente. Estos tuvieron que recurrir a guerras para iniciarse en una nueva vida independiente, en tanto que el Canadá ha pasado paulatina y suavemente, sin sacudidas violentas, del régimen absolutista al constitucional, de la dependencia a la autonomía. Aquel país del Norte presenta así la paradoja desconcertante de una redención sin bautismo de sangre. Obtuvo su autonomía sin dramas marciales ni desgarradores, sin batir de tambores. La obtuvo peleando al lado de la Gran Bretaña y no contra ella. Los fundadores del país no son generales con la espada desenvainada, sino estadistas con una pluma en la mano. Las repúblicas hispanomericanas efectuaron su independencia con revoluciones más o menos sangrientas, cortando de un solo golpe los lazos del control europeo. Sus tradiciones se han tejido con la triunfante trama de las luchas por la libertad. Por otro lado, el Canadá —tierra de paradojas— se realizó como nación no por medio de una revolución y separación, sino mediante la amalgama de dos ele-

mentos aparentemente contrarios —autonomía y cooperación—, hasta tal punto que su desarrollo ha sido tan insensible y sin aparato vistoso, que aun hoy día muchos son los que todavía creen equivocadamente, que el Canadá es colonia británica. Pero volvamos a recoger el hilo histórico.

A medida que avanzaba el siglo XIX, la atención se desplaza hacia el oeste, hacia aquellas inmensas llanuras ondulantes, que son ahora granero del mundo. Desde 1825 un tratado había determinado los límites entre el territorio ruso de Alaska y los dominios de la compañía inglesa del *Hudson's Bay.* Por otro lado, una serie de acuerdos determinaba el 49° paralelo como frontera entre Estados Unidos y las posesiones británicas. De este modo las colonias ya se extendían desde el Atlántico hasta el Pacífico —*ad mare usque ad mare,* como reza el escudo canadiense.

3o.—*De la confederación al "Acta de ciudadanía canadiense".* Sin embargo de ello, este vaso territorio —un semicontinente— no tenía otro lazo que el de pertenecer a la Gran Bretaña. La personalidad política canadiense como unidad, a pesar de que ya asomaba en la mente de algunos próceres políticos, no tenía vigencia alguna. Las continuas desavenencias entre el grupo francés y el inglés, que llegaron a un callejón sin salida, más la posible amenaza de absorción por parte del "destino manifiesto" de los Estados Unidos, si estas colonias se hubieran quedado dispersas, causaron el planteamiento del proyecto de una confederación. Tras de varias reuniones, acordaron unificarse cuatro de ellas: el Alto y el Bajo Canadá. La Nueva Escocia y el Nuevo Brunswick. Con la promulgación en Londres del "Acta de la América Británica del Norte" (*British North America Act*), tal como la habían redactado las colonias, emergió frente al mundo una nueva comunidad. Aunque las otras provincias de las que actualmente forman el país, no vinieron a juntarse sino más tarde, el día primero de julio de 1867, el "Dominio" del Canadá era ya una realidad.

Sir John A. MacDonald, que encabeza la lista de nuestros primeros ministros tuvo que enfrentarse con innumerables problemas: crisis económicas, escándalos políticos relacionados con la construcción del primer ferrocarril intercontinental ca-

nadiense, discusiones de frontera con los Estados Unidos, y la rebelión de los *métis* del Oeste, encabezada por Louis Riel. El párvulo no había nacido bajo estrellas propicias.

En el año que el liberalismo, dirigido por el nuevo *Premier;* el franco-canadiense Wilfred Laurier, ascendió al poder, el país experimentó un nuevo renacimiento. Las mentes se saturaron de visiones nuevas, y un espíritu de optimismo se apoderó de la nación. Se bautizó el año de 1896 *Annus mirabilis.* Si el siglo XIX había pertenecido a los Estados Unidos, "el siglo XX", proclamaba Laurier, "sería del Canadá". Los canadienses empezaron a añadir a su adaptabilidad de pioneros una confianza en sí mismos que no habían poseído anteriormente. Este cambio, sin duda, era un reflejo de la civilización comercial que arrollaba todo como una avalancha. Grandes transformaciones se efectuaron en el país que proporcionaron al Canadá un espectacular crecimiento en población, y una abundante llegada de capital extranjero. Una especie de *Völkerwanderung* había empezado hacia el Oeste. No se había de detener hasta el año de 1930. Durante este período cinco millones de personas —la mitad de ellas se quedaron definitivamente— entraron como inmigrantes: alemanes, austríacos, bohemios, búlgaros, daneses, eslovacos, finlandeses, griegos, holandeses, italianos, judíos, lituanos, noruegos, polacos, rumanos, rusos, suecos, ucranos, yugoeslavos, etc. Winnipeg y otras ciudades del occidente canadiense se habían, convertido en modernas Torres de Babel. Se empezó a explotar el Oeste, que contenía millones de acres de tierra cultivable, ricos bosques, abundante pesquería, cantidades ilimitadas de carbón, etc.

El Canadá abrió sus puertas a todos. La única condición fué que los inmigrantes se arremangaran y empezaran a trabajar. En unas cuantas líneas, no es posible explicar este fenomenal movimiento de masas humanas. Es una materia llena de contrastes —esperanzas y tragedias— que únicamente un poeta épico podrá celebrar. Cuando la batahola se calmó, emergió un Canadá cuya quinta parte no era ni francesa, ni británica, pero cuya lealtad a su nueva tierra era indiscutible.

Cuando el gobierno de Laurier cayó en 1911, le sucedió el partido conservador de Sir Robert Borden. Además de pilotear al Canadá en la Primera Guerra Mundial, fué el nuevo *premier* quien inició el movimiento efectivo para una nueva

definición del *status* del país dentro del *Commonwealth* británico, movimiento que culminó con la proclamación de la Conferencia Imperial de 1926, en la cual se afirmaba que los Dominios eran "comunidades autónomas dentro del Imperio Británico, iguales en estado político, y de ninguna manera subordinadas unas a otras en ningún aspecto de su vida interna y externa, aunque unidas por la común lealtad a la Corona y libremente asociadas como miembros del *Commonwealth* británico de Naciones". Estos principios fueron incorporados en el "Estatuto de Westminster", que fué ratificado por el Parlamento Británico en 1931.

Ahora bien, ¿qué es este *Commonwealth* Británico de Naciones? Es una organización *sui generis,* imprecisa en su estructuración jurídica, y que carece de un esquema omnicomprensivo concerniente a la vinculación de sus miembros, pero que sin embargo existe y actúa con gran vigor en la política mundial. Sus asociados están ligados entre sí, tanto por el mismo origen racial de casi todos sus componentes como por el mismo acontecer histórico, con lazos más apretados en la premisa sentimental de una lealtad a la Corona —concepto de un monarca que reina pero que no gobierna— que en los puntos jurídicos estipulados por un contrato. Esta es la organización a que pertenece voluntariamente el Canadá como nación libre.

En el dictamen del futuro, tal vez se considerará como el punto culminante de un proceso de evolución que duró más de una centuria, el procedimiento con que el Canadá entró en la Segunda Guerra Mundial. Ante la situación bélica de la Gran Bretaña, el día 3 de septiembre de 1939, la Nueva Zelandia y Australia se consideraron automáticamente beligerantes junto con la madre patria. Mas el Canadá no lo juzgó así, sino que, consideró necesario someter la declaración de guerra ante el Parlamento. Fué únicamente después de haber sido aprobada por éste, que el Rey Jorge VI *como soberano de Canadá obrando con el Consejo de sus ministros canadienses,* el día 10 de septiembre de 1939, anunció que el país se encontraba en estado de guerra. Durante una semana el "Dominio" había quedado neutral. El monarca, como Rey de Gran Bretaña, estaba en guerra pero, paradójicamente, como soberano del Canadá, mantenía una postura neutral. Así pues, es claro que el Dominio ha entrado en el conflicto por su propia decisión y no



Los caminos conducen a admirables gargantas cuando el Río de Leche (Milk River, Alberta) se ve cruzado por la vía láctea.



Canadá... "unas cuantas fanegas de nieve"... (Voltaire).



Donde el petróleo se hace geometría por contraste.



Frente a las construcciones totémicas, asombro del ciclista. . .



. . . La casa del trigo erige sus siete pilares.



HENRI MASSON. El patinadero. Oleo.

automáticamente, reservándose de esta manera el derecho de una posible neutralidad en guerras futuras en que la Gran Bretaña se viera envuelta.

El 27 de julio del año pasado el Parlamento canadiense promulgó el "Acta de Ciudadanía Canadiense" *(Canadian Citizenship Act)* en la cual se estipula que desde el primero de enero de 1947 el habitante de aquel "Dominio" se denominará ciudadano canadiense, además de súbdito británico. En todo lo cual se halla implícita una total autonomía interna y la plena adquisición de la personalidad internacional del Canadá como miembro del *Commonwealth* Británico de Naciones.

b) Antítesis y "Síntesis"

DESPUÉS de todo este devenir histórico, este hervor, y esta fermentación en la retorta gigantesca de este semicontinente, todavía hay quienes —conscientes de la "dualidad" cultural de los canadienses— se formulan la siguiente pregunta: ¿Es el Canadá una nación? Vamos pues a analizar esta antítesis franco-inglesa, *problema central de la civilización canadiense, base y clave necesaria para la comprensión política y cultural del país.*

De los doce millones de habitantes con que cuenta el país, aproximadamente el 30% es de origen francés,[3] el 50% de origen británico, y el restante 20%, un *melting pot:* los llamados neocanadienses.

El elemento galo es la *survivance* de los colonos franceses en la orilla del San Lorenzo. Con la derrota de Francia en Norteamérica desapareció su estandarte, pero quedaron 70,000 hijos suyos que han escrito, para el Nuevo Mundo, una de las más maravillosas páginas de su historia. De esta población de procedencia casi total del norte y oeste de Francia —Normandía, Bretaña, Poitou, Angers— de espíritu tenaz y trabajador,

---

[3] El profesor W. B. Hurd, estima que si la tendencia demográfica actual continúa, en 1971 los francocanadienses constituirán el 39.6% de la población, mientras que el elemento británico bajará al 38.9% del total. Así que, en menos de 25 años, posiblemente los francocanadienses sean el mayor grupo racial en el "Dominio".

ha surgido en nuestro continente "el hecho francés", o sea el milagro de la cuna. Pues la increíble fecundidad de los francocanadienses, que supera a la de los hijos de Israel en Goschen, ha ocasionado la multiplicación de los 70,000, de 1760, a 3.500,000 en Canadá, y más de 2.000,000 en los Estados Unidos. Han crecido como por obra de magia: sirva como una muestra, el ejemplo dramático de las quíntuples Dionne.

Originarios de la Francia del *ancien régime,* que se caracterizaba por un profundo respeto a la autoridad eclesiástica, por una sociedad jerarquizada y por un sistema semifeudal de tierras, es natural que se llevasen estos rasgos allende el mar.

Los colonos británicos, por otro lado, eran oriundos de una comunidad que desde Jaime I había ya adquirido muchos de los aspectos que se asocian con el *Weltanschauung* anglosajón de hoy. Desde un principio, los británicos se llevaron consigo las "leyes de Inglaterra".

Entre gente "blanca cristiana", no se hubiera podido hallar dos cosmovisiones más opuestas que las de estos dos grupos que se establecieron originariamente en lo que es, hoy día, Canadá. Y lo que es más, en el Nuevo Continente se enfrentaron el espíritu del extremo catolicismo misionero, por un lado, y por otro el protestantismo duro, austero de Nueva Inglaterra, que no representaba el término medio del anglicanismo metropolitano.

En las riberas del río San Lorenzo, se duplicó la sociedad campesina católica prerreformista, amante de las familias numerosas y de alegría de la vida social, algo indiferente en cuanto al progreso material y mesurada en su ambición. Frente a esta tranquila y pacífica existencia, se levanta la vida apurada, dinámica, del hombre de negocios anglosajón. Tiene prisa. Ha erigido —casi sin darse cuenta de ello— una vida de adquisición y hacinamiento. En 1760, estos rasgos no habían alcanzado las proporciones de hoy. Sin embargo, ya en aquel entonces la concepción anglosajona se encaminaba por la vereda de la ética comercial. Estos fueron los grupos que se juntaron en Canadá. Hoy día, estos rasgos, esencialmente diferenciadores, hasta cierto punto tienden a perdurar.

Los francocanadienses —pese a una muy marcada continentalización que analizaremos más adelante— han retenido ciertos rasgos característicos de la cultura gala: una propensión

al amor de las cosas del espíritu, un gusto de lucubrar sobre ideas generales una disciplina clásica, y una necesidad para la elegancia y la claridad lógica. Les quedan asimismo, sesgos de pasiones ardientes, de entusiasmo y de misticismo, que han heredado de los pueblos soñadores del norte de Francia. Pero han perpetuado un orden en el cual el clero católico ocupa un lugar primordial, un orden rechazado en general por la Francia contemporánea. El republicanismo francés propende a ser hostil a la iglesia, mientras que el *habitant* se aferra a ella tenazmente. Quebec y Francia han seguido, por lo tanto trayectorias divergentes. El francocanadiense no ha pasado por la experiencia de la Revolución francesa; ha evolucionado de una manera autónoma; ha perdido contacto con la madre patria, y ha formado nuevos conceptos de soberanía. Tres siglos de vida en la bien definida patria del San Lorenzo, el influjo del devenir histórico y su asociación y conflicto con la civilización anglosajona, han hecho que se edificara una sociedad propia, que difiere considerablemente de la francesa.

Pasamos ahora a un análisis del núcleo británico, que hay que dividir en tres sectores. Del elemento británico, un poco más de la mitad aproximadamente es de origen inglés. Generalmente hablando, es una clase media de espíritu conservador, que viene a ser la base social sobre la cual descansa la tradición británica en el Canadá. Se caracteriza por un elevado sentido cívico y una conciencia elevada del deber en la colaboración social, tan notable en los ingleses.

Viene en segunda consideración, el elemento escocés, que contribuye a la formación de una seria democracia y es la espina dorsal del sistema bancario canadiense. Se caracteriza por lo sobrio, lo constante, lo eficiente, lo parsimonioso hasta la caricatura, la ocultación de las emociones, y una cierta tardanza precavida en su comportamiento. Su aporte a la formación del Canadá, ha sido tan considerable que el escocés ha impreso su sello inequívoco, casi trascendental, en la fisonomía del "Dominio". En tercer lugar numérico, vienen los irlandeses que hay que subdividir en dos grupos fundamentales: el irlandés católico, aportador de imaginación, de personalidad, de líderes políticos, y el holandés protestante de Ulster. Pero, generalmente hablando, se puede agrupar el elemento anglófono en una sola rúbrica con características propias. Co-

mo núcleo tiende a seguir, —aunque inconscientemente— al eje ideológico: Bacon, Hobbes, Locke, Hume, por su propensión al espíritu práctico, positivista y pragmático. Se caracteriza por una cierta falta de lo especulativo y una carencia de inquietud metafísica. Se preocupa mucho por el hombre, es verdad, pero es una inquietud con sesgos científicos, con notable énfasis en lo psicológico —experimental. Tiende a canonizar la fructificación de la actividad humana. De ahí, el prodigioso adelanto técnico-industrial del país, pues sin menospreciar la contribución francocanadiense hay que admitir que para el progreso material del Canadá, el mayor artífice, el que le ha dado mayor ímpetu, ha sido el sector anglosajón. Pero esta capacidad de la acción, de lo útil, y de la técnica parece estar en razón inversa a la capacidad para una comunicativa *joie de vivre* y una sensibilidad estética que caracteriza al francocanadiense al igual que a nuestros hermanos continentales: los hispanoamericanos.

Así que, a primera vista, en la actualidad, la antítesis entre los dos sectores del Canadá sigue neta y completa. Pero... cuando consideramos a los canadienses más detenidamente y desde una perspectiva extranacional, es decir, cuando colocamos a este país en el amplio fondo mundial, esta antítesis pierde su bella simplicidad, y se borra hasta cierto punto. Este fenómeno tiene raíces y motivos reales.

En primer lugar "nadie escapa a la fuerza telúrica de la tierra, a su tremendo genio apasionado" como dijera tan bellamente Fernando Benítez. Desde un principio los dos grupos tuvieron que enfrentarse con lo selvático del páramo: el espíritu del Nuevo Mundo. Este espíritu tiende a reducir, según la célebre tesis del F. J. Turner, al mismo nivel a tòdos los que comulgan con él, transformando en americanos a europeos de distintas procedencias.

Aunque esta fuerza de nuestro continente no tiene poder de convertir elementos dispares en cosas idénticas, posee el hechizo de cambiar viejas características para proporcionarles un espíritu y un molde nuevo. Muchos de los cambios producidos de esta manera propenden a aproximar a los francocanadienses a sus compatriotas de habla inglesa; de tal suerte que los dos grupos se encuentran sustancialmente más próximos —a pesar de ellos— que hace 200 años. Pues en donde había

tan uniformes condiciones como el desmonte de ambos colonos, en el mismo ambiente selvático, en donde la calidad del hombre se medía por sus fuerzas y habilidad en el manejo del hacha para la tala de árboles, para la limpia de la selva que tenía por fin preparar el terreno de la siembra —puesto que esto únicamente contaba— las mismas cualidades, los mismos valores, han tendido a prevalecer. No había lugar para la diferenciación de clases sociales. Sólo se destacaba el valor de las personas, lo cual prevalecía sobre conceptos tradicionales. La democracia canadiense —ya herencia inglesa— se reforzaba en las raíces de los árboles abatidos y fué por ende hasta cierto punto —como señala el profesor Lower— producto de la selva. El *habitant* en las orillas del San Lorenzo, era una persona diferente a su apocado hermano de la Francia del *Ancient Régime*. La influencia de la tierra —por algo se tilda asimismo *enfant du sol*— y del medio ambiente, ha acercado al francocanadiense al espíritu continental. "...notre climat et le voisinage —ha dicho Mgr. Camille Roy, difunto rector de la Universidad de Laval y decano de las letras canadienses— de nos compatriotes anglo-saxons devaient contribuer encore à changer notre tempérament, notre caractère... Le voisinage des Etats-Unis, où le commerce, l'industrie et l'argent absorbent les meilleures énergies, et ont créé la noblesse du million, n'a pu que nous persuader davantage de mettre nous-mêmes, au dessus de la fortune de l'esprit celle des affaires, ou tout au moins de préférer à la vie intellectuelle les préoccupations d'ordre utilitaire... Il faut avouer que notre esprit canadien-français a subi de lentes et sûres transformations... fatalement, nous sommes devenus utilitaires et pratiques".

Por otro lado, el anglocanadiense, sometido a su vez a las fuerzas telúricas del medio, se ha alejado de su molde puramente británico, para continentalizarse. De ahí que el inglés, al llegar al Canadá, queda asombrado ante la americanización de sus habitantes.

Otro factor que se puede descubrir como cierto *substratum* de "síntesis" en la comunidad canadiense, es un inefable *britanismo* que tiende a caracterizar a todos los habitantes del país, aunque más acentuado, por supuesto, entre los anglocanadienses. Este *substractum* británico, ha actuado y sigue actuando como fuerza de unificación y cohesión entre las entidades inte-

grantes del país, por un lado, y por otro, como fuerza diferenciadora entre el Canadá y los Estados Unidos. Este *britanismo* —supracultural si se quiere— es una amalgama de un especial espíritu cívico; de un sentimiento marcado hacia el Rey de Inglaterra; de la característica *lex* británica, de una cierta filosofía de los asuntos públicos.

En suma, tiene un contenido preponderantemente político, una legitimación del poder estatal que ha servido al Canadá como elemento unificador. Este *britanismo* inefable no solamente ha acercado a los dos grupos mayores, sino que también actúa en los neocanadienses que llegan con el tiempo a absorberse pasivamente en esta civilización predominante. Muy pocos de entre ellos desean regresar a su país de origen. Si la primera generación de los neocanadienses, mantiene su idioma originario, la segunda en cambio, es bilingüe y la tercera ya habla únicamente inglés. Aunque conserven parcialmente, su temperamento y su genio atávico, se funden en el crisol canadiense. Este mosaico étnico contribuye al mismo tiempo a la configuración de la fisonomía del Dominio. El eslavo trabajador y de espíritu sobrio aporta un rico *folklore,* el italiano es depositario de una gran sensibilidad artística, y así sucede con los otros grupos, que enriquecen el panorama con matices multicolores.

Hay, además, ciertas reacciones inefables comunes a todos los canadienses. Tal vez la más elocuente que haya notado el que escribe estas líneas, es un especial brote de entusiasmo que experimenta todo canadiense al presenciar un partido de Hockey —el deporte nacional que no conoce líneas idiomáticas—. Otros factores han tendido a proporcionar una cierta "síntesis" a esta *communitas communitatem* que es el Canadá. El intercambio diario; el orgullo en las hazañas, en los adelantos y en la posesión de instituciones distintivas de justicia de los canadienses de ambas denominaciones, la larga asociación histórica; la concadenación de gestos similares; los indisolubles lazos económicos —ya sabemos la fuerza de tal vinculación—; el nivel de vida material que la enormidad de los recursos les ha permitido alcanzar, y por fin la acentuación de un amplio nacionalismo mazziniano —que reconoce una unidad compatible con la diversidad de sus elementos culturales, sin aspirar a una completa homogénea uniformidad—, resultado de la

reciente guerra, tiende a colocar a todos los canadienses en un terreno común para dar lugar a aquel *greater canadianism* por el cual abogaba Sir Wilfred Laurier.

Todos estos factores tienden a proporcionar elementos que sujetan a los grupos a una tónica común. Entre ellos —y a veces a pesar de ellos—, se ha cuajado una como coincidencia en muchos rasgos generales y en el fondo de cada estilo, está latente y actuante un estilo colectivo común a toda la comunidad. No queremos decir que no haya diferencias, sólo queremos anotar que se ha insistido en las características particulares, olvidando las similares de la civilización general que han determinado la continuación del Dominio.

Así pues, a pesar de sus diversidades y particularismos —que no podrán dejar de ser fecundos—, el Canadá es dueño de una esencia nacional. El molde formado por la influencia geográfica, histórica y política, es un molde intransferiblemente canadiense.

La segunda parte de *El Canadá: panorama político,* aparecerá en nuestro número próximo.

POLITICA CULTURAL

ANTE LA REUNION DE LA UNESCO

Por *Luis SANTULLANO*

HAY una riqueza espiritual en los pueblos, como hay una riqueza material. Y las gentes hállanse más unidas por aquella riqueza que por esta otra, que sólo alcanza a las menos. La generalidad de los humanos ignora tal hecho, no sabe esta cosa sencilla que Tawney apunta en su libro "La Igualdad" con palabras muy claras: "Lo que necesita una comunidad según la misma palabra sugiere, es una cultura común, porque sin ella no será una comunidad en manera alguna". No se trata de un planteamiento previo, sino de un proceso en marcha desde la formación del primer núcleo social, que hoy, en nuestros tiempos de una semicivilización alimentada de progreso deslumbrador, cabe ya dirigir de algún modo, a fin de llevar ese proceso a una superación de la actual realidad insatisfactoria.

El idioma, la religión, el arte, el estilo de vida, las tradiciones populares, con las expresiones del Folklore en la música y en la danza, en las bellas labores de cerámica, el tejido y bordado, etcétera, constituyen otros tantos valores espirituales, al lado de las altas creaciones de la inteligencia o de la inspiración. Son manifestaciones de la riqueza a que aludimos y, por encima de los bienes materiales, otorgan la personalidad y la categoría a una comunidad social determinada.

Otra riqueza hay, que ahora nos interesa particularmente, y es la educación pública, modernamente valorada de modo tan notable que se ha visto en ella la posibilidad de hacer de los pueblos lo que sus gobernantes quieran. El nacionalismo cultural —observa Znaniecki— es uno de los factores más influyentes de la Europa del siglo XX. No sólo de Europa, hemos de añadir, sino del mundo entero, escindido hoy en dos grandes y agresivos sectores de ideas y aspiraciones opuestas, dentro

de la crisis de los imperialismos y los monopolios insaciables, de la búsqueda de nuevas formas de organización social que aseguren la posesión efectiva, demasiado prometida de la justicia y la solidaridad entre los hombres. Pero han de comenzar éstos por establecer una conformidad acerca de la cuestión previa de si la educación es asunto personal del individuo, según quería Locke, o es derecho y deber que corresponden al Estado, como órgano de la Nación, según pedía Rousseau. En todo caso, el buen liberalismo del siglo XIX nos dejó advertido que todo poder que aherroje la sana libertad humana es reprobable, pues no solamente hiere los profundos sentimientos y movimientos del individuo, sino que a la larga es dañoso para la comunidad, al limitar la capacidad creadora del hombre, como elemento impulsador del avance social. Todavía serán pertinentes durante mucho tiempo estas preguntas que Meiklejohn hace, planteándolas como fundamental cuestión en todo sistema de educación pública: qué grupo social la administra; cuáles son los propósitos de ese grupo y sus finalidades educativas.

El siglo XX ha visto acentuarse los afanes políticos, ahora en clara y fuerte lucha por el dominio de la organización cultural en todos los países que pretenden ser civilizados; pero ya hay hombres que, avizorando el futuro, aspiran a encontrar formas de coincidencia que unan espiritualmente a los pueblos, por encima de las fronteras nacionales. Así la segunda Guerra Mundial, tan destructora, ha suscitado el noble propósito de crear una "Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas", cuya Comisión Preparatoria se viene ocupando de convenir las bases para el desarrollo de intrincadas actividades científicas, literarias, culturales en general, con inclusión de las referentes a las ciencias sociales y al arte. Si dicho organismo llega a ser algo más que una aspiración laudable podrán conseguirse facilidades para las relaciones internacionales del espíritu y fomentarse el intercambio intelectual y artístico, esencial para destruir barreras mentales, ignorancias mutuas, prejuicios nacionales y raciales, y llegar al conocimiento entre los pueblos, a la mutua estimación y comprensión leales.

El programa de la proyectada Organización supra-nacional, de no mantenerse en un terreno de ambigüedad gris y estéril, ha de encontrar en su desarrollo las posiciones contrarias mantenidas por diferentes grupos sociales, en cada país, que

no se plegarán fácilmente a la unificación de principios fundamentales, reservada a un futuro todavía remoto. De ahí que, sin abandonar el propósito, antes bien insistiendo en la ya iniciada labor, interesa desde luego influir en los pueblos para que vayan encaminando sus sistemas educativos y docentes en un sentido respetuoso para los imperativos esenciales de la libertad humana, la justicia, la solidaridad social y el respeto a las ideas y creencias elevadas y sinceramente mantenidas. Sin esta disposición particular no es fácil que se logre un entendimiento general, por lo apegados que están los pueblos a sus intereses y concepciones. En la idea y el sentimiento de Patria se parte, como observa Ortega y Gasset, de que es la tierra de los padres, de las generaciones que ejercen el dominio, siendo así que ha de ser "la tierra de los hijos, esto es, algo que no existe, algo que está por hacer, una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber. . ." Esta nueva posición nos ayudaría a desprendernos del egocentrismo colectivo, de la superestima de lo heredado y logrado, de una realidad actual que dista de la perfección todo cuanto declaran los insaciables apetitos y las violencias manifestadas de la fiera humana individual y colectiva. Bernard Shaw habla en "La cosa sucede" del "odio feroz con que los animales humanos, como todos los demás animales, se vuelven contra el desgraciado individuo que no se parece a ellos en todos los conceptos". Ese apego ciego a lo que se tiene dificulta de modo grave la comprensión de lo ajeno, la inteligencia con los demás. Toda política cultural ha de partir de aquí, si ha de irse a otros tiempos, en los que los hombres lo sean plenamente y no salvajes pretenciosos con automóvil, radio y avión.

La aspiración no es tan fácil de realizar cuando vemos en el calendario de la ciencia antropológica que nos hallamos aún muy cerca, en el tiempo, de la caverna troglodita, desde la que nuestros antepasados salían a disputar las presas, hacha de pedernal en la garra, que no mano; cuando de otra parte advertimos el fracaso de aquel intento genial de constituir una civilización noble, que la Historia registra, eso sí, con letras de oro. Al reflejar en sus escritos la alta aspiración del tiempo, Platón señala en "Las Leyes" como educación esencial la que comunica al hombre el deseo de convertirse en un ciudadano perfecto, que le enseña a mandar y obedecer, ateniéndose fun-

damentalmente a los dictados de la justicia. Platón sabía ya de la otra formación, profesional, de los oficios, que lleva a la especialización en las varias y necesarias actividades. Con este segundo tipo de educación nos hemos quedado en las Escuelas y en la sociedad, estúpidamente satisfechos, descuidando la que hubiera podido estimular una cultura digna del siglo XX y del progreso técnico y arrollador. El afán de goces, servidos por la riqueza, ha favorecido esta actividad y los avances materiales prodigiosos, porque se ha ignorado que era posible una realización feliz en una vida sencilla de los individuos y los pueblos, indiferentes a las ambiciones desenfrenadas. Herodoto nos dice que Grecia aparece en todos los tiempos como un país de escasos recursos, pero en ello funda su *areté,* a la que llega mediante el ingenio y la sumisión a una ley severa, que defiende a Hélade de la miseria y de la servidumbre. Esa "areté" o perfección ideal, reservada a los mejores por razón de estirpe, suponía una educación aristocrática en la bondad y la belleza, que no fué negada a todos cuando la masa llamó con cierta impaciencia a las puertas del Estado, que había de abrírselas de par en par. El Gimnasio, con su atención al cuerpo, dió el paso y la entrada para llegar a la plena educación de la mente y del espíritu. "Asi el Estado griego del siglo V —escribe W. Jaeger en su admirable "Paideia"— es el punto de partida histórico necesario del gran movimiento educador que da el sello a este siglo y al siguiente, y en el cual tiene su origen la idea occidental de la cultura. Como lo vieron los griegos, era íntegramente política pedagógica. La idea de la educación nació de las necesidades más profundas de la vida del Estado y consistía en la conveniencia de utilizar la fuerza formadora del saber, nuevo poder espiritual del tiempo, y ponerlo al servicio de aquella tarea".

Se trata, pues, de algo más que una cuestión de abecedario en ese propósito de elevar a un pueblo a un plano de vida digna y solidaria con otros pueblos, en la que lo económico tenga su parte esencial y discreta. Sin duda alguna cabe partir del moderno trivio del "leer, escribir y contar", que, una vez superado, dejará de ser preocupación obligada y principal de los gobiernos. Esos instrumentos para el aprendizaje intelectual y profesional son necesarios; pero no bastan a estimular la debida formación del hombre, que supone la integración

de otros elementos y factores. "Las primeras letras —dejó escrito don Francisco Giner— no deben ser nunca lo primero en la escuela, ni en la educación". Esta posición hace recordar unas palabras de Rousseau, en el "Emilio", llenas de profundo sentido: "¡Acuérdate en todo momento de que la ignorancia nunca hizo mal; que sólo el error es funesto y que no nos extraviamos por no saber, sino por imaginarnos que sabemos!" Por eso Emilio, que tiene pocos, pero sólidos conocimientos, sabe que le faltan otros y que hay muchas cosas que él, ni nadie, conocerán nunca. Cabe en una sana educación satisfacerse con un saber limitado; pero importa hoy como ayer tener presente la aspiración del viejo Fénix, el maestro de Aquiles, cuando pretendía educarlo elevadamente para hablar y para obrar.

En la buena política cultural, no se han de formular planes agotadores, que pretenden resolverlo todo, llegar a lo definitivo. Los proyectos de gobierno suelen resistir el peso de todas las promesas, esperanzas e imaginaciones; pero del dicho al hecho, si no hay más que un trecho, según la sabiduría popular, ese trecho puede ser más largo de lo que parece y hasta puede dar en un abismo. Hay que contar siempre con la realidad, con lo que sea hacedero ante ella y en ella. Sobre todo, ha de contarse con las personas, seriamente preparadas para lo que se necesite de ellas, sabedoras de que en materia de educación todo es importante, lo grande y lo pequeño, de que nunca se llega al final, por lo mismo que es un proceso inagotable en su perfeccionamiento. Veamos, sólo como un ejemplo, lo que el maestro Cossío reclamaba para la mejora de uno de los grados de organización docente, refiriéndose a España, bien que con aplicación a otros países de Europa y América: "Para reformar nuestra segunda enseñanza, se necesitaría cambiar su actual régimen, meramente instructivo, por otro que abrace todas las esferas de la educación. Régimen que no se limite a la asistencia del alumno a las clases, sino que exige su permanencia en el local durante todo el día, haciendo vida escolar de trabajo, de juego, de excursión, de comida, si fuera preciso, con sus compañeros y profesores, y ofreciendo así ocasiones para que se produzca no la mera instrucción y enseñanza, sino la plena educación intelectual y, con ella, la del sentimiento y la del carácter; aquella que abraza desde el

pensar y discurrir hasta la limpieza corporal y el refinamiento de las maneras; la armoniosa salud, en suma, del cuerpo y del espíritu. . . ("La segunda enseñanza y su reforma").

Labor análoga habría de exigirse a los otros grados docentes desde la Escuela primaria a la Universidad, sin olvidar los establecimientos especiales, para no satisfacerse con el limitado empeño de la sola instrucción y, sin descuidarlo, atender a la formación del hombre, dejada hoy a los azares de lo que salga, en el hogar, en la escuela, en la calle. Por fortuna, con la sociedad actual el ambiente general contribuye a nuestra formación mediante la que el mismo maestro Cossío llamó enseñanza y educación difusas: "Tal vez la menor cantidad de nuestro saber, y no hay que decir de nuestro mundo afectivo, con el que, al par de la ciencia, se enriquece el espíritu, nos viene a todos de las aulas; fuera de las cuales, en forma espontánea y difusa hemos ido atesorando en cada momento, día tras día, sin saberlo, de un modo libre y ocasional, en libros, periódicos, conversaciones, trato familiar y amistoso, en el comercio humano con espíritus superiores, en los espectáculos, en los viajes, en la calle, en el campo. . . el enorme caudal de cultura con que insensiblemente engalanamos la vida".

Pero, desde arriba, desde los mandos del poder, bien manejados, cabe hacer mucho en todos los aspectos de la cultura y algo, muy esencial, en lo que se refiere a la mentalidad serena de la obra escolar elemental, superior y técnica, lo mismo en el orden político que en el religioso. En lo político, las escuelas deben ayudar a la formación de la conciencia ciudadana, consciente de sus deberes y derechos, libre en el ejercicio de éstos, mirando al bien de la colectividad. En lo religioso ha de apartarse del sistema docente toda coacción de tipo confesional, ya que las creencias y su práctica corresponden al fuero individual íntimo y profundo. Ello no significa desdén, ni siquiera indiferencia para el sentimiento religioso, para la auténtica religiosidad, que ha de ser favorecida como elemento esencial en la purificación de los espíritus. Esto supone en maestros y profesores una disposición de gran exigencia moral, de noble comprensión, de honda sensibilidad, de actitudes generosas, de reacción simpática ante lo universal, de amor a la Naturaleza, de gestos fraternos.

Al lado de esto, y aunque parezca discordante, cabe señalar un deber del Estado ante una necesidad del individuo y de la comunidad que no suele tomarse en cuenta todo lo que debiera: "No es suficiente —escribe Rousseau— que el pueblo tenga pan y vino en su condición; es necesario que viva agradablemente, con el fin de que cumpla mejor los deberes, que se atormente menos por salir de ellos y que el orden público esté mejor establecido. . .". Y recogiendo esta doctrina rusoniana, Jovellanos en el siglo XVIII español decía: "No basta que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos". Porque ese contento, esa alegría sana es el tónico de la vida y, dentro de ella, del trabajo. El "pan y circo" de los romanos supone toda una filosofía política, que los gobernantes de hoy van aprendiendo, y de ahí los jardines públicos, los campos de deportes y los regocijos y fiestas en ciudades y aldeas para que el pueblo se expansione. Cuando el dosaje entre juego y trabajo es correcto —advierte Huxley en "Beyond the Mexican Bay"— una sociedad determinada puede disfrutar de sorprendente estabilidad durante siglos, según sucedió en Egipto, Babilonia, India y China. Claro es que el escritor inglés olvida, porque quiere, que esas sociedades estaban apoyadas en el esfuerzo disciplinado de masas esclavas, en una u otra forma. Era una estabilidad presionada por la autoridad y el poder, ejercidos de modo tiránico o absoluto. Y los de hoy son otros tiempos, y sin embargo, hay la misma necesidad de recreo de siempre, por ser algo esencial a la naturaleza humana.

Todavía pudieran hacerse otras consideraciones de tipo general; pero estimamos preferible concretar en una serie de aspiraciones realizables los términos de una política cultural que puede convenir hoy a muchos pueblos. Estas aspiraciones habrán de ser acogidas y encaminadas a su realización por la Universidad, dentro y fuera de ella, como organismo superior de la enseñanza y alta expresión que es, que debe ser, de la cultura en el país respectivo.

En este sentido a la Universidad corresponde:

a) Insistir en la política de abrir ampliamente sus puertas a todos los talentos, con independencia de la situación económica de los individuos.

b) Ofrecer generosas oportunidades a los escolares de otros países y fomentar la relación espiritual con todos los

pueblos —los de lengua española pueden hallar en el propósito la facilidad del idioma común— mediante el intercambio de alumnos, profesores, técnicos, escritores y artistas.

c) Recabar la formación cultural y científica dentro de la Universidad para todas las profesiones, no solamente las llamadas liberales; de modo que el militar y el sacerdote, el arquitecto y el ingeniero frecuenten las aulas comunes de la enseñanza superior, cortando de este modo la actual inclinación dañosa a constituir castas recelosas, proclives a la desintegración social.

d) Asumir un interés elevado y constructivo en las cuestiones esenciales del país, que afecten a su economía, problemas sociales, necesidades de la educación popular, interferencias religiosas, políticas, etc.

e) Favorecer todo lo posible los viajes dentro del país y en el extranjero, de manera que la juventud estudiosa se ponga en contacto con los mejores estímulos nacionales y ajenos.

f) Fomentar las organizaciones cooperativas juveniles, cuyo interés en las varias manifestaciones alcance a los más, por encima de otras solicitaciones partidistas en lo político y en lo religioso.

g) Hacer llamamientos constantes, con el ejemplo y la palabra oportunos, a la tolerancia respetuosa para las ideas y creencias, sincera y noblemente sostenidas y practicadas.

h) Extender la acción universitaria en y fuera del recinto académico mediante cursos de cultura básica, bibliotecas circulantes, exposiciones, teatros y museos ambulantes, misiones a los pueblos y otros medios que favorezcan la elevación espiritual y un sentido mejor de la vida en los pueblos.

Estas orientaciones, al alcance de la mayoría de las gentes en su concepción, serán de realización tanto más acertada cuanto más se alejen de las fórmulas de receta milagrera los que hayan de tomar el cuidado de aplicarlas y acomodarlas a las varias circunstancias posibles en cada lugar y tiempo. Sobre todo, habrá de estimarse que no se trata de la obra de un día, por grande que sea el entusiasmo, y que será inútil todo propósito de acción si no se cuenta con los hombres preparados y convencidos que lo tomen en sus manos con la necesaria responsabilidad y los medios pertinentes.

MESA RODANTE

IMPERIALISMO Y BUENA VECINDAD

Intervienen: *Jesús Silva Herzog, Mariano Picón-Salas, Joaquín García Monge, Fernando Ortiz, Waldo Frank, Ezequiel Martínez Estrada y Daniel Cosío Villegas*

JESÚS SILVA HERZOG:

El tema escogido para esta "Mesa Rodante" tiende a aclarar conceptos, ideas y hechos elementales desfigurados en su forma y dimensiones por la espesa niebla que caracteriza nuestro tiempo. El tema es, por otra parte, de singular importancia para los pueblos de América, para todos sin excepción alguna, y es deber del intelectual —no del político— analizar los hechos, los conceptos y las ideas sin otra finalidad que descubrir la Verdad o los fragmentos de verdad que le sea posible señalar en el confuso escenario de la vida internacional. Ya sabemos, porque alguien lo hizo notar no ha mucho tiempo, que mientras el político siempre nada con la corriente, el intelectual nada a menudo en contra de ella. El político sirve los intereses de la clase social a que pertenecen aun cuando no siempre con lealtad y es siempre hombre del presente, es decir de un instante, de un presente que hoy mismo puede dejar de serlo; juega con las circunstancias que lo rodean, mas en ocasiones son las circunstancias las que con él juegan. En cambio el intelectual, el verdadero intelectual, el intelectual de cuerpo entero, trabaja siempre por el bien de su pueblo, por el bien de la humanidad; es ciudadano del mundo y sembrador de un futuro que puede hoy mismo comenzar; lucha por conservar los viejos valores auténticos, por crear nuevos valores y por lograr que el hombre se supere a sí mismo a fin de que descubra una nueva morada en que habite con decencia, con dignidad y en una atmósfera de paz constructiva y fecunda.

Y todo lo anterior significa que *Cuadernos Americanos* aspira a que en esta Mesa Rodante participen intelectuales sin compromisos de grupo o partido, porque si así no fuera, no podrían pensar como intelectuales sino como políticos. Lo que se quiere es que quienes vayan echando a rodar esta Mesa, no tengan otra mira que la de ser vasallos de la verdad y servidores de los intereses de la especie. Cada vez nos afirmamos más en el principio de que el hombre sólo con la verdad sirve de verdad al hombre.

Lo primero que se ocurre es preguntarse: ¿qué es el imperialismo? y en segundo lugar, ¿en qué ha consistido y en qué consiste la teoría política de la buena vecindad? Vayamos por partes. ¿Qué es el imperialismo? Estaría tal vez fuera de lugar intentar un análisis erudito del vocablo, de sus diferentes significados, de su evolución, puesto que ello nos apartaría del problema esencial que importa examinar.

La respuesta a la pregunta formulada puede darse, a nuestro parecer, siguiendo en términos generales a varios autores ya clásicos. Cuando un país por el desarrollo de sus nidustrias, de su comercio y de sus sistemas de crédito, logra acumular capitales más allá de las necesidades que exige su propio desenvolvimiento económico, y los intereses del capital invertido se reducen a tasas muy bajas; entonces los capitales que no encuentran inversiones lucrativas en su territorio, emigran a las naciones de retrasada evolución, donde se colocan en negocios que producen altas ganancias. Además los países superindustrializados han menester para continuar su línea ascendente, tanto de mercados para sus productos como de materias primas. Con tal propósito adquieren en las naciones atrasadas materias primas baratas por medio de la explotación de los trabajadores indígenas y logran la venta de mercancías a bajos precios, lo cual es obstáculo para la industrialización de estas naciones. En otros términos los capitales excedentes se desbordan e invaden las zonas geográficas vecinas o lejanas, de la misma manera que el agua, cuando en abundancia se precipita por las corrientes que surten la presa que la contiene, sobrepasa la cortina y cae y fluye, inundando las comarcas próximas o distantes. Esto es lo que es imperialismo económico, que de modo inevitable se hace también imperialismo político.

Hay que proteger los intereses de los súbditos o ciudadanos de los países fuertes. Y como se ha dicho ya muchas veces, tras los comerciantes van las banderas. Esto es lo que es imperialismo: etapa superior del capitalismo como dijera Lenin; resultado, no de la maldad de los

hombres, sino de una estructura económica basada en la propiedad privada de los bienes de producción y en el lucro como finalidad preponderante.

Ahora bien, los Estados Unidos de Norteamérica, quiéranlo o no sus estadistas; quiéranlo o no sus mejores ciudadanos, los más generosos, los más humanitarios; quiéranlo o no, es un país fatalmente imperialista. Es cierto que el Presidente Franklin D. Roosevelt, uno de los hombres más grandes, de mayor estructura intelectual y moral del presente siglo, quiso mantener a raya a los grandes mercaderes de la nación vecina; industriales, banqueros y comerciantes; pero las exigencias de la guerra lo obligaron a entregar altas posiciones directivas a varios de esos mercaderes. Es cierto también que el mismo gran estadista hizo esfuerzos sinceros para rebasar la etapa de la diplomacia del dólar y sustituirla por la política de buena vecindad. Empero, ¿puede alguien, por poderoso y bien intencionado que sea, contener los desastrosos efectos del imperialismo, desastrosos para los pueblos débiles, sin modificar desde sus cimientos la estructura capitalista? La respuesta que se nos viene a la mente parece ser lógica y secamente negativa.

Pero insistamos en ello. ¿En qué consiste la teoría política de la buena vecindad? En forma sintética puede decirse que estriba en la amistad sincera entre todos los pueblos de América, basada en el respeto mutuo, en la justicia y en la igualdad; en la cooperación económica interamericana con apoyo en el principio ético-social de que el bien del vecino se traduce en nuestro propio bien, y su mal en nuestro daño; y por último, en la solidaridad en el ideal de que todos los habitantes del Continente tienen derecho a gozar de las ventajas del progreso y de los dones de la civilización.

No es posible negar que la obra internacional de Roosevelt, en relación con los países latinoamericanos, ha significado hasta ahora un cambio con respecto al pretérito. El garrote ha sido sustituído por el guante blanco; el grito intemperante por las palabras amables; la insolencia por la cortesía. Quizás puede decirse algo más. Hay en la mayoría de los diplomáticos norteamericanos una mejor actitud, un deseo de mayor comprensión de los problemas de nuestros países; hay en algunos de ellos una cierta posición amistosa; mas suponiendo la mejor buena voluntad del Departamento de Estado, de sus Embajadores, Ministros, Consejeros y Secretarios de misión; aun suponiendo todo esto, ¿es acaso bastante para impedir las consecuencias del impe-

rialismo o siquiera para neutralizar su ruinosa acción en los países de la América Latina?

Las aguas que se desbordan de la cortina de la presa —volvamos a nuestra imagen— no pueden ser contenidas por la buena voluntad de los hombres. Hay que hacer cambios radicales: desviar las corrientes para que sean aprovechadas en un nuevo sistema que distribuya con equidad, para bien de todos, el agua que fecunde la simiente en los campos del porvenir.

En nuestra opinión la política de buena vecindad en comparación con la diplomacia del otro Roosevelt, ha sido y es un cambio más en las formas que en el fondo; más en lo accesorio que en la esencia. El imperialismo —repitámoslo una vez más— fenómeno económico, inevitable, hijo legítimo del régimen capitalista, no dejará de ser jamás constante amenaza y mal creciente para el progreso objetivo y real de la mayoría de las naciones, mientras la sociedad capitalista no se transforme en una sociedad nueva que supere la sangrienta civilización del mercader.

MARIANO PICÓN-SALAS:

Poco hay que añadir a lo que dice con suma claridad, Jesús Silva Herzog. El problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos consiste en lo siguiente: desde el punto de vista económico estamos tan vinculados a ellos que después de la reciente guerra, los norteamericanos son los principales distribuidores de nuestros productos y los precios que ellos fijen al café, al azúcar o al estaño sin ninguna otra competencia internacional, condicionan totalmente la vida material del proletario de Cuba, de Colombia o Bolivia. Practicamente, pues, y ante el quebranto de las grandes naciones europeas, el imperialismo económico norteamericano parece hacerse más absorbente. Desde el punto de vista cultural hay diferencias profundas entre las dos Américas, y aunque los latino-americanos estamos requeridos de una tecnología tan eficaz como la norteamericana para el mejoramiento de nuestras condiciones materiales, queremos salvar al mismo tiempo, nuestra concepción de la vida y de la Cultura que desde muchos puntos de vista antagoniza con la que predomina en los Estados Unidos. Lo peor que podría ocurrirnos sería trocarnos en yanquis de segundo orden o sufrir un impacto cultural de superposición y confusión de

formas y adulteración de los valores espirituales nativos, como el que una mal adaptada educación norteamericana ha producido en Puerto Rico, y contra la cual insurge ahora lo más vigilante y despierto de la conciencia puertorriqueña; los que no quieren vender su alma. Hay que decir claramente que el Panamericanismo como ha venido funcionando hasta hoy es una sociedad desigual porque es la desequilibrada alianza del elefante con las hormiguitas. La base de un panamericanismo honesto serían acaso los pactos previos latino-americanos, el entendimiento de las naciones débiles quienes al unificar su criterio sobre los puntos generales de una política americanista acudirían a la opulenta mesa de discusión a que nos invita Washington, con mayor autoridad que la de simples acólitos. Por lo demás, la política de los Estados Unidos ya no es tan sólo panamericana sino ecuménica, y la lucha ideológica que su Capitalismo está emprendiendo contra Rusia acaso quiera comprometernos en el futuro. No deseamos los latinoamericanos que se nos lleve dócilmente a quemarnos en las brasas de una futura conflagración. Exigimos nuestro derecho a la paz para prosperar y crecer. Porque a lo mejor se nos convida a otra guerra para "defender la democracia" y después de ella los pueblos coloniales continúan sojuzgados y Franco sigue representando el "orden" en España.

Mientras la política de los "grandes" no salve esa tremenda contradicción entre las ideas y los negocios; mientras Puerto Rico que es un país hispánico continúe siendo colonia; mientras los intereses norteamericanos armen y equipen bien a un tiranuelo del tipo Trujillo y le permitan llamarse "defensor de la democracia", habrá entre las relaciones de Estados Unidos y los países hispanoamericanos cierta forzosa precaución y recelo, pues hasta llegamos a pensar que nuestros potentes amigos del Norte consideran que la ideología jeffersoniana no es exportable y que los derechos que pide un hombre de Massachusetts o de Virginia no son los mismos que requiere un ciudadano de Perú o de Venezuela. En última instancia el "panamericanismo" debe ser ese derecho a la igualdad económica y a la más amplia democracia política de los países del Continente. De los mohosos y ceremoniales discursos de las viejas asambleas panamericanas, esta doctrina que hasta ahora sólo fué la expresión del poder material y de la influencia internacional de los Estados Unidos, debe transformarse en un nuevo sistema de convivencia continental en que los países pequeños armonicen sus intereses, hasta poder discutir con los grandes.

JOAQUÍN GARCÍA MONGE:

San José, Costa Rica, C. A., diciembre 6 del 46.

Sr. Secretario de Cuadernos Americanos.

Mi muy estimado amigo:

RETARDADA ha de llegarle esta carta. Le ruego me disculpe. Por el Sr. Silva Herzog tengo las mayores simpatías; lo respeto mucho. Por eso me duele tanto que mi respuesta para la "Mesa Rodante" no les haya llegado. Escribo para el público tan poco, lo que yo diga es tan poco y de escaso interés. Leí el trabajo que me envió del Sr. Silva. Estoy de acuerdo con él. Espero que me autorice Ud. para publicarlo, cuando salga en *Cuadernos Americanos,* la gran revista.

Más me gustaría oír los comentarios ajenos de esa Mesa Rodante. Han de oírse allí y entonces, cosas muy buenas. Como han de salir en *Cuadernos,* allí me daré el gusto de leerlos. Los comentarios míos pueden no oírse en esa Mesa; no valen la pena.

Van en la Mesa a plantear lo de Imperialismo y Buena Vecindad. Espero mucho acierto, mucha comprensión en lo que digan al respecto. El tema es de actualidad, muy interesante.

Yo no creo en eso de Buena Vecindad. Sigue en pie el Imperialismo con sus codicias. Ahora ampliado como imperialismo espiritual, así como lo planteó hace dos años Mr. Churchill en una de las universidades de los EE. UU. "La Revista de La Habana" del señor Cosme de la Torriente lo tradujo y lo publicó. Yo lo reproduje en el "Repertorio Americano". No sé si otra revista lo haya difundido. Ignoro comentario alguno, si se ha hecho, creo que pasó ese discurso inadvertido. Vivimos muy descuidados en lo que más nos interesa saber para guiar los pasos hacia el porvenir; responsabilidad mayor en las gentes ilustradas. Y el Imperialismo de Mr. Churchill con respecto a estas 21 Repúblicas hispanas, es de lo más peligroso. Debiera estudiarse y hacerle frente en lo que no nos convenga. Ya hemos perdido casi todas las riquezas naturales que Martí quería fueran *propias* mediante el esfuerzo inteligente y continuo de los hijos de su América; al paso que vamos, podemos perder también, o mistificar —si nos confiamos, si nos descuidamos— el otro patrimonio, el del Espíritu. Velar, vigilar debiera ser la preocupación de los escritores suramericanos que piensan. Y ponerse en fila. Uds. se han situado bien en esa Mesa Rodante de

la preocupación hispanoamericana. No basta la buena voluntad, si no hay mutuo aprecio, igualdad, solidaridad. Vivimos bajo la fatalidad del hombre de negocios, asociado a los criollos. Tipo artificial y peligroso ese que llaman mercader. Negocio opuesto al ocio noble de la tradición.

Habría que insistir en eso de las interferencias culturales peligrosas, hoy en juego en la América hispana. No es que los jóvenes no aprendan inglés; que lo aprendan y muy bien. O el español en campo diverso. Pero cada uno en su sitio, sin descastarse ni descartarse. Que caigamos por desunidos, por débiles, por pobres, pero no de incautos, de tontos. Hagamos patrias, no colonias. Tenemos que salir de esta condición subalterna, ya secular, en que hemos vivido respecto del Imperio Anglo-Sajón. El grito perdurable ha de ser el de nuestro Sarmiento previsor: Seamos los Estados Unidos de la América del Sur. Una Unión poderosa de Repúblicas Hispanas en el Mundo: tal debiera ser nuestra fundamental aspiración de hombres, más que vivir al amparo del poderoso que nos quiere buenos vecinos. Nuestro gran don Florencio del Castillo —y no le hicieron caso entonces— proclamó en las Cortes de Cádiz, la España UNA. No la de los falangistas de ahora y de siempre, por supuesto. Es otra España, Uds. comprenden. . .

Le ruego me salude al Sr. Silva. Salúdeme también a todos los compañeros de *Cuadernos,* en todos pienso, a todos los estimo y quiero y les digo: hasta luego; salud y éxito.

Suyo afmo.

J. García Monge.

FERNANDO ORTIZ:

LAS preguntas que hace Silva Herzog no pueden ser de más actualidad para todos los americanos, los de un lado y otro del trópico de Cáncer.

El imperialismo económico ha dividido el aún llamado Nuevo Mundo en dos regiones; una, como *Superamérica,* en el ápice continental y otra, como *Sudamérica,* en la base sustentadora. En la historia moderna la primera ha sido el impulso, la otra es el remolque. Aquélla operó con la ciencia y los técnicos, esta otra esperó con la tradición

y la rutina. Si el imperialismo emerge en el Norte no es por climas, razas, ni colores de la piel ni del pelo; sino principalmente, y junto con otras causas menos decisivas, por una mejor orientación de las energías colectivas, por una más acertada estrategia social.

Siglos atrás el imperialismo, aun no capitalista, estuvo de "nuestro lado", o mejor dicho de nuestros antepasados, con las fuerzas dominadoras y expansivas del feudalismo y del papismo; dos monopolios, de la espada y de la idea, engendros de la Edad Media. El siglo XVI rompió esos monopolios imperialistas y surgieron otros. El mundo, como ahora, se dividió; hubo guerras y revoluciones de religión, de filosofías, de caudillajes y de maneras de economía, y la contienda se hizo tablas en Westphalia. Pero los norteños tuvieron la Reforma, no solamente la religiosa sino también la filosófica, la política y la económica, una Gran Reforma; y los sureños, los "ultramontanos", quedaron sin reformar. La vigilia por la transformación y la soñera de la conformidad.

Unos y otros invadieron el Nuevo Mundo, con el espíritu reformista en el norte y con el conservador en el sur. Nuevas formas y viejas formas. Allá fué la implantación de novedades, aquí el reacomodamiento de vejeces. Allá un mundo de renacimiento en la modernidad, aquí otro de medioevalidad obstinada. América Hispana producía los metales preciosos a raudales, España los hacía dineros para invertirlos en empresas que aseguraran una vida mejor en el otro mundo, Europa los convertía en capitales que trabajaran para el mejoramiento de la vida en este mundo mismo. Las naciones que tienen ciencia y producción se hacen fuertes imperios, mientras las hispánicas, sin excluir la misma Península, pasan a ser colonias económicas y a "trabajar para el inglés", según el histórico proverbio.

En el siglo XVIII se reanudan las grandes convulsiones por las ideas, los credos, las políticas y las economías. Toda América es conmovida y vienen las independencias nacionales, contra la *Santa Alianza* de los emperadores y del papado. Se niegan los derechos divinos de reyes y jerarcas y se proclaman los derechos del hombre y de los pueblos. Los "reinos" se truecan en "patrias" las colonias en naciones. "¡América para los Americanos!"

Pero esto no basta. Las banderas sirven para nuclear a los pueblos en torno de ellas, pero por sí solas no les marcan los rumbos. Toda América marcha por la vía de la "ilustración"; pero unos, ya con adiestramiento probado, van a gran paso en su vía progresiva, mientras los otros van remisos o siguen en el remanso estantío. Vapor de má-

quina que triunfa y humo de incienso que resigna. Invenciones, experimentos y libertades, que mejoran y prolongan la vida; y mitos, inercias y servidumbres que perpetúan los morbos y las hambres. Inquietud dinámica para hoy y quietismo y dejadez para mañana. Apresuramiento y procrastinación. Instrumentalidad industriosa e innovadora del joven capitalismo y desamparo del agro socialmente enfeudado y decrépito.

Una centuria más y ya estamos en otro ciclo de revoluciones y guerras; otra vez conflictos de ideologías, de creencias de políticas y de economías. Hoy los imperialismos han cambiado de rango y predomina sobre todos el del capital, mientras los otros le sirven de palafreneros. Ya Cristóbal Colón le decía a los Reyes Católicos que el dinero era tan potente que hasta sacaba las almas del purgatorio. Aquellos monarcas ya sabían también lo que el dinero significaba para las guerras, mucho antes de que Napoleón dijera que "La guerra es dinero, dinero y dinero". Pero jamás, hasta el siglo XIX fué tan clara ni tan efectiva la significación de las monedas como expresiones cuánticas del poder social. Más que las espadas y los hisopos. Todo se monetiza. Antaño la emplumada serpiente del dios Quetzalcóatl bajaba volando desde los cielos y la cornuda de Satanás subía reptando desde los infiernos. Hogaño las sierpes de los dioses y los demonios renuncian a sus milenarios símbolos porque mejor están enroscadas en las barras del dólar ($) y de la libra esterlina (£) que son, como astillas del edénico árbol, los dos contemporáneos emblemas de la troncalidad "del bien y del mal". Las crecientes concentraciones del capital han ido poniendo en pocas manos, cada día menos, los productos vitales de todos los continentes. A estos focos de poderío económico ya les dió su nombre un canciller de Inglaterra cuya memoria hoy veneran juntos el Vaticano y el Kremlin, aquél por uno de sus santos nuevos y éste por tenerlo entre sus viejos precursores. Tomás Moro, en su UTOPÍA, les dió el nombre de *oligopolios*. Esta es la época de su apoteosis. Los oligopolios de la realidad, como las sierpes de los mitos, nos estrujan más y más en sus anillos.

Se nos pregunta si esto es inevitable. Así parece. Es tal la magnitud y complejidad de los factores codeterminantes de ese fenómeno histórico, que es impracticable su evitación; pero eso no obsta a que pueda ser remediado. Como lo será sin duda, aun cuando ello sea difícilmente hacedero, a medida que la humanidad, según quería Moro, "ponga freno a la libertad de ejercer monopolios" y continúe su perenne y progresiva reforma o transformación con la ciencia por guía.

Y también pasará esta era. Cuentan que Josué detuvo una vez al sol para acabar una batalla; pero el astro echó a andar de nuevo y no ha cesado de rodar. *E pur si muove.* Y no se sabe de quién lo puede detener. Ni un monopolio de los pensamientos que siempre envileció a la dignidad humana, ni uno de las armas que quitan la vida, ni otro de las máquinas que a ésta pueden darle en abundancia medios, sosiego y venturas. Jamás ha tenido la humanidad, apenas con un par de siglos de pragmático renacimiento científico, más dominio de las fuerzas de la naturaleza que hoy día, ni ha sentido nunca más conciencia de su propio poderío para fraguarse un porvenir mejor. Aceleramiento en las fuerzas disponibles y en el propósito de utilizarlas. El metafórico ideal de Henry A. Wallace, de distribuir cada mañana una ración de leche esterilizada y nutricia a cada habitante del globo, ya está en la esfera de las posibilidades creadas por la ciencia. Y ésta irá creando también las condiciones de su realización.

¿Y de la "Buena Vecindad"? La afirmación de la política del "buen vecino" ante todo implicaba la confesión de que la vecindad interamericana hasta entonces había sido mala y que tenía que adecentarse. Y Roosevelt, Roosevelt el Grande, supo introducir "buenas formas" en el trato, iniciando un *new deal* interamericano, como hubo otro para su propio pueblo. Al fin, y cada día con más intensidad, los tratos políticos y sociales tienen expresiones ineludiblemente correlativas dentro y fuera del país. Quien es egoísta y abusador en su propia casa no podrá ser equitativo ni liberal de puertas afuera, por más que afine sus ademanes por el buen parecer. El imperialismo, que generalmente es tenido sólo como un fenómeno ultrafronterizo, es a la vez entrañablemente nacional. El mismo imperialismo económico actúa en Paraguay y las Antillas a la vez que en Alabama y Missisippi y aun en los *slums* de Nueva York. Por eso no hay que esperar del imperialismo de Washington mejor trato que el concedido por los "emperadores" a su propio pueblo de los Estados Unidos y a aquellas gentes que les son foráneas pero bajo su imperial voluntad. Para toda la América Latina, lo que ocurre en Guam o Filipinas, pongamos por casos actuales, es lección que aquélla ha de leer para enseñanza propia; y la conducta de Washington con España, digámoslo por otro ejemplo, está a los ojos de todos los americanos como el reniego de la "democracia cristiana" y un paso inequívoco hacia el que ya ha sido llamado *Sacro Romano Yanqui Imperio,* o como otra *Santa Alianza* o renovado consorcio internacional de las oligarquías reaccionarias contra los pueblos de la América que habla español.

Por eso es muy conveniente seguir de cerca los episodios de la política interna de los angloamericanos. Mientras los gobernantes del norte no eviten la desocupación y la miseria en su propio pueblo, nada les importará la infelicidad económica de los vecinos. Si ellos siguen entre sí fanatizados por los racismos y persiguiéndose unos a otros a pesar de ser todos compaisanos, ¿cómo confiar en que tengan consideración más democrática para los demás? Claro está que no faltan norteamericanos que ven y lamentan esto con nobleza; pero todavía son una minoría poco trascendente; y algunos de ellos, quizás por miopía nacionalista, creen que los derechos, franquicias y prosperidades que reclaman para sí no han de serlo también para los demás.

Queramos o no, hay una intervinculación muy estrecha entre todos los sistemas políticos y sociales de América. El frenamiento, si no la cercenadura, de los oligopolios traería rápidas transformaciones y comunes ventajas al Norte como al Sur; sin las supeditaciones de los pueblos de abajo sería insostenible la estructura de los monopolistas de arriba y todos convivirían mejor, a niveles iguales o más cercanos. En eso hay una verdadera interdependencia panamericana y la estable prosperidad de unos no podrá asegurarse sin la de los otros, aunque aparentemente no sea así.

Sin duda, en esto del "panamericanismo", como tocante a las palabras hoy tan altisonantes y manidas de "democracias", "soberanía", "intervención", "libre empresa", *"American way"*, etc., habrá que obtener una revaloración semántica que permita la comprensión mutua. Porque hay empeño en trastocarles el sentido. Quien hace poco abominaba de la democracia ahora alardea de ser su mejor paladín, aun cuando conspire a favor de las dictaduras; quiénes antes excomulgaban al libre pensamiento, piden libertad de cultos donde ellos no tienen el poder para suprimirla; los que se declaran muy respetuosos de las soberanías ajenas suelen ser quienes más intrigan para que los pueblos no se den a sí mismos el gobierno que ellos quieran, si piensan que éste no ha de plegarse a sus intereses privados; los teorizantes de la "libre empresa" son los que más refuerzan cada día la cerrazón de sus monopolios o "empresas exclusivas", con subsidios, aranceles, primas y otros privilegios; los que propugnan el "comercio libre" saben que los otros no tienen independencia económica, ni grandes industrias autónomas, bancos, buques, aviones ni otros medios para poder comerciar, quienes dicen oponerse a la "economía dirigida" hacen cuanto pueden para que no cese el sistema secular y exclusivo de dirigirla ellos solos;

y aquéllos que campaneaban las famosas "cuatro libertades" hoy sólo las recuerdan como cascabeles de bufón.

Con la "buena vecindad" interamericana ocurre lo mismo. Como ya nos decía, hace una quincena de años, un muy perspicaz y humorista diplomático costarricense acreditado en Washington: "En el *panamericanismo* lo malo es que para la América de habla hispánica *pan* significa algo muy distinto que para la angloparlante. Para los unos *pan,* en castellano, es la "comida" que hay que ganar todos los días, mientras para los otros es, en inglés, la "sartén" que ellos tienen por el mango". Por eso invocamos juntos el panamericanismo, pero no siempre nos entendemos. El panamericanismo ha venido a ser concepto huero, cuando no anfibólogo y encubridor de ideas antitéticas. Hay que darle una rectificación semántica, de sentido unánime y justo, y un contenido real y fecundo. *Facta non verba.* Si no se revitaliza ese concepto con un verdadero e integral solidarismo, en lo económico como en lo político y lo ético, la panamericanidad, no importa la pompa diplomática y retórica con que ella sea adornada, quedará por siempre tendida, yerta y fría, como la bella mujer durmiente del Iztaccíhuatl bajo sus armiños de nieve.

Porque lo cierto es que la América Latina va dejando de confiar en Washington. Nunca como ahora han sido más armonizables las relaciones de las gentes del sur con las del norte; pero jamás han estado todas ellas más en camino de convencerse de que sólo intereses privados y personales, no siempre sanos, son los que se entrometen para apartarlas entre sí y en su división alzar imperio. Si alguna entidad geográfica parece creada para una íntima coordinación de sus intereses económicos, políticos e históricos, esa es el continente americano. Todos los climas, todas las producciones, todas las "razas", en su verticalidad geográfica de polo a polo. Pero la privanza asfixiante de los oligopolios trabaja más para el distanciamiento y discordancia entre los factores nacionales de América que para su integración continental. La fuerza, con expresión de garrote o de bomba, podrá encadenar los diversos elementos, como esclavos en un mismo cepo; pero no podrá lograr una organización visceralmente vital. La "unidad americana", hoy día concepto harto insignificante o ambiguo, no podrá ser sin una positiva reordenación económica, hecha "con ciencia y conciencia". Antes que planificar un ejército panamericano, que ahora se proyecta para la defensa exterior de una agresión hipotética, hay que formular y realizar un plan, otra Reforma más, así en las culturas como en las economías, que articule las producciones, consumos, con-

veniencias y dignidades de todos los pueblos de América; porque, eso sí, es urgentemente indispensable para defendernos todos contra un enemigo real y común, interno y de gran peligrosidad, cual es el infortunio perenne y la desesperada humillación de pueblos enteros. ¡Cuán lamentable es que los estadistas de Washington no se den cuenta de que están perdiendo la "buena vecindad" del continente! Si no sobreviene una nueva Reforma, la "Unidad de América" no será sino una fórmula geográfica, pero vacía y de sentido arbitrario y acomodaticio; ni pasará de una ligazón de intereses particulares y oligárquicos, disfrazados bajo palabrerías de seda. Hace falta, para un panamericanismo leal y trascendente, que el *pan* que vaya por delante sea el del sustento seguro, material y espiritual, de toda la humanidad americana. Es necesario que la panamericanidad formularia y discursera, de banderas y músicas, se trueque por una sustantiva y enérgica *panamericanía,* como habría dicho Unamuno. Hay que recomenzar otro *New Deal* interamericano, un *Renew Deal* que traiga a todos los pueblos de América plenitud de cultivos, minas, máquinas, laboratorios, escuelas, universidades y decoros cívicos. ¡Ah! Y jarros de buena leche al alba de cada día. ¡Coordinación de economías, recursos, colegios, técnicas, libertades y respetos! Sólo así podrá haber "unidad" de América, en fuerzas, ideales y porvenir.

Quizás la doctrina de Monroe necesita también una clarificación semántica. Algunos proponen que ahora sea: "toda América para todos los americanos", pero no para el medro de algunos pocos de ellos. O, como propuso hace lustros un presidente de Argentina, habrá que sustituirla por otra: "toda América para toda la Humanidad".

WALDO FRANK:

LA afirmación inicial de Jesús Silva Herzog en esta "Mesa Rodante" es tan cierta y fundamental, que a mi juicio las respuestas que a ella se den, deberán consistir más bien en comentarios y ampliaciones. Se me pide mi opinión en un momento en que estoy hundido por completo en la tarea de escribir un libro —libro que deberá concluirse en fecha determinada (sin más razón que la urgencia económica). Significa esto que no cuento ni con la energía ni con el ocio suficientes para realizar un análisis riguroso de determinados aspectos importantes de esta discusión, cosa que bien valdría la pena. No desearía, por otra

parte, ausentarme de este cordial intercambio de ideas; y puesto que "Mesa Rodante" sugiere conversación informal, quizá se me perdone la ausencia de un desarrollo lógico en lo que expreso.

La Política del Buen Vecino, iniciada por Summer Wells y Franklin D. Roosevelt, no engañó a ningún americano consciente del norte o del sur del Río Bravo. Esta política, como apunta Silva Herzog, no desafió los fundamentos económicos del capitalismo monopolista norteamericano; ni siquiera puso a prueba el *ethos* básico de la Empresa Americana: la fuerza directriz en la civilización estadounidense. Puede decirse, además, que ha ocasionado más perjuicio que bien, puesto que mantuvo la falacia de un cambio de imperialismo a inter-acción democrática. Es posible, sin embargo, que no todo el pueblo norteamericano sea conscientemente imperialista, ya que para ello se requiere un largo proceso de ensoberbecimiento y educación.

El hecho es, que la empresa, la expansión de la empresa, es la fuerza motriz de Norteamérica; que tanto el ejército como los políticos sostienen este liderato; que la mayoría de las fuentes de noticias y las creadoras de conciencia —el periódico, la radio, la escuela— están en manos de la Gran Empresa; y que las contrafuerzas del liberalismo americano creador se encuentran ahora más dispersas e impotentes que nunca. Y ya que estos son los hechos, es vano y peligroso negarlos. Las recientes declaraciones oficiales del Presidente Truman en relación con Grecia y Turquía, no son "novedades": sólo ponen el sello oficial en la dirección irresistible (hasta ahora) del Poderío Norteamericano. Es evidente que Washington, durante la guerra, no objetó los gobiernos dictatoriales, sino sólo aquéllos que por una u otra razón no se mostraron amistosos ni cooperaron con él. Sucesos recientes no han hecho sino afirmar esta evidencia.

La esperanza única estriba en un cambio fundamental dentro de las fronteras de los Estados Unidos, en un *renacimiento* político y económico. Este, a su vez, no tendría oportunidad de triunfar a menos de que ahondase en las raíces mismas de nuestros *ethos,* ya que es en el falso individualismo del pueblo nortetamericano donde residen la energía y la fuerza, base de sustentación de la Gran Empresa. Para comprender que existen ya los comienzos de un movimiento de transformación tal, es preciso acercarse íntimamente al pueblo de mi país. Estos principios no están aún articulados en nuestros pequeños grupos políticos liberales, ni en la mayoría de nuestro movimiento obrero, ni en nuestra cultura popular. Son todavía obscuros, están diseminados, no tienen claros sus objetivos ni alcanzan el poder. Sin embargo, se

encuentran por doquier, y si la guerra pudiese evitarse por una década o dos, este movimiento incipiente podría nutrirse, dirigirse y adelantarse hasta una posición en que lograse desafiar con fruto al imperialismo norteamericano. Esta es la tarea de todo buen americano: intelectual, agricultor y obrero. Avanza hoy con modestia y en el anonimato; no aparece en los "encabezados" y lejos está aún de tener segura la victoria sobre las poderosas fuerzas del bando contrario; pero es la esperanza única de salvar lo que gustamos de llamar la civilización occidental.

Tal es nuestra tarea. ¿Y cuál la de Hispanoamérica? Haya de la Torre pronunció en días pasados un discurso en Nueva York que por desgracia no escuché. Probablemente los periódicos lo hayan citado incorrectamente; si así es, por adelantado pido mis excusas a Haya de la Torre, a quien admiro y considero amigo hondamente respetado. Según la información, recomendó una "alianza" de *todas* las Repúblicas de América. Como meta a largo plazo, esto es sin duda deseable. Como objetivo inmediato no tiene sentido alguno. En muchos de mis libros señalo que el *ethos* de los pueblos hispanoamericanos se aparta del nuestro, que a diferencia del norteamericano no se presta de modo natural al imperialismo y al monopolio capitalista; y que esto constituye la fuerza principal y la promesa mayor de la América Hispana. En el presente, este *ethos* potencialmente creador no puede enfrentarse a la amenaza del poderío americano, ya que económica y políticamente se encuentra dividido y debilitado. Así, una alianza con la gran República de Norteamérica significaría sumisión a nuestra corriente arrolladora. El primer paso de una verdadera alianza deberá consistir, por tanto, en la unión de las Repúblicas Hispanoamericanas: en la solución de sus propias diferencias mediante una profunda unión económica, cultural y política. Entonces, y sólo entonces estarán en situación de paridad con nosotros; entonces y sólo entonces es posible Panamérica.

Esta ha sido mi tesis durante cerca de 30 años.[1] Y no sólo en bien de los pueblos hispanoamericanos sino además en nuestro propio provecho. La masa del pueblo de los Estados Unidos, víctima de sus tradiciones e ideales heredados del pasado, se encuentra tan amenazada y necesitada como la vuestra, a pesar de que por el momento contemos con más dinero y más maquinaria. También nosotros necesitamos de todos los aliados que nos sea posible encontrar, para luchar contra las fuerzas estériles y anti-humanas de nuestro mundo. Cierto, nuestro Estado Mayor y nuestras Cámaras de Comercio verían

1 Desde la publicación de "Nuestra América", en 1919.

con suspicacia una federación de vuestros pueblos; empero, ella fortalecería, alentaría y *despertaría* al pueblo norteamericano. Las fuerzas democráticas de Hispanoamérica, con demasiada frecuencia, han tenido que acudir a nosotros en demanda de ayuda inmediata. Permítaseme grabar en ustedes, hermanos queridos de México hasta el Brasil y la Argentina, la idea de que esa ayuda sólo puede ser negativa. Acaso la opinión pública norteamericana no toleraría ya la invasión de vuestras tierras por marinos de nuestro país, si bien aun esto no es seguro. Pero esperar que el pueblo norteamericano esté suficientemente alerta para oponerse a las invasiones más sutiles y tortuosas en vuestras vidas, mediante su poderío político y su poderío económico, cuando aún nosotros en este momento no podemos hacer la *defensa propia* que nos salve del control ideológico, de la conquista de nuestras *vidas* por las fuerzas que conducen al imperialismo y a la guerra, es esperar lo imposible. Nuestra gran batalla se desarrolla en nuestro frente económico; lo mismo debe suceder con la vuestra.

Es, en todas partes, una lucha orgánica. Nuestra obra consiste en cambiar el *ethos* del pueblo norteamericano: deshacernos de los valores predominantes en estos tiempos, que toleran e inevitablemente conducen a la expansión económica y del poder. La tarea que a ustedes corresponde es fortalecer y dirigir los valores creadores de vuestro propio *ethos;* afianzar los lazos entre la América española y la portuguesa; instituir en vuestras repúblicas gobiernos y economías estables que expresen vuestro *ethos* y que conduzcan a la formación de un cierto tipo de federación libre, a fin de que América Latina se nos enfrente, antes de que sea demasiado tarde, como una democracia unificada y operante, a la cual pueda reconocer y unirse el pueblo de Norteamérica.

La solidaridad del hemisferio occidental y el Nuevo Mundo serán entonces más que un nombre. La alternativa es el caos para todos nuestros pueblos de Occidente y el retorno de la civilización a Oriente: China, India, Rusia, *et al-,* donde estos problemas fundamentales están siendo tratados hoy día con mayor claridad y valor que en cualquier lugar de nuestro pequeño hemisferio occidental.

Truro, Mass.
Marzo 17 de 1947.

Ezequiel Martínez Estrada:

El problema del imperialismo, concretamente del imperialismo típico norteamericano, es sumamente complejo y como todos los problemas sociales que aglutinan otros esenciales, debe ser estudiado luego de planteado de nuevo, *ab ovo.* Creo que nada lo aclara mejor que tomar como caso crítico su última fase aguda en el fascismo. Capitalismo de monopolio, imperialismo económico-financiero, diplomacia del garrote y del dólar y estado totalitario son *facies* de un mismo fenómeno. El fascismo y su guerra son manifestaciones previstas e ineluctables de ese estado de dominio natural y "lícito" que el imperialismo representaba. "El expansionismo y el imperialismo económico de los grandes Estados europeos no hubiese podido conducir jamás a la guerra europea, si no hubiesen existido complejos de poder políticos y militares, cuya realidad, esencia y espíritu procedían de la época política y precapitalista de Europa, e incluso se remontaban a la época feudal", afirmó Scheler (en *Sociología del saber*). En términos generales, el imperialismo y el fascismo son dos aspectos alotrópicos o, mejor dicho, dos fases de una serie que vino desarrollándose desde que Inglaterra, los Estados y Alemania, en ese orden, estructuran la Era industrial y financiera.

En términos taxativos, Italia, Alemania y Japón han ensayado violentar, pero en su mismo sentido, el paso de la historia, incorporar a sus designios las fuerzas operantes en el imperialismo sajón —cuya catolicidad es romana, germánica y "santa"—, y reemplazar el dominio de la vanguardia de las mercancías por el dominio de la retaguardia de las tropas. A la hipótesis sentimental del "derrumbe automático" del sistema capitalista sucedió la realidad del afianzamiento de su estructura por la fuerza. El capitalismo financiero-industrial-mercantil usó métodos legales cuando pudo sin detrimento de sus fines. El fascismo utilizó inclusive las armas prohibidas, comenzando por la infinita variedad de las perfidias de *El Príncipe* y de *La Mónita,* a través del "ablandamiento" del sentido moral en los pueblos, para concluir por los más exactos y científicos métodos de proselitismo e intimidación. Las armas prohibidas que el imperialismo capitalista había rechazado, pero que estaban igualmente montadas en su arsenal como última *ratio* para un peligro supremo, las extrajo el fascismo y las usó tanto para la conquista de territorios como para la conquista de pueblos. (Es natural que para simplificar entien-

da por fascismo también el nacionalsocialismo, el falangismo y las órdenes jesuísticas). Los métodos de infiltración y catequesis: propaganda, organización de avanzadas por los "quintacolumnistas", en países estratégicamente escogidos, el soborno de gobernantes, que agudizaron, naturalmente, el patriotismo cerrado, el crimen político, la consolidación de una red invisible de comunicaciones en un mapa mundial reducido a los puntos de existencia abundante de materias primas y productos primarios, todo ello fué movilizado por naciones de ideologías aparentemente en pugna. Creó el fascismo el clima y la psicosis para el dominio del mundo, que no había sabido crear el capitalismo, y en ese sentido lo perfeccionó.

El imperialismo capitalista de Inglaterra y de los Estados Unidos había empleado la fuerza sólo cuando el dinero no era instrumento suficientemente eficaz de penetración; pero en líneas gruesas dejó que las fuerzas naturales de las finanzas y de la economía realizasen pacíficamente el plan de la conquista. Ese plan era imperfecto, pues; sobre todo, le faltaba la alianza de dos poderes inmensos: el fanatismo y el avasallamiento directo, el fin declarado de la esclavitud de la materia prima y de la mano de obra juntamente. Le faltaba una psicología de ambición y de terror que arrastrase o redujese por miedo y codicia a los pueblos. Tal como Inglaterra y los Estados Unidos lo practicaban, mecánica y legalmente, sus designios encontrarían un límite en sí mismos y acaso un punto crítico que amenazara con el derrumbamiento del sistema. Es lo que el marxismo había previsto. La forma —acaso la única o al menos la única válida para largo tiempo contra natura—, de consolidar ese sistema no podía ser otra que extraer de él mismo la solución en el orden de sus fuerzas predominantes, y planificar científicamente su empleo hasta sus extremas consecuencias lógicas.

El fascismo italiano es un ensayo "in anima vili" del plan germánico que la Alemania vencida no hubiera podido intentar directamente. Elaborado correcta y sabiamente, conforme a la técnica más precisa de laboratorio, subyugó de inmediato a las naciones imperialistas como producto genuino de sus fábricas, como la fórmula exacta para consolidar todo el sistema de sus intereses. Pero no les pertenecía el descubrimiento; por eso estaba condenado a fracasar en manos del creador. Lo que ellas jamás habrían puesto en acción, porque sin duda una resistencia moral las cohibía, se ensayaba en escala mundial; y ese era el segundo tiempo del mismo experimento "in anima vili", sin responsabilidad. La exaltación del orgullo nacional, la ad-

hesión de todos los sectores conservadores y reaccionarios del mundo, la utilización de una táctica probada durante trescientos años en países colonizables, la sumisión del ejército prusiano en Alemania y del catolicismo en Italia, demostraron que el dominio del mundo tenía en ellos dos agentes dóciles de supremo valor, preteridos antes. El "experimento" de España es otra cosa: es un contra-experimento.

La movilización de fuerzas irracionales, sociales y psíquicas, fué un gran descubrimiento complementario, del fascismo. Se las aplicaría con precisión constitucional y ãncestral a cualquier forma de imperialismo. Eran fuerzas "imperiales". La disciplina y organización de esas fuerzas necesitaban un objetivo que fuese al mismo tiempo espiritual y material, y la lucha contra el "comunismo" fué el lema y la bandera. Era la antigua batalla contra los "herejes", de San Ignacio. El imperialismo capitalista encontraba, económicamente, el procedimiento de reclutar en sus filas todas las fuerzas retrógradas y proscritas que habían entorpecido el progreso de la humanidad, en bloque y con una insignia.

Hasta el año de 1914, Alemania quiso competir lealmente en su juego, con Inglaterra y Francia, por la hegemonía industrial y comercial en Europa; la guerra perdida enseñó al Estado Mayor de su industria y de sus ejércitos que ese sistema, tan bien consolidado ya, no podía ser vencido sino por dentro, tomando de él sus directivas mercantiles, de España e Italia las fuerzas psicológicas y de sí la fuerza militar, para llevarlas hasta sus últimos extremos. Le hacía falta un contenido místico, la amalgama totalitaria de los "residuos alógicos" de Pareto.

Por estas razones creo que es innocuo plantearse el problema del capitalismo imperialista como fenómeno histórico y social independiente u ocasionalmente vinculado al fascismo, palabra cuya acepción restricta conduce a equívocos insalvables. Fascismo significa una estructura moral e intelectual, un modo de reaccionar pasionalmente el hombre agobiado por el peso de la civilización, una estructura del subconsciente y de los instintos de dominio más una estructura jurídica y económica. La "descristianización" total del hombre, como ya la había emprendido la Compañía de Jesús. No eran tres fuerzas complementarias, esas fuerzas negativas, sino una trinidad que hipostasía las fuerzas históricas todas del homo zoológico, no del homo sapiens. Por eso si el fascismo es la etapa ulterior del imperialismo económico, el imperialismo es su antecedente natural, y ninguno de los dos puede

ser juzgado sino dentro de una concepción filosófica más amplia que los abarque y los identifique.

Conseguida la "santa alianza" de los poderes del dinero, la espada y la fe, que en la reciente guerra sellaron su pacto de sangre, la liberación de naciones y de gentes parece imposible a corto plazo, pues a todas se las ha hecho cómplices de su propia servidumbre. La sobrevivencia del fascismo parece asegurada aún por las fuerzas contrarias, de oposición —o precisamente por ellas, con sabio mecanismo de conversión de movimientos—, en cuanto sirven involuntariamente a la fijación del sistema.

Nada entristece tanto como el canto de esperanza de los cautivos en él, cuando usan de buena fe palabras que también han sido adulteradas en la semántica de los idiomas de los falsarios. La mayoría de los opositores del fascismo son sus agentes secretos. La guerra ha puesto de resalto un estado de cosas de cuya responsabilidad es ingenuo culpar a nadie: todos somos culpables. Se trata de un proceso natural acelerado artificialmente. Cualquiera sea el saldo que deje la guerra —ya vamos viéndolo—, su estrago mayor se ha causado en la conciencia del hombre, en lo humano del hombre. Sea por la dificultad y magnitud de los problemas, sea por su exquisito trabajo de pervertir el alma, lo cierto es que hasta las personas decentes y sensatas están puestas ahora al servicio directo o indirecto de las fuerzas triunfantes del fascismo universal. Su victoria total no dependía de la suerte de las batallas: estaba decidida desde años y desde siglos antes. Sólo faltaba a esas fuerzas romper los diques morales, corromper profesionalmente las conciencias, y el fascismo vino a demostrar que en gran escala eso era más fácil de conseguir que individualmente, y sin castigo. Los primeros hombres modernos que *sienten* la inevitabilidad de que el proceso de dominio llegue hasta sus últimas consecuencias, son Lincoln en los Estados Unidos y Gladstone en Inglaterra. Los dos se oponen, hasta que pueden, a la fuerza imperial de sus propios pueblos. Pero la suerte está echada desde muchísimo antes.

Ni Inglaterra ni los Estados Unidos hubieran podido dar el paso de corromper a los pueblos para dominarlos, el paso de transformar su inevitable expansión sobre el mundo por medio de empresas de hegemonía económica en empresas de hegemonía militar. Y, sin embargo, sus ejércitos estaban desde su remota organización mercenaria, al servicio de esas fuerzas de conquista, nuevas huestes mercenarias del mejor postor. ¿No había nacido la industria mecánica de las artes de la guerra? ¿No era una guerra pacífica la del imperialismo capitalista?

No es que los banqueros, industriales y comerciantes sajones no hubieran comprendido, con anterioridad, lo que comprendieron los mariscales, industriales y comerciantes germánicos, al crear con el concurso de especialistas de primera calidad, el "nuevo orden". El "nuevo orden" era pasar a segundo plano el capitalismo y elevar al primero el militarismo, dejar la retaguardia a las mercancías. Pero ese trastorno, que representa la quiebra de todos los valores de la cultura, de la justicia, de la ética y de la fe, no podían realizarlo ni Inglaterra ni los Estados Unidos. Mas podían adoptarlo una vez impuesto con vigencia universal. Para eso sirvió la guerra: no simplemente para dirimir una cuestión de hegemonías, sino para poner en vigencia una concepción negativa de los intereses del espíritu bajo el imperio de los intereses materiales.

Tan complejo es el fascismo como lo fué el imperialismo capitalista en cuya línea de desarrollo está. Sin una nueva concepción de la historia no podrán ser comprendidos porque son fuerzas naturales históricas; y si se los combate desordenadamente se acrecentará su poder. De inmediato percibimos que todo punto de vista parcial que no abarque el sentido histórico integral de ese proceso de sometimiento del hombre por el hombre —que Seillière, Mannheim, Cassirer y Schumpeter vuelven a plantear—, bajo el doble y único aspecto de imperialismo y fascismo, es tiempo perdido. Los tres aspectos que presentan Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania corresponden a un mismo fenómeno, a un tipo de conquista muy viejo. Dados sus antecedentes históricos, la índole de su población, las normas institucionales, su capacidad de empresa, sus condiciones de época y lugar y el valor en que colocaron el acento de la vida, habían puesto en acción las mismas fuerzas para los mismos fines.

El proceso es mucho más complejo y dramático en los Estados Unidos que en Inglaterra y en Alemania, porque ha tenido que luchar consigo antes de llevar su empresa allende las fronteras. Las contradicciones de su política exterior, los conflictos de sus energías morales y su inconcebible potencia expansiva son realmente trágicos, porque ponen de manifiesto la tensión íntima de la civilización, a lo largo de todo su proceso, con sus presiones racionales e irracionales. En gran parte la suerte del mundo ha dependido del equilibrio de esa tensión íntima, estimulada y contenida por igual, mantenida en estado de permanente conflicto. Inglaterra había practicado una política de dominio por la fuerza en última instancia, cohonestada con la doctrina de la necesidad de expansión y de abastecimiento —el *lebensraum*—

que había de obtener en distantes territorios, ricos de materias y productos primos. Estados Unidos tiene a su alrededor, desde el comienzo de su vida colonial, territorios ricos e improductivos, débiles en su organización y defensa. Tiene una situación imperialista de facto, geopolítica. Comienza colonizando y termina conquistando, dentro de su propio territorio. La guerra de secesión es un símbolo. A la Marcha hacia el Oeste siguien, inevitable, consecuentemente, la anexión de vastas regiones adyacentes: Texas, Oregón, California y Nuevo México. Entonces se invocan muchas de las razones que el Tercer Reich hará válidas en sus demandas de espacio vital, de protección a los "sudeten" y de los derechos de la fuerza. La conducta de los Estados Unidos, a partir de la guerra contra España y hasta la presa del istmo a Colombia, es la de intimidación que representan Mc Kinley y Teodoro Roosevelt. A la zaga de Disraeli y del segundo Gladstone, de Bismarck y de Cavour, esos presidentes democráticos dan forma concreta a una nueva política que manipula simultáneamente un doble juego de violencia y de diplomacia. Todo será, después, cuestión de perfeccionamiento. Los hechos son bien conocidos. A la conquista de Etiopía por Italia y de España por las fuerzas mancomunadas del fascismo internacional, prosigue una táctica de conquistas pacíficas del mundo que realizan (muchos países en sí mismos), casi todas las naciones del mundo. Con el advenimiento de Hitler no se presenta para ninguno de esos países un peligro verdadero, sino a lo más otro experimento sin responsabilidad moral, siempre menos costoso que cualquier otro. Las naciones que van entregándose al fascismo son baluartes estratégicos para fijarlo, aunque presenten un transitorio peligro bajo la dirección, incontrolable ya, de Hitler, quien acaudilla a múltiples países con una sola insignia: es el Führer de una entente secreta. La entrega de España puede además tener otro sentido accesorio, abarcado el panorama de los acontecimiento hasta hoy: afianza una llave central del fascismo en Europa que unifica a las naciones de Hispanoamérica en el cúmulo de sus factores espirituales, arma oculta de dominio. Algunos años antes se había consumado la entrega de los países iberoamericanos a las fuerzas del imperialismo fascista sajón, itálico y germánico. Golpes de Estado del ejército contra corrompidos gobiernos democráticos, habían creado dictaduras de todo color y sofocado toda posibilidad de levantamientos populares. Se realizaba la previa Defensa del Continente (recuerdo el ya olvidado libro de Chéradame) para la guerra contra Rusia o, mejor dicho, contra las fuerzas liberales que el fascismo había aglutinado bajo el malentendido de "comunismo". Contra los "here-

jes", Ad Majorem Dei Gloriam. Estados Unidos creaba entonces, de hecho, la política de los "buenos vecinos" que entre sí se saludaban fraternalmente levantando el brazo extendido, antes de poner en práctica la doctrina de la Buena Vecindad.

Al celebrarse en Buenos Aires la Conferencia para la Consolidación de la Paz (diciembre de 1936) la causa de la democracia estaba ya perdida, cualquiera fuese el resultado de la guerra que se consideraba inevitable, aunque con alternativas incógnitas. Dilucidar cómo esos gobiernos ostensiblemente fascistas, que en la mayoría de los países arraigaron profundamente, obtuvieron el poder, y con el poder la consagración de la doctrina de la *soberanía absoluta,* es otro problema. Lo que sí puede consignarse como un dato de valor para el estudio de la fusión que se realizó entonces y que por complicados métodos se consolida luego, al fin de la guerra y tras la derrota de los pueblos dominados por el fascismo, del fascismo victorioso y del imperialismo económico bajo la tutela de los ejército, es que España comienza a tener un papel importante en el establecimiento del imperialismo mundial. Su lote hoy no parece menor del que tuvo en el siglo XVI. Acaso la tutela alcance dimensiones increíbles, si el imperialismo fascista juzga que el catolicismo, que le dió una de sus armas de dominio espiritual, representa el parámetro de las fuerzas más propicias para mantener el orden y la paz espirituales en una vasta área de la conquista. Lo cual es indiscutiblemente cierto para casi cuatrocientos millones de seres humanos.

DANIEL COSÍO VILLEGAS:

EL lector de estas páginas advertirá en seguida que una mesa, por muy rodante que se la suponga, no puede rodar impunemente por nuestra sásperas montañas y nuestros caudalosos ríos: al cabo de un rato se astilla y al siguiente se quiebra. Con esta complicada metáfora quiero decir que los participantes en la Mesa no fundaron su respuesta en la respuesta anterior, abandonando así la actitud misma que todo diálogo exige, aun si es por escrito. Cada uno arrancó directo hacia la meta anunciada por el tema, ansioso de llegar a ella por el camino más corto y, en consecuencia, más personal.

Estoy seguro de que esto no ocurrió por azar y muchísimo menos por descortesía, sino porque el tema de la Mesa, en realidad, es el tremendo de las relaciones futuras de nuestros países con Estados

Unidos. Y esto sí que nos pincha en carne viva, haciéndonos impacientes y aun impetuosos. Y hay razón: en la forma de plantearlo y de tratarlo nos jugamos el pellejo. Por eso, habría que ensayar plantearlo una y otra vez hasta dar con la forma que nos satisfaga con plenitud, entre otras razones, porque es un hábito de buena educación el de contestar a lo que se nos pregunta y nada más.

A la pregunta de si pueden coexistir el imperialismo y la buena vecindad sólo cabe la respuesta de un no breve y rotundo; pero la respuesta tiene que ser tan convencional como lo ha sido la pregunta. Estoy seguro de que todo el mundo entenderá por buena vecindad poco menos que el paraíso, y, entonces, claro que no sólo es incompatible con el imperialismo, sino con el bocinar de los automóviles. ¿Lo será si quiere decir simplemente buenos modales para tratar las cosas?

Y no nos acerquemos siquiera al espeluznante convencionalismo del otro término de la pregunta, porque entonces quién sabe cuál podría ser la respuesta. Se ha dicho, por ejemplo, que el imperialismo es la última etapa del capitalismo; mas Haya de la Torre ha afirmado que si puede ser así para los países europeos, para los nuestros es, por el contrario, la primera. Y de ahí una posibilidad de que el imperialismo (primera etapa del capitalismo) pueda y deba convivir con la buena vecindad. ¿No quieren nuestros países industrializarse? Con mayor amplitud: ¿no van cayendo todos ellos en el progreso material como solución única o predominante a cuanto problema tiene el hombre? ¿No necesitan, entonces, del dinero ajeno? ¿Y desde cuándo no pueden convivir el que lo pide y el que lo presta? Jamás habría habido bancos y el fenómeno más general del crédito. Se dirá que no por ser antiguo éste ha dejado de producir la consecuencia de subordinar a quien recibe el dinero prestado a los intereses de quien lo presta. Esa es una verdad triste, pero no es nueva ni desconocida, lo mismo entre los hombres que entre los países.

No. El problema de nuestra convivencia con Estados Unidos no surge de que ellos sean ricos y poderosos (es decir, "imperialistas"), mientras nosotros no somos sino "buenos vecinos". Nace de que la bondad de ellos no guarda proporción con su riqueza, ni la pobreza nuestra con nuestra inteligencia. Y nace también de que ellos, ricos, y nosotros, pobres, somos distintos por muchos otros conceptos y razones que los de la riqueza y el poder.

Muy fácil parece demostrar que nuestra inteligencia no corre parejas con nuestra pobreza: ya es un síntoma grave el de que no estemos muy convencidos de nuestra pobreza; pero, luego, ensayemos

contestar sin pestañear esta simple pregunta: ¿alguno de nuestros países podría darle a Estados Unidos un buen consejo para salvarlo de la innecesaria y estéril lucha que ya emprende contra Rusia? ¿Y existe algún país hispanoamericano que sepa a ciencia cierta cuál es el mejor modo de conducir sus relaciones con Estados Unidos? Tampoco parece ser muy penosa la tarea de demostrar que la bondad norteamericana no guarda proporción con la riqueza: hasta ahora no hemos visto un solo acto de Estados Unidos que no siga la huella trillada y catastrófica de la desconfianza que busca en la fuerza la solución de los problemas de convivencia humana. Y que no se nos venga para desmentir este dicho con la ingenua declaración —tantas veces repetida— de que Estados Unidos no desea anexarse una pulgada de territorio: hace rato que el espacio ha dejado de existir como obstáculo al ejercicio del poder.

Lo grave del problema es que Estados Unidos y la América Hispánica tienen que seguir por largos años un camino idéntico o semejante; pero Estados Unidos no puede forzar a la América Hispánica a seguirlo contra su voluntad más allá de cierto punto, ni ésta puede apartarse deliberadamente de ese camino más allá de ciertos límites. ¿Cuál puede ser la solución? Dos cosas deben intentarse en serio y con prisa: en primer lugar, los países hispanoamericanos deben entenderse mejor entre sí para hacerse oír de Estados Unidos con mayor facilidad; en segundo, nosotros debemos pensar y debatir en voz alta el problema de nuestras relaciones con Estados Unidos, y éste debe acostumbrarse a escucharnos, abandonando así el supuesto de que siempre se ha colocado con relación a nosotros: el empellón antes del convencimiento y, si hiciera falta, un poco de corrupción para completar la tarea.

Aventura del Pensamiento

EL REACCIONARISMO DE LA GENERACION DEL 98

Por *Ramón IGLESIA*

ESTAS apresuradas líneas, más que insuficientes —bien lo sé—, son un trabajo de ocasión. Pergeñadas para dar una charla en un club de la Universidad de Wisconsin, pensadas para un pequeño auditorio norteamericano, quizás no sea del todo inútiles darlas a conocer a lectores de lengua española, violentando su sentido inicial de confidencia. Pues creo que son muchos los que siguen con las mismas telarañas respecto al significado de los hombres del 98 que a tantos nos cegaron antes de la guerra de España.

Son muchos quienes hoy piensan todavía que estos hombres, si no en su totalidad, por lo menos en parte, si no en toda su obra, por lo menos en sus comienzos, quisieron encarrilar a España por nuevas rutas, de cara al futuro, que sembraron unas ideas y unas esperanzas que el falangismo se encargó de pisotear y destruir. Que todavía hoy sigue siendo válida la ideología de los hombres del 98 para una posible reconquista de España. Contra esta ilusión tan peligrosa y tan estéril disparan estas líneas. No caben distingos de personas ni límites de fechas. Los hombres del 98 presentan una coherencia perfecta y sostenida en el reaccionarismo de su ideario, que sólo pudo ocultar la polvareda de sus protestas contra un pasado inmediato y contra el presente, polvareda que les dió un aspecto amenazador de ser lo que no eran.

En 1925, bajo la dictadura del general Primo de Rivera, tuvo lugar en la universidad de Madrid una ceremonia impresionante. Se trasladaban a España los restos de Angel Ganivet, muerto en Riga en 1898, y con ese motivo había aire de tormenta. La policía rodeaba el caserón de la Calle Ancha, en el que un grupo de intelectuales españoles rendía tributo a quien consideraba como su precursor, a Angel Ganivet, quien en sus

libros había dado la pauta del clima español de insatisfacción y de crítica que se había venido respirando en los últimos treinta años. Como decía con orgullo Eugenio d'Ors, los allí reunidos representábamos la no conformidad española. Y nuestro profeta era Angel Ganivet.

Yo no recuerdo bien lo que en aquella ocasión se dijo. Sí recuerdo que se leyó una carta que Don Miguel de Unamuno enviaba desde el destierro, y que todo el ambiente se me antojaba, con mis veinte años, de lo más subversivo. Han pasado ya otros veinte años, y en vano quiero reconstruir la situación, y en vano me pregunto cómo fué posible considerar a Ganivet heraldo de una actitud revolucionaria. Y no sólo a Ganivet, sino a los demás escritores que forman la generación española de 1898. Hagamos hoy examen de conciencia, como ellos lo hicieron hace medio siglo.

Espíritus alerta, nacidos todos ellos en torno a 1868, el año en que pierde el trono la reina Isabel II, cristalizan la insatisfacción y el desencanto producidos al darse cuenta de que su país ha fracasado, de que su historia es una lamentable decadencia desde los días mismos de Felipe II. Los hombres del 98 manifiestan una disconformidad radical con cuanto les rodea, llegan a lamentar ser españoles y se proponen deliberadamente cambiar la estructura, la manera de ser de su país en todos los órdenes. No consideran la literatura como un coto cerrado, sino que quieren renovar a España desde sus cimientos, influir en su política, en su historia, para imprimirle un rumbo nuevo. Quieren romper con la tradición, innovar, regenerar. En una palabra, se creen revolucionarios.

Esta actitud debió de ser frecuente entre los intelectuales españoles hacia 1900, cuando Pérez Galdós, el autor más ilustre de la generación anterior, creía necesario advertir: "No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera, y más aún los de dentro de casa". Hubo, sin duda, una orgía de lamentos, de negaciones y desesperación en la España de fines del siglo pasado y comienzos del actual. Cosa que dicho sea de paso, vista desde nuestro presente, no deja de chocar, pues el imperio español quedó liquidado en América en 1824, y fué necesario que pasaran más de setenta años para que los españoles se pusiesen a pensar en lo ocurrido y a buscar la razón para que las cosas no andu-

viesen bien en su país. Una muestra más de la atonía española, por entonces tan lamentada.

La cuestión quedó claramente planteada, dejándonos de antecedentes, un par de años antes de 1898. De 1895 y 1896 son los *Cinco ensayos en torno al casticismo* de Miguel de Unamuno y el *Idearium español* de Angel Ganivet, libros en los que se pregunta qué es España y qué es ser español. La derrota de 1898 dará inmensa resonancia a estos dos libros, cuyo presagio no ha dejado de crecer hasta hoy.

Recapitulemos brevísimamente. España fué a lo largo de todo el siglo XIX máximo ejemplo de la sentencia bíblica: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur.* Las que con justicia se han denominado las dos Españas están en pie de lucha, con gran violencia, desde los días de la invasión napoleónica. Como en historia es siempre el presente quien da la pauta, en los libros al uso se nos ofrece un cuadro en que las nuevas ideas, liberales, progresistas, triunfan sobre las conservadoras y tradicionales. Se sigue en ellos la línea de la insatisfacción frente a la vieja España y de la negación de sus valores, a base de eslabones más o menos precarios, para culminar en la insatisfacción y la negación radicales de los hombres del 98.

Hoy, a la vista de acontecimientos recientes, podemos siluetear mejor el reverso de la medalla y ver con sobresalto que muchas figuras, las más destacadas de las letras españolas del siglo pasado, estaban del lado de la tradición y no del lado del progreso. Así Zorrilla en la poesía, Pereda en la novela, Menéndez y Pelayo en la erudición y la crítica, abominan por igual un mundo nuevo que ha perdido su fe robusta, alucinado por unas teorías científicas y políticas que a nada conducen más que al desasosiego, al error y a la anarquía.

Frente a las afirmaciones rotundas de estos hombres, de cara al pasado, las actitudes de un Galdós, de una Pardo Bazán, de un Clarín, de un Giner de los Ríos, son claudicantes e inseguras. Todos están a la defensiva, sin afirmar nada preciso, procurando en balde mitigar la intransigencia tajante de los otros; pero el núcleo de sus ideas es esencialmente el mismo. De aquí su falta de fuerza renovadora.

Igual ocurre con los políticos liberales que con los literatos: sólo pueden parecer renovadores frente a la defensa

cerrada y cerril de una tradición que considera pecado mortal el menor cambio. Por eso no se consolida la República de 1873; por eso vuelve Alfonso XII, el hijo de la destronada Isabel II, con unas vergonzantes promesas de liberalismo en las que no parece creer demasiado ninguno de los gobernantes que le rodean.

¿Qué hacen los hombres del 98 frente a este estado de cosas? Al fin y al cabo la Restauración, con todos sus defectos, con todas sus lacras, era un ensayo de régimen democrático, una salida posible para acabar con la tendencia autoritaria y fanática de los españoles a pegarle cuatro tiros a quienes no compartiesen las ideas de su mismo bando, para salir del atolladero de las guerras civiles implantando un sistema de convivencia, por muy corrompido y ficticio que fuese en sus comienzos.

Pues bien, ante este tímido ensayo de adaptación a la convivencia de los españoles, los hombres del 98 se encrespan y lo ridiculizan, todos sin excepción lo torpedean. La democracia parlamentaria es su peor enemigo. Una forma vaga de anarquismo ególatra, resultado de una expansión desmesurada del yo que ha roto —o, mejor dicho, pretende haber roto— amarras con toda forma de presión social, religiosa, política o simplemente de costumbres o estilos literarios, se interpretó como actitud revolucionaria.

Tenemos que destruir, decían. O, si no iban tan lejos, hablaban de regenerar, de revisar, de analizar. ¿En nombre de qué? ¿Qué afirman ellos? ¿Qué no les gusta la realidad española? ¿Cuáles son las pautas que dieron para transformarla? "Tampoco tengo un puñado de verdades en el hueco de la mano, para esparcirlas a todos los vientos", proclamaba Baroja, tan orgulloso de su escepticismo de *enfant terrible.* Ya construirán los que vengan detrás de nosotros, decía también. Y construyeron. Vaya si construyeron con los materiales de derribo que ellos les dejaron.

Flaco servicio nos hicieron los hombres del 98 con sus protestas que parecían tan hondas, tan radicales. No en vano su heredero directo, Ortega y Gasset, hacía sus primeras armas políticas en 1914 revolviéndose contra Cánovas, el hombre de la Restauración. Ortega, como los del 98, no odiaba la

corrupción del régimen. Odiaba el régimen mismo, la democracia.

Precisemos un poco más, procurando no encresparnos nosotros. Angel Ganivet, con todas las contradicciones y dudas que hay en su obra, tiene un núcleo de ideas esencialmente conservador. Ante la marcha de lo que por entonces se llamaba el progreso europeo, se declara partidario de la tradición, enemigo de los adelantos técnicos, de la democracia parlamentaria, que le parece risible. En sus escritos puede espigarse toda una serie de citas capaz de dejar satisfecho al fascista más ortodoxo. Y por algunos libros de la España de Franco que han llegado a mis manos veo que allí exaltan a Ganivet como un precursor, con razón sobrada.

¿Queréis un par de muestras? "Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual y habéis dado el primer paso para la disolución de la familia". "Estoy convencido de que el progresivo envilecimiento de las razas cultas procede de su ridículo respeto a la vida". "Hay que arrojar un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".

Se me dirá, tal vez, que entresaco las citas como quiero y se invocarán las famosas contradicciones de Ganivet o de otros colegas de la generación. Siempre, cuando oigo esto, recuerdo lo que me dijo un muchacho obrero que solia ir por el Ateneo de Madrid. Caminábamos por el paseo del Prado, e, impacientado yo porque me colocaba algunos discos archisabidos, exclamó: "¡Vosotros los obreros tenéis una manera absurda de simplificar los problemas!" A lo que él retrucó: "¡Pues mira que vosotros los intelectuales tenéis una manera de complicarlos!"

Traigo esto a cuento porque en el caso de Unamuno, el hombre más destacado de la generación, se ha hecho cuestión de honor intelectual el no ver claro. El insistir en sus contradicciones y en su agonía para dárnoslos como un ejemplo que hemos de seguir. Cualquiera que intente mirar de frente y rasgar velos es tosco y zafio e idiota. Pues bien, no. Si algo puede sorprendernos hoy en Unamuno es la coherencia de su pensamiento. El mismo nos lo dice: "En rigor, desde que empecé a escribir, he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales".

Tomemos su primera novela, *Paz en la guerra,* publicada en 1897, en la que nos dice haber trabajado doce años, desde que andaba por los veinte, de la que comenta con orgullo en 1923: "Al entregar de nuevo al público, o mejor a la nación. . . este relato del más grande y fecundo episodio nacional, lo hago con el profundo convencimiento de que si algo dejo en la literatura a mi patria, no será esta novela lo de menos valor en ello".

¿Cuál es el mensaje de este libro? ¿Cuál es su sentido? Frente a la fuerza con que en él se destacan los personajes carlistas, frente al cariño con que están tratados, los liberales son unos pobres peleles desdibujados y sin contenido. Unamuno es el más grande apologista del carlismo, aunque los carlistas no supieran verlo.

Saltemos a 1931, el año de la proclamación de la República. Unamuno publica *San Manuel Bueno, mártir,* novela de la que dice el propio Don Miguel: "Tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana". Es el relato tremendo del trágico conflicto de un sacerdote que, como Unamuno, no puede creer, y que a todo trance mantiene la fe en sus feligreses para que sus vidas tengan un sentido. Sabe San Manuel Bueno que Lenin ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Acepta esta verdad y dice que al pueblo hay que darle el opio de la religión para que viva. Libro terrible éste, pues para Unamuno no existe más fe posible que la fe católica, la tradicional española. Y no cabe dudar de que el libro echó raíces, pues alguien me ha contado que José Antonio Primo de Rivera solía decir: "Yo soy como el cura de Unamuno".

Frente a verdades tan paladinas, es tiempo perdido malgastar los posesivos —*nuestro* Don Miguel— y retorcer los conceptos empeñándose en demostrar que Unamuno estuvo con nosotros. Creería no estar con ellos, pero bien saben ver sus hombres más alerta que Unamuno fué su precursor. Bien lo sabe ver Julián Marías, bien lo sabe ver Pedro Laín Entralgo.

Para Unamuno el mundo moderno carece de sentido. De nada valen las realizaciones de los hombres, incapaces de resolver el enigma de la existencia. Dios revienta de risa en su eternal morada cuando ve pasar un dirigible —"volaba la

ballena y no era alada"—. Si el mundo moderno carece de sentido, si la ciencia es el enigma de la vida y ha llegado a convertirse en una tiranía, tampoco tendrá sentido nada de lo que en España se hace para "regenerar" el país. "Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica... científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, haced o más bien traducid, sobre todo, Kultura, que así mataréis a la vida y a la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos todo!".

Si Unamuno se desespera, Baroja se aburre, gruñe y bosteza en un mundo que, según él, carece de sentido. Salta de dejar morir de tedio a sus personajes o de hacerles que se suiciden a la literatura de folletón; pero la sensación de vacío que dan sus libros es siempre la misma.

Cuando por aquí me pregunta alguien cómo es posible que Baroja pueda vivir en la España de Franco yo contesto siempre que lo inexplicable sería lo contrario. Que en él no ha habido cambio de ideas de ninguna índole. Su egolatría anárquica y su desprecio por la democracia están bien a las claras ya en sus primeros libros: "Yo no sé si hay alguna cosa más estúpida que ser republicano, creo que no la hay, a no ser el ser socialista y demócrata". "Tan estúpido es ser monárquico como republicano; tan tonto defender a los pobres como a los ricos".

Aunque no con la angustia que tenía en Unamuno, también encontramos en Baroja la nostalgia de una fe religiosa que en todo momento pretende despreciar. Fernando Osorio, el protagonista de *Camino de perfección,* en el ambiente propicio de Toledo, "a medida que iban pasando los días tenía necesidad de sentir la fe que le atravesara el corazón como una espada de oro". Y Silvestre Paradox, el extravagante filósofo que tanto se parece al propio Baroja —no olvidemos que siempre se lamenta de lo difícil que es inventar personajes— nos dirá bien claro: "Un Dios en su sano juicio, preocupado en construir la tierra con sus montecitos y sus arbolitos y sus bichitos, y su sol para iluminarla y su luna para ser cantada por los poetas, le parecía un poco cándido; pero una humanidad tan imbécil que teniendo una creencia admirable como la de un Dios que se hace niño, la destruye y la aniquila, para

sustituirla por estúpidas leyendas halagadoras de la canalla, le parecía idiota, mezquina y repugnante".

Esto decía Baroja en 1902. Y en una conversación con *Azorín,* reproducida en *La Voluntad,* el novelista Enrique Oláiz (Baroja) afirma que "el hecho que se ha mostrado claramente a todos los pensadores es que el principio democrático es un error, que los dogmas de la revolución, Libertad, Igualdad y Fraternidad, contienen una contradicción, una blasfemia en contra de la naturaleza eterna... Hoy todos los que no tenemos intereses ni aspiraciones políticas, estamos convencidos de que la democracia y el sufragio son absurdos, y que un gran número de ineptos no han de pensar y resolver mejor que un corto número de inteligentes". Declaraciones como éstas son las que hacen comentar extasiado a Azorín que las palabras de Baroja "son como el espíritu, como el aliento de un grupo de jóvenes entusiastas...".

Bonito aliento y bonito espíritu el de este grupo de jóvenes entusiastas del que Azorín forma parte y que él mismo bautizó con el nombre de generación del 98. Azorín, tras unos breves exabruptos iniciales, se manifestó muy pronto como conservador y dirigió todos sus tiros, lo mismo que los demás del grupo, contra la democracia parlamentaria. En sus libros nos enteramos de que "la revolución de septiembre (1868) es la cosa más estúpida que se ha hecho en muchos años", de que "la democracia seduce a los barberos españoles", y de que "hoy, al cabo de cien años de experimentación parlamentaria, la opinión se encoge de hombros ante los grandilocuentes discursos, sonríe y pasa, camino del estudio, de la biblioteca, de la tienda, del taller, de la fábrica...". Y de Franco.

Azorín, el hombre que ve el pasado como presente y el presente como pasado, acaba siendo un prisionero más de los escombros y dejándose devorar por el pasado. En 1938, en el epílogo de un libro de Pérez Ferrero sobre Baroja, confirma la idea que esbozo en estas líneas: "La generación de 1898, queriendo romper con la tradición, viene a continuarla por modo más prístino".

Valle Inclán, el último de los "cuatro grandes" de la generación del 98, nunca pretendió romper con la tradición. En él la adoración del pasado se convierte en el gesto hueco del marqués de Bradomín. El tradicionalismo es lo bello, el

liberalismo es lo feo. Para el pasado inmediato y el presente, la deformación del espejo cóncavo, el esperpento. No en vano deslumbró a Don Ramón, en sus últimos años, la farsa y licencia de la Italia de Mussolini.

Los hombres del 98 corrieron y corrieron, como el cazador maldito de la leyenda, con la cabeza vuelta del revés. No supieron crear un mito nuevo, vigoroso y fecundo, para su pueblo. Tanto añorar el pasado, sin lograr sustituirlo por algo distinto y mejor, sólo podía llevar a la parodia del pasado, que la España de Franco se esfuerza en vano por hacer viable. El pasado lo llevamos dentro, sin que nos propongamos deliberadamente revivirlo, y el deber de una generación creadora es superarlo.

El único hombre del 98 que se mantuvo firme fué Antonio Machado, que creyó hasta el fin en la democracia y en el pueblo español, que le siguió en su éxodo y murió en la frontera. Antonio Machado, que dijo:

> ...España quiere
> surgir, brotar. Toda una España empieza.
> ¿Y ha de helarse en la España que se muere?
> ¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?

Madison, Wis., 24 julio 1947.

CONCIENCIA DE ESPAÑA

Por *Eduardo NICOL*

Difícil es decir si una nación puede conceptuarse. Puede ser objeto de concepto de lo que permanece en cierto modo estable. Pues el concepto, como ya advertía Bergson, paraliza lo conceptuado, lo encierra dentro de un marco rígido. El pensamiento se encuentra de este modo en una situación embarazosa: para conocer una cosa parece que ha de formar concepto de ella, pero, cuando la cosa es móvil y no estática, el concepto no basta a conocerla, pues la realidad desborda siempre unos límites tan rígidos y angostos. El pensamiento se ve obligado entonces a seguir esta realidad, paso a paso, a lo largo de su línea evolutiva. Para conocer a una nación no hay que intentar —que fuera en vano— formar concepto de ella, sino hacer su historia. Las naciones son, precisamente, sujetos de la historia, como los hombres individuales.

En el caso particular de España, la empresa de definirla en los límites de un concepto fuera más aventurada todavía. Pues la complejidad de su constitución interna, la pluralidad de personalidades nacionales que la constituyen, invalidan de antemano el supuesto de una unidad lógica conceptuable. Y así, la realidad de España es múltiple y diversa, además de histórica. Inclusive el conocimiento histórico de España tiene que seguir forzosamente varias líneas de evolución, y no sólo una, y que coordinarlas a todas, para que de ello resulte un conocimiento coherente. Ni siquiera en plan histórico resulta ajustado a la realidad un conocimiento de lo hispánico que siga una sola de las varias líneas de su curso complejo, aunque pueda reputarse la línea principal. A pesar de esto, de la claridad de estas elementales consideraciones lógicas o de método, se ha intentado alcanzar un conocimiento de España, muy reiteradamente, por las dos vías muertas del concepto, en plan esencial o a-histórico, y de la línea única, en plan histó-

rico. Esto ha traído sinnúmero de equívocos y de resquemores. Los primeros han afectado a la comprensión de España por los propios españoles; los segundos a su convivencia.

Y no ha sido por falta de atención que se prestara al tema. La preocupación por España, por saber lo que ella es, fué un tema dominante en el pensamiento de la generación llamada del 98. Y aconteció que, o bien esa generación no pudo desvanecer el enigma, o no dió la respuesta que satisficiera a la generación siguiente, pues ésta siguió los mismos pasos que la anterior. Y todavía prosiguió, hasta nuestros días, el pensamiento español ensimismado. El tema parece ser de una novedad y actualidad permanentes; inclusive en quienes, desengañados por experiencia, o movidos por disposición temperamental, han eludido y eluden las dos vías de pensamiento antes citadas, y tratan de conocer a España simplemente expresándola, líricamente: entrando con ella en un contacto más directo, por la vía emocional y estética.

¿Y qué frutos ha arrojado este ensimismamiento, esta labor de cincuenta años de hurgar y rebuscar en las entrañas presentes y pasadas del propio ser colectivo? Cabría decir que lo importante no es tanto hacer balance de lo que quedó en claro, cuanto meditar sobre el hecho de la preocupación misma. Pues, en sí propia, esta preocupación es un balance histórico, cualesquiera que sean las luces o confusiones que ella traiga. El hecho singular y significativo es que el pensamiento y la lírica de un pueblo se aboquen predominantemente, durante un período de medio siglo, a esta labor de reflexión, y que en vez de pensar y de decir palabras sobre las cosas del mundo, ingresando en el concierto universal, se replieguen en sí mismos y recaten sus voces para meditar en aislada inquietud sobre la esencia de esta misma tierra que les da la palabra. Este hecho no encuentra paralelo en ninguna otra nación del mundo europeo. La singularidad más radical de España en el siglo XX consiste en este esfuerzo suyo por encontrarse a sí misma. Tal vez ahora otras naciones, habiéndose perdido, iniciarán también la necesaria labor de revisión, previa a la elección de caminos nuevos, si es que conservan fuerzas de futuro. En cuanto a España, creo que, por una vez, hemos tomado la delantera. Estamos ya en situación de hacer balance del balance.

Este examen no es tarea de un hombre solo (y en este simple reconocimiento va implícito un adelanto sobre las generaciones anteriores, cuyos miembros han solido expresar sus ideas y sus sentimientos en un tono de suficiencia definitiva, que, si bien les dió a ellos gran autoridad, no abrillantó la luz que proyectaran sobre las cosas mismas). Mucho menos puede ser completada, ni siquiera provisionalmente, en la deshilvanada brevedad de un ensayo. Pero, cuanto pueda hacerse, es importante hacerlo con ese sentido nuevo de cooperación a la obra común del pensamiento, o si se quiere de comunión, sin el cual no es posible comunidad alguna, y del cual carecieron, casi por completo, la generación del 98 y la siguiente. La expresión lírica o estética es siempre singular, y hasta solitaria. Su universalidad, si acaso, la alcanza justamente por medio de su singularidad esencial. Pero la filosofía no es un canto de gloria ni un lamento de esperanza. No llega a universalidad por la vía íntima de la emoción. La universalidad filosófica no es sino la comunidad de la razón. Y sea ésta lo que fuese, se distingue de la comunidad estética porque integra lo particular en lo universal. Por ventura, la filosofía española tiene hoy un cuerpo, quiero decir un volumen y una masa de experiencia, que en gran parte debemos a los hombres de generaciones anteriores, pero que nos permite rebasarlos a ellos, partiendo, si se quiere, de una consideración universal, para llegar a nuestra particularidad y superar nuestro particularismo. Ha terminado la enfermiza singularidad del ensimismamiento o aislamiento español. Hay que *ser* más, y preguntarse menos por lo que uno sea. Mientras uno se queda en la auto-contemplación, el propio ser se le hace siempre problemático: y cualquiera que sea el sentido de esta experiencia en la vida individual, es maligna para la vida de los pueblos. España *fué* más en los hallazgos histológicos de Cajal que en las reflexiones que este eminente fisiólogo dedicó a España. Lo que dice Unamuno sobre España no le importa a nadie fuera de ella: España no *es* en esas reflexiones y ocurrencias, sino en el *Sentimiento Trágico*. Y si, hoy en día, la filosofía de los españoles consigue abrir un camino propio en la maraña de las doctrinas vivas y universales, si logra proponer teorías nuevas y verdades propias, España *será* en esas verdades y teorías nuevas, mucho más que en la continuación de esa

"filosofía de la propia circunstancia", que es un asunto doméstico y no universal. Al mundo le importa el mensaje que un pueblo pronuncie en una situación histórica; no le importa lo que este pueblo pueda susurrar en soledad sobre sí mismo. Que, por lo demás, aun siendo de un valor y alcance universal, aquel mensaje tendrá siempre un acento nacional, y hasta el acento personal de quien lo haya pensado y lo haya dicho. Pensar la propia circunstancia no debe ser como un imperativo de conciencia filosófica, o como una misión oficial del pensamiento; pues eso que llaman circunstancia es algo irrenunciable, con lo cual el individuo está en íntima relación de influjo mutuo, quiera que no quiera, y es superfluo erigir en norma lo que ya es un hecho.

Con el ensimismamiento ha terminado también la singularidad y encastillamiento de la "figura", como en España se llama al personaje excelso, ese cuya gloria ha consistido en extraer del suelo histórico las "esencias" particulares o nacionales, que a él le dieron universalidad, pero que ofrecieron de España misma la imagen de una particularidad y de un tipismo inasimilables al concierto universal. España tuvo una representación universal, como comunidad, cuando sus pensadores dieron al mundo fórmulas de validez universal. Con ello no se empañó la autenticidad española de aquellos hombres, ni menguó su gloria personal. Pero, desde el 98, el pensamiento español no ha dado ninguna fórmula de validez universal, porque su principal atención se ha vertido sobre sí mismo, y no se ha hallado. Parece que para encontrarse hay que reconcentrarse; pero luego hay que salirse de sí mismo. Nuestro ser —en los hombres y en los pueblos— rebasa afortunadamente el círculo de nuestra solitaria intimidad. Somos, o existimos, también fuera de nosotros mismos, en el cruce y la unión con los demás.

El pensamiento español del siglo XX ha sido español no sólo por el acento, sino más especialmente por el tema. El de Vives y Vitoria, en el siglo XVI, lo fué por el acento —y no podía ser de otro modo—, pero sus temas, sus alcances, su resonancia, fueron universales. Sus problemas fueron los de la comunidad humana, los de la unidad espiritual europea, los de la ecumene cristiana. Los dos pensadores de talla que ha dado España en el siglo XX, Unamuno y Ortega ¿han hecho

otro tanto? En cierto modo sí. Y sin embargo ¿qué cosa hay en ellos, qué cosa *no hay* en ellos, que, siendo universales, no permite asignarles ese rango de universalidad filosófica? Tal vez sea la cualidad, la intención estética de su pensamiento español —de su pensamiento dedicado a España—, lo que haya acentuado su individualidad, y a la vez su individualismo, con merma de su universalidad. Cuando la obra de pensamiento se considera como obra de arte, se corre el riesgo de desvanecer su sentido de responsabilidad. El artista no tiene que responder de su obra sino ante sí mismo, ante su propia conciencia artística. El beneficio de la obra consiste en su presencia sola; ella actúa como centro de relaciones y vinculaciones espirituales en la comunidad. Pero la fuerza cohesiva del pensamiento opera de distinto modo. Ni el pensamiento se justifica a sí mismo, ni el pensador puede prescindir de su radical responsabilidad ante la verdad. Las ideas no son como las obras de arte, no ejercen una acción de pura presencia. Por su naturaleza misma, o son cohesivas, o son disolventes. El "pensamiento artístico" substituye el valor de verdad por el valor de belleza; y por alto que sea este último, su acción sobre la comunidad es disolvente, porque el pensamiento artístico puede admirarse, pero no puede compartirse, por la singularidad misma de su inspiración. Es ocurrencia, pero no teoría. Con él se exalta la figura de su creador; pero, al mudar la sensibilidad del público ¿qué beneficios, cabe preguntar, ha traído su obra para la comunidad? El de añadir un nombre, o unos nombres, a la lista tan larga y gloriosa de sus grandes escritores. Pero también se ha añadido otro capítulo a esa otra larga historia —larga y triste— del individualismo y la incoherencia nacionales. El daño grande ha consistido esta vez en que sean los mejores quienes hayan dado, con su obra, el mal ejemplo de individualismo, y no los reyes y los ministros. Cuanto mayor sea la gloria que merezcan por el genio de su obra, más grávida su responsabilidad por no haber puesto este genio al servicio de la cohesión, por haber hecho de la obra un campo para su lucimiento; por no haber tenido el sentido de una misión, ante la cual la propia personalidad debía oscurecerse.

La responsabilidad del pensamiento ante la verdad es una responsabilidad moral. El "pensamiento artístico" es un

pensamiento irresponsable. Y así, contrariando lo que se considera un carácter tradicional, inherente al pensamiento español, o sea su moralismo, esto es lo que ha brillado más claramente por su ausencia en las grandes figuras del pensamiento español contemporáneo, precisamente cuando estas figuras adoptaban a España misma como tema central de sus meditaciones. Generaciones de solitarios poco solidarios, que han recorrido España con detalle —aunque no de cabo a cabo, como ellos mismos pretenden— buscando su verdadera y eterna esencia en un paisaje, en el rostro de un pastor o un campesino, en la evocación del Cid o del Quijote. Y han dicho cosas muy hermosas e inteligentes sobre lo que han visto. Como Dios en el Génesis, quedaron satisfechos de su obra. Es difícil, conviene reconocerlo, adoptar ante España la actitud contemplativa y no encontrar razones para complacerse, de algún modo, en la contemplación. Pero esto también saben hacerlo los turistas extranjeros. Quedaron a salvo las esencias; éramos la patria del Cid Campeador y del Quijote de la Mancha, de Cortés y de Pizarro, del Greco y de San Juan de la Cruz. Pero la miseria española, la suciedad y la injusticia, la desnutrición, la sequedad de los campos, la tristeza de los hombres, su vana altanería, la picaresca nacional, nuestra incapacidad de hablar sin disputa, de comprender lo distinto, de convivir en armonía, de coordinar los esfuerzos; esa tendencia a poner la obra al servicio de uno mismo, y no uno mismo al servicio de la obra; a todo esto ¿qué remedios se aplicaron? Todo esto no figuraba entre las "esencias", ni cabía en el "concepto" de España.

PARA pasar balance del balance, si así cabe decirlo, tiene hoy por hoy el lector a su disposición un libro oportuno y muy bien hecho. Se titula, precisamente, *el concepto contemporáneo de España,* y es una antología de ensayos españoles sobre España, que abarca los escritos entre 1895 y 1931. El título es adecuado, a pesar de cuanto se ha dicho aquí, porque todos los inscritos en la antología parecen haber buscado la esencia de lo español, unos con el pensamiento, otros en la historia, otros con la expresión lírica de los paisajes, los tipos y las costumbres; unos frívolamente, otros con la seca angustia de

España en el alma. Este es el libro que ha sugerido los presentes comentarios. Y no sería justo proseguirlos sin mencionar los autores de la antología, Angel del Río y M. J. Benardete,[1] a quienes debemos, además de la selección, una lúcida y larga introducción y unas noticias biográficas, bibliográficas y críticas muy completas, objetivas e inteligentes, de cada uno de los autores incluídos. Es una lectura apasionante. Una antología es como una galería de retratos: tiene casi siempre una atmósfera de pasado muerto, de museo de curiosidades. Las piezas de selección, arrancadas de su lugar preciso en la obra entera, parecen dar de sus autores una imagen ocasional y momentánea, como la del gesto que graban para siempre las instantáneas fotográficas, tan patéticas, a medida que el tiempo pasa, como los detalles anecdóticos de las viejas pinturas. No ocurre así con esta antología. Muchos de los incluídos en ella viven todavía. Sobre todo, sus escritos tienen una unidad de tema, y este tema es tan vivo para nosotros ahora, como para los autores cuando escribían sobre él. Y todas las figuras tienen gran relieve. Casi nunca son banales; casi siempre escriben en un castellano estupendo. Tienen alma y dicen cosas. De Santiago Ramón y Cajal a Ramón Gómez de la Serna, pasando por Cosío, Unamuno, Ganivet, Maragall, Azorín, Baroja, Inclán, Pidal, Azaña, Machado, Ayala, D'Ors, De los Ríos, Ortega, Madariaga, Castro, Onís, Juan Ramón, Miró y aun otros bastantes, forman entre todos una soberbia galería que resiste, con ventaja en muchos casos, la comparación con el equipo similar de cualquier otra literatura contemporánea. Pues los defectos, las insuficiencias o deficiencias, las desviaciones que ofrece su conjunto, en tanto que conjunto, no son de las que entran en la cuenta de una comparación: sólo nosotros podemos tomarlas en cuenta, porque la cuenta es nuestra. Es la eficacia española de su obra lo que a nosotros nos importa ahora, y si ésta no fué satisfactoria, ello no disminuye los otros méritos que sus obras enteras presentan al crítico extranjero. Sus fallas son incumbencia nuestra, y su entierro habrá que hacerlo con honores. Por lo demás, no ha llegado para alguno de ellos, individualmente, esta hora del entierro. Son hombres de actividades muy varias, de valores

[1] Editorial Losada, Buenos Aires, 1946; 741 págs.

desiguales; su utilidad presente y su fecundidad son también diversas, y por ello resulta comprometido aplicarles términos comunes y valoraciones uniformes. El comentario tiene que ser más impersonal, primero por respeto, y principalmente porque aquello que los tiempos han superado es más bien un cierto espíritu difuso en la generación, un cierto tono y estilo de época, una actitud más que un ideario, que lleva muchas rastras del siglo XIX. Individualmente, algunos de estos hombres pueden haber corrido a la par de los tiempos, y superado las etapas anteriores de su propia obra. Otros no lo han hecho, sin duda de ninguna clase. Otros, en fin, murieron. Pero es la atmósfera entera de la antología la que tiene ya sabor y color de época, a pesar de ser una época tan próxima a la nuestra, que todavía es nuestra en parte. Tiene solera, si se quiere, pero es vino embotellado: ahí está todo lo que hubo. En cambio, el futuro es libre y abierto.

Si es verdad que el pensamiento encuentra siempre formas adecuadas de expresión, de suerte que un cambio de estilo revela un cambio de pensamiento, y viceversa, el estilo y la forma expresiva del ensayo literario constituyen un buen indicio de esa época. Ha sido tan común, en los últimos cincuenta años, el empleo de esta forma en las letras y la filosofía españolas, que muchos han venido a creer y a sostener que el ensayo era la forma propia de expresión de nuestro pensamiento. Lo cual es inexacto, como puro hecho histórico. En su época más brillante —en los siglos XVI y XVII—, el pensamiento español fué sistemático y adoptó la forma de los grandes tratados. Pero, como en la época de predominio de la generación del 98 no estaba de moda en España estudiar a nuestros metafísicos, teólogos y juristas, llegaron a olvidarse de que hubieran existido Suárez y Vitoria, por no citar más que dos nombres. La moda era entonces el erasmismo español, que fué un ideario tan deshilvanado, cualesquiera que fuesen sus otros méritos, como el del propio Erasmo. Los humanistas eran pocos, y además Vives, el más ilustre de todos, era católico, escribió unos tratados muy coherentes y tenía un pensamiento más completo y orgánico que el de Erasmo, de modo es que no servía como precedente. Por otra parte, no es cierto que el género llamado ensayo sea necesariamente incompatible con el espíritu sistemático, o por lo

menos con la fundamental coherencia interna, con la hilación teórica del pensamiento. El ensayo permite proponer una idea sin necesidad de aducir sus fundamentaciones y sus derivaciones últimas; la acción del pensamiento es en él más sugestiva que didáctica. Y no porque alcance a un público más amplio hay que considerar al ensayo como un género inferior. Lo que rebaja al pensamiento no es que se haga más accesible, sino que, por adoptar la forma del ensayo, se sienta el pensador desligado de todo compromiso consigo mismo y con la masa de sus lectores. Hay en estos ensayos de la antología pensamientos vivos y profundos; pero también hay autores representados en ella que no parecen haberse preocupado mucho del efecto que pudiera producir en el futuro la lectura seguida de todos sus ensayos sueltos. Un pensador puede contradecirse; puede, en dos momentos sucesivos, y hasta en un mismo trabajo, pues la verdad es flexible y elusiva. Esto no importa tanto como el afán de verdad que muestre quien escriba. Los hombres del 98, y los que vinieron después, tuvieron la dichosa ventura de escribir en un momento histórico de relativa calma, de crisis latente, cuando la atención de todos estaba puesta en ellos, y se devoraban literalmente sus escritos. No supieron lo que es hablar en el desierto, escribir cuando la atención general está puesta en otras cosas. Y algunos, entre ellos, no se percataron de la responsabilidad que contraían con su pueblo —y fuera de su pueblo, con la América Hispana— por el hecho mismo de la fecundidad de su obra y de la resonancia de cada una de sus palabras. Este éxito era embriagador; y no faltó quien lo aprovechase para hacer juegos lúcidos de ideas y palabras, pero más que lúcidos *lucidos.* Pues es más lucido decir lindamente cosas interesantes, que pensar con rigor las cosas graves. Las ideas vinieron de este modo a revestir la forma más brillante de "ocurrencias". Justo es reconocer la brillantez de muchas de esas ocurrencias. Pero, si bien es admirable que a uno se le ocurran cosas que decir ante una pintura, ante un paisaje, ante un libro, ante cualquier tema nimio que adquiere así realce y dignidad, no hay que dejarse arrastrar por el impulso de admiración, sino considerar que una ocurrencia no constituye pensamiento, no puede ser lo que se llama filosofía, que es nexo entre ideas, y no ocurrencias sueltas. Pro-

fundas y bellamente dichas como eran algunas de ellas, las ocurrencias no hicieron sino añadir leña seca al fuego de la incoherencia nacional. Pues lo que la nación pedía, sin decirlo acaso, era un ejemplo de norma y coherencia, de pensamiento austero; no esa frivolidad y ese egotismo que se ocultan detrás del empaque y la suficiencia. Y si bien es verdad que uno puede batallar toda su vida buscando en vano esa cohesión íntima de los pensamientos, y la de éstos con las realidades, no es menos cierto que hay una ejemplaridad moral en el puro anhelo de verdad que nos mueve a buscarla.

Se han acabado las greguerías filosóficas y el filosofar desde el trapecio; que esto tiene su mérito y su gracia en Ramón Gómez de la Serna, pero no es lo que los pueblos y los tiempos le piden al filósofo. Y entiéndase bien que no le piden cosas desmedidas; no le piden que diga la última palabra, con la cual debamos todos coincidir, ante la cual debamos inclinarnos. Le piden seriedad; y acaso le agradecerían que tuviese un poco de sentido del humor consigo mismo. Le piden que no olvide la responsabilidad del pensamiento. Pues, aunque discrepemos del filósofo, su obra es ya fecunda y positiva cuando nos vemos obligados a respetarla por su intención austera de verdad y por su conciencia limpia de vanidades. Este es el sentido que trae —o tiene que traer— el nuevo estilo de la filosofía española. De hecho, este es el sentido de la enseñanza socrática (bien es verdad que Ortega no entendió nunca a Sócrates). Lo que vale en el hombre es su buscar, pues en esto no hay error, como puede haberlo en lo que encuentre; es la integridad de la persona puesta al servicio de la verdad, movida siempre y en todo por el anhelo de verdad (y de justicia, no se olvide). Esto es lo que permite discrepar de un hombre manteniendo nuestro respeto por él; es lo que permite la convivencia, fruto raro en suelo hispánico. Pero cuando son las ideas las que se ponen al servicio del hombre que es su autor, al servicio de su prestigio personal, puede llegar a ocurrir esta cosa paradójica, que no se permite en lógica, pero a la que nos obliga la ética, y es coincidir a veces con unas ideas concretas, y discrepar radicalmente de ellas por el tono que emplea quien las dice. Aunque sea tan cierto como la luz del día lo que nos esté explicando, hay que negarle la verdad; pues esto de la verdad no es cosa

neutra y anónima, y vale más en la vida, y para beneficio de un pueblo, un error pensado con honradez y sinceridad, que una verdad pensada frívolamente. Con las ideas no se juega. Esto quiso hacerlo Eugenio D'Ors en Cataluña y fracasó, por milagro, o porque había en algún sitio una conciencia vigilante. El juego de las ideas es un juego sofístico; y como ellas andan tan cerca de la realidad, que son ellas mismas realidades, no deja de ocurrir algún día que entren en áspera colisión unas con otras —con los resultados que todos conocemos: quien estuvo jugando con ideas parece quedarse huérfano de ellas ante una situación que ya no admite juegos y que lo rebasa por todos lados.

Por todo esto ¿cabe decir que España careció de guía, de ejemplaridades personales, de directivas pedagógicas? Afirmarlo sería una injusticia. En primer lugar —que nadie se engañe al respecto— la crítica que puede hacerse y debe hacerse de estas generaciones no afecta a todos sus miembros, ni a todos por igual. Por su intención moral, esta crítica tendrá más eficacia cuando señale el error de los mejores, que de los míseros no es necesario hablar. Como dice Luis Vives, "la vida es así: de la virtud desconocida nada pedimos como débito: de la conocida, todo". A pesar de lo dicho, y como necesario complemento, hay que afirmar que la España intelectual y literaria ha dado ejemplo de moralidad desde 1898. Esa falla moral que se le debe imputar sólo puede percibirla quien se proponga llegar severamente a detalles muy finos y muy hondos; y en todo caso, no es la corrupción interna y externa de las obras y los autores, frutos de una decadencia visible que nos ofrecían por la misma época —y nos ofrecen todavía— las más brillante literaturas europeas. En segundo lugar, hay que tomar en cuenta al respecto la obra de la Institución Libre de Enseñanza, que estuvo guiada por unos ideales muy precisos y por lo que pudiera llamarse, precisamente, el método de la ejemplaridad moral. Esta obra tuvo alma y tuvo estilo. Fué lo que se propuso ser. Hizo lo que se propuso. ¿Dónde están sus deficiencias? De una obra de esta dignidad sólo cabe decir que sus defectos fueron precisamente sus cualidades. El propósito de la Institución fué la formación de

minorías. En aquella situación histórica, no es extraño que los espíritus mejores sintieran, junto al anhelo de obrar, un cierto encogimiento. Era imposible entrar en contacto directo con la política e influir desde ella, desde el gobierno, en la vida nacional. El único plan que les pareció viable era más lento, pero más seguro: empezar desde abajo, formando cuidadosamente el espíritu de algunos pocos, quienes a su vez no dejarían de ejercer una influencia saludable sobre otros, por su obra, y por una acción personal de presencia, cuyo ámbito sería cada vez más amplio. Como decía Ganivet, "la ley es mucho menos útil que los esfuerzos individuales".

Este plan tiene antecedentes en la historia. Se trataba de crear una nueva *paideia* española. Creo que se ha llegado a hablar de esa misión Institucional como de una obra socrática. No fué socrática, sino platónica. Que Sócrates andaba por las calles hablando con todo el mundo, metiéndose en todo y con todos, peleando cuando había que pelear, muriendo cuando hubo que morir, y sin ofrecer jamás el menor rasgo de exquisitez en su persona, ni en sus gustos, ni en su pensamiento. Fué Platón el que, sintiendo afán de intervenir en la cosa pública, se abstuvo de hacerlo, como cuenta él mismo, para evitar un contagio degradante; y así redujo los alcances de la educación socrática, que era universal, popular y callejera, al círculo más recatado, íntimo y selecto de la Academia, donde sólo podían formarse minorías. El resultado fué que la Academia no ejerció influencia alguna en la marcha decadente de la política ateniense. Aquí se aplica la imagen consabida de la torre de marfil. La Academia formó filósofos, hombres retraídos de la comunidad e indiferentes a sus destinos, cuyo ejemplo más ilustre es Aristóteles, quien jamás llegó a sentir, con la hondura de su maestro o sin ella, la menor preocupación por la suerte que pudiera correr el mundo helénico.

El parangón entre la Institución española y la Academia platónica no puede ser de una fidelidad paralela, naturalmente. Pero es manifiesto que su intención original era análoga, como lo han sido algunos de los resultados obtenidos. La reclusión, que para algunos es condición de una conciencia honda de las realidades, es para otros un puro refinamiento, que los aísla de las cosas vivas. Con la Institución vino a

ocurrir esto: que siendo buena la intención, y eficaces los métodos —sobre todo por la noble ejemplaridad de sus dos maestros—, los resultados no dejaron de ofrecer aspectos negativos. Lo español vino a ser una especie de objeto de cultivo intelectual y estético, más o menos amanerado; su estudio, un medio de refinamiento de la sensibilidad personal. De tanto como amaron a España, esos hombres se la dieron a sí mismos como espectáculo. Muchas canciones populares viejas, un gran interés por los antiguos trajes de fiesta de los aldeanos, una gran admiración por el campesino castellano, un gran número de lugares ignorados que se descubrían y de paisajes singulares. Pero ¿puede una nación ser espectáculo para quien forma parte de ella y se propone renovarla? En la vida hay que ser actor: sufrir cuando sufre la nación, alegrarse cuando se alegra. Pues si el refinamiento de la sensibilidad se agudiza hasta el extremo, llega un momento en que ya nuestra epidermis se hizo tan delgada que no tolera sin irritación el más leve contacto. Hay que comulgar con la propia nación, y para esto se necesita un alma fuerte y abierta, no un alma a la que hace endeble y distante la exquisitez. En vez de contemplar el campo español como paisaje, había que mirarlo como problema agrario. En vez de trajes campesinos, había que pensar en las luchas sociales, en los sindicatos obreros, en el industrialismo, en el problema nacional. En la tragedia del movimiento obrero, cuyos jefes más honestos e inteligentes iban cayendo uno tras otro asesinados, no había que pensar. Esas "masas" no necesitaban una ética; sólo las minorías. Las desdichas españolas parecía que no formaban parte del "poema" de España. Mucho meditar sobre el pasado, y fué menester que el problema estallara con violencia en el presente para que llegaran a darse cuenta de él. Su crudeza los dejó inermes: el ensueño de España se había desvanecido, y en su sitio estaba una España de una aspereza y violencia que no eran nuevas sino para ellos. La torre de marfil fué tomada por asalto. Y lo decisivo, lo más significativo para el futuro, fué entonces que no hubiese una reacción unánime, espontánea, entre esos hombres. No existía una unidad de criterio para enfrentarse a la situación nueva. Porque esto se forma con el tiempo, y su preparación había tomado una dirección distinta. Pedagogía recoleta y utópica. Pero la realidad

española era más dura y más amplia que todo eso. Había que enseñar a los jóvenes a ser mesurados, comprensivos y sensatos, que no son éstas virtudes españolas; pero no a unos cuantos nada más, ni a costa de la fortaleza del ánimo. En suma, que la Institución Libre de Enseñanza resultó paradójicamente una obra personal, y no una obra institucional. Cualesquiera que fueran los beneficios que trajo, no inició una tradición, ni creó un "tipo" estable y aceptable, verdaderamente nacional, lo cual es el fruto manifiesto de las instituciones.

¡Y QUÉ español es Unamuno, Dios mío! ¡Qué desesperada su exaltación de España, y cuán heroica! Yo me preguntaría por qué, teniendo como tiene España tantas glorias que mostrar, habiendo dado al mundo tantos frutos de fecundidad espiritual, tenemos que defenderla con un encono que otros países no muestran cuando ensalzan valores suyos menores y más escasos. La gran tragedia de España es que hay que defenderla. Desde hace muchos años, una gran parte de sus energías se malgasta en la tarea de reivindicarla, como si fuese menester justificar su puesto en el mundo y su existencia misma. Esto es un signo de mala conciencia. A Unamuno parece que no le gusta España, tal como la encuentra; y por esto es su actitud heroica cuando la exalta. Porque, si bien es un tanto mezquino reivindicarse uno mismo, en cambio no carece de grandeza vincularse a su tierra enteramente, y tratar de absorberla por entero, con glorias y fracasos, y exaltar los fracasos como compañeros inseparables de las glorias. Pues su fórmula, característica de su generación, es ésta: si queréis un Cervantes y un Velázquez, un Juan de la Cruz y un Greco, tenéis que tomarlos junto con la aridez, el fracaso de toda ambición, la suciedad y la miseria: lo uno no puede darse sin lo otro. En suma, importa más ser Quijote que Cervantes. Pero esto es un desvarío heroico, quijotesco-unamunesco. Esto es llegar al anarquismo por la vía del resentimiento. De este modo no se fundan las comunidades, ni se remedian los Estados. Además, España no es siempre, no lo es en todas partes, tan mísera y triste como la que contempla Unamuno, la España castellana de un hombre que aborrece el mar, la que refleja Azorín en esa pintura viva titulada *Una ciudad y un balcón*, la que parece

envanecerse del "aire señoril del mendigo español", como dice Maeztu, la que "hizo de la mendicidad una profesión nacional", como dice Maragall. Y de ahí resulta que, cuando España es fértil y risueña es donde es menos España, menos auténtica y menos gloriosa. Bosques y sembrados, hombres que trabajan y van limpios y tienen la sonrisa en los labios, son como un accidente inexplicable. Son algo que no hay que justificar ante nadie, y por tanto algo que no encaja en ese cuadro que une a la grandeza con la miseria en una relación de correspondencia necesaria.

Es imposible ensalzar la miseria cuando se tiene el sentido de comunidad. La exaltación del campo desolado de Castilla es una exaltación estética para un individuo individualista. Concretamente, Don Miguel de Unamuno. Pero, en cambio, desolación y tristeza para el campesino castellano, que tiene que vivir en esa tierra y de esa tierra, añorando siempre la mancha opaca de la nube en ese cielo de inclemente pureza. ¿Qué dislocado amor es este, que convierte en valor estético de paisaje la miseria de los yermos? Nadie puede sostener que la grandeza española sea un producto de la tierra sedienta. ¿Acaso no sería un bien para Castilla, y para toda España, de rechazo, recatar de verdura ese desolado impudor de la "estepa castellana"? Yo me atrevo a decir que con gusto diera quince Unamunos por un bosque que cubriera la llanura de Burgos a Segovia.

Semejantes deformaciones vienen del quijotismo: tema predilecto de esas generaciones. Y la predilección es sintomática, porque el Quijote es propicio a las tergiversaciones. La más excelsa y cruel es la de Unamuno. El Quijote vendría a ser el símbolo de la decisión histórica que tomó España. Pero ¿es que realmente España renunció al poder y a las glorias de este mundo por asumir la divina, quijotesca locura del santo, del caballero andante, del místico y el poeta? Para Unamuno, el trágico ridículo de España es el de haber preferido la locura espiritual a la sensatez de una obra política perdurable. "Otros pueblos nos han dejado sobre todo instituciones, libros: nosotros hemos dejado almas. Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la Razón Pura*". Este fuera el sentido trágico de la decisión de España. Y así, el español quijotesco-unamunesco se salva de su mísera miseria adoptando su propio ridículo. Lo que Cervantes quiso que el español no

fuese, esto es lo que quiso ser y fué. Su ridículo sería el del santo que desprecia el mundo, el de quien se eleva tan alto en su ridículo, que pasa por encima de todos los sensatos que se ríen de él. Sublime salvación. Sólo que es falsa: es una completa falsedad histórica. Es una mistificación poética que sólo salva a quien se engaña con ella; y mala manera de salvarse es ésta, cuando no es uno solo y solitario, sino todos, a una, los que tienen que salvarse, y salvarse en la realidad de verdad, y no en la fantasía alocada. Pues la verdad verdadera es que España, en esos siglos que se llaman de oro, como pudieran llamarse de hierro, hizo cuanto estuvo a su alcance —y su alcance era entonces muy dilatado— para lograr la hegemonía militar y política del mundo. De haberla logrado, hubiera tenido España igualmente a Santa Teresa y a Cervantes, pues a ninguno de los dos se debe que España fracasara en su intento. El fracaso fué posterior. Es Unamuno quien habla y dice lo que dice como consecuencia del fracaso, y para cubrir su desconsuelo con la leyenda de una renuncia sublime. Pero preguntadle al campesino castellano si son buen consuelo para él Santa Teresa y la heroica locura del Quijote y de Unamuno. Preguntadle si quiere agua, paz, justicia y tierra buena, o si renuncia a ellas voluntariamente, por darse el gusto vicioso de admirar como objeto de belleza su propia, desesperada penuria. ¿No fueron acaso la codicia, la desidia, el ocio estéril y la incuria, los que asolaron esos campos? No fuimos tan locos como todo esto.

Tuvimos el mismo espíritu de empresa imperial que los comerciantes ingleses y menos talento que ellos, menos sagacidad política. Y no tiene sentido que, en el siglo XX, sigamos todavía tomando por castillos a los molinos de viento, y hagamos de nuestras inepcias motivos de orgullo espiritual. Pues tal parece que no podemos vivir sin el orgullo, y que al perder los motivos de tenerlo, nos enorgullecemos de su misma ausencia y ensalzamos nuestra frustración, como si la renuncia fuera el suelo jugoso que dió tales frutos del espíritu. Bien está que tuviéramos y tengamos a Santa Teresa. Pero quien antepone Santa Teresa a las instituciones es que en el fondo se prefiere a sí mismo y se antepone a la comunidad. Si hubo locura en la vida española, no fué tanto la quijotesca, simbólica locura de que habla Unamuno, sino la demencia de tantas

ambiciones y dislates en nuestra política. Inclusive en la política de América, donde es manifiesto que hubo un sincero deseo de llevar a cabo una obra de amor y salvación. Pero al lado de los templos hubo aquí las haciendas; al lado de la fe, la explotación y los galeones; el Evangelio fué empañado por el oro; los monjes iban muy cerca de los encomenderos; los arcabuces demasiado cerca de los Crucifijos; la crueldad y la violencia muy mezcladas con la piedad y la caridad heroica. Y no se diga en Europa: allí no había más que capitanes y arcabuces. La fama de los españoles no era precisamente la de unos locos sublimes. Maquiavelo nos llama "la corrupción del mundo". Guicciardini y Castiglione hablan de la preferencia de los españoles por las armas, afectos a ellas, dice el primero, "tal vez más que cualquier otra nación cristiana". Y fiel debió de ser esta imagen que los italianos formaban de nosotros, pues de ella surgió un tipo que pasó al teatro, el del capitán español, figura cómica por su vanidad y su bravuconería, por su jactancia en cosas de amor, de abolengo y de fortuna, y por su modo de hablar ampuloso y altanero. No puede decirse que esos hombres siguieran los suaves consejos de Jorge Manrique:

El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
donde moran los pecados
infernales.
Mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros.

¿Fué acaso Gonzalo de Córdoba modelo de "caballero famoso"? Como dice Croce, todavía en nuestros días tiene resonancia, en los versos de Ariosto, el sentimiento italiano:

Non hai tu, Spagna, l'Africa vicina,
che t'ha vie più di quest' Italia offesa?

¿Fué un Quijote Carlos V, con su falsa política ecuménica? No faltaron voces españolas que se levantaran contra el espí-

ritu guerrero. El saqueo de Roma no le gustó nada a Luis Vives, quien, por lo demás, cree que todavía puede aplicarse a los españoles el viejo dicho de Trogo, de que los iberos no pueden vivir sin enemigos. Esta belicosidad española, cuya fama corrió por todo el mundo, y todavía corre, tampoco fué del agrado de Vitoria. Vives y Vitoria propusieron a los españoles unas ideas sobre la dignidad humana y el buen gobierno basado en la razón y la ley, que no fueron tenidas en cuenta. Y no porque los españoles prefirieran andar por las nubes de la mística, sino porque se lo impidió su afán de guerra y de dominio. Hay que desengañarse: no hubo tal política ecuménica de España en los siglos XVI y XVII; no hubo sino la doctrina, pero no la acción correspondiente. Hubo sí, una política maquiavélica de poder, más o menos intervenida por elementos eclesiásticos, como en Francia, y disimulada por la idea de un Estado-Iglesia que no llegó a realizarse. Si se hubiese realizado, el principio apostólico de la paz hubiera sido el primero en aplicarse, como quería Vives. Y ¿cómo íbamos a realizar la paz en el mundo y a fomentar la convivencia pacífica de los Estados, cuando en el seno mismo de España no acertábamos a armonizar las diversas naciones que estaban bajo la misma corona? España no ha sido nunca una comunidad, porque empezamos los españoles por no tolerar la discrepancia, y llegamos a aborrecer cuanto represente una simple diferencia. Todos queremos ser diferentes, nos repugna lo común, pero a la vez nos repugna la diferencia ajena. Estos son los hechos que hay que tomar en cuenta. Poco quijotescos, muy terrenales y nada místicos.

El quijotismo no es buena política. Pero, ni Cervantes pretendió que lo fuera, ni su creación literaria puede eximirnos del deber de buscarla. La política, el arte del buen gobierno, es cosa necesaria —y racional—. Que avance quien se atreva a negarlo, y que dispute con el Padre Vitoria. Y sólo se gobierna de dos modos: bien y mal. El Quijote no puede ser una fórmula nacional: cada loco con su tema. Pues la mayor locura es pretender que la locura quijotesca sea la razón verdadera. Demasiado que nos gobernaron la sinrazón y la mala razón: el afán de poder, sin el poder de la inteligencia. La política tiene

sus fórmulas propias, y no es materia de poesía, mística o profana. Si no supimos seguir a nuestros ilustres maestros de humanidad y de política, no fué culpa que podamos achacar a nuestros poetas, ni justifica que compensemos con el valor que estos tienen nuestros desatinos del pasado. Cuando a esto se llega, se traiciona el presente por el afán de salvar el pasado: que se hunda la comunidad hispánica entera, con tal de que, de vez en cuando surja de su suelo adolorido una Santa Teresa de Jesús, un San Juan de la Cruz, un Quijote o un. . . Unamuno. Nobleza obliga, y el gran honor de figurar en una compañía tan ilustre creó para Unamuno deberes muy precisos, a los que no atendió. La gran virtud espiritual de Unamuno lo obligaba a ser guía y prefirió no serlo; no atendió a la llamada de una juventud ansiosa, que tenía en él fijos los ojos, con mirada de una esperanza grande que se quedó frustrada. Otros se encuentran en el mismo caso de Unamuno, y su responsabilidad guarda proporción con la altura de sus talentos y el mérito de sus obras.

A un pueblo no se le puede dar la moral del enajenamiento, de la vida ilusoria, ni el ejemplo de la soledad y la desesperación, que son experiencias individuales. No se le puede instruir exclamando "¡Para lo que ha de durarnos todo!", ni hablándole de "la vanidad del esfuerzo en cuanto a lo temporal". Sobre todo, después de haber dado este pueblo una de las más extraordinarias exhibiciones del afán de poder que se han producido en la historia moderna. Un pueblo entero no puede ser místico, ni renunciar voluntariamente a la vida temporal. Frente a este desatino, tiene mayor razón, cuando es sincero, el orador político que sabe gritar en nombre de todos: "¡Pan y justicia!" El altivo desprecio de este grito implica un desprecio por el propio pueblo, en su realidad presente y viva —si no medio muerta—, acentuado todavía por el refinamiento de un artificio estético que pone en primer plano las "esencias del pasado", más o menos inauténticas y falseadas por la imaginación. Si viéramos que la miseria propia, la nuestra interna, no es la resultante de una desviación deliberada de la energía nacional hacia la fe y las obras del espíritu, sino de la ambición frustrada por la estulticia de tantos Duques de Olivares pasados y presentes, si viéramos esto, digo, atenderíamos mejor a lo que ocurre ante nuestra mirada, y no pondríamos los ojos en el infinito. La glorificación quijotesca no fué sino una

evasión, una falta íntima del coraje que debe tener un hombre cuando piensa, para decirse a sí mismo las verdades más crueles. Pues el coraje, como la nobleza, también obliga. Nadie puede pensar que la propia excelencia reposa sobre la desdicha ajena. Ante el "árida estepa castellana" de que hablaba el buen Machado, yo no he podido nunca tener una emoción estética. Sólo he sentido pena y sonrojo. Pero el alma llega a estar demasiado cargada de tanto sonrojarse por cuenta ajena. Y tiene que descargarse diciendo que se acabó eso de considerar a España como pretexto de sus "figuras" singulares. No España para el Cid, no España para el Quijote, ni España para Unamuno, sino España para los españoles, o sea, todos para ella, que la comunidad viene primero que nuestra vanidad personal, y perdemos el derecho a combatir los egoísmos económicos cuando damos el mal ejemplo de egoísmo espiritual.

Razón tiene Maragall al comentar la ausencia en el español de lo que se llama ciudadanía: "La mediocridad ciudadana no ha sido hecha para el celtíbero: él quiere conquistar a cada momento su bien, o apurar su mal; que no le den nada hecho. A este hombre, pues, a este mendigo, a este duque, a este idiota, a este profeta, a este bandido, a este santo ¿qué le importa quién gobierna ni cómo? a él no le gobierna nadie". Por esto, cuando se trata de hacer política, "la última apelación es siempre la muerte, la última razón es la mano armada". Esta es la voz modélica de un verdadero desesperado. Maragall es el anti-Unamuno. Es el hombre que, por querer a España, quisiera hacer de ella una comunidad civil, pacífica y limpia; quisiera que su fuerza no estuviera sólo en "el hombre que cría, en el individuo pequeño, seco, oscuro, reconcentrado, pero que estalla violentamente en alma, en luz, en brillo, en genio, en santidad, en valentía. Que lo mismo puede ser un mendigo que un Duque de Osuna, un loco que un profeta, un tahur que un Velázquez, un bandido que un santo: todo puede serlo menos un ciudadano".

¿Será posible hacer de España una comunidad verdadera, orgánica, armónica, civil? Oigamos dos pareceres opuestos que concurren a ilustrar el mismo pensamiento. Dice Valle Inclán: "Se sienten en sus lagunas muertas (habla del romancero castellano) las voces desesperadas de algunas conciencias individuales, pero no se siente la voz unánime, suma de todas y

expresión de una conciencia colectiva... En el romance de hogaño no alumbra una intuición colectiva, conciencia de la raza dispersa por todas las playas del mar". Y Menéndez Pidal dice: "Sin duda que, como en toda la vida del Cid, el egoísmo vanidoso del dirigente, la repulsión mutua de los preclaros hace flaquear la actuación española más que la torpeza del vulgo; y antes de acusar a la masa por rebelde para con los ilustres, hemos de acusar a éstos por la deserción de la causa y por el fratricidio que cometen unos con otros". No importa ahora decirle al Sr. Menéndez que se aplique el cuento a sí mismo. La cosa es que, sea por culpa de los preclaros, o por inexistencia de una conciencia colectiva, en España no hay espíritu de comunidad, ya desde antiguo. Pero ¿es justo decir *en España?* Valle Inclán y Menéndez Pidal están hablando de Castilla. Cierto es que para ellos, y para casi todos los de sus generaciones, Castilla es España en esencia y en historia. Y esta es otra tergiversación que urge deshacer de una vez por todas y para bien de todos. Con ello recurrimos, para terminar, el mismo punto por el que empezamos. España no tiene esencia. Ninguna nación la tiene, y España menos. El intento de buscársela es ya una falsificación; y ésta se completa final y lamentablemente cuando, por encontrarle una, se dice que la esencia española es Castilla. Castilla ha sido la protagonista histórica de España desde el siglo XVI hasta los fines del siglo XIX. Esta es la única verdad —verdad histórica— que cabe decir y hay que decir. Pues quien asume históricamente una posición hegemónica, tiene que responder de sus fracasos tanto, por lo menos, como envanecerse de sus éxitos. Y desde luego, las glorias espirituales de Castilla, con las cuales comulgamos todos, no deben ser propuestas como justificación de sus ambiciones políticas, y menos del desastre a que el fracaso de éstas nos condujo a todos. Castilla adopta una posición hegemónica en España desde el momento histórico en que parece afianzarse políticamente la comunidad española, al reunirse bajo el mismo cetro las casas de Castilla y Barcelona. Pero, desde aquél momento mismo, Castilla no ha sabido o no ha querido proponer jamás a la comunidad entera una empresa común que satisficiese, que diese vida y gloria a los demás, que afirmase su existencia con una misión propia. Y como una comunidad sólo existe de veras y prospera cuando la vida y la acción de todos

sus miembros tiene sentido auténtico, y se coordinan todas las acciones en armonía, puede repetirse ahora que la comunidad española no ha existido nunca, y añadir que ha sido el particularismo de Castilla lo que impidió que se lograra, debido tal vez a esas fuerzas antiguas, profundas, disolventes, que aparecen ya en su historia medieval, según dicen los propios castellanos. Lo más grave de su error no fué que no llevase a cabo en Europa una política ecuménica como la que preconizaron sus pensadores políticos en el siglo XVI; sino que fuese antiecuménica aun dentro de los límites de su propio imperio —que por esto se disgregó sin amor, ni gratitud, ni reverencia—, y aun dentro de los límites más angostos del propio Estado, de la pequeña, deseada, siempre frustrada ecumene hispánica. Esta es la responsabilidad histórica de Castilla ante los españoles no castellanos, en la cual no supieron parar mientes los pensadores, escritores e historiadores del 98 y los que han venido después. El particularismo de Castilla, su afán de identificarse con España, ha producido como un eco inevitable otros particularismos. Fuerzas espirituales y políticas muy valiosas, que hubieran podido estar al servicio de fines universales, se han malgastado en la lucha estéril por el simple, elemental reconocimiento de su propia personalidad. Al imponer hegemónicamente a las demás naciones españolas sus fines propios, al someterlas a la función de instrumentos suyos, Castilla restó de la capacidad histórica de España esas fuerzas que sólo podían ser fecundas realizando fines comunes, que a la vez fueran propios. Políticamente, en España no se ha llevado a cabo desde el Renacimiento hasta la República del 31 esta primordial labor que Hegel llama de unificación de los fines que es lo que dió sentido a la comunidad española medieval. Quiso imponer Castilla una unidad externa y formal, muchas veces violenta y arbitrariamente. Nunca logró ser el núcleo de una auténtica comunidad política. ¿Cómo explicar de otro modo esa tendencia espontánea, irreflexiva, a considerar como ajenas todas las obras y creaciones espirituales no castellanas que produce España? Con ello sólo se ha conseguido que España viviera durante siglos —y siga viviendo— mermada de sí misma, con el dolor permanente de ese desgarro interno. La amargura que produjo en los intelectuales la pérdida de las últimas "colonias", avivó en ellos el sentimiento de la frustración nacional, pero hasta entonces

no se percataron, con estupefacción, de que había otros españoles que habían estado viviendo en frustración durante siglos. Y las culpas que ellos propendieron entonces a imputarle a la Corona, otros las habían descubierto y padecido desde fines del siglo XVII, por lo menos.

Así se explica que el poeta catalán Maragall se sintiese desalentado y dijera, en 1911: "España políticamente es nada, y haría bien en no ocuparse más de cómo ni por quién ha de ser gobernada, porque tanto da". Esto sería llegar, por caminos opuestos, a la postura de Unamuno y de otros de su tiempo. Pero no queda, fuera de esta renuncia definitiva, de este amor desesperado que se contrae y se silencia, más que una alternativa: el amor que no se quiebra, ni se desengaña, ni se calla las verdades; la acción tenaz y perseverante. Educación y política. Hacer de España una comunidad. Si miramos en torno, cuán largo y áspero se presume el camino. ¿Será posible recorrerlo? "Y no puedo ya más —digo con palabras de Maragall, para concluir—. Si hay todavía redención civil para este pueblo, no lo sé, ni lo quiero saber en este momento. 'Vivir quiero conmigo' y nada más, como el gran poeta castellano, ya que en castellano escribo. Ahora, y en su lengua —tan hermosa— nada más sabría decir. Porque también tiene cada lengua sus destinos".

PROBLEMAS EN TORNO A LA HISTORIA DEL ARTE BRASILEÑO

Por *Hanna LEVY*

El "Redescubrimiento de América en el arte" [1] data, en cuanto al Brasil, de hace pocos años. Sólo es a partir de la última década próximo pasada que, salvo raras excepciones, se inicia el interés generalizado por el arte brasileño.

Multiplicáronse desde entonces y aun actualmente se multiplican las instituciones oficiales y privadas, que laboran en pro del conocimiento y de la conservación del patrimonio artístico nacional.

Museos, libros, revistas, artículos, debates públicos y conferencias se dedican a la historia del arte del Brasil.

Sin embargo, y pese al número creciente de publicaciones valiosas, no tenemos todavía una "historia del arte brasileño" digna de tal nombre.

Se objetará tal vez que es prematuro exigir tanto, siendo el estudio del arte brasileño cosa tan reciente. Dicha objeción —repetida con frecuencia— lleva a la conclusión de que la aparición de una verdadera historia del arte del Brasil es sólo cuestión de tiempo: lo que no ha sido posible hasta ahora, lo será dentro de algunos años.

Mas ¿será verdad que, en el estado actual de los conocimientos, la posibilidad de una historia del arte brasileño depende únicamente de la publicación de algunas decenas o centenas más de documentos inéditos o del descubrimiento de algunos nombres suplementarios, ignorados al presente, de artistas coloniales?

Para poder responder a esta pregunta estimamos indispensable decidir primero lo que se entiende con el concepto "historia del arte brasileño". Para mayor claridad distinguimos entre su finalidad y su materia. Sustentamos la opinión

[1] Título del libro de ANGEL GUIDO, Buenos Aires, 1944.

de que este problema, de importancia capital y cuyo carácter dista de determinarse aunque sólo sea en teoría, no ha sido tomado aún en la debida consideración. Y nos parece que se deducen precisamente de ahí una serie de consecuencias que dificultan la solución de la tarea enfocada, a saber, la elaboración de una historia del arte brasileño.

Expliquémonos. Es lógico que la finalidad de una historia del arte brasileño (lo que ésta debe ser) coincida con la finalidad (ideal) de la disciplina de la historia del arte en el mundo entero. Podemos definir dicha finalidad someramente como sigue: se trata de presentar las obras de arte (del pasado y del presente) de modo tal que el carácter único y particular de cada obra quede evidenciado, *dentro del dominio específico del arte,* como resultado y expresión necesarios de las principales tendencias históricas generales. En otras palabras: la finalidad de la historia del arte consiste en explicar las creaciones artísticas como una parte integrante (que es condicionada y que condiciona) dentro de la multiplicidad de los fenómenos que componen la unidad histórica de la época, del país, etc., que se estudia.

Esto en cuanto a la finalidad.

En cuanto al objeto o materia de la historia del arte, es claro que está constituído por los monumentos artísticos. Es claro además que cada disciplina recibe su método de trabajo por el objeto que se estudia en vista del propósito final. Ahora bien, fuerza es reconocer que el objeto de la historia brasileña del arte difiere del objeto de la historia del arte de otros países, especialmente de los del viejo mundo. Y por eso mismo nuestro método tiene que diferir también de los métodos elaborados para el "material" europeo, independientemente del hecho de que el objetivo que ha de alcanzarse, y que no debe perderse nunca de vista, sea igual en ambos casos.

Se presentan así dos exigencias principales para quien pretenda estudiar la historia brasileña del arte.

1 Reconocer los problemas especiales que presenta la historia del arte brasileño.

2 Adaptar los métodos existentes o elaborar métodos nuevos, capaces de resolver estos problemas especiales en el sentido de la finalidad suprema de la historia general del arte.

Si bien estas dos series de problemas se interpenetran íntimamente, hemos de procurar, en la medida de lo posible, tratarlas por separado. Comenzamos pues con la primera cuestión.

En el fondo, la mayor parte de los problemas particulares del arte brasileño deriva esencialmente de un problema único: el problema que consiste en el hecho de haber nacido el arte brasileño como arte colonial, en un terreno donde no existía un arte indígena con vida propia. José León Pagano en su "Historia del Arte Argentino desde los Aborígenes hasta el momento actual", acentúa con suma claridad la importancia decisiva de este punto de partida que determina, lo mismo que en el caso de la Argentina, el carácter y el ritmo esencialmente "extraterritorial"[2] del arte brasileño. El intento de reconocer la característica esencial del arte brasileño se convierte, por eso, en un problema singularmente difícil. "Un problema complejo sitúa al estudioso en presencia de tres artes: el importado de Europa, el producido aquí por el artista europeo, y el indígena de inspiración europea".[3] En el caso brasileño es menester todavía contar con la contribución del elemento africano que supera al del indio. Si fuera suficiente estudiar por separado cada uno de los "tres" (o cuatro) "artes" enumerados para poder explicar el fenómeno del arte brasileño, la cuestión sería de solución relativamente fácil. Por desgracia, no puede procederse de este modo ya que lo que caracteriza al arte brasileño es precisamente la *existencia simultánea y la interpenetración* de varias categorías de obras.

A nuestro ver, la pregunta principal que debe formularse acerca de ese hecho se refiere al *estilo* que resulta de esa multiplicación de "artes". En otros términos: pensamos que es indispensable —para poder enfocar razonablemente el problema del arte brasileño— distinguir entre arte y "estilo" brasileño.

De un modo general se puede considerar como "arte brasileño" todo aquel que fué creado en Brasil, incluyendo naturalmente las obras de artistas extranjeros. En lo tocante

---

[2] José León Pagano, *Historia del arte argentino desde los aborígenes hasta el momento actual.* Buenos Aires, L'Amateur, 1944, p. XII.

[3] *Op. cit.* p. 55.

al "estilo brasileño" el problema es mucho más complejo. Pues es evidente que una obra producida aquí por un artista nacido en el Brasil, no es por ello forzosamente una obra de "estilo" brasileño. E inversamente: una obra ejecutada por un artista extranjero en el Brasil no es por necesidad una obra de estilo europeo, sino que puede ser de estilo brasileño.

Por otra parte, es claro también que las obras de un Franz Post o de un Debret no pueden considerarse, a pesar de su contenido brasileño, como ejemplos de pinturas de estilo brasileño durante los siglos XVII y XIX respectivamente. Sin duda alguna, los dos artistas tienen necesariamente que figurar en todas las historias de pintura brasileña por el extraordinario valor histórico, documental, iconográfico, etc., de sus obras. La inclusión del nombre de Debret en la historia del arte brasileño se impone además por el hecho de haber sido maestro de una serie de pintores nacionales. Y sin embargo, las obras de ambos artistas son de estilo puramente europeo. Los contemporáneos de Post advirtieron en sus cuadros una luminosidad extraordinaria de colorido. Este hecho demuestra la influencia de la naturaleza tropical sobre el artista observador, mas esto no transforma su estilo, que es el de la Holanda barroca del siglo XVII, en algo que pudiera llamarse "estilo brasileño" del siglo XVII.

¿Qué es entonces el "estilo brasileño"?

Apresurémonos a decir que no podemos, en absoluto, responder exactamente a esta pregunta a causa de que faltan, salvando algunas excepciones brillantes, todos los trabajos preparatorios necesarios para la solución del problema. La pregunta misma ni siquiera fué formulada por la gran mayoría de los historiadores brasileños de arte.

Nos parece, por tanto, útil, intentar aquí una presentación del problema bajo sus varios aspectos —sin tener la pretensión de solucionarlo.

Conviene excluir desde el principio cualquier fórmula "toute faite" en sustitución a una definición verdadera, en tanto que imposible, del "estilo brasileño". Porque todas las fórmulas, por seductoras que parezcan, no podrán corresponder nunca a la complejidad de los datos históricos.

La misma expresión "estilo brasileño" o "estilo nacional", como tantas veces se ha denominado, requiere, en nuestra opi-

nión, ser esclarecida. Es evidente que, en rigor, no puede hablarse *del estilo* brasileño del mismo modo que no puede hablarse *de estilo* francés o *de estilo* griego.

No existe *el estilo* francés, sino que existen el románico francés, el gótico francés, el Renacimiento francés, etc. Para poder hablar *del estilo* francés sería necesario investigar si las semejanzas o contrastes que presentan las soluciones francesas a esos estilos tan diversos son lo bastante grandes para considerarlas lícitamente como "típicas". En caso afirmativo, debería poderse demostrar que existe una semejanza fundamental mayor entre, digamos, el románico y el neo-clásico francés que entre el románico francés y el románico alemán. En el supuesto de que tal se demostrara, el contenido *del estilo* francés sólo podría tener un carácter abstracto y formal porque, si se ha de llegar a lo típico, a lo constante, es preciso hacer abstracción de todos los elementos variables, individuales, etc., que se encuentran en las obras históricas concretas. Cabe entonces preguntarse, si, de este modo, la propia noción de estilo no pierde todo su sentido.

Mas no nos interesa aquí entrar en consideraciones teóricas sobre la definición de la noción de "estilo". Con el ejemplo anterior sólo nos proponíamos manifestar que cualquier intento de determinar "el" estilo o "los" estilos "brasileños" exige, como premisa indispensable, el análisis pormenorizado de la totalidad de las obras de arte brasileñas. En segundo término, los resultados de ese análisis habrán de compararse con los resultados de análisis similares de los estilos europeos. Toda historia de estilo es una historia comparada; mas en el caso del Brasil, el análisis comparado se impone como una necesidad absoluta porque toda la historia del arte del Brasil, desde el descubrimiento hasta hoy, está íntima e inseparablemente ligada a estilos importados. Y es lógico que únicamente un análisis comparado pueda esclarecer la cuestión que nos ocupa, a saber: si, cómo y de qué manera, etc., los estilos importados se transformaron en algo nacional. Antes de entrar en mayores detalles en cuanto a la manera de realizar estos análisis, no es tal vez inútil decir rápidamente algunas palabras acerca de dos opiniones muy corrientes respecto al problema del estilo brasileño.

No obstante ser opuestas una de otra, ambas nos parecen igualmente erróneas. La primera de esas opiniones niega, de antemano, la posibilidad de la existencia de un estilo brasileño, considerando el hecho de que el Brasil ha recibido, a través de su historia, estilos extranjeros importados, como un impedimento absoluto para la creación y evolución de un estilo propio.

La segunda opinión afirma, por lo contrario, que, una vez asimilado el primer estilo importado (el Barroco), toda la evolución ulterior se realiza automáticamente de un modo genuinamente brasileño.

Para demostrar lo insostenible de la primera opinión, basta una ojeada rápida sobre la historia del arte mundial que nos muestra ejemplos innumerables de la transformación de estilos no autóctonos en estilos propios. Entre los muchos ejemplos que pudieran citarse nos contentaremos con dos: el estilo carolingio (el famoso "renacimiento carolingio") en la Alemania de los siglos VIII y IX, y la escuela de Fontainebleau del siglo XVI. El estilo carolingio está basado en la importación del estilo bizantino (resultado, a su vez, de las influencias estilísticas más variadas); la escuela de Fontainebleau, iniciada bajo la dirección de artistas italianos, tiene como punto de partida el Renacimiento italiano. Sin embargo, estos dos estilos importados se transformaron en dos estilos nuevos. Mencionamos además que en el caso del estilo carolingio el elemento importado no consiste sólo en formas "extranjeras", que eran las de la antigüedad a través del bizantino, sino que concierne por igual al contenido "extranjero", —el cristianismo.

En cuanto a la segunda opinión, es tan incorrecta como la primera. Las personas que la defienden se olvidan de dos cosas: 1ª, la asimilación de un estilo importado no significa *necesariamente* que éste se transforme en un estilo nuevo, propio; 2ª, la evolución estilística no se desarrolla ininterrumpidamente en línea recta.

Permítasenos transcribir aquí unas frases de la ya citada obra de José León Pagano dedicadas precisamente a este último aspecto del problema. "El pueblo conquistador funda la ciudad. Dos mundos se ponen en contacto, dos razas se unen y se cruzan, es decir, se conquistan por distintos modos.

"Ahora bien, estos primeros componentes inmediatos debieron formar un primer núcleo de irradiación predominante en el nuevo ciclo histórico: otra germinación en tierra virgen. Todo debió mostrar allí un rasgo íntimo: el presumible en la expresión de una peculiaridad naciente, cuyo espíritu hallaría formas con matices de vital primitivismo.

"Este núcleo evolucionaría luego, según su propia cohesión interna, acentuando los caracteres de un arte local. Y ello etapa tras etapa, en sus diversos ritmos históricos. No fué así. Lo iniciado aquí no tuvo continuidad de proceso. La semilla quizás alcanzara a ser flor: nunca llegó a ser fruto en plenitud de madurez. El cambio estilístico vino de afuera, e impuso a lo de aquí la sucesión elaborada en lejanas latitudes, según la coherencia de culturas a veces milenarias. Esta capacidad invasora, no halló resistencia alguna, pues cada breve ciclo fué arrollado por otro, sin permitir a ninguno hincar las raíces en nuestra autoctonía. Por eso hablamos de reiterados sincronismos".[4]

El problema abordado en las líneas anteriores y, particularmente, en el último pasaje que acabamos de citar, nos conduce de nuevo a nuestro problema de análisis comparado. Mas ya no volvemos exactamente al punto en que dejamos la cuestión. Hasta ahora nuestro intento se limitaba a demostrar la necesidad imperiosa del análisis comparado como medio auxiliar primordial e indispensable para encarar el problema del estilo brasileño. Por eso bastaba decir que dicho análisis tenía como fin indagar las constantes, las características típicas tal vez reconocibles en las obras brasileñas. Mas a pesar de no tener aún determinado de un modo más exacto cuáles son los elementos de las obras que han de analizarse (elementos constructivos, composicionales, expresivos, iconográficos, etc.), debemos señalar ya desde ahora que el reconocimiento de las constantes constituye a penas un aspecto de la finalidad del análisis comparado.

Otro aspecto, de importancia igual, concierne al problema de la evolución.

El análisis comparado, no tratando de causas y de efectos, evidentemente *no explica* un estilo. Mas, por el hecho de cons-

---

[4] *Op. cit.*, p. XII y ss.

tatar, de clasificar y de describir parte de sus varios componentes, prepara el terreno para la explicación. Distinguiendo entre los elementos constantes y variables del estilo, el análisis comparado ofrece la posibilidad de examinar las causas que determinaron bien la transformación bien la inmutabilidad de determinados elementos. Se hace así posible inquirir, en particular, si ciertas formas se modificaron por razón del proceso de la lógica artística relativamente inmanente o si la alteración obedece a impulsos extrínsecos. Con estas cuestiones entramos ya en los dominios de la historia y de la sociología del arte. Por eso es mejor detenerse aquí y no dar el segundo paso antes que el primero.

Procuraremos pues, indicar ahora cuál sería, a nuestro entender, el "programa mínimo" de análisis comparado que ha de realizarse en el caso del arte brasileño.

Decíamos en el comienzo de este trabajo que el análisis comparado debía abrazar la totalidad de las obras brasileñas de arte. Esta exigencia está, sin duda, justificada en principio, aunque nunca podrá cumplirse al pie de la letra por lo imposible que resulta saber cuál es la cantidad y cuál la importancia de las obras perdidas o destruídas al correr de los tiempos. Esto no obstante, es necesario procurar estudiar, en cada dominio de arte, el mayor número posible de obras existentes. Porque la sola cantidad de ejemplos estudiados constituye ya una especie de garantía contra la posibilidad de considerar como típica alguna obra que precisamente representa una rara excepción (o viceversa).

Existe otra cuestión que merece algunas palabras. Nos referimos a los dominios del arte que, con preferencia a otros, debían estudiarse por el análisis comparado. Naturalmente, el análisis no pretende establecer criterios de valor. Por eso se ha de estudiar con el mismo interés el mobiliario y la pintura al fresco la loza pintada y la construcción militar. Mas es lógico que deberán estudiarse, con miras a la finalidad que se persigue, en primer lugar aquellos dominios del arte que con mayor probabilidad puedan decirnos algo con respecto al estilo brasileño. El análisis comparado de la litografía o de la loza brasileña —por más interesantes que puedan ser tales estudios— nos suministrará forzosamente menos elementos para la caracterización del estilo brasileño que el estudio de la ar-

quitectura.[5] En el dominio de la arquitectura, la religiosa será, para nuestro propósito, de menor interés que la arquitectura civil. La primacía del interés por la arquitectura civil no se basa sólo sobre el hecho que la construcción civil, por no ser tan "erudita" como la religiosa y la militar, ofrece, por esto mismo, mayores probabilidades de encontrar en ella la expresión artística más genuinamente brasileña. A esta razón se añade otra de la más alta importancia. Es que la casa de habitación y particularmente las más sencillas, la del colono, es "de todas ellas la única que aún continúa viva", según la expresión de Lucio Costa, "en todo el país".[6]

---

[5] Empleamos evidentemente aquí el término "estilo" en el sentido de "estilo artístico" y no como noción general designando una cierta forma de vida. Se nos figura que Gilberto Freyre (quien en sus obras de sociología realiza precisamente aquello que formulamos en estas líneas como exigencia en el dominio del arte) muestra a veces cierta tendencia a confundir esas dos nociones. Para ceñirnos a un pequeño ejemplo, podemos citar a tal respecto el artículo de este ilustre autor, denominado *Sugestiões para o estudo da Arte Brasileira en relaçao com a de Portugal e a das Colonias* (en "Revista do SPHAN, No. 1, Rio de Janeiro 1937, p. 41 y ss.). Para ilustrar nuestra observación transcribimos a continuación un parte de dicho trabajo: "Portugal siguió en su política colonizadora aquellas palabras misteriosas de las Escrituras: ganó la vida perdiéndola. Disolviéndose. Por eso persistirán tantos de sus valores de arte más característicos.

"Persistirán y persisten. Y persisten en combinaciones y diferenciaciones inesperadas, pero que guardan el sabor del original: de las raíces hispánicas. La arquitectura religiosa portuguesa conservóse en el Brasil casi sin alteración. La militar igualmente. En las propias "casas-grandes" patriarcales, tan llenas de combinaciones nuevas y de diferenciaciones a veces profundas, como trazos dominantes se conservarán los portugueses. En el arte de la repostería, en el de la cocina, en el de la loza, en el del jardín, en el del mueble, en el de la escultura religiosa, en el de los trabajos de oro y plata, en el de los instrumentos de música, en el de los juguetes de los niños, en el de las embarcaciones de río y de mar, la fuerza creadora del portugués, en vez de imponerse, con intransigencia imperial, se ligó en el Brasil al poder artístico del indio y del negro y, más tarde, al de otros pueblos, sin por ello desaparecer: conservándose en casi todo el elemento más característico".

[6] LUCIO COSTA, *Documentaçao necessaria.* "Revista do SPHAN", (Serviço do Patrimonio Historico e Artistico Nacional), No. 1. Rio de Janeiro 1937, p. 34.

El trabajo de Lucio Costa que acabamos de citar, constituye en la literatura brasileña la obra fundamental en relación con el problema que nos ocupa. Es el trabajo que formula precisamente, en cuanto a la arquitectura, "el programa mínimo" a que aludimos y de cuya ejecución depende, en nuestro sentir, la posibilidad de una verdadera historia del arte brasileño. Siendo imposible transcribir aquí, como sería deseable, el artículo entero, nos limitamos a resumir sus puntos "programáticos" más importantes.

Después de hablar de la necesidad de estudiar todos los tipos de casas de habitación ("no solamente las casas grandes de las haciendas o de los caserones de ciudad con 7, 9 u 11 ventanas y una puerta si no más, más las casas menores de 3, 4 y hasta 5 balustradas, puerta lateral y aspecto menos formalizado. . ., y también las pequeñas casas de tierra, de poco frente, mucho fondo y sólo dos aguas. . . sin olvidar. . . la casa "mínima", la del colono"), el autor preconiza el estudio de los siguientes puntos: los varios sistemas y procesos de construcciones, las diferentes soluciones de planta; los tejados; los marcos de puerta con su herraje respectivo; la relación de los vanos con la pared; el mobiliario. En suma: se trata del estudio de la mayoría de los elementos de orden constructivo (material), técnico, composicional, espacial y decorativo. El problema urbanístico no fué abordado por el autor. A este respecto se encuentran observaciones interesantes en los trabajos de Joaquím Cardoso y Gilberto Freyre.[7]

Al paso que las monografías sobre determinados monumentos o artistas así como la publicación de documentos inéditos de los archivos resultan cada vez más númeras y especializados, con una abundancia creciente de fechas y de nombres, son poquísimos los estudios (fuera de los trabajos citados) que, sistemáticamente, procuran reconocer los elementos esenciales y las grandes líneas estructurales de la evolución estilística y artística. Es de notar que ninguno de los trabajos básicos citados indica en cuanto a fechas, más que algunas divisiones por siglos y que ninguno de los autores recurre a la

---

[7] Joaquim Cardoso, *Observações em torno da Cidade do Recife no período holandez.* En "Revista do Sphan", No. 4, 1940, p. 389 e ss. Gilberto Freyre, *Mucambos do Nordeste.* Publicações do Sphan, No. 1. Sin fecha.

investigación de documentos para situar los monumentos histórica o estilísticamente. Este punto, en lo que respecta a la clasificación cronológica de las obras brasileñas, merece atención muy especial.

De un modo general estamos convencidos de que el orden cronológico de las obras se establece por decirlo así *eo ipso,* como resultado lógico del análisis comparado bien hecho. Ya que, aun en el caso de que se ignorasen por completo todas las fechas respectivas, nadie vacilaría, ciertamente, en clasificar las obras del viejo Rembrandt como posteriores a sus obras de juventud. Y aunque faltasen todas las firmas y documentos comprobantes, aunque se ignorara el nombre de Rembrandt, nadie vacilaría en atribuir sus obras esenciales a su mano, es decir a la mano de un determinado maestro, de nombre desconocido.

Huelga decir que no pensamos negar globalmente la importancia de las fechas para una historia del arte, de la misma manera que no queremos defender, en absoluto, la tesis de una "historia del arte sin nombres". Pero hay fechas y fechas, y hay, sobre todo, diversos modos de utilizarlas.

Las simples enumeraciones de fechas, por muy pormenorizadas que sean con relación al nacimiento o la muerte de un artista, al principio o al fin de una construcción, a la ejecución de una obra pictórica, etc., esa enumeración de fechas en sí no conducirá nunca a una visión de conjunto o a algo que merezca el nombre de una historia del arte brasileño. Pues las fechas sólo interesan al historiador del arte en la medida en que contribuyen a la comprensión y a la explicación de las creaciones artísticas en el transcurso de los tiempos. Si no ofrecen ningún auxilio en este sentido, las fechas sobre contratos, ajustes, entregas, etc., de obras (obras que muchas veces, además, ya no existen) resultan completamente superfluas.[8] Y esto se aplica precisamente al problema de la historia de la pintura brasileña.

Excluyendo cualquier enjuiciamiento de valor, quedándonos únicamente en el plano del análisis comparado, los monu-

---

[8] Ver a este respecto: LEO BALET, *The History of Art of the Future.* En "Journal of Aesthetics and Art Criticism", 1941. Nos. 2-3, p. 42 ss. y la discusión entre este señor y el señor MILLARD MEISS en las páginas de la misma revista, No. 4, p. 75 y ss.

mentos existentes de la pintura brasileña permiten las siguientes afirmaciones:

1. En su conjunto, las obras brasileñas, desde el descubrimiento hasta tiempos muy recientes, se basaban, en cuanto al contenido y en cuanto a la forma, en modelos extranjeros, europeos principalmente. En numerosísimos casos la relación modelo-transcripción (o copia) puede probarse por la confrontación de las obras europeas y nacionales. En otros casos, donde no es posible demostrar esta relación inmediata, el carácter nítidamente europeo de la pintura brasileña no deja, sin embargo, la menor duda.

2. Los modelos que servían de guía a los pintores brasileños son de épocas y de estilos diferentes. De ahí resulta que encontremos en la pintura brasileña, al lado unas de otras, obras de carácter renacentista, barroco y neoclásico, sin que esas características estilísticas permitan formular ningún juicio acerca de la prioridad de las obras renacentistas relativamente a las de carácter barroco, etc. Como un ejemplo entre los muchos que pudieran citarse, baste recordar la obra de Manuel da Costa Ataide que se inspiró simultáneamente en obras de Rafael y de grabadores del siglo XVIII.

3. Así las diferencias estilísticas *generales* (Renacimiento, Barroco, etc.), constatables en las pinturas brasileñas no ofrecen ningún indicio sobre su evolución y su cronología.

Los intentos hechos para establecer una evolución estilística de la pintura brasileña con ayuda de fechas, conseguidas por la investigación de documentos, sólo pueden conducir a construcciones artificiales y vanas que no encuentran fundamento en las obras existentes.

Confrontar las fechas de los documentos con las obras sólo puede tener, como consecuencia, un sentido: mostrar que la pintura brasileña no presenta etapas sucesivas de una evolución por decirlo así natural y continua, sino, a lo más, una secuencia de "reiterados sincronismos" cuya fuerza motriz viene de fuera. La rigidez con la que suele dividirse la historia brasileña de la pintura en épocas diversas que corresponden *a fechas* mas no a los monumentos pictóricos, sólo puede crear confusión. Pues hasta la división más usual entre la pintura del período colonial y postcolonial (así como sus subdivisiones),

no encuentra justificación en las obras.[9] No hay señal ninguna de un cambio *estilístico esencial* dentro de los 150 años, digamos, de 1730-1780. La diferencia de habilidad, de erudición y de talento mayor o menor constatable en las obras, no constituye una característica de estilo o de evolución y existe evidentemente desde el principio de la pintura brasileña.

Nos parece también inadmisible considerar las diferencias que se advierten entre obras ejecutadas sobre tablas corridas y las pintadas en tableros o *caixotões* como etapas estilísticas distintas. Esas diferencias resultan de una transformación en el estilo o gusto arquitectónico, lo que modifica la función decorativa de la pintura; mas la transmutación de la función (en relación con la arquitectura) no afecta al estilo de la pintura.[10] La confrontación de obras tales como el forro de la capilla de la Orden Tercera del Carmen, en Cachoeira (Bahia), el forro de la nave de la iglesia de San José en Itapanhoacanga (Minas), ambos en *caixotões,* como la del forro de la capilla de la iglesia de N. S. del Bomfin (Diamantina) o de la iglesia de la Orden Tercera de Santo Domingo, en Salvador, sobre tablas corridas, confirmará nuestra observación. (Véanse las ilustraciones). Pueden multiplicarse fácilmente los ejemplos.

Lo que acabamos de decir sobre la falta de fases estilísticas *esencialmente* distintas en la pintura brasileña se aplica también a la escultura y principalmente a las imágenes. Como en el caso de la pintura, el primitivismo de ciertas obras no constituye en absoluto un signo de prioridad en el tiempo sino que sólo expresa diversos grados de habilidad técnica. Tampoco se puede aplicar la designación de "arcaico" o "arcaizante" a las obras de este género, porque arcaico significa o una determinada fase evolutiva dentro de un estilo, o una determinada actitud emocional artística, al paso que el término arcaizante presupone la voluntad consciente, por parte del artista, de asimilar a su obra las creaciones de un período an-

---

9 Encontramos la misma observación en un autor mexicano que a propósito de la obra *Tres siglos de Pintura Mexicana,* dice: "...la división por siglos es arbitraria y los primeros veintiún años del siglo XIX son tan coloniales como, los que más". "Anales de Investigaciones Estéticas", No. 4, México, 1939, p. 67.

10 Ver a este respecto: LUCIO COSTA, *Arquitectura Jesuitica no Brasil.* En "Revista do SPHAN", No. 5, p. 76, 83, 84.

terior. Ninguna de estas tres significaciones corresponde ni a las obras ni a los artistas brasileños. Justino Fernández aborda el mismo problema aunque con intenciones diferentes, en dos artículos suyos: "...Por sus formas, a primera vista, nadie dudaría de que se trata de una escultura del siglo XVI, pero por la fecha de la fundación del convento es indudable que pertenece al siglo XVII; *como en tantos otros casos se trata de supervivencias de formas que se prolongan independientemente de la estricta cronología, por lo cual esta escultura si bien ejecutada en el* XVII *puede decirse de ella que por sus formas es del* XVI".[11]

Pensamos que los varios puntos hasta aquí tratados y que presentan algunos de los problemas especiales que ofrece la historia del arte brasileño, permiten ya sacar conclusiones en cuanto al método por el que puedan éstos resolverse.

La primera tarea a realizar, tarea *básica* de cuya solución depende la de todas las cuestiones ulteriores, consiste en la elaboración de una *tipología del arte brasileño.* Esta tipología, que ha de establecerse por medio del análisis comparado, tendrá un carácter puramente descriptivo y esencialmente formal, aunque la primera diferenciación tipológica pueda ser suministrada, a veces, por el asunto. Tomemos, por ejemplo, las imágenes. Evidentemente separaremos para empezar como tipos distintos el de la Virgen Inmaculada, en pie sobre nubes, las manos unidas en gesto de oración, de las imágenes de Nuestra Señora del Carmen, igualmente en pie, mas con el Hijo en brazos, etc. En otros casos, como en la representación del Cristo crucificado, los diversos tipos se determinarán por el hecho de tener la cabeza inclinada o levantada, los brazos dispuestos paralelamente a la barra de la cruz o vencidos, formando un triángulo, etc. Es claro que en el caso de la pintura, las pinturas sobre tablas corridas pertenecen a un tipo distinto al de las pinturas en tableros o *caixotões.* Si hay o no razón para considerar como tipos fundamentalmente diferentes los forros en *caixotões* que presentan escenas figurativas y aquellos otros formados por motivos ornamentales, así como los forros cuya pintura se concentra en el medio o sobre toda la

[11] JUSTINO FERNÁNDEZ, *Una escultura Tequitqui en Monterrey.* En "Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas", No. 12. México, 1945. p. 15. (El subrayado es nuestro).



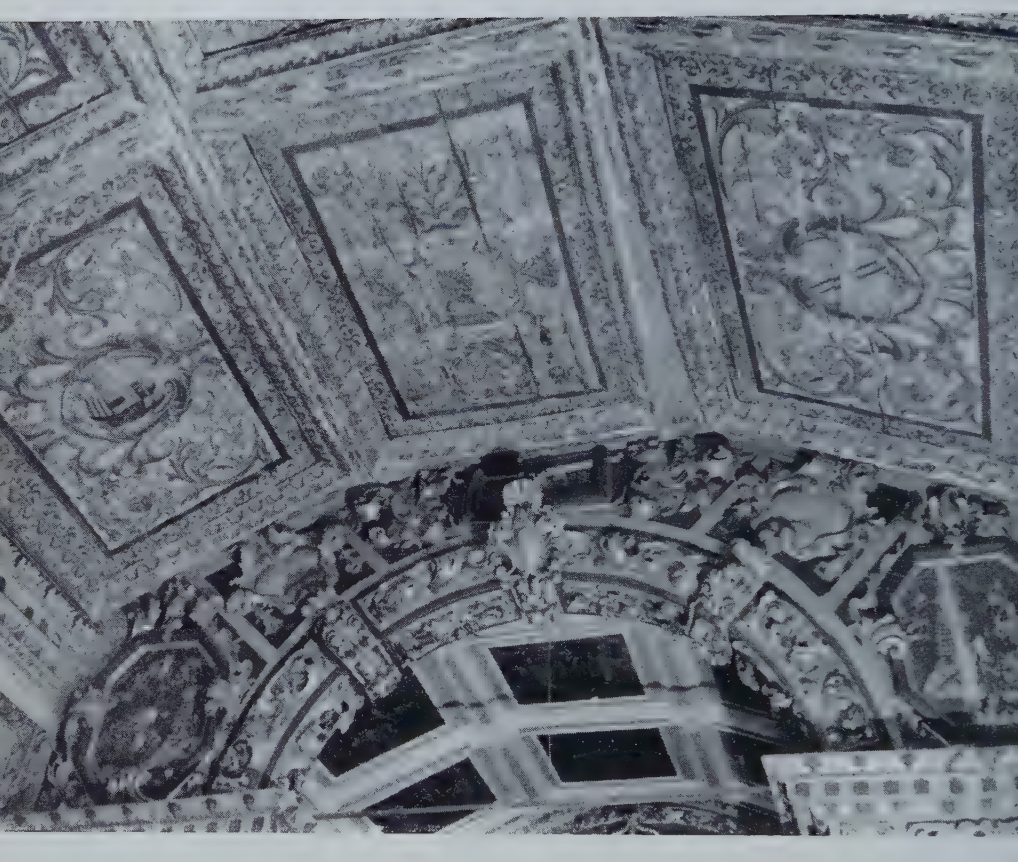
Forro de la nave de la iglesia de S. Francisco de Ouro Preto.
Pintura sobre "tablas corridas" de Manuel da Costa Ataide. 1762-1830.



Forro de la capilla de N. S. de las Mercedes de Diamantina
Pintura sobre "tablas corridas", de Manuel Alves Pasos. 1794.



Iglesia de S. José de Itapanhoacanga (Minas Gerais).
Pintura en "caixotões", de Manoel Antonio de Fonseca. 1787.



Pintura del forro en "caixotões" de la iglesia de Sabará.

extensión del espacio, es una cuestión cuya respuesta no puede ser dada por el examen aislado de los forros, sino únicamente por el estudio del conjunto de la arquitectura interna.[12]

Cuanto más minuciosamente se procede a establecer la tipología de los distintos dominios del arte, tanto más fácil se hace la agrupación de los diversos tipos (interdependencia) según sus semejanzas o divergencias. Y esto no sólo en relación con las características más generales, sino asimismo en lo que concierne a la modalidad particular, individual, con la que los tipos reconocidos han sido tratados por los diferentes artistas. Pues el mismo tipo fundamental puede ser tratado —independientemente del estilo histórico— de un modo primitivo, dramático, lírico, etc. Esa variedad individual de un mismo tipo, así como la riqueza mayor o menor de los tipos fundamentales diversos puede existir simultánea o sucesivamente.

Es claro que la mera riqueza numérica (cantidad) de muchos tipos fundamentales diversos no constituye un signo de valor (cualidad) en comparación con la riqueza de variantes individuales de un tipo único o de unos cuantos tipos fundamentales. Basta recordar el templo griego.

Con objeto de apreciar la riqueza o la pobreza de tipos fundamentales diferentes o iguales, es necesario considerar los tipos reonocidos tanto en el corte transversal como en el horizontal del tiempo. Pues solamente así se podrá distinguir entre lo que es una transmutación de un determinado tipo fundamental ya existente o, por lo contrario, la aparición de un tipo nuevo. En este momento es cuando las fechas se hacen útiles y necesarias, ya que permiten limitar la duración, el predominio o la desaparición (definitiva o pasajera) de los tipos previamente establecidos.

Ya una vez aquí, se le hace obligado al estudioso reintegrar los tipos establecidos en el conjunto de la historia, a fin de descubrir las razones capaces de explicar los tipos en sus varias fases y en sus diversos aspectos.

La introducción de determinados modelos artísticos en el país, la influencia ejercida por determinados artistas,[13] la ex-

---

12 Véase: Lucio Costa, *Arquitectura jesuitica. . .*, ibid.

13 Ver a este respecto la importancia atribuída por Lucio Costa al arquitecto Francisco Dias en *Arquitectura Jesuitica no Brasil*, p. 32 y 33.

pulsión de los jesuítas, las leyes regulando el ejercicio de las diversas profesiones del artesanado, el nivel cultural de las personas que encargan y de las que ejecutan las obras, etc., en suma, cualquier campo de la historia religiosa, política, social, etc., puede proporcionar datos para la explicación de los fenómenos generales y particulares de la historia del arte.

Sería por eso enteramente erróneo pensar que el establecimiento de la tipología sin más, por muy completa que sea, equivaldría ya a una "Historia del arte brasileño". La tipología no pasa de constituir el fundamento básico cuyo complemento por el estudio de la historia general se hace indispensable, ya que únicamente este último permite *explicar* los tipos formales reconocidos. Insistimos tanto más sobre la necesidad de explicación de los fenómenos artísticos por razones extraartísticas cuanto que, en el caso del arte en el Brasil la tesis de la evolución absolutamente inmanente de las formas artísticas nos parece particularmente inadecuada para explicar las transformaciones estilísticas ocurridas.

Aun admitiendo que ciertas modificaciones y "modulaciones" de algunos tipos formales se explican por la lógica inmanente, por los efectos del "cansancio" o "reacción" de las formas, el paso del barroco al neo-clásico, por ejemplo, no puede explicarse en el Brasil (ni en Europa tampoco, a nuestro juicio), por cualquier teoría inmanente del arte. Es de hecho absurdo sustentar que las formas barrocas estaban en el Brasil tan gastadas que tenían inevitablemente que conducir a una experiencia neo-clásica o anti-barroca. Lo mismo cabe decir de la transición del neo-clásico al "moderno". Es evidente que sin la invención e introducción de un material nuevo, el cemento armado, toda la moderna arquitectura funcional hubiera sido imposible. El enorme auge y el gran desarrollo de la arquitectura del cemento armado en el Brasil tampoco se explica por razones meramente artísticas.

Se nos antoja, además, que, de un modo general, el Brasil sólo conoció tres estilos (de importancia y duración muy desiguales): el barroco, el neo-clásico y el moderno. Esto en cuanto a la arquitectura, donde todas las otras subdivisiones representan variaciones, trasmutaciones, etc., dentro de los moldes de los tres estilos enunciados. En cuanto a la pintura y a la escultura nos parece dudoso que estos dominios artísticos co-

nocieran aquí algún estilo intermediario (ya sea el neo-clásico, ya el romántico, o el realista) entre el barroco y el moderno. Acreditamos, por así decirlo, a futuros estudios la demostración sin duda, que las obras de arquitectura son las únicas que justificaron la denominación de un estilo barroco y de un estilo moderno brasileños.

Por último, tenemos aún que hablar de un problema que, deliberadamente, hemos eludido hasta ahora: el problema del valor.

El problema del valor (o de los valores) pertenece al dominio de la crítica de arte. Desgraciadamente ese dominio importante de los estudios artísticos, dominio sin el cual la *historia* más minuciosa del arte resulta incompleta o hasta imposible, todavía no ha recibido la debida atención por parte de los historiadores brasileños de arte, que en esto se limitan a seguir el ejemplo de un gran número de "especialistas" europeos y norteamericanos. Tuvimos ya ocasión en otro trabajo [14] de hablar más detalladamente acerca de las causas de orden metodológico de este fenómeno. Nos limitamos hoy a hablar de algunos aspectos del problema de los valores históricos y artísticos cuya discusión nos parece particularmente provechosa en el estado actual de las pesquisas de la historia del arte del Brasil.

Procurábamos mostrar en las páginas anteriores, que el análisis comparado y el establecimiento de una tipología constituyen las premisas para una historia del arte en el Brasil, la cual no podría nacer nunca de las investigaciones exclusivas o aun predominantes de los archivos. El análisis comparado y la tipología ofrecen, al mismo tiempo, las bases para una crítica de arte, tanto por lo que toca al valor histórico como en lo que concierne al valor artístico. Pues evidentemente se atribuirá un valor histórico mayor a un tipo de monumento que sirvió de modelo a una serie de otros, así como se destacará fácilmente el valor histórico de una obra que representa un tipo único en el arte del Brasil, etc.

El valor artístico, independiente del valor histórico, surgirá al comparar una serie de obras de un mismo tipo. Esto no

---

14 HANNA LEVY, *Valor artistico e valor historico: importante problema da História da Arte.* En "Revista do SPHAN", No. 4. Rio de Janeiro 1940, p. 181-192.

quiere decir que una obra que representa un determinado tipo en su forma más pura, sea necesariamente la obra artística más perfecta, ni tampoco que las obras "mejor hechas" en el sentido académico, sean superiores a las obras manifiestamente inspiradas en ciertos modelos, mas los cuales, entre las manos de una fuerte individualidad artística o incluso en las de un humilde artesano se transformaron, adquiriendo nuevos valores plásticos y expresivos. Lucio Costa, en su precioso artículo acerca de la arquitectura de los Jesuítas en el Brasil llama precisamente la atención sobre este último punto. "Conviene, mientras tanto, reconocer desde luego que no son siempre las obras perfectas, dentro de los cánones greco-romanos, las que, de hecho, poseen mayor valor plástico. Las obras de sabor popular, desfigurando a su modo las relaciones modulares de los patrones eruditos, crean muchas veces, relaciones plásticas nuevas e imprevistas, llenas de espontaneidad y de espíritu de invención, lo que eventualmente las coloca en plano artísticamente superior al de las obras mucho mejor confeccionadas, dentro de las reglas del "estilo" y del "buen tono", mas vacías de savia creadora y de sentido plástico real".[15]

Conviene, todavía, no generalizar demasiado las ideas recién enunciadas. Esto conduciría a la tendencia, que ya de hecho puede advertirse en trabajos de muchos historiadores brasileños de arte, de atribuir *a priori* un elevado valor artístico a cualquier obra de rasgos ingenuos, populares, primitivos. Como lo dice precisamente Lucio Costa, tales obras pueden "eventualmente" colocarse en un plano artístico superior. Ya que existen obras innúmeras que, no obstante su "sabor popular" sólo demuestran incapacidad técnica, una falta completa de sensibilidad plástica y expresiva por parte de sus autores. Y quienes insisten en comparar tales obras rústicas y mediocres con las obras maestras del arte mundial, prestan, a nuestro ver, un pésimo servicio al arte brasileño.

El problema del valor artístico no puede resolverse, sin embargo, por el simple análisis comparado y la tipología. Pues ambas conciernen en última instancia, sólo a las *formas* de las obras (incluyéndose bajo la denominación de "formas" también los problemas técnicos, materiales, etc.). Ya que, aunque

[15] Lucio Costa, *op. cit.* p. 63.



Profetas del Aleijadinho en Congonhas do Campo.

Al dorso: Jonás.



las formas artísticas se expresen a sí mismas, aunque cualquier expresión espiritual sólo exista, en las obras plásticas, a través de las formas, el "Gehalt", el contenido psíquico, aquello que *se revela* en las formas, existe también. Y es lógico que la mayor o menor profundidad de este contenido psíquico decida igualmente acerca del grado de valor artístico que se atribuye a una obra. En otras palabras: no es suficiente constatar que en algunas obras brasileñas, de inspiración extranjera, las formas ofrecen "relaciones plásticas nuevas e imprevistas". Lo que se debe procurar determinar es, si esos nuevos valores plásticos crean o corresponden a un contenido espiritual igualmente nuevo, representativo de la realidad brasileña. Vista desde este ángulo, cada obra ofrece por decirlo así por lo menos dos valores artísticos diferentes, que no es obligado que coincidan. Un ejemplo: El conjunto de los profetas de Congonhas del Aleijadinho constituye, indudablemente, la realización más monumental y de más alto valor artístico de la escultura colonial minera. Mas, por paradójico que esto pueda parecer, estos profetas torturados, angustiosos, muy probablemente no constituyen, en absoluto, la expresión más representativa de la religiosidad brasileña colonial que antes bien se caracteriza por una cierta intimidad familiar, una devoción tranquila y alegre en relación con las sagradas figuras.

Así, lo que de un lado, confiere el más alto valor a sus obras —la fuerte individualidad del Aleijadinho—, disminuye, por otro, el valor artístico de los profetas como expresiones "brasileñas".

Es claro que debe evitarse el absurdo de generalizaciones anti- históricas. Por eso, los estudios para el reconocimiento de este valor artístico "expresivo" o "representativo" de las obras brasileñas, deben basarse sobre investigaciones minuciosas que se realizarán en todos los dominios de la historia social, religiosa, económica, etc., del país.

Solamente así se obtendrán los criterios necesarios para permitir que se escriba algún día, lo que ya no será sólo una enumeración de fechas o una mera historia de formas estilísticas, sino una verdadera y objetiva historia del arte brasileño.

APORTACIONES A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO IBERO-AMERICANO

I

La última edición española de la *Filosofía del Derecho* de Del Vecchio [1] trae un "apéndice" sobre "El pensamiento filosófico", social, político y jurídico de Hispanoamérica" que "reúne y ofrece la información más rica hasta hoy sobre el pensamiento en Hispanoamérica", como puede decir sin pecar de inmodestia el propio autor. La traducción de la obra del autor italiano venía siendo enriquecida desde la primera edición por unas *Extensas adiciones* del traductor, que en la segunda pasaron a titularse *Estudios de Filosofía del Derecho.* En la última edición, dividida en dos voluminosos tomos (de unas 700 y 800 páginas respectivamente), el primero comprensivo de la "Parte sistemática" y el segundo de la "Parte histórica", los "Estudios de Filosofía del Derecho" del primero y los "Estudios de Historia de la Filosofía del Derecho" del segundo, trabajos del traductor, desbordan por la extensión y la importancia doctrinal e informativa el texto del autor italiano, hasta el punto de que si no debiese responder a otra consideración que la del paso de las aportaciones respectivas el orden de sus nombres en el título de la publicación, éste debiera ser Recaséns Siches - Del Vecchio. Pero no es el propósito de esta nota referirse a la obra de ambos en general, bien conocida y estimada, como basta a mostrar su historia editorial, sino llamar sobre el apéndice mentado la atención de los interesados por su asunto, que parece son cada día más en todos los pasíes de América y muy probable que empiecen a crecer en Europa. El nombre de "apéndice" sí que resulta modesto, puesto que se trata de cerca de cuatrocientas grandes y nutridas páginas. "Debo afirmar —declara el autor— que la publicación de ese apéndice fué el propósito que me decidió a emprender esta nueva edición" de la obra conjunta de Del Vecchio y suya. Sólo escrúpulos de una conciencia profesional superlativamente proba pu-

1 G. DEL VECCHIO: *Filosofía del Derecho.* Traducción de la cuarta edición italiana y *Estudios de Filosofía del Derecho* por L. RECASENS SICHES. Tercera edición reelaborada y muy aumentada. 2 tomos. México, 1946.

dieron haber decidido a no publicar como obra sustantiva, sino como simple apéndice un trabajo tan merecedor de la publicación como lo hace su carácter de *único.* En todo caso, a lo largo de las indicadas páginas, y "en serie de rigurosa sucesión alfabética de los hombres" de los países *iberoamericanos,* pues en la serie se encuentra el Brasil, aunque no lo hiciera esperar el título del apéndice, desfilan por orden fundamentalmente cronológico todos los pensadores iberoamericanos de los siglos XIX y XX de que ha logrado tener noticia la esforzada diligencia del autor. Esta última frase responde a una situación de hecho bien conocida de todos los estudiosos del tema y que el propio autor invoca así en disculpa de las deficiencias de su trabajo que le resultaron literalmente insuperables: "...el propósito de este trabajo sería el de constituir una visión panorámica, en la que quedasen comprendidas todas las producciones, aunque relatadas de modo sumario. Pero sé desde luego que este propósito ha de quedar, por desgracia, forzosamente frustrado, porque a pesar de todos los esfuerzos realizados, es poco menos que imposible lograr una información completa respecto de aquellos países en los que no se ha vivido o que no se ha visitado personalmente". A pesar de lo cual, se justifica perfectamente la publicación. "Si . . . he llevado a cabo y saco ahora a luz estos trabajos, es porque tengo la firme convicción de que resulta necesario y urgente proceder a la catalogación, primero, y al estudio a fondo, después, de todas las producciones del pensamiento filosófico puro y aplicado en los países de América, especialmente en el siglo XIX y en el presente. El conocimiento sereno y ponderado de la aportación americana a la Filosofía, en la centuria pasada, pondrá de manifiesto la existencia de una especial vocación de los ibero-americanos por la especulación, con matices especiales. Y el espectáculo de la labor realizada en el siglo XX y en curso de realización actual confirmará la fecunda creencia de que en tierras de este Continente se habrán de desarrollar importantes etapas de la Cultura Occidental en el próximo futuro. Por eso, no sin haber pasado antes por largos y serios titubeos, me decido a publicar estas notas, las unas fruto de lecturas directas y conocimientos inmediatos, las otras recogidas de segunda mano, de relatos, referencias y resúmenes, porque, aun teniendo perfecta conciencia de la limitación de estas páginas, creo que su impresión podrá constituir un elemento auxiliar para labores más amplias y más intensas en este campo". Tanto más cuanto que —hay que insistir, con el autor mismo— "esta exposición es más rica en contenido, que las publicadas hasta ahora". En cuanto a la amplitud con que el autor concibe

el asunto, he aquí estas otras palabras, a cuya justeza asentirán sin reserva alguna todos los conocedores: "Para hacer la historia del pensamiento hispanoamericano no basta referirse sólo a los filósofos profesionales. Es necesario además tomar en consideración los ensayos históricos, literarios y, aun a veces, los documentos políticos. Y si se quiere hacer especial hincapié —como en este caso— en el pensamiento social, sociológico, político y jurídico, se ha de acudir a una serie muy diversa de fuentes, entre las cuales figuran las aportaciones de los juristas, así como las de los escritores sobre problemas de la colectividad". También parecerá justa la actitud crítica del autor a quien reflexione sobre las relaciones existentes entre las circunstancias y los valores de las producciones de la cultura. "Desenvuelvo esta tarea de presentación y de ponderación del pensamiento americano con una intención de honestidad intelectual, sin ímpetus de panegírico —pues éste resultaría improcedente y haría perder toda seriedad a la obra— y también sin prejuicios de un injustificado supuesto de inferioridad. Debo confesar no obstante, que, aun estando a remota distancia de toda postura de panegírico, este trabajo se halla impregnado de profunda simpatía hacia la producción hispanoamericana en general, en primer lugar, sencillamente porque siento de modo entrañable esa simpatía; además, porque el ir animado de un espíritu de simpatía es la mejor manera de acercarse a algo con el propósito de conocerlo". Tiene, pues, Recaséns todas las justas ideas fundamentales requeridas para escribir la Historia del pensamiento hispanoamericano y el material como nadie, conque. . . Anotado todo lo cual, sería tan injusto como inútil en todos sentidos esforzarse por registrar las desigualdades y hasta los errores que no pueden menos de deslizarse en un trabajo de la índole y fuentes del comentado, y dedicarse a probar que no es todavía la "Historia" que sólo será cuando el orden de exposición obedezca a principios más complejos y profundos y a tal orden responda la valoración hecha de los distintos pensadores y manifiesta ya en la extensión dada a la referencia a cada uno. Por el momento se destacan como más completos los capítulos relativos a la Argentina, Cuba, Guatemala, país de nacimiento de Recaséns, y sobre todo su país de residencia actual, México; y en ellos exposiciones como las de Romero y Cossio en la Argentina, Varela, Luz, Varona, Agramonte y Camus en Cuba, Arévalo en Guatemala, Caso, Vasconcelos, Reyes, Ramos, García Máynez, Larroyo y Pérez Abreu en México. En aquéllos la información admira, y hay buenas razones para presumir que en punto a los autores actuales sea verdaderamente exhaustiva.

El centro de gravedad del trabajo está decididamente en el pensamiento de nuestros días, lo que responde a intereses que sin duda comparte el autor con la mayoría de sus posibles lectores. Una manifestación más de esta localización del centro de gravedad es la atención dedicada a los "refugiados" políticos en los distintos países, especialmente a los españoles, aunque no exclusivamente. Entre estas exposiciones destaca la de García Bacca, con certera percepción de ser éste el más alto valor del pensamiento español revelado en los últimos tiempos, y la autoexposición del autor, que puede hacerla, sin pecar tampoco de inmodesto, de su valiosa filosofía jurídica original, por lo demás reconocida generalmente como tal.[2] No sólo por esta atención a los españoles constituye el apéndice la natural conclusión de los anteriores estudios del tomo acerca del pensamiento español, sino sobre todo porque éste es el indispensable antecedente histórico del hispanoamericano. El apéndice completa con las "Notas sobre el pensamiento jurídico contemporáneo en Norteamérica", que figuran también anteriormente en el tomo, el panorama del pensamiento americano en general. Y los estudios de historia de la Filosofía del Derecho en Francia, Inglaterra, Alemania. . . ilustran pertinentemente sobre las fuentes o los modelos en que ha bebido o que ha seguido el pensamiento hispanoamericano, sin menoscabo de su relativa originalidad, de adaptación o de prolongación, mayor de lo que se piensa, sobre todo en los casos de los pensadores de ayer y de hoy más geniales —que tales los ha habido y los hay en nuestros países.

DON Antonio Gómez Robledo, bien conocido como pensador y escritor sobresaliente por obras anteriores, a dado a luz, como fruto de una estancia suficientemente prolongada en el Brasil, un libro de reacción tan personal e interesante frente a su tema como en general todos los suyos frente a los asuntos respectivos.[3] Lo de menos es el valor del detalle, llamémoslo así, con ser constante y subido, y abarcar desde el estilo, que se sitúa por derecho propio en la primera línea de la prosa española de nuestros días —en este libro ornado de oportunos, de insustituibles lusismos, gratos a Alfonso Reyes—, hasta pasajes tan magistrales como el análisis de las venas culturales confluentes en las *Reflexiones sobre la vanidad* de Matías Aires y la

2 Ni puedo dejar de agradecerlo aquí, aunque sea sólo en nota, la que me dedica.
3 ANTONIO GOMEZ ROBLEDO: *La Filosofía en el Brasil,* México, 1946.

exposición del significado antropológico-metafísico de ellas, al comienzo del volumen, o la semblanza de Jackson de Figueiredo, hacia el final del mismo, o la disección de las direcciones científica, religiosa y política del positivismo brasileño y sus alcances respectivos, o de la evolución de Farías Brito con el discernimiento de su significación, en posición sutilmente equidistante del no reconocer en él *el* filósofo del Brasil los poco o nada afectos al renacimiento espiritualista de los últimos tiempos y del reconocer en él, con los prosélitos de este renacimiento, la incorporación de un espiritualismo que al autor no le parece logrado —que los restantes aciertos intermedios no le es posible ni siquiera mentarlos también a la cortedad de esta nota. Lo de más son los resultados de conjunto y los supuestos, fundamentos y principios que a hacerlos posibles contribuyeron con el talento del autor, irreducible con su personalidad a ninguna otra entidad ni potencia.

No se propuso él llevar a cabo una obra de investigación de hechos de la historia de la filosofía en el Brasil desconocidos de los anteriores tratadistas sobre la materia en general o sobre sus partes. Su finalidad fué la de hacer una exposición de dicha historia que permitiese una caracterología y una etiología de la filosofía en el Brasil instructivas para México, —para decirlo sintetizando lo que sobre el punto se lee en las líneas del volumen y entre ellas a lo largo de él. "...el autor de estas páginas no ha podido evitar el haber tenido fijo su pensamiento en su patria, en todos y cada uno de los momentos que hubo de invertir en la compulsa de documentos y en la composición del trabajo. Con este destinatario ideal en el recuerdo y en el corazón, ha incidido más de una vez en confrontaciones de semejanza o de disparidad, según le ha parecido oportuno. Y si lo ha hecho así, es porque éste es el único sentido que ha podido tener su esfuerzo, pues nada había que le moviera a revelar su filosofía a los brasileños, aparte de que él no era el más calificado para hacerlo. Esta intención, pues, de dar a los suyos un documento mínimo de ciertas propiedades del pensar filosófico en otras regiones, ha operado por sí sola como el principio selector... que ha llevado al autor a encarecer tales o cuales aspectos de preferencia a otros, conforme iba pensando, casi instintivamente, que podrían ellos suscitar mayores resonancias en el solar nativo". (P. 176) "Y fué así como al contemplar las vicisitudes de la filosofía en un país extraño, la indagación, en el momento postrero, redundó en alegato, acordándonos que en otras partes también, que más de cerca nos tocan, andamos, como dice el Apóstol, fluctuantes y llevados de todo viento de doctrina". (P. 198. Son las últimas palabras de la

obra). Esta finalidad pragmática de su historia no es en nuestro autor más inconsciente de sí, sino tan fundada en la finalidad pragmática de toda Historia, pero en especial la de la filosofía, según él, cuanto muestran las páginas 173 y siguientes, hasta el primero de los dos pasajes acabados de citar.

En cuanto a los caracteres de la filosofía en el Brasil, "lo primero que hiere la vista es la falta de originalidad... Nada nuevo decimos al consignarlo así, ni emitimos un juicio menos benévolo del pronunciado por los mejores críticos brasileños de su propia filosofía". (P. 177). Aunque el autor no deja de registrar sintéticamente, por última vez, los puntos de originalidad subsecuente o relativa. "No desconocemos, antes hemos cuidado de ponderarlo más de una vez, el hecho de que ciertos sistemas filosóficos, al pasar a vivir en la inteligencia brasileña, promovieron el nacimiento de disciplinas culturales, de las cuales sí puede con buen título predicarse la originalidad... Ni tampoco nos pasa por alto la circunstancia, tantas veces también puesta por nosotros de manifiesto, de que la manera de sentir, de comprender y de poner en práctica las ideas advenedizas, haya tenido caracteres típicos... Ni, por último, cerramos los ojos ante el hecho evidente de que aun en el ámbito rigurosamente filosófico de las puras estructuras eidéticas, fué frecuente el caso de que este o aquel pensador mixturara para su consumo ideas de distintos sistemas, o aun que hiciera sufrir cierta deformación a doctrinas ajenas que decía abrazar ortodoxamente". (P. 177). "Mayor hincapié aún que en la nulidad de invención ideatoria, debemos hacerlo en lo que toca a la condición de la vida filosófica en sí misma, con abstracción de todo producto oral o gráfico... Ahora bien, he aquí lo que echamos de menos en la vida filosófica del Brasil. La más sintética visión de sus movimientos filosóficos nos hace luego ver sin esfuerzo que, por lo general, las ideas no siguieron allá el proceso de introducción y aclimatación a que deben ajustarse si han de ser verdaderamente fecundas y fecundantes". (P. 179 s.). Estos caracteres no quitan, antes todo lo contrario, "el interés excepcional que ofrece la indagación histórica de la filosofía en los países que no han dado filósofos: la posibilidad de atisbar el desenvolvimiento lógico y sin trabas de un sistema ideatorio cuando es recibido en espíritus que no le oponen ninguna resistencia y no lo complican con ningún aditamento propio". (P. 178). "Y... en pocos ejemplos tan ilustrativos podríamos pensar como en el positivismo brasileño. Lo que en Europa no pudo darse, porque al fin Comte era mortal y sus sucesores hombres de variada cultura y de inamisible sentido crí-

tico, en el Brasil ocurrió porque sus positivistas no tenían otra cosa que hacer ni en qué pensar fuera de aplicar con meticulosidad de autómatas todos los dogmas, preceptos y consejos del maestro y pontífice". (P. 179).

De estos caracteres se pueden dar las dos explicaciones en que "pueden dividirse los diagnósticos de todo género sobre la insuficiencia filosófica de ciertas culturas o comunidades humanas. O bien se la atribuye a un defecto congénito, y por tanto irreparable, o se da como explicación del fenómeno la existencia de ciertos vicios pedagógicos, que, por lo mismo pueden extirparse mediante la aplicación de disciplinas idóneas". (P. 181 s.). Gómez Robledo se apresura a "decir que rechazamos *a priori* la primera solución, fundándonos en la unidad radical de la especie humana". (P. 182). Pero no sólo por tan apriorística razón, sino también por otras más concretamente relacionadas con el Brasil. Gómez Robledo rechaza, asimismo, la explicación propuesta por el Profesor Cruz Costa, de la Universidad de São Paulo, en su volumen *A filosofia no Brasil,* publicado el año anterior al del propio Gómez Robledo. "A juicio del profesor paulista, en el pragmatismo portugués, y posteriormente lusobrasileño, habría que encontrar la causa radical de la incapacidad congénita de ambos pueblos para todo filosofar metafísico y abstractivo, estando en cambio dotados, en virtud de esos procedimientos, para la reflexión moral y para la conceptuación filosófica, si se quiere llamarla así, orientada directamente a la acción". (P. 182). Gómez Robledo piensa que se trata de "una repugnancia o inhabilidad accidental para elaborar una cosmovisión racional sin complicarla con otras vivencias y con otros complejos culturales". (P. 184). "...tal es, en efecto, uno de los rasgos que sin dificultad hemos podido percibir en la fisonomía general de la filosofía brasileña. No hubo ninguno entre sus principales representantes que no hubiese sido, siquiera transitoriamente, poeta... Y en lo que atañe a la inserción del pensamiento filosófico en la conciencia religiosa, lo hemos comprobado también sin excepción alguna en todas las escuelas y tendencias..." (P. 185 s.). Pero "negar en todos esos casos, y por razón de esas compenetraciones o subordinaciones, una legítima y aun honda vocación filosófica, nos parece que sería un desatino y una injusticia... Y como la Providencia ha dispuesto las cosas de tal suerte que la vocación no va casi nunca sin la aptitud, antes de ordinario la supone, tenemos ahí una prueba más de que cualquiera deficiencia en la labor filosófica no puede ser debida a vicios congénitos". (P. 186). Gómez Robledo se pronuncia, en conclusión,

por la explicación pedagógica. "Si, pues, el legado que nos dejaron es poco menos que paupérrimo, y no en razón de su amalgama con visiones de la fantasía o con vivencias religiosas... habrá que buscar por el lado de la pedagogía la explicación de la parvedad del rendimiento, en tan trágica desproporción con la nobleza y alacridad del afán". (P. 186). La explicación es doble: "...la tendencia viciosa de la educación en general, orientada con notoria exclusividad hacia esas profesiones que no tienen de liberales sino el nombre..." (P. 187), que "no sería, empero, de tanta entidad... si la tradición docente de la filosofía en la enseñanza secundaria fuese lo que debiera ser" (P. 189), pero "deplorable"... fué el que sus adalides hubiesen salido a la palestra intelectual sin una madura información de la filosofía tradicional... (P. 189). Este último punto lleva a Gómez Robledo a ponerle final a su obra con unas espléndidas páginas de "alegato" en favor de la educación sobre la base del Humanismo grecolatino y cristiano-medieval en general y el filosófico en particular. Con todo, no será ininteresante consignar que nadie menos que Menéndez Pelayo dió una explicación curiosamente anterior a la del Profesor Cruz Costa. Así, en el trabajo titulado "Esplendor y Decadencia de la Cultura Científica Española", incluído al final de *La Ciencia Española,* dice: "De la historia de la ciencia española, aun conocida de la manera incompleta que hoy la conocemos, se deduce una consecuencia de las más extrañas e inesperadas para los que persisten en el falso y romántico concepto que tradicionalmente se tiene de nuestro pueblo. En este país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas, y en cierto modo utilitarias... No el idealismo, sino el *utilitarismo* (¿quién lo diría?), eso que hoy, con alusión a los *yankees,* se llama *americanismo* es, a mis ojos, una de las principales causas de nuestra decadencia científica, después del brillantísimo momento del siglo XVI". Aunque habría que tomar en cuenta complicaciones como éstas: si la ciencia moderna sería en el fondo tan teoría pura como pretende, y no *ancilla technicae (sit venia verbo);* y si hasta la mística no sería pragmatismo, "a lo divino", pero pragmatismo, el no pequeño de la salvación. La teoría pura sería pura hasta del afán de salvarse, —pero ¿hubo alguna vez ente de tal pureza?

Como quiera que de lo último sea, al autor de esta nota le parece que a menos de anudar la explicación pedagógica a la religiosa que corre a lo largo del libro, en forma más expresa que la que represen-

tarían las relaciones históricas entre dicho Humanismo y la religión cristiana, el libro acabaría con una conclusión en alguna medida contradictoria de la totalidad anterior de él. Compárese el repudio de la explicación pedagógica del positivismo brasileño dada por João Camilo de Oliveira Torres en su "brillante ensayo" (P. 66) *O Positivismo no Brasil,* de un par de años antes, para atenerse a la propia explicación religiosa del mismo, (P. 66 ss.). "Si se buscase la última raíz explicativa de las tendencias filosóficas en toda la evolución intelectual del Brasil, del imperio de algunas, de la tenuidad de otras, habría que encontrarla, a juicio nuestro, en la conformación peculiar de su conciencia religiosa, y no así como quiera, sino con referencia explícita a la religión que fué el *alma mater* de su cultura, al igual que entre nosotros". (P. 172). ¿Cuál es esta peculiar conformación?: "una ardiente religiosidad en disponibilidad, privada de la conceptuación orgánica de la religión tradicional". (P. 151). Esta explicación nos parece que alcanza su éxito máximo —también para el propio Gómez Robledo, cf. (P. 186), el final del aparte primero— en la interpretación del positivismo brasileño, con sus "apóstoles" Lemos y Teixeira Mendes, del segundo de los cuales "se ha dicho... haber sido el único hombre en todo el mundo que realizó plenamente en todos los actos de su vida, pública y privada, el complicado y austero código ético-jurídico del positivismo" (P. 161) y del primero cabe decir que no le quedó muy a la zaga; con su religión de la Humanidad y culto practicado hasta hoy en la *Igreja de Humanidade* de la Rua Benjamín Constant de Rio de Janeiro. "Por su religiosidad más epidérmica que visceral, fué el Brasil el Canaán del positivismo... Mas de otra parte, no habría bastado la decadencia de la fe nativa, de no haberse conservado un fondo de sentimentalismo cristiano... Perdida o moribunda la fe, pero conservando la riqueza afectiva del alma naturalmente cristiana y el agrado por las formas y las emociones del culto, la inteligencia y el corazón estaban predispuestos a adherir a una religión que, como la religión de la humanidad, es la más acabada copia del catolicismo institucional, de todo en todo semejante a su modelo, si se exceptúa el contenido dogmático". (P. 68). Pero esta explicación no se mantiene dentro de los límites de una psicología y una Historia de la inmanencia a que pudieran asentir quienes no comulguen con el autor en su fe, sino que trasciende a una explicación por los contenidos de ésta. "...de la predestinación del Brasil a solar predilecto de la religión de la humanidad... la última explicación cae tal vez más allá del escenario visible de causas y efectos naturales; o dicho en otros

términos, en agencias preternaturales o sobrenaturales... Si, como nos enseña la revelación cristiana, el demonio ha de trabajar en este mundo hasta la consumación de los siglos, la religión positivista ha sido, a no dudarlo, una de sus obras más perfectas... Con su base científica, con su elevada moral, con su religiosidad estremecida, la obra de Augusto Comte es... la más grandiosa cosmovisión desde la inmanencia humana, tan grandiosa que autoriza la conjetura del concurso eficaz y primario del poder de las tinieblas. Por muy *blasé* que se pueda estar, después de haber ingurgitado extravagancias y filosofías de toda índole, todavía es posible sentir el nuevo calosfrío cuando se medita en esas vidas de los confesores de la religión positiva, como Lemos, como Mendes, como tantos otros, en que va todo ello junto: tanta pureza y tanta blasfemia, la más alta virtud con las más atroces abominaciones... Cómo o por qué, o en virtud de qué delitos ancestrales, cayó castigo tan severo sobre esa porción de la cristiandad americana, ningún hombre podría decirlo. El espíritu sopla donde quiere; el del demonio también, donde Dios lo permite". (P. 69 ss.).

Gómez Robledo no entiende trascender igualmente los límites de la Historia de la Filosofía tal como debe escribirse. Todo lo contrario. Como introducción a las explicaciones acabadas de registrar declara por primera vez que "llevamos adelante este ensayo con el intuito de escribir una historia de la filosofía con espíritu filosófico, es decir, dando razón de cada fenómeno por sus causas y principios". (P. 65). Ahora bien, es evidente que esta razón no puede darse sino por las causas y principios de la filosofía que se profese y en la profesada por Gómez Robledo es esencial, fundamental su "dependencia de la teología. Dependencia y no confusión, es cierto, pero dependencia", entendida así: "De la misma manera que servir a Dios es la más alta dignidad del hombre, así también el más alto prestigio del saber racional consiste en ser subalterno e incoativo del último saber en absoluto, del que se tiene en la Patria con evidencia, y sin ella, pero el mismo, mientras dura el destierro". (P. 197 s.).

Sólo que al filósofo quizá le hagan más o menos agudo para calar hasta sus causas y principios racionales los motivos irracionales de su filosofar. En más de una de las citas y en todo el resumen hechos habrá aflorado una de las peculiaridades del libro objeto de esta nota que más pueden sorprender al lector. El espíritu de extrañeza, de extranjería a la cultura toda brasileña con que está escrito, y que si el autor no lo destacase explícita y reiteradamente, el lector lo habría sentido, percibido —con admiración en todo caso por el contraste entre

los lugares ya comunes de que la Historia debe escribirse *sine ira et studio*, o *cum studio*, pero *sine ira*, y los logros de este libro, que antes bien corroborarían las afirmaciones acerca de la clarividencia de las pasiones de signo negativo hechas quizá principalmente por los que han teorizado sobre el resentimiento y su influencia en las valoraciones. Juzgando por esta su obra, del Brasil distanciaría a Gómez Robledo nada menos que el radical sentido de la vida de uno y otro, especialmente la peculiar irreligiosidad del primero y religiosidad del segundo— pero justo ello le habría dado a éste el penetrar las causas decisivas de los caracteres de la filosofía en aquél, o en todo caso le sugirió la interpretación que inspira y anima el libro entero y constituye su aportación más interesante y original, aunque en la interpretación radicalmente religiosa de la historia de la filosofía tenga grandes y menores antecedentes. La distancia se encuentra justificada explícitamente en consideraciones que dan aplicación concreta a las aludidas al principio de esta nota acerca de la finalidad pragmática de toda Historia y cuya sustancia se condensa en esta frase: "Si de algo persuade una larga morada en el Brasil, es de que Iberoamérica es una vana palabra, un poco menos vana apenas que la otra de Panamérica". (P. 175). Contra los tópicos, por ingentes que sean, de nuevo la originalidad de nuestro autor. Parece claro que él mismo tomaría su distancia personal al Brasil como caso particular de la existente según él entre el Brasil y la América española, desde el radical estrato de la religión. Palabras de Gilberto Freyre que hace suyas: "La religión no era entre ellos —los portugueses— el mismo duro y rígido sistema de Castilla, dramáticamente católica, sino una liturgia más bien social que religiosa, un suave cristianismo lírico". (P. 9).

Mas con todo esto llegamos a los cimientos últimos del libro —al "historicismo", del que Gómez Robledo ha estimado tener necesidad de manifestar explícitamente su radical disentimiento, desde las primeras páginas hasta las últimas. Pero en este punto me contentaré con señalar la aportación más positiva del libro en él, insinuar una observación aclaratoria y justificarme de no hacer más, sobre todo de no entrar en una polémica— lo último sería excesivo y lo anterior bastante para una nota bibliográfica. El último par de páginas del prólogo (XVI s.), esbozan una que podría llamarse doctrina del término medio entre el historicismo y el ahistoricismo extremos, a base de filosofemas tan tradicionales como el de la materia, principio de individuación y la diferenciación individual y colectiva de las especies inteligibles, como de las imágenes sensibles, prescindir de la cual "sería tanto como caer

en un nuevo averroísmo, postulando la unidad no sólo específica, sino también numérica, de la intelección"; doctrina merecedora de reflexión por parte de todo aquel a quien interese la superación del historicismo. Porque —y ésta es la observación— si bien el historicismo no predestina a hacer o no hacer filosofía, o cualquiera otra obra de la cultura humana, o a hacerla tal o cual, sino que se limita a pensar que lo que se hizo o se dejó de hacer y lo que se haga o se deje de hacer, se habrá hecho o dejado de hacer por influencia no sólo de la circunstancia, sino más radicalmente quizá aun de la personalidad "que Dios nos dió", el historicismo es para algunos —entre los cuales creo contarme, y ésta es la prometida justificación— un problema, hasta *el* problema de nuestro tiempo, lo que quiere *eo ipso* decir que no es una solución —ahora, que tal o cual de las ya propuestas resulte convincente es otra (?) cuestión.

Sobre la información tan de primera mano, completa y precisa como la que puedan ofrecer las publicaciones anteriores del mismo tema, tiene el libro, objeto de esta nota, movimiento y dramatismo de "ensayo", que conoce hasta la gracia satírica, y un interés doctrinal, obra del escritor y pensador que el autor es, que lo hacen sin duda alguna eminentemente señero entre todos los aludidos.

José GAOS.

Presencia del Pasado

EL PROGRESO HISTORICO DE LA DEMOCRACIA PERUANA

Por *Emilio ROMERO*

UN ANTIGUO sociólogo, Guillermo de Greef, definió la política como la parte de la sociología que trata de las manifestaciones de la voluntad colectiva. En todas las sociedades existió una voluntad colectiva, más o menos expresa o por lo menos hubo un capital fijo de creencias relativas a la conducta colectiva y al sistema del poder gubernativo. Ese capital de creencias dió sello y personalidad a los pueblos de la antigüedad.

El Perú, geográficamente, no es el resultado de un proceso constructivo de la naturaleza, como puede considerarse el continente europeo y gran parte de América. El Perú se singulariza en la tierra por ser la resultante de un proceso negativo, de destrucción de la naturaleza. Lo que en otros países geológicamente considerados, constituye formación, en el Perú es deformación. El Perú tenía una ancha costa plana, por donde bajaban los ríos al Pacífico por el suave declive de sus valles. Gran parte de esa costa se sumergió en el Océano, acortando los ríos, recortando los valles y dándoles un declive fuerte, por cuyo plano inclinado, la erosión dejó la actual costa, como una osamenta, de la que las piltrafas de tierra existentes podían compararse con hilachas de carne pegada a un esqueleto. La gran zona de las sierras, debió ser una altiplanicie inmensa, cubierta de tierras ingentes, pero la erosión barrió con las tierras. Las serranías del Perú no son formadas por montañas, que se alzan hacia el cielo, sino por la acción de las aguas que cavan profundos abismos, grandes artesas y cañones angostos por donde se van las aguas a la planicie amazónica. El Perú apenas cuenta con una gran altiplanicie, la del Titicaca y una planicie pequeña, la de Junín, donde por casualidad se contuvieron las tierras.

Un país sin planicies de tierra no tiene una base geográfica, apta para formar una nación. Sin embargo, en el Perú se

formó una gran nación y eso se debió a una voluntad colectiva, a un sistema político social.

Si el Perú hubiera dispuesto de bases geográficas acogedoras, se habría instalado la pareja monogámica y habría fundado una propiedad y una autoridad absoluta. Una política basada en el egoísmo matrimonial, en el cultivo extensivo, en la voluntad del más poderoso o del más apto con todas sus consecuencias de las categorías sociales basadas en la desigualdad y la explotación del hombre.

En el Perú, no podía edificarse las bases de una nación con la pareja de Adán y Eva. Mucho menos, con el tipo de colonizador solitario de Robinson Crusoe. La familia inicial en el Perú tenía que ser un grupo, una colectividad de trabajo, de cooperación. Esa familia no podía ser sino una fuerza social capaz de organizar las bases de la vida sobre un paisaje duro, pobre y difícil. Esa es la razón por la que en el Perú surgió lo que llamamos el *ayllu.*

El ayllu tuvo como primera manifestación colectiva la voluntad de vivir y de crear. Debió crear la tierra y debió buscar la semilla para tener alimentos. La tierra estaba depositada en el fondo de los valles y para evitar que los ríos la arrastraran se organizaron todos los componentes del ayllu aptos para el trabajo para conservarla en terrazas o andenes. La escasa capa de tierra que aún había en las laderas de los cerros, también debió conservarse, construyendo terrazas en escalinatas, a ambos lados de los Andes.

Las condiciones iguales del esfuerzo colectivo para producir dieron por resultado la distribución equitativa de los productos. En la aurora de los tiempos primitivos del Perú, podemos afirmar que en cierto modo había un sentido democrático, igualdad ante la ley y un ejercicio pleno del derecho a gozar de todos los recursos disponibles para vivir.

Este cuadro, debe suponerse teórico, aplicable a los primitivos tiempos del ayllu, al ayllu primitivo. Este tenía una conciencia geográfica limitada y sería además, escaso de población. Con el transcurso del tiempo, el ayllu se incrementa con nuevas gentes, ya sea por el aumento vegetativo de la población por la concurrencia de gentes de otras regiones que o rebasaban de sus estrechas y pobres tierras o que trasponían los desiertos y las cordilleras, movidas por ese motivo eterno de la ansiedad

humana, por conocer el paisaje del otro lado del cerro o de la otra orilla. El ayllu modificado, según expresa el sociólogo alemán Heinrich Cunow,[1] tenía características diversas. Contaba con dos células, el *hanansuyo* y el *hurinsuyo.* Su concepción geográfica era más amplia. Pero en cambio, el ayllu a medida que progresa en sus bases económicas y contenido de población, va perdiendo su contenido democrático primitivo. El sentido democrático del ayllu primitivo imponía una igualdad general con derechos legítimos y deberes ineludibles. No había jefes políticos, sino capataces técnicos para dirigir las grandes obras hidráulicas, hortícolas y otras. Pero del ayllu simple al ayllu complejo, se encuentran ya los jefes técnicos permanentes, mantenidos por razón de la conservación de los medios de vida o la defensa del grupo. Así encontramos un proceso por el cual los capataces técnicos son también jefes políticos o militares. En la prehistoria peruana aparecen en las lenguas quechua y aimara los nombres de *sinchi, curac-caj* y *jila-kata,* como significando la autoridad del más prudente, del sabio o del más fuerte.

La presencia de un jefe político, da lugar seguramente a la formación de un grupo que no trabaja la tierra, pero que sirve de corte, policía o supervisión de los trabajos. El pueblo debió comenzar a separar una parte de la producción de la *marka,* o sea de la extensión territorial que ocupaba el ayllu, para alimentar a ese nuevo grupo. Herman Trimborn,[2] ahondando en este proceso, alcanza a estudiar hasta el período de los Incas, señalando la existencia de clases parasitarias en el Tahuantinsuyo, que contradice la interpretación exagerada y anacrónicamente socialista que muchos entusiastas investigadores dan al incanato. En el incanato, en efecto, existía una clase de *akllawasi* o escogidas, jóvenes vírgenes dedicadas al culto solar y otros menesteres cortesanos. Era una clase privilegiada económicamente, ya que estaban excluídas del trabajo sobre la tierra y para ellas debía trabajar la masa del pueblo. Es evidente, que el primitivo sentido democrático del ayllu, se habría debi-

---

[1] H. CUNOW, *La organización social del Imperio de lo Incas.* Lima, 1931.

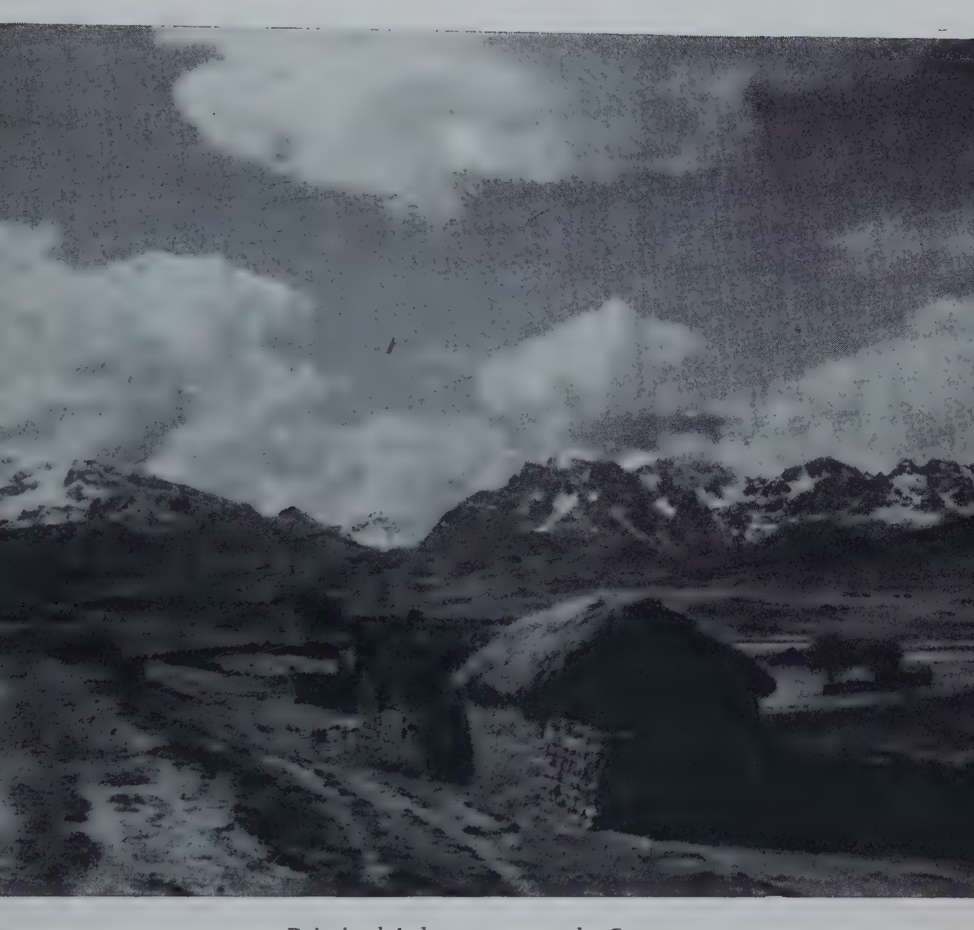
[2] H. TRIMBORN, *Las clases sociales en el antiguo Perú.* Revista de la Universidad Católica, Lima, 1934.

litado muy intensamente en el largo recorrido desde el ayllu simple al ayllu complejo.

A medida que el ayllu se hacía rico y poderoso, con el mejor rendimiento del suelo y con el progreso de las actividades económicas subsidiarias de la horticultura, como la pesca, la caza y la ganadería, se establecía la autoridad del jefe y se debilitaba el sentido de la igualdad comunitaria que caracterizó al ayllu primitivo. Es posible que en el pináculo del incremento del ayllu, llegara un momento en que el sentido de igualdad social desapareciera por completo, reinando la tiranía sangrienta de régulos locales.

La cerámica de la cultura mochica y de otras regiones, muestran escenas de esclavitud, de sacrificios, de mutilaciones humanas. A medida que las artes y el rito alcanzaban grandes progresos, la libertad humana se perdía. Los restos arqueológicos como petos de oro, primorosos vasos y estupendos lienzos tejidos, que más admiramos, corresponden seguramente a etapas de opresión, de muerte de la libertad humana. En cambio, aquellos restos sencillos y primitivos que despreciamos como huérfanos de belleza, corresponden probablemente a épocas del ayllu primitivo de formación social y política de construcción nacional; epopeya grandiosa del hombre americano, sobre un paisaje pétreo, arenoso y poblado de nieblas y de frío; o sobre un paisaje desolado, de grandes altitudes, con enrarecimiento de oxígeno para los pulmones y duras condiciones climáticas.

El mundo peruano primitivo, tenía una línea política, como voluntad colectiva, de crear la nación sobre bases democráticas y de justicia. El ayllu posteriormente se modificó. La autoridad ganó terreno y llegó a dominar y ahogar esa voluntad colectiva. El pueblo, siempre dueño de su voluntad de vivir y de su estilo de vida, se rebeló. Esa etapa de rebelión produjo la disolución y la decadencia, tan similar al proceso histórico de la decadencia de los Césares y fué la que los cronistas hispanos llaman etapa de las behetrías, dándole un nombre que no correspondía aplicar al Perú. La behetría española surgida en la época de la reconquista, era un producto feudal —señores y vasallos— se habrían unido para luchar contra los moros y entre tanto no había gobierno nacional, sino regímenes locales diversos que daban un aspecto de anarquía aparente. El desorden y el caos que acabó con la primitiva grandeza del Perú,



Paisaje del departamento de Cusco.



Andanería incaica.

en cambio fueron el resultado de la rebelión de los ayllus contra los mandones tiranos o contra las invasiones de ayllus fuertes y con exceso de población sobre marcas de tierras extensas, con régulos débiles y corrompidos. Esa etapa de luchas a que los historiadores llaman behetrías, no fué de barbarie sino de liquidación y de reajuste de una civilización que había cumplido con plantear las bases de la nación organizando la tierra, encauzando el agua y preparando un ambiente habitable sobre los desiertos y las rocas. Era la reafirmación en el pueblo indígena de su voluntad de vivir y de su decisión de conservar su estilo de vida, el estilo del ayllu primitivo perdido en su evolución y sacrificado a su enriquecimiento.

La organización del Imperio del Tawantinsuyo, fué el resultado de esa reafirmación. El ayllu de los Incas refugiado en alguna ciudad-fortaleza de la cordillera de Vilcabamba, conservaba el estilo de vida del ayllu primitivo en su sentido constructivo, creador y democrático. Refugiado en la cordillera de Vilcabamba, conservó el secreto de la técnica hortícola, del arte militar, de la religión y de la cultura, mientras las huestes conquistadoras de los ayllus degeneradas, asolaban el país. La marcha del ayllu inca sobre el Cuzco, es un acto político más que militar. La eliminación de varios jefes de igual rango, los legendarios hermanos Ayar, para dejar el poder conductor en Manco Capac, es un proceso político que el ayllu inca admite y realiza. Finalmente, la instalación de los incas en una capital, en el Cuzco, manteniendo intangibles los derechos y las costumbres de los ayllus que habitaban el Cuzco, son actos de reafirmación del sentido político democrático del ayllu primitivo y puro.

Los Incas no arrebataban tierras ni ganados a los Siete Ayllus que habitaban desde antes de su ocupación en el Cuzco. Por el contrario, los confirmaron en sus legítimos derechos y costumbres. Se limitan a recabar un salario, en cambio de su obra de gobierno, policía y protección. Vale decir, crearon el tributo, el impuesto, para mantener servicios públicos favorables a la colectividad. Sólo con una voluntad de vivir organizados, los ayllus del Perú volverían a tener el brillo y la libertad de los primeros tiempos. Y en verdad, es admirable constatar el proceso político de los Incas.

Superiores en las armas y en la organización política, pudieron ser los incas los tiránicos y absolutos dueños del pueblo peruano. Pero el espíritu del ayllu supervivía en los Incas. Por eso, el Inca era el primero en cumplir el deber de laborar la tierra y las tierras del Inca eran las últimas en ser trabajadas por la colectividad. Se trabajaban en primer término las tierras pertenecientes a los impedidos por razones de edad, salud o el servicio de la colectividad y las tierras del pueblo en común. Luego las del culto y en último lugar las del Inca, es decir, que las necesidades de la comunidad estaban por encima de las necesidades de los gobernantes.

Los Incas matenían íntegra la estructura del ayllu, respetando los derechos de los primeros colonizadores sin descuidar los de los agregados, correspondiendo a ese aspecto la división del ayllu en *hanan-suyo* y *hurin-suyo.*

Había igualdad ante la ley consuetudinaria, igual derecho al trabajo y a la participación en los bienes comunes. Estos eran en principio del Inca, pero sólo para su administración en servicio de la comunidad como los bosques, las plantaciones de coca, los rebaños de llamas y alpacas, los fertilizantes de las islas del Pacífico y las aguas de riego. Aparte del bien común, el hombre del pueblo tenía su bien privado, su casa y su huerta o moya, alguna pareja de llamas, sus cuyes o conejos domésticos, lana para tejer sus ropas, sus herramientas y armas.

La autoridad política del incanato tenía además una organización descentralizadora. Los jefes de las tribus no eran gobernadores extraños a su pueblo impuestos por el Cuzco, sino los jefes natos emergidos del propio ayllu, elegidos conforme a los antiguos principios democráticos y costumbres de cada ayllu. La autoridad del Inca era de supervigilancia, estableciendo los *tucuy-ricuc* (el que todo lo ve) sobre cierto número de tribus, tres o cuatro, según la extensión de las fronteras de cada distrito, conforme a los datos de Pedro Cieza de León y de Bernabé Cobo.[3]

Estas autoridades nada tenían que hacer con la vida del ayllu y del hombre del ayllu, sino cuidar por el cumplimiento de los deberes colectivos, relacionados con los trabajos de caminos, puentes, reclutamiento de contingentes para el ejército y

---

[3] P. Cieza de León, *La Crónica del Perú.*

finalmente la administración de la justicia a nombre del Inca. Pero no era participante en la vida económica del ayllu, ni en sus frutos, ni en sus directivas técnicas, patrimonio exclusivo del pueblo. El *tucuiricuc* era un representante público y político de los Incas, para los fines políticos y públicos nada más. Y para controlar la jurisdicción de esta autoridad los Incas crearon sobre ellos una jerarquía superior, el *Capac-apu.* Todo el Perú estaba dividido en cuatro provincias o regiones o *Suyus,* de donde viene el nombre de *Tawantinsuyo,* "las cuatro partes del mundo", como lo traduce Garcilaso.[4]

Los cuatro grandes *capac-apu* tampoco ejercían autoridad personal. Eran los supervisores de más alta categoría para cuidar del mejor gobierno político del pueblo.

Pero aún cuando el Inca estaba sobre todas las jerarquías de autoridades, su poder no debe considerarse absoluto, dice Cunow, por la sencilla razón de que tenía junto a él a *Huillac-humu,* sumo pontífice que otros historiadores llaman mejor *Huillca-uma* "cabeza de prole", cuya influencia sobre el gobierno era marcada, estableciendo un verdadero equilibrio de poder, aumentado con el Consejo de los ancianos, de los príncipes y de los prudentes, que no escaseaban en la corte del Cusco.

Un gobierno así descentralizado, no podía ser absoluto ni tiránico. La inmensa extensión territorial del Perú, exigía una jerarquía administrativa entre la que se repartía el poder. Pero a la vez, también servía como sistema para debilitar el poder central cuando quería ser abusivo y detentador de las libertades de la comunidad. A la vez la alta autoridad sagrada del Inca, era un control para el poder del cacique o curaca del lugar.

El sistema político de los Incas tuvo un éxito grande, cuando llevó la organización del ayllu hasta los más remotos extremos del país. Porque es evidente que el ayllu no fué una célula social general del Perú, sino una creación del altiplano del sur, extendido por los Incas no sólo a todo el territorio de su material dominio sino hasta los pueblos conquistados por sus últimos emperadores. No solamente la organización administrativa de los incas y la conducta política del Inca fueron las bases seguras de un sistema de vida política agradable. La conducta

---

[4] GARCILASO, *Comentarios Reales.* Lib. II, Cap. II.

política debe estar basada sobre una organización social y económica justa, que garantizara el bienestar material y espiritual de los miembros de las comunidades. Democracia económica antes que política, por estar legislada y admitida en la entraña del ayllu, la obligatoriedad del trabajo, el derecho a recibir parcelas de tierra, la obligación de trabajar para la comunidad, la participación equitativa y colectiva en los bienes comunes; la asistencia social en favor de los incapaces, de los ancianos, las viudas, huérfanos y enfermos no aptos para el trabajo. Sobre estas bases económicas de primario orden, se establecieron otras bases fundamentales para el bienestar común, tales como el derecho a utilizar las aguas para todas las tierras; el uso de los caminos públicos, el aprovechamiento común de los fertilizantes. Ausencia absoluta de privilegios económicos, de monopolios y de acaparamientos.

Al describir la vida de los Incas, hay casi una tentación de penetrar en el terreno del optimismo y de la imaginación por lo inverosímil que hoy parece haber existido semejante sociedad en el mundo.

Es indudable que las noticias de la organización de los incas indujera a los escritores humanistas de los siglos XVI y XVII a forjar cuadros imaginarios, como metas a las que debió aspirar la humanidad. La *Utopía* de Thomás Moro, la *Civitas Solis,* de Campanella, tuvieron una evidente inspiración incaica. De Greef,[5] dice que la "Ciudad del Sol", está "Llena de la realidad y de la vida de ese imperio grandioso, cuya mecánica regular a la vez despótica y relativamente bienhechora, excedía de mucho las más hermosas utopías". En concepto de De Greef, quien se apoya en el juicio de Eliseo Reclus, la "Chronica del Perú", por Pedro Cieza de León, se publicó por primera vez en Amberes en 1554 y en Venecia en 1560. Esta última edición, la más completa, con el título de *Historia delle nove India Occidentale,* 1576, fué la que seguramente conoció Campanella, cuya "Ciudad del Sol", apareció en 1609. Un relato de Vespucio inspiró la obra de Moro. La organización de los Incas, animó y anima todo el movimiento romántico socialista de la humanidad.

Pero del imperio de los Incas no puede afirmarse que a lo largo de toda su vida, existiera un sentido político determi-

---

[5] G. DE GREEF, *Evolución de las creencias políticas y religiosas.*

nado. Así como en el ayllu primitivo se observa que la característica de igualdad, en una democracia descentralizada dura muy poco, a cambio del progreso y enriquecimiento del ayllu; en el imperio de los Incas la conducta política del gobernante y gobernados, debió ir sufriendo un proceso de decadencia. A medida que se extendía el imperio y aumentaba su potencia es posible que se presentaran síntomas de relajamiento democrático. Aumentarían las clases ociosas de sacerdotes y *akllawasis;* la de los príncipes cortesanos. Era posible la gradual formación de una casta de militares. Existe por ahí una leyenda del rebelde general Ollanta. Los sacerdotes tenderían a formar su propia casta privilegiada y seguramente los caciques o curacas empezaban su obra de enriquecimiento y de abuso, junto con el auge de su autoridad local. En ese momento histórico, llegan los conquistadores hispanos. Si hubieran llegado un siglo más tarde, quizá habrían encontrado el imperio incaico en proceso de disolución. Tal vez la organización socialista habría degenerado. Habría evolucionado, relegándose las virtudes democráticas a su mínima expresión, como en el antiguo México o se habrían formado numerosas castas como en el Egipto de los faraones.

El imperio de los Incas murió joven, en la plenitud de sus virtudes políticas y en esa oportunidad de acabar residen sus glorias y su calidad de paradigma.

En el Perú actual, se presentaron dos tendencias críticas interesantes al enfocar una interpretación del Imperio de los Incas, desde el punto de vista político. Fué Augusto Aguirre Morales, en su novela "El Pueblo del Sol", el que presentó una tesis que desagradó mucho a los incanistas, sobre el régimen de opresión de los Incas sobre el pueblo peruano. Años más tarde los hispanistas americanos como Roberto Levillier y otros, desarrollaron esa tesis en el campo de la historia para justificar la conquista y las medidas de opresión del virrey Toledo, pero luego, Uriel García, recogió la bandera para protestar por la celebración del IV centenario de la fundación española del Cusco, pero también pronunciándose en contra de la celebración de la fundación incaica del Cusco, como un acto de protesta contra la opresión de una casta de príncipes que establecieron el tributo sobre la masa del pueblo.

Por otro lado, hay una pléyade de románticos incanistas, que han extremado apasionadamente la tesis de las excelencias del incario.[6]

Pero de todo esto parece establecerse la siguiente conclusión. El imperio de los Incas y la corte incaica terminó con la caída de Atahuallpa en Cajamarca. Pero quedó el pueblo peruano, quedó el ayllu en cuya entraña se formó la nacionalidad peruana. El ayllu con su estilo de vida, con su conducta política, continuó viviendo y sufriendo la influencia legal, política y otras influencias poderosas del colonizador. Buscar esa línea de estilo a través de la etapa colonial, debe ser una investigación interesante.

La conducta política de los colonizadores

En los primeros años de la colonización española se puede advertir un esbozo de voluntad popular, en esas manifestaciones del grupo de conquistadores herederos de la gloria de Francisco Pizarro. Había una conciencia vaga de que el Perú era de aquellos que luchaban bravamente por conquistarlo. El lejano rey de España era respetado y honrado por todos sus vasallos, pero sin ceder una línea en lo que el pueblo conquistador creía que le pertenecía. Los desamparados y pobres de España, habían adquirido en América una nueva categoría. Esta voluntad pública se cristalizó en los numerosos incidentes históricos promovidos con motivo de las "nuevas leyes" relativas a las encomiendas. Desde España se legislaba sobre el régimen de las encomiendas, tratando de frenar la desmedida ambición de los descendientes de los conquistadores, reduciendo el privilegio de las encomiendas a una, dos o tres vidas, esto es sólo en beneficio de la viuda e hijo mayor del encomendero, dejando en libertad a los indios al término de esos períodos. La voluntad colectiva de los primeros encomenderos fué egoísta y cruel, pero fué una expresión general, una política a favor de la no intervención gubernativa en los negocios de las encomiendas. Es conocida la sangrienta reacción que la llegada de las nuevas

[6] Hay todavía un grupo intermedio transaccionista y apaciguador, que exalta los valores de la peruanidad, sin lograr ocultar su desdén virreynal por el indio y por todo lo que está cerca del indio.

leyes produjo en el Perú. Costó la vida a un virrey y condujo a la horca a muchos valientes conquistadores.

Los detalles de esos episodios por lo que al mecanismo de la formación de una conciencia política se refiere, son interesantes. Al toque de rebato de las campanas recién templadas, el pueblo español se congregó en Lima, Cusco y Arequipa y otras ciudades, protestando contra las nuevas leyes y jurando perder la vida antes que consentir en el atropello. La etapa de la historia del Perú, desde la llegada de Francisco Pizarro hasta la llegada del Pacificador, el Presidente Pedro de la Gasca, resulta así la época más brillante e importante de la historia colonial del Perú, porque en ella es donde brilla un destello de los viejos principios políticos de las comunidades de Castilla y de los fueros ciudadanos españoles. En esa época fulguran personalidades como la de Gonzalo Pizarro, Carbajal y otros aguerridos hombres. Es una etapa fructífera en personalidades humanas interesantes. La conciencia política que se formaba entonces, llegó a su fin, cuando se organizó el virreinato y terminó la etapa heroica y gloriosa de la conquista. Comenzaron después a llegar al Perú verdaderas hordas de burócratas de España, aristócratas fieles y sumisos.

Es interesante anotar que fué en el mundo religioso donde se observó la existencia de una conciencia pública, de una agitación política. El sentimiento localista, antecesor de la idea de la patria geográfica, nace en los conventos. El arzobispo de Lima, Liñán y Cisneros, había resuelto que hubiera alternabilidad entre religiosos españoles y criollos para los cargos de prelados de los conventos cada cuatro años. Los franciscanos del Cusco se rebelaron violentamente y eligieron a un cusqueño como prelado. Acusados de sedición, fueron trasládados a Lima, donde los frailes promovieron un tumulto de graves consecuencias. Hicieron fuego en la celda del Padre Terán, español recién llegado de la Península, tocando a rebato las campanas y alborotaron la ciudad en julio de 1680, hasta que el virrey se vió obligado a proclamar la ley marcial.

En el elemento seglar, pues la sociedad española se dividía entre clérigos y seglares, no hay otro chispazo de conciencia política, sino hacia fines del siglo XVIII, cuando se levantan los mineros españoles alrededor de los millonarios Salcedo. El historiador Jorge Basadre, niega importancia y brillo polí-

tico a ese episodio, despojándolo de trascendencia, pero José Antonio Encinas, en su brillante opúsculo "Historia de la fundación de Puno", que consultó en los Papeles Varios quemados en la Biblioteca Nacional de Lima, los expedientes judiciales del proceso contra Salcedo, afirma que "en el auto cabeza de proceso que sirvió para la condena de José Salcedo, figura el hecho de haberse pronunciado en diferentes ocasiones la frase de "muera el mal gobierno, el Rey y el Papa", no acatando los bandos reales. Los tumultos fueron de tal magnitud que el propio virrey Pedro Antonio de Castro y Portugal, decidió hacer un viaje de cerca de 1,000 leguas a caballo, desde Lima hasta las orillas del lago Titicaca para poner en paz de muerte la región. Es indudable que el levantamiento de los mineros de Laykakota obedeció a una voluntad popular o una conducta política de un pueblo que empezaba a coloniar a cerca de 4,000 m. de altura, muy lejos de la capital del virreinato y donde los millonarios mineros con fuerza y poder debían estar sujetos a la autoridad de gobernadores seglares o clérigos que usufructuaban lo mejor a nombre de un lejano rey.

Pero aparte de esos breves chispazos de rebelión popular, la vida colonial de los españoles en el Perú, transcurre sin otra voluntad pública que la de servir a Dios y al Rey, en la medida en que se podía hacerlo para no caer en las redes de la Inquisición o en las garras de los oficiales de la Real Hacienda.

En la vida colonial del Perú, se advierte el germen de una conducta política, solamente cuando los criollos empiezan a formar número y clase. Es una obra lenta pero segura, cuyos resultados se ven más tarde en los grandes movimientos de la independencia. Los criollos comienzan a figurar y ensayarse entre los bastidores de las grandes revoluciones indígenas de Tupac Amaru y de Pumacahua y luego por cuenta propia en las luchas por la independencia del reino de España.

La supervivencia del ayllu

Es necesario tener presente un hecho importante al tratar de reconstruir la línea histórica política del pueblo peruano y es el que se refiere a la supervivencia del ayllu.



Cercanías de Pisaj, Cusco.



Indígena acomodado, Tinta, Cusco.

Indígenas con sus autoridades y grupo de mujeres.
Depto. de Cusco.



Madre indígena, Puno.

La conquista del Perú desorganizó los ayllus. Fueron desplazados los miembros de las comunidades y obligados a vivir en grupos más concentrados de población y cerca de las ciudades fundadas por los españoles, en centros llamados "Reducciones de Indios". Fué destruída la base estadística de la distribución de la población y no se consideró para nada la organización administrativa ni económica del ayllu. Recién Francisco de Toledo, virrey del Perú, después de muchos de obra destructiva, efectuó una revisión de las bases del ayllu, mediante las informaciones recogidas a lo largo del territorio y los estudios de los juristas que lo acompañaron. Como consecuencia de las medidas dictadas por el virrey Toledo, se reorganizó el ayllu, conservando por lo menos su anatomía, —su división prehistórica en dos barrios hanansuyo y hurinsuyo, barrio de arriba y de abajo—, con el curaca a la cabeza del primero que fué llamado cacique y un subjefe del hurinsuyo llamado "segunda persona" o segunda simplemente. Toledo realizó esa reorganización para asegurar la recaudación del tributo. Pero los indios tenían en la sangre el antecedente biológico del ayllu. Divididos, deshechos, perseguidos, segmentados, en cada indio sobrevivió un sentido de vida social y política. Por eso, al reorganizarse el ayllu bajo el dominio español, los indios después de acatar y cumplir con todas las exigencias del Rey en cuanto al tributo y la servidumbre forzada, al encontrarse solos, frente a frente, dentro del ayllu, llamados por los españoles "comunidades"; rehicieron su vida democrática sobre bases de justicia e igualdad. Las costumbres incaicas renacieron y se practicaron en la medida en que la vigilancia de las autoridades lo permitían. Aun las prácticas idolátricas sobrevivieron, disfrazadas bajo el rito católico y las fórmulas impuestas por los catequistas. Se puso en auge la cooperación en el trabajo de las tierras que Toledo mandó distribuir como base para el cobro del tributo. Sus uniones matrimoniales, bautizos y fiestas, pese a la vigilancia clerical y al cumplimiento de las fórmulas católicas, seguían siendo regidas por la costumbre varias veces secular del ayllu.

Esta relativa independencia en la vida interior del ayllu fué favorecida por la legislación colonial hispánica que pretendía proteger al indio, prohibiendo a los españoles vivir en las comunidades de indios y estableciendo a la vez "reducciones

de indios", en los aledaños de las ciudades, para que los que debían prestar servicios domésticos o como auxiliares del artesanado, vivieran a extramuros de la ciudad, como en los barrios del Cercado de Lima, San Lázaro[7] de Arequipa y otros, a fin de evitar la influencia de los españoles, que los catequistas consideraron pecaminosa.

El ayllu durante la vida colonial tiene una intensa vida interior y en ella sobrevive en cierto modo una voluntad política entre los indios del Perú. No de otro modo se pueden explicar aquellos movimientos tumultuarios de Tupac Amaru y Pumacahua, para no citar otros movimientos multitudinarios de menor cuantía que ocurrieron en la época virreinal. La idea de la sublevación contra los opresores, corría como una nube sobre todos los cielos de los ayllus y proyectaba su sombra sobre todas las mentes de los hombres y mujeres. La voluntad popular indígena era luchar contra la opresión y la miseria. La reacción hispánica era feroz e inhumana como en el caso de Tupac Amaru; pero esa misma intensidad y exageración punitiva, demuestra que los españoles tomaban el peso a la voluntad Política del indio del Perú.

Es muy interesante anotar que había una voluntad política en los indios cuando se observa la abstención deliberada del indio en las luchas por la independencia, salvo episodios aislados y locales. Esa conciencia pública fué reconocida por los españoles cuando el virrey La Serna lanzó un manifiesto a los indios del Perú, al iniciarse las luchas por la independencia, haciéndoles un llamamiento de lealtad al rey de España, rememorando la legislación tutelar favorable al indio. No hay de parte de los patriotas peruanos semejante invitación de cortesía a los indios para que se unan a la causa de la revolución.

Los criollos y mestizos revolucionarios, no tuvieron en cuenta para nada al indio en las campañas por la independencia. Ni antes ni después de proclamada la independencia. El indio y las comunidades sufrieron al contrario, grandes reveses y decepciones bajo el nuevo régimen republicano, habiendo perdido el apoyo de la ya vieja organización tutelar hispánica. Por eso para el indio del Perú, todo el siglo XIX continúa siendo el oprobioso coloniaje. Y el ayllu sigue manifestándose de

---

[7] Ver recopilación de Leyes de Indias.

vez en cuando en estallidos tumultuarios que la República va ahogando en sangre con la gendarmería, como si nada hubiera cambiado en el Perú.

Y así, hasta muy avanzado el siglo XX, el indio sigue viviendo dentro de las comunidades una vida de libertad democrática. Elige sus autoridades, coopera colectivamente en el trabajo agrícola con la comunidad. Es igual a los demás miembros del ayllu, socialmente. Tiene los mismos derechos y obligaciones y en la medida en que los subprefectos y gobernadores republicanos los dejan libres, pueden vivir su vida interior de libertad democrática, al margen del Estado Peruano.

En el siempre interesante libro de Valdez de La Torre,[8] sobre las comunidades peruanas, hay una cita de prueba oficial de que las comunidades indígenas hasta fines del siglo XIX, seguían eligiendo democráticamente sus autoridades. Una consulta de un subprefecto del Cusco, que se creía con derecho para intervenir en esas elecciones fué absuelta por el Gobierno del Perú, en el sentido de que las autoridades políticas sólo podían intervenir en esas asambleas comunitarias, en caso de que fueran llamadas para contener desórdenes. En esa forma el Gobierno estaba reconociendo de facto, lo que la misma Constitución de la República había olvidado, a saber, la existencia legal de las comunidades indígenas y su organización democrática.

La valiosa encuesta realizada por Hildebrando Castro Pozo en el primer cuarto de este siglo,[9] comprueba que la vida democrática y el sentido político del indio peruano supervive a lo largo de todo el Perú, aun cuando se advierte ya que la vieja comunidad indígena se va transformando en cooperativa y en muchas provincias peruanas, la cultura y la situación económica de las comunidades ya no permite equipararlas a las que todavía viven sin escuela y sin pan.

En nuestros días la voluntad política, la conciencia pública democrática, vive latente en las comunidades del Perú y pronto se les verá evolucionar, logrando nuevas metas por caminos mejores que los de los siglos XVIII y XIX del coloniaje. Esas metas son la educación, la sanidad, el trabajo y el salario vital

---

8 VALDEZ DE LA TORRE, *Evolución de las comunidades indígenas.* Lima.

9 H. CASTRO POZO, *Nuestra comunidad indígena.* Lima, 1928.

que los indios van logrando lentamente, pero por esfuerzo propio, también en la medida en que el olvido del Estado les permite actuar. El indio de 1947 en el Perú surge en muchas regiones depurado por la vida política del ayllu al través de siglos. Pero no se puede hablar de todo el Perú en la misma forma. Este progreso político del indio peruano comienza en aquellas regiones donde está económicamente emancipado. El indio de las riberas peruanas del Titicaca está a la vanguardia del progreso político especialmente en las provincias lacustres de Puno, Huancané y Chucuito. En muchas regiones del centro de la República, el desarrollo industrial ha dispersado a los individuos de las comunidades, a las que en rigor y culturalmente no puede llamarse indígenas. Pero en gran parte del Perú, todavía se puede encontrar al indio en calidad de siervo, sin tierras de cultivo y lo peor del caso, sin formar comunidades, porque pertenecen a la gran familia de los "yanacunas" del coloniaje, individuos no comunizados, sin tierras y sin libertad, agregados a las haciendas de los colonizadores, donde viven hasta ahora constituyendo el problema social más agudo del Perú.

Pero en todas aquellas regiones del Perú donde sobrevivió el ayllu, el indio ha evolucionado en forma promisora aunque individual. Es en las riberas del Titicaca donde se puede afirmar la existencia de una futura fuerza política colectiva, representativa del indio, que en el momento en que quiera, cuando abandonen su complejo de timidez, pueda enviar al Parlamento Peruano los primeros diputados indios auténticamente elegidos. La población electoral de las tres grandes provincias de Puno, Chucuito y Huancané es apenas de un tercio de blancos y mestizos, siendo las dos terceras partes formadas por electores indígenas que poseen tierras y saben leer y escribir, pues en la ley electoral peruana la condición ciudadana está restringida a los alfabetizados. Pronto llegará el día en que esas masas indígenas comprendan la necesidad de libertarse de la presión política de los grupos conservadores de los terratenientes blancos de un lado y de los partidos mestizos profesionales de una democracia muy tropical y dudosa y en el momento de comprobar sus decisiones voto a voto libremente en las ánforas, decidan que el tono de vida democrática del ayllu deba imperar en todo el Perú.

ORIGENES DEL ROMANTICISMO EN CHILE

BELLO - SARMIENTO - LASTARRIA

Por *Fernando ALEGRIA*

No existe en la historia de Chile una influencia personal tan poderosa en la educación de varias generaciones como la de don Andrés Bello. Su obra tiene proyecciones demasiado amplias para conectarla con un movimiento intelectual determinado o con un grupo especial de individuos. La pereza de muchos críticos les ha llevado a repetir un absurdo que sólo pudo caber en las palabras afiebradas de Sarmiento: que Bello representa en el pensamiento chileno la escuela clásica con exclusividad de toda otra. Un estudio detenido de la obra del sabio venezolano demuestra que su espíritu estaba por encima de los límites estrechos de la moda literaria, que su inteligencia supo escoger y exaltar todo lo grande y permanente de tendencias tan variadas como el neo-clasicismo y el romanticismo; que fué un innovador tanto como un conservador de la belleza artística; revolucionario bajo la sombra de genios poéticos más brillantes y audaces que el suyo.

Es cierto que Bello desde su llegada a Chile en 1829 militó en las filas de la reacción conservadora. Fué monarquista en el fondo de su corazón; recibió la protección de Portales y pagó con creces, poniendo su pluma al servicio incondicional de la dictadura. Semejante conducta irritó naturalmente a José Joaquín Mora y enardeció a José Victorino Lastarria. Pero hoy sería absurdo juzgar su obra a través de odios políticos de significación pasajera. Bello no mezcló, por fortuna, su servilismo político a lo inmanente de su doctrina literaria. En cuestión de principios se mantuvo inalterable en su respeto por la libertad del artista y la pureza de la creación estética. Los mejores ejemplos de tal superioridad son su dis-

curso en la inauguración de la Universidad de Chile y su réplica a Sarmiento al comienzo de la polémica gramatical de 1842.

No podemos intentar aquí un análisis del discurso mencionado pues sus repercusiones invaden el campo de la filosofía y la educación. Es posible que la interpretación de Lastarria sea exagerada cuando afirma que Bello propicia "una enseñanza, una ciencia, una literatura i hasta una moral confesionales".[1]

Es verdad que, a pesar de su tendencia conciliadora, Bello no puede ocultar el peso del conservantismo religioso y político que impide la realización de esa armonía entre el dogma y la libertad de la escuela romántica. Sin embargo, hay un pasaje de ese discurso que representa lo mejor del pensamiento de Bello, aquello que no puede omitirse al discutir la base del liberalismo de los escritores de 1842. Exclama Bello:

> ¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepción; i no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela. . . Pero creo que hai un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas de la belleza ideal; creo que hai un arte que guía a la imajinación en sus mas fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinjes, aserciones enigmáticas i monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orjías de la imajinación.[2]

Fué obedeciendo a semejante respeto por la sobriedad de la belleza artística y la mesura en la discusión de problemas filosóficos que Bello escribió su artículo sobre los *Ejercicios populares de lengua castellana por Pedro Fernández Garfia,* origen de lo que Norberto Pinilla tan desacertadamente llama *"La controversia filológica de 1842".*

De "filológica" la controversia no tiene nada. Se empieza discutiendo sobre la propiedad de algunos términos incluídos en el lexicón de Fernández Garfia y se acaba disputando

---

[1] *Recuerdos literarios,* Santiago, 1878, 2a. ed. 1885, p. 274.

[2] *Obras Completas,* Santiago, 1885, t. VIII, p. 318.

sobre el papel de los gramáticos y la importancia del uso popular en la evolución de las lenguas. Debió llamarse pues "controversia gramatical", a lo sumo. Don Andrés Bello no participó en ella; escribió un artículo y dejó que un discípulo suyo, José María Núñez, discutiera con Sarmiento; pero, en su mayor parte esta controversia como la otra "del romanticismo" nos presenta a Sarmiento inventando ataques contra sí mismo y respondiéndose, al mismo tiempo que dirige insultos a quienes se niegan a polemizar. En su artículo Bello volvió a dar muestras de tolerancia e independencia de espíritu. A las desconsideradas palabras de Sarmiento contra los gramáticos reaccionarios Bello responde:

> Jamas han sido ni serán excluídos de una dicción castigada, las palabras nuevas i modismos del pueblo que sean expresivos i no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua.[3]

Por otra parte, a través de todas las relaciones de Bello con Lastarria y no obstante el liberalismo belicoso de éste, el maestro jamás le negó su cooperación de lo cual queda testimonio en los *Recuerdos Literarios* (p. 74). El mismo Sarmiento después de pedir en tono de burla —burla curiosamente seria— el ostracismo de Bello, no tiene reparos en protestar de que se hayan tomado al pie de la letra sus palabras y concluye:

> es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud.[4]

Puede parecer extraño que sea necesario destacar nuevamente la benéfica influencia de Bello sobre el ambiente intelectual chileno del siglo XIX. Sucede, sin embargo, que acerca del gran humanista, como acerca de Sarmiento y de Lastarria, existen ciertos prejuicios que han contaminado de parcialidad a gran número de críticos chilenos. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando los hermanos Amunátegui, Vicuña Mackenna y Barros Arana dirigían las investigaciones literarias, la figura de Bello estaba cubierta de gloria, mientras que la de

---

[3] N. PINILLA, *Op. cit.*, p. 26.

[4] *Ibid.* p. 73.

Sarmiento y sus compañeros de exilio eran miradas con desdén y hasta con resentimiento. Sin duda, las heridas infligidas por Sarmiento sobre la piel delicada todavía de los poetas chilenos no habían cerrado y los patriotas cercaban de lanzas el recuerdo del autor de *Facundo.*

En nuestro siglo acontece lo inverso. El ansia de aparecer revolucionario y anti-académico contagia a los escritores que, en verdad, pertenecen a la generación modernista y, por lo tanto, ante los demás jóvenes, están ya bajo los sospechas de ser retrógrados... Armados de juvenil prestanza estos críticos inventan una lucha entre Sarmiento y Bello y al defender al argentino, se sienten heroicos y piensan marchar de acuerdo con los tiempos nuevos. Escritores como Armando Donoso, Norberto Pinilla, Mariano Latorre [5] y otros cuando declaran con todo candor que en la "disputa" entre Sarmiento y Bello, aquél "tiene la razón", además de inventar una disputa que públicamente no existió, parecen estar viviendo hace un siglo; con tanto calor adoptan bando en la ilusoria palestra.

Bello no polemizó con Sarmiento acerca del romanticismo. No escribió ni una palabra que pueda interpretarse como una intervención directa en la discusión de Sarmiento, López, Sanfuentes, Jotabeche y otros. Dirán que Bello dirigía al grupo del *Semanario;* esto es discutible. Lastarria insiste en que la supremacía de Bello era ya un mito alrededor de 1840. Argüirán que el "espíritu" de Bello anima entonces la pluma de los chilenos. Lo cual es relativo. En su discurso de 1843 Bello manifiesta públicamente su deseo de armonizar las excelencias de la nueva escuela con los principios eternos de la creación estética. Es precisamente en 1842 cuando Bello inicia la publicación de sus insuperables traducciones de Víctor Hugo e indica de manera inequívoca que su concepción de la poesía encuentra en el genio del gran poeta romántico francés la más perfecta aplicación. Bello es, en esos momentos, más avanzado y liberal en sus puntos de vista y más romántico en su expresión poética que Salvador Sanfuentes, blanco de los ataques de Sarmiento. El conservantismo de Bello si alguna vez tuvo una época de beligerancia fué en los años de la fun-

---

[5] A. Donoso, *Sarmiento en el Destierro,* Buenos Aires, 1927, p. 25; N. Pinilla, *La generación chilena de 1842,* Santiago, 1943, p. 98; M. Alatorre, *La Literatura de Chile,* Buenos Aires, 1941, p. 161.

dación del Colegio de Santiago y, en general, durante la dictadura de Portales. Es a esta época que se refiere Lastarria cuando condena la influencia del maestro venezolano sobre la juventud chilena. Pero Lastarria exageró evidentemente al suponer que las enseñanzas de Bello tuvieron repercusiones de carácter político. De ahí que los críticos que juzgan la actitud de Bello en aquella época de acuerdo con la versión de los *Recuerdos Literarios* cometen una injusticia y es esta versión, por lo demás, la que sirve de base para oponer a Sarmiento —"campeón del liberalismo"— contra Bello —"jefe de la reacción clasicista".

La tal "polémica del romanticismo" —debiera llamarse "una polémica del romanticismo en Chile"— no fué sino una polémica entre Sarmiento y Sarmiento. . . Vicente Fidel López alrededor, desesperadamente convenciéndose a sí mismo de que la historia está hecha para su único y original consumo; Sanfuentes, a regañadientes, respondiendo con una burla los soeces insultos que le propinaban. Que Sarmiento expresó pensamientos profundos e impresionó agudamente a la juventud chilena nadie podrá negarlo y un poco más adelante haremos hincapié en ello.

La leyenda de esa antinomia entre el romanticismo, representado por Sarmiento, y el clacisismo, por Bello, es el resultado de una simplificación excesiva de nuestra historia literaria. Es un error encasillar a Bello dentro de una tendencia. Durante su juventud recibió una educación clásica y no es extraño que tradujera e imitara a Virgilio y a Horacio. Pero ya en Londres su poesía adopta un curso nuevo e indudablemente moderno. Aunque su traducción de *Los jardines* de Delille entraña la adopción de una poética clásica basada en el amor de la verdad y la imitación de la naturaleza, el realismo de su *Alocución a la Poesía* y de la *Silva a la agricultura de la Zona Tórrida* con su insistencia en el *color local* y el uso de términos nativos le confiere un legítimo título de innovador.

No repetiremos las alabanzas que Miguel A. Caro dirige a estas dos composiciones, pero será necesario insistir en la trascendencia de la *Silva* por lo menos. En ella el poeta describe el paisaje del Ecuador, critica la vida de la ciudad, canta las faenas del campesino y al mismo tiempo que exalta su

conquista de la naturaleza entona un ruego de piedad por el hombre americano; termina invitando a honrar la vida del campo. Su importancia reside en su descripción inicial del paisaje y los frutos del trópico. Aunque este "nativismo" parece tener un antecedente latino en la poesía mexicana [6] quedará, sin embargo, como una de las contribuciones más notables del genio de Bello. Su visión del paisaje ciertamente no es romántica; el poeta no proyecta su propia experiencia sentimental en el cuadro que describe; la belleza de las imágenes tiene la frialdad de una joya sacada de un cofre que la guardara por muchos años. Más bien anuncia el realismo post-romántico de la novela regionalista. Bello, por otra parte, mantiene en estos versos la tradición didáctica del siglo XVIII. Su elogio de la vida del campo recuerda las odas de Parini, especialmente en su significación social.

Otro hecho notable en la poética de Bello es su concepción del gran tema que encierre una visión del hombre y la tierra de América y que pueda expresarse en caracteres tanto líricos como épicos. Esta intuición que, por desgracia, no llegó a realizarse fué quizás el resultado de su estudio de la épica europea. Ningún otro poeta americano ha concebido un plan de tan vastas proporciones. Bello ha dejado un esquema de lo que, a su juicio, *el poeta* de América debió cantar entonces. En ese esquema que constituye su *Alocución a la Poesía* se fijan tres temas fundamentales: 1) el paisaje: el campo y las ciudades; 2) los héroes; 3) las acciones guerreras. Los temas se esbozan, sin éxito, en la *Alocución* y en la *Silva*. Con estos elementos un poeta de genio habría producido el gran poema épico de la Independencia de Hispano América. Al final del segundo fragmento de la *Alocución* Bello reconoció su incapacidad para llevar a término tan monumental tarea.

En Chile la poesía de Bello sufre un cambio fundamental. Su espíritu siempre activo y alerta a todas las inquietudes de la juventud reacciona con sorprendente agilidad a la efervescencia romántica que provoca Sarmiento con sus artículos de *El Mercurio* de Valparaíso. Lo interesante es hacer notar que antes de imitar a Hugo, don Andrés Bello intentó producir

[6] Cf. M. Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, México, 1944, p. 177, sobre la *Rusticatio Mexicana* de Rafael Landívar (1731-1793).

una poesía romántica original. Se aprovechó de un acontecimiento ocurrido en 1841 que conmovió a toda la nación chilena: el incendio de la iglesia de la Compañía. Bello comprendió que la ocasión se prestaba para interpretar un sentimiento colectivo y de ahí que la forma usada en su elegía fuera no el terceto o la silva clásica, sino un metro más ligero, la quintilla, hecho que, según las acertadas palabras de Sarmiento "muestra el desapego del autor a las envejecidas máximas del clasicismo rutinario i dogmático".[7] Es decir, Bello se proponía llevar su poesía al pueblo y por lo tanto, la rejuvenecía, adoptaba las innovaciones románticas y, automáticamente, iniciaba una corriente en la literatura chilena, cuyo único antecedente tal vez fuera el *Canto Fúnebre* de doña Mercedes Marín del Solar. El poema fué primorosamente editado por don Manuel Rivadeneira a quien la historia de las letras de Chile debe un testimonio de eterno reconocimiento. No sólo fué Rivadeneira dueño de *El Mercurio* de Valparaíso y protector de Sarmiento, sino que también editó en Chile algunos de los libros que más profunda influencia tuvieron en los escritores chilenos del siglo XIX.

La primera parte del *Canto Elegíaco* en que se describe el incendio tiene un sabor popular que recuerda el gráfico realismo de los corridos:

> . . . Aunque el pueblo te circunde
> A socorrerte anhelante,
> Rápido el incendio cunde,
> Y hasta el cerro más distante
> Terrífica luz difunde. . .
>
> . . . Ya del techo, alta diadema
> De fuego, lluvia desciende
> Ardiente, que alumbra y quema
> La vasta nave, y se extiende
> Con voracidad extrema. . .

En la segunda parte el poeta canta al centenario reloj que sucumbe entre las llamas; imagina que el reloj se despide de Santiago recordando los hechos heroicos que presenciara:

---

7 En *El Mercurio* de Valparaíso, No. 3.792, 15 de julio, 1841.

Yo te vi en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

Y te vi del largo sueño
Despertar altiva, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos, la frente
De quien no conoce dueño. . .

Viene luego la calma a reinar sobre las ruinas. Con típica imaginación romántica el poeta ve aparecer a la luna entre las nubes e iluminar una columna solitaria mientras el graznido de las aves nocturnas se mezcla a la queja de una víctima. Un vago sentimiento de eternidad se apodera entonces del espíritu, "una fibra — que halla en el dolor halago", "un instinto divino", "una solemne melancolía".

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcas sepulcrales
Difuntas generaciones.

Una visión sobrenatural se apodera del poeta: los fantasmas aparecen con un sordo murmullo; los rayos de la luna atraviesan la transparencia de sus cuerpos; sus pies no dejan huellas sobre el polvo. Cuando llega el nuevo día una imagen de ruina en que los troncos quemados y la ceniza adquieren desgarradora apariencia confronta a la multitud. El poema acaba con una imagen de intenso realismo:

La voz del himno ha cesado
Duelo cubre y confusión
Al sagrario desolado;
Y la hija de Sión
Es un cadáver tiznado.[8]

Bello era un hombre de sesenta años cuando escribió estos versos; era un sabio respetado en todo el mundo de habla

[8] *Poesías,* Madrid, 1882, p. 186.

hispana por sus investigaciones en el campo de la filología y de la crítica histórica. Era un hombre de fina sensibilidad, un poeta de espíritu privilegiado. Pero, por sobre todas las cosas, era un hombre honesto. Bello creyó que las Musas le habían traicionado, truncó entonces sin vacilar su aventura en el reino de la poesía original y abandonando para siempre su proyecto de épica *América* volvió la vista hacia el genio romántico de Hugo y a su sombra entonó un canto modesto y de limitadas proporciones, le tradujo y le imitó con amor y tanto afán puso en su obra, que consiguió transformar esta labor en verdadero arte superando varias veces a su maestro y modelo. Don Andrés Bello llegó a ser un extraordinario poeta en simbiosis con Víctor Hugo.

Hay un aspecto más en la poesía de Bello de mediados de siglo que es necesario destacar. No diremos espectacularmente que Bello es también un precursor del modernismo daríano. Pero léanse estos versos y júzguese la agilidad del metro, la novedad de la frase y los efectos de la rima:

¡Una entre todas! . . . tan clara
La bella efigie, el semblante
Me recuerdo, que jurara
Estarla viendo delante;
Crespas madejas de oro su cabello;
Rosada faz, alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita
Con inocentes suspiros;
Ojos que el júbilo agita,
Azules como zafiros,
Y la celeste diáfana aureola
Que en sus quince a las niñas arrebola.

. . . Ya llega. . . los elegantes
Le hacen rueda: luce el rico
Bordado; en los albos guantes
Se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta;
Y sus cien voces desplegó la orquesta. . .

. . . ¡De día ya! . . . ¡Cuánto tarda
La hora que al placer da fin!

Lola en el umbral aguarda
Por la capa de satín;
Y bajo la delgada mantellina
Cuela alevosa el aura matutina.[9]

Hay en este fragmento indudables gérmenes de un preciosismo de origen francés que va a invadir más tarde, a fines de siglo, el vocabulario poético de Hispano América. Bello dejó otras muestras originales de esta tendencia: su brevísimo *Diálogo* y su epigrama *El Tabaco,* por ejemplo.

Desvanecida la leyenda acerca de su dogmatismo Bello es, como poeta especialmente, uno de los factores más poderosos en el auge del romanticismo chileno. A través de sus lecciones de literatura, de sus traducciones de los más grandes valores de la poesía europea, de sus propias composiciones poéticas, Bello dejó un mensaje a la juventud chilena de imperecedera memoria: enseñó a respetar el arte en su significación trascendental, por encima de localismos efímeros y mediocres, enseñó a pensar con profundidad y claridad, a concebir en términos universales, a aceptar en lo que valen las reformas y los cambios que cada generación trae consigo. Si sus discípulos no pudieron superar la herencia del neo-clasicismo español, si en la expresión de sus propios sentimientos e ideas no alcanzaron gran altura, y si confundieron más tarde el amor a la tierra con la afición por lo pintoresco y anecdótico de las tendencias criollistas, se debió a su personal mediocridad, no a la influencia de Bello, quien siempre fué superior, sabio en las flaquezas, debilidades y grandezas humanas.

SARMIENTO

PARA quienes no pueden dejar de asociar los nombres de Bello y Sarmiento, será preciso decir que una revaloración de aquél no significa de ningún modo el descrédito para este último. Sarmiento sacudió el ambiente intelectual chileno con la fuerza de un aluvión. Desde 1840 a 1855 no dió descanso ni a políticos ni a literatos con su palabra encendida, sus ímpetus revolucionarios, su crítica despiadada del antiguo

[9] De *Los Fantasmas,* traducción libre del poema de Hugo.

régimen en materias de arte, educación y política. Es difícil decir con precisión hasta qué punto Sarmiento orientó la cultura chilena en un sentido determinado; tanto más difícil cuanto que sus propias ideas no son del todo claras ni pueden someterse fácilmente al orden de una doctrina. Es romántico por contagio, por entusiasmo, por intuición y, finalmente, cuando se enfrenta a un grupo de jóvenes clasicones, por espíritu de contradicción. A veces da la impresión de que si sus adversarios se hubieran vuelto románticos de la noche a la mañana Sarmiento, por el puro placer y necesidad del combate, se habría hecho clásico. Defendía sus ideas, sin embargo, con tal calor y decisión como si fueran su más preciado patrimonio de hombre libre y como si ellas únicamente le dieran contenido a su existencia.

Lastarria ofrece un ejemplo vivo del poder de la propaganda de Sarmiento en Chile. A pesar de compartir con Sanfuentes, García Reyes y, en cierto modo, con Jotabeche la tarea de redacción de *El Semanario de Santiago,* Lastarria no dejó ninguna duda acerca de su apoyo al articulista de *El Mercurio.* Defendió como él la literatura *nueva*—sin especificar que se trataba de la romántica—negó ser explícitamente "romántico" tal como Sarmiento lo hiciera en carta privada al autor de los *Recuerdos* (p. 164); defendió con algo de fe apostólica la doctrina del iluminismo, tal vez con más base ideológica que Sarmiento, y prestó especial énfasis a la importancia de la educación en el progreso de un pueblo. No pretendemos decir que todo esto lo deba Lastarria al ilustre emigrado argentino. La verdad es que Lastarria cambió de bando en tiempos de José J. de Mora y estaba, pues, preparado para aceptar las prédicas de Sarmiento no como un discípulo, sino más bien como un compañero de combate.

De la posición política de Sarmiento en Chile tampoco se pueden sacar conclusiones definitivas: su liberalismo tuvo poco de idealista y mucho de realismo, ya que supo adaptarlo a las dos épocas de la supremacía de Montt: la del ministro progresista y democrático, y la del Presidente autoritario y retrógrado.

Hemos manifestado antes que en las controversias de 1842 Sarmiento desempeñó un papel preponderante y ello se

debió a que escribió más que los otros y a la trascendencia de algunos de sus artículos.

En la controversia gramatical Sarmiento responde al único artículo de Bello con una serie de proposiciones que resumen bastante bien los principales aspectos de su influencia sobre la juventud chilena de la época. He aquí las ideas con que Sarmiento contribuye a la constitución del movimiento del 42:

1) Crítica de la literatura española. Sarmiento, igual que Lastarria y como antes lo habían hecho los intelectuales de la Independencia por razones de patriotismo y de guerra, sostiene la firme convicción de que es necesario romper con la tradición española. A su juicio la nación española ha alcanzado un grado extremo de decadencia y su literatura es incapaz de expresar las ideas de la cultura moderna. Lo trágico de esta posición dogmática es que mientras más fieramente atacan estos pensadores a la tradición cultural española más dócilmente imitan a los escritores españoles para llevar a cabo sus ataques. Es decir, la crítica de Sarmiento como la de Lastarria no es otra cosa que una repetición de la crítica de Larra en su artículo *Literatura.* Y más trágico aún es el caso de los poetas que atacan a España con el verso que aprendieron de Quintana, Gallegos y Cienfuegos. La verdad es que la defensa del patriotismo y de la libertad del pueblo iguala a unos y otros, y que tanto los españoles que combatían la dominación napoleónica, como las americanos que luchaban por emanciparse del absolutismo de los Borbones, concedían a la poesía una misión social que no tiene fronteras. Por otra parte, pocos años más tarde Sarmiento no habría negado tan fácilmente la influencia de la literatura española del siglo XIX sobre los poetas del romanticismo chileno que leyeron e imitaron las obras de Zorrilla y Espronceda editadas por la imprenta de *El Mercurio.* Demás está decir que las críticas de Sarmiento y López a la literatura del Siglo de Oro español son enteramente absurdas y producto de simples prejuicios.

2) La democracia no es sólo una teoría política sino que a su luz se pueden interpretar los múltiples aspectos de una cultura. No cree Sarmiento, por ejemplo, que sea necesaria la educación de una clase social primero para obtener como consecuencia la educación de las demás. La educación es patrimonio del pueblo. La soberanía de éste, por otra parte, no sólo tiene

su aplicación en la ejecución de las leyes, sino también en el desarrollo de los idiomas e indirectamente en la creación literaria que, para ser viva, ha de tener un alcance popular.

3) Rebelión contra las reglas establecidas que impiden el desarrollo artístico. En el calor de la batalla es fácil exagerar los conceptos y Sarmiento ciertamente exagera, cuando rayando en la anarquía se declara "ignorante por principios".

4) Superioridad de la cultura francesa. La ruptura de lazos con la tradición española viene acompañada de un afrancesamiento extremado. La voz que viene de Francia es ley para Sarmiento y sus compañeros. De ahí que se prestaran tanto para las burlas de un Jotabeche.

Sarmiento identifica el espíritu francés con el espíritu de libertad y el español con el de autoridad. Aunque en 1841 al elogiar la elegía al *Incendio de la Compañía* rindiera público homenaje a la labor educativa de Bello, en 1842 condena la admiración por los clásicos españoles que éste inculca en sus alumnos y sugiere la responsabilidad de Bello —el gramático— por la pobreza de la creación poética en Chile.

5) La juventud chilena debe abrir el espíritu a la influencia de las literaturas extranjeras. Recordando un tanto las palabras de Madame de Staël en *De l'Allemagne,* Sarmiento invita a los jóvenes chilenos a salir del marco de una educación estereotipada y a recoger los frutos de culturas extrañas. Más importante que estudiar los vericuetos del estilo clásico es preocuparse de las ideas, averiguar cómo piensan los demás pueblos en la época contemporánea, saturarse en el cambio constante de la civilización y luego, con el espíritu maduro, crear, sin ocuparse de la forma, de las reglas, dándose entero en la creación que resultará, sin esfuerzo, original.

Sarmiento ha expresado esta última idea con verdadera inspiración:

> . . . Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costum-

bres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas.[10]

Es curioso anotar que tanto los periodistas argentinos como los redactores del *Semanario* se refieren al romanticismo como a una escuela literaria del pasado, en especial los argentinos que, de esta manera, pretenden hacer resaltar su experiencia con las "cosas" de Europa y, quizás, levantar una barrera para atenuar un tanto el efecto de las burlas de Jotabeche. Si consideramos que ellos están escribiendo en 1842 la clave de semejante actitud es obvia. Para ellos no hay más romanticismo que el de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. España no cuenta. La influencia de Zorrilla y Espronceda empieza a manifestarse en Chile con la edición que hace de sus obras la *Imprenta de El Mercurio* en los años de 1843 y 1844.

La importancia de este hecho es que anuncia, de cierta manera, una de las características sobresalientes del romanticismo chileno: la fuente de inspiración más directa será la poesía española y como ésta responde a la revolución romántica tardíamente, la chilena estará tan lejos del período de beligerancia de esa revolución, que no le resultará difícil adoptarla transformándola y moldeándola de acuerdo con la idiosincrasia de nuestro pueblo, de tal manera que el romanticismo chileno tendrá rasgos de una individualidad sorprendente en comparación con otros países de Hispano América donde la renovación literaria ocurrió más pronto.

LASTARRIA

LASTARRIA se alza en el panorama literaria chileno del siglo XIX como el mejor símbolo de esa revolución intelectual cuyo ámbito indudablemente sobrepasa los límites del año 1842.

---

[10] Citado por N. Pinilla, *La controversia filológica de 1842*, Santiago, 1945, pp. 46-47.

Es imposible resumir en estas páginas los aportes de Lastarria a la cultura chilena. Baste destacar aquellas ideas suyas que tuvieron un efecto más directo en el proceso de evolución de la poesía desde el neo-clasicismo al romanticismo.

Al enfrentarse a Lastarria es preciso tener en cuenta que se trata de un político en el sentido más puro de la palabra y que sus intereses literarios, filosóficos y educacionales están condicionados a su doctrina liberal y a su fe positivista. En su formación intelectual se vió además sometido al iluminismo de Mora y esta tendencia filosófica dejó en él huellas imborrables.

Cuando juzga los acontecimientos políticos y los sistemas económicos de la dominación española y de la República, Lastarria abandona el criterio estrictamente objetivo de don Andrés Bello e intenta hacer filosofía de la historia. Se esfuerza por sacar consecuencias interpretando los hechos a la luz de su propia ideología revolucionaria. De ahí que su relato del movimiento literario de la primera mitad del siglo XIX aparezca tan diferente al de otros historiadores. Lastarria, por otra parte, tenía plena conciencia de la importancia de su papel en estos hechos y, en realidad, el móvil principal que tuvo para escribir sus *Recuerdos* fué el de hacerse justicia ya que historiadores como Miguel L. Amunátegui y Vicuña Makenna o silenciaban su nombre o, intencionadamente, le restaban mérito a sus acciones. No nos extrañemos pues de la interpretación que Lastarria hace del movimiento literario que, indudablemente, él dirigió y animó desde la tribuna, desde la prensa y desde la cátedra.

Según Lastarria tres son las causas de la postración intelectual de Chile antes de 1840: 1) la dictadura conservadora; 2) el atraso social; y 3) la influencia de Bello. Estos hechos se presentaban íntimamente correlacionados de tal manera que bien pudieran tomarse como un plan destinado a provocar repercusiones políticas.

Contestando a Amunátegui que había dicho que los escritores chilenos anteriores al 42 "no sabían qué decir" Lastarria declara que la causa de tal silencio era que:

> en realidad no podían decirlo todo, sin peligro de encontrarse por un lado con los puristas de la lengua que los atajasen con la burla i el desdén, i por el otro con los puristas de la política conserva-

dora que los lanzaran a Juan Fernández, como a Pradel, o a la cárcel, como a Benavente i a Toro, o que los sometieran a la persecución de la policía, como a Juan Nicolás Alvarez.[11]

¿Cómo es posible que los críticos chilenos modernos hayan pasado por alto una acusación tan grave como ésta de Lastarria y hayan insistido en buscar razones de carácter puramente retórico para explicar la pobreza de la producción intelectual de Chile en el período anterior a 1840? Ni Sarmiento ni López, a pesar de todas sus pretensiones de dialécticos y de su afán por interpretar los fenómenos de la cultura en relación a los acontecimientos políticos, prestaron mayor atención a los detalles de la dictadura portaliana que terminaba poco antes de que ellos llegaran al país. Si lo hubieren hecho tal vez habrían mostrado más paciencia con esos jóvenes que por no sufrir el garrotazo del inquisidor cerraban sus oídos al clamor revolucionario que venía de Europa y ocupaban sus horas purificando el idioma en la inofensiva imitación de los clásicos; ese "encogimiento" que Sarmiento notara en la juventud chilena muy bien pudiera haber sido la herencia de un régimen que para mantenerse en pie tuvo que concluir primero con la libertad de pensar.

El discurso de Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria —3 de mayo de 1842— marca el punto en que la cultura chilena se independiza de las cadenas coloniales y se vuelve hacia las otras naciones de Europa en busca de nuevas influencias que van a provocar, más tarde, el nacimiento de una literatura original. Lastarria describe la tragedia de la literatura nacional bajo la denominación conservadora; luego dice que hacia 1840 se produce un movimiento liberal en el campo de la educación, de la literatura y de la filosofía que viene a coincidir con un sentimiento de rebelión popular. Haciendo valer los conceptos del filantropismo del siglo XVIII que aprendiera en sus lecturas de los neo-clásicos españoles Lastarria ilustra esta comunidad de intereses entre el pueblo y los intelectuales observando que la democracia no es completa sin la ilustración general y que, como escritor, siente el deber de combatir los vicios sociales y de ayudar en la educación de las masas.

---

[11] *Recuerdos*, etc., pp. 181-182.

Los conceptos principales del manifiesto de Lastarria son los siguientes:

1) La literatura tiene una función social; el escritor expresa a su generación. Chile no tiene una literatura que corresponda a este concepto. Lastarria aprovecha para condenar la instrucción colonial y negar a España toda influencia cultural durante su dominación de Chile.[12]

2) La cultura de Chile vive un momento crítico. Su orientación futura va a depender del sentido que su generación dé a este movimiento intelectual que se inicia. Es necesario imitar pero más necesario aún adaptar lo extranjero a las características nacionales.

3) La literatura española no será el modelo de la naciente lieratura chilena. Lastarria no puede desprenderse del criterio político y como la revolución "política" va dirigida contra el antiguo régimen español, la revolución "literaria" también debe atacar la tradición literaria de España. A causa de su apasionamiento cuanto afirma sobre las letras españolas no constituye "juicio" sino "prejuicio".

4) Defensa del idioma español. Indirectamente este párrafo va dirigido contra los emigrados argentinos, en especial contra López que había cometido el error de confundir "la literatura" con el "idioma".[13]

5) Aceptar la literatura francesa como modelo. Tiene el cuidado de distinguir tres épocas de influencia francesa; la del siglo XVII, la del siglo XVIII y la *moderna.* Sólo acepta la última y se aprovecha de una cita de Artaud para caracterizarla. Agrega que la imitación servil debe evitarse y que los escritos de los autores franceses se recomiendan "no para que los copiéis i trasladéis sin tino a vuestras obras, sino para que aprendáis de ellos a pensar".[14]

6) La literatura será la expresión de nuestra nacionalidad. Basándose asímismo en Artaud, Lastarria explica esta idea que es acaso la más importante de su discurso:

> Me preguntaréis qué pretendo decir con esto, i os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea

---

[12] *Recuerdos,* etc. pp. 100-101.
[13] *Ibid.* pp. 107-108.
[14] *Ibid.* p. 112.

peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilejiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana i reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos.[15]

7) Características sobresalientes de la nueva literatura serán, según Lastarria: el culto de la naturaleza; el regionalismo como finalidad en la descripción del paisaje americano; el cristianismo y la originalidad.[16]

Es a causa de esta enumeración especialmente que el discurso de Lastarria pudiera ser considerado como el *manifiesto romántico* de la literatura chilena. No quiere decir esto que Lastarria ni en su discurso en la Sociedad Literaria ni en ninguna otra ocasión de su vida se haya manifestado abiertamente en favor de la escuela romántica. Como Sarmiento y Sanfuentes, creía que ese movimiento era ya cosa del pasado, parte de una tradición que debía ser superada. Influenciado poderosamente por sus estudios de la filosofía comtiana, la teoría literaria le interesaba menos que el desarrollo científico y la aplicación del método positivo a la creación artística. Por otra parte, es evidente que mientras más se acerca a una concepción naturalista del arte, más rígido se hace su pensamiento y empieza a descubrir nuevas "leyes" con que limitar al artista reemplazando las reglas de la escuela neo-clásica. Esta fué su tragedia. Cuando parafraseó a Larra y Artaud y predicó el arte social Lastarria pudo todavía encontrar sitio para la imaginación en sus manifiestos. Pero cuando empezó su propaganda de la "poesía científica" y trató de dar una aureola pseudo-filosófica a sus palabras con una inspirada aplicación de la doctrina del progreso indefinido, Lastarria perdió su puesto director del pensamiento chileno, se petrificó en un nuevo dogma y acabó por perder de vista los problemas de la nueva generación.

---

[15] *Ibid.* p. 113.
[16] *Ibid.* pp. 114-115.

La actualidad de Lastarria no fué de corta vida sin embargo. Cuando pronunció su discurso tenía veinticinco años solamente. Desde 1842 a 1860, más o menos, su actividad se mantiene inquebrantable, funda periódicos y revistas como el *Semanario* (1842) y la *Revista de Santiago* (1848), organiza agrupaciones literarias como el importante *Círculo de Amigos de las Letras* (1859) y la *Academia de las Bellas Letras* (1873). En el *Círculo* Lastarria aparece rodeado por los escritores chilenos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX por historiadores como los hermanos Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Makenna; poetas como Valderrama, Irisarri, Matta, de la Barra, Rodríguez Velasco y Espejo; y novelistas de la trascendencia de Alberto Blest Gana. Por intermedio de los concursos literarios que auspician la *Sociedad,* el *Círculo* y la *Academia,* Lastarria consigue educar el gusto literario de los jóvenes y orientarles de acuerdo con sus propias teorías.

En 1869 con ocasión de la reapertura del *Círculo,* cuyas actividades habían sido interrumpidas en 1864, Lastarria pronuncia un discurso al cual intenta dar tanta trascendencia como al de 1842; en realidad la tiene, sólo que en un sentido diferente. Lastarria comienza analizando la situación del escritor en Chile y se duele de la exagerada importancia que asumen los partidos políticos en el terreno de la creación artística. Se rebela contra aquello que Quinet llama las "verdades exclusivas" de cada partido, es decir, el dogmatismo con que defienden su propia posición descartando toda otra doctrina como errónea.

El liberalismo de Lastarria sufre la prueba de fuego que provocó la bancarrota del movimiento en la última parte del siglo XIX. Mientras se trató de luchar por la libertad y la ilustración, en general, con una buena dosis de irresponsabilidad, Lastarria no tuvo reparos. Pero cuando la contienda política se limita y define y asume bandos que exigen disciplina y sometimiento, cuando se trata de sacrificar una parte importante de la libertad individual en favor de la colectividad, Lastarria, como otros liberales románticos, "choca contra el medio". No abandona la lucha como pudiera creerse, sino que insiste en defender la emancipación del espíritu que, a su juicio, representa la democracia contra el conservantismo colonial.

Vuelve su atención al arte y nuevamente lo define en función de su utilidad social:

> El arte, que en la literatura plástica es la imitación de la naturaleza, i en la científica la revelación jenuina de la verdad, no es simplemente una revelación de lo bello, un elemento del gusto o del placer, como suponen los que profesan el arte por el arte, sino un instrumento poderoso de progreso social, porque es la forma de lo útil, de lo justo i verdadero.[17]

Es en este momento —cuando Lastarria se esfuerza por plantear "el criterio jeneral i positivo de todas las obras de una literatura progresiva" [18] que, a nuestro juicio, su doctrina deja de ser algo vivo y se transforma en un dogma con nuevas reglas y trabas para limitar la creación artística.

Será preciso recordar que en 1860 el problema no era como en 1842 el de *crear* una literatura, sino más bien el de orientarla. Lastarria cree que la mejor orientación es, en esos momentos, una especie de positivismo aplicado al arte. Llega hasta proponer una "clasificación" de las obras literarias.[19] En realidad, defiende al positivismo con entusiasmo, vale decir, sin espíritu crítico. No se puede negar que su concepción del arte social así como sus ataques a lo que más tarde se llamará el "escapismo" de ciertos grupos románticos, son razonables y hasta producen efectos benéficos en la literatura chilena. Pero su intención de aplicar el método positivista de la ciencia a la creación artística le resta seriedad a su discusión.

El arte realmente buscó la verdad, como decía Lastarria, y propagó doctrinas de reforma social, política y religiosa. Pero jamás adoptó el objetivismo científico ni el liberalismo filantrópico como dogmas absolutos, porque limitándose en esas tendencias terminaba con la doctrina de la emancipación del espíritu que el mismo Lastarria proclamaba. La reforma literaria de América tendería a descubrir un estilo nuevo para dar a conocer una realidad nueva y para servir de expresión a un hombre nuevo cuando el escritor americano sintiera que estaba en condiciones de producir una obra original a base de las influencias europeas ya superadas.

---

17 *Recuerdos,* etc. p. 453.
18 *Ibid.* p. 458.
19 *Ibid.* p. 455.

Es curioso, pues, que Lastarria con la conciencia de que un cambio era inevitable se haya, no obstante, "acartonado" en un sistema de ideas que, a pesar de su "progresismo", era absolutamente estático. Critica a la escuela naturalista por usar como criterio "el equilibrio moral, tratando de reducir a leyes precisas la armonía de los movimientos que constituyen lo que ella denomina una realidad moral".[20] ¿Pero qué ofrece en cambio? Nada más y nada menos que:

> La verdadera filosofía positiva, la escuela que busca la verdad en el análisis de los hechos por su comprobación objetiva i por la verificación de las leyes que rigen el mundo físico i el mundo moral.[21]

Para luego determinar la calidad de una obra de arte:

> tomando como regla de composición i de crítica... su conformidad con las leyes de la naturaleza humana, que son desarrollo i libertad.[22]

Si las leyes de la naturaleza humana fueran sólo eso... Que un obra de arte sirva al "progreso" y demuestre haber sido concebida en "libertad" no significa que sea buena o bella, ni siquiera significa que sea una obra de arte auténtica. ¿En qué clase de pseudo-arte pensaba Lastarria cuando educaba de esta manera a sus discípulos? ¿Un arte "científico", basado en hechos positivos, moralista y didáctico? Extraño que no advirtiera que el nuevo arte, cuyo advenimiento estaba cercano iba a constituir el triunfo de la imaginación sobre el sentido común, de la intuición sobre el concepto científico, de la irrealidad sentimentalista y sensual sobre la responsabilidad catequística de los filósofos liberales.

De su discurso que pronunciara más tarde, en 1873, para la inauguración de la *Academia de Bellas Letras* sólo una conclusión puede sacarse: que Lastarria tiene plena conciencia de la ineficacia de su doctrina. Este discurso es como el esqueleto de sus poderosos manifiestos de antaño. Se nota en él una desesperanza melancólica e inteligente, la certeza de que sus esfuerzos no se reflejarán tal vez en realizaciones concretas, pero también la orgullosa seguridad de que ellos serán apreciados en lo que valen por las generaciones futuras.

---

[20] *Recuerdos,* etc. p. 516.

[21] y [22] *Ibid.* p. 518.

NOTA SOBRE LA CREACION DEL QUIJOTE

Por *Francisco AYALA*

En su planteamiento primero y más externo, el *Quijote* se nos da como una sátira literaria: quiere combatir el auge de los libros de caballerías, y en esta visible intención ha creído la crítica muchas veces que se agotaba el sentido del libro, sin apurar por otra parte las perspectivas que en su camino se le ofrecen. Pues ¿qué significaba ese auge de la literatura caballeresca en aquel momento de España? ¿era acaso el alimento de un espíritu puesto en heroica tensión, o era ya la evasión y el relajamiento de ésta por el camino vicario de la fantasía? Tal vez había en ello algo de ambas cosas; mas serían necesarios largos estudios y muchas páginas para dilucidarlo. Tal vez a la hora de escribirse el *Quijote* ya decrecía ese auge [1] y Cervantes, buen gustador él mismo de esa literatura que tantas huellas dejara en todas sus obras, y no sólo en el *Quijote,* reacciona, hastiado, contra ella, y coloca así de lleno este libro en el plano de la más densa actividad intelectual del momento como pieza de combate en el campo de los problemas estético-literarios debatidos entonces, y cuya discusión, reanudada de varias maneras, será uno de los motivos que de modo permanente se reiteran a lo largo de la primera y de la segunda parte.

Pero es claro que la intención del *Quijote* no se detiene en esa sátira, sino que, por el contrario, apunta ya mediante ella hacia el fondo mismo del mito quijotesco: los ideales góticos, fuertemente estilizados en dicha literatura, chocan con la realidad del mundo nuevo dando lugar a un conflicto cultural que —todavía presentado en los términos sumarios de una sátira contra un determinado género de ficción y el gusto por él—

[1] El último libro de caballerías compuesto en España, *Don Policisne de Boecia,* obra de don Juan de Silva y Toledo, se publicó en 1602.

es ya el propio conflicto cultural encerrado en la Contrarreforma, con su profunda incongruencia histórica. Si, como tantas veces se ha pretendido, Cervantes hubiera tomado partido ahí en contra de aquellos ideales obsoletos a la manera de un reformador social, de un polemista, el *Quijote* no hubiera pasado de ser una tal sátira, más o menos divertida, más o menos eficaz, pero desprovista de verdadera trascendencia. Lejos de ello, presenta el conflicto en toda su hondura y plenitud, y si vincula los ideales góticos a un demente de apariencia ridícula, hace de él al mismo tiempo el héroe a quien asiste una razón superior substraída a toda demencia. ¡Asombrosa complejidad, la de su creación! El valor altísimo de ese héroe no encarna en una figura legendaria, imponente, sino en el cuerpo flaco de un hidalgo aldeano, viejo, desaseado y maniático, que bien pudiera ser vecino nuestro. Sin perder un instante esta realidad inmediata, va a elevarse, no obstante, a las cumbres olímpicas de lo sobrehumano. ¿De qué modo? ¿Por qué medios? Ante todo, mediante el recurso de la locura: el protagonista de la sátira cervantina es un loco.

Familiarizado con don Quijote y más aún, solidarizado con su conducta, persuadido de su razón superior, el lector actual propenderá a considerar tosco e impropio ese recurso, sintiendo como intolerable que su grandeza sea colocada bajo el régimen atroz de la locura, y sometida así a vejamen. ¡Sublime locura, "enloquecimiento —dirá Unamuno— de pura madurez del espíritu"! . . . —Nos falta todavía un estudio que organice la historia del *Quijote,* y no sólo en los aspectos relativamente externos y técnico-literarios, sino también en el de su operación espiritual sobre las sucesivas generaciones, con vistas a establecer la reacción de la sensibilidad dominante en cada época frente a su complejo poético y, con ello, el modo como éste ha contribuído a modelar la vida colectiva. Ese estudio —en el que constituiría sin duda un capítulo pintoresco, si bien no desprovisto de aguda significación, el dedicado a reseñar los desvaríos del cervantismo [2]— mostrará, por una parte, la creciente profundización en el sentido esencial del mito quijotesco hasta

[2] Del contagio psíquico sufrido por centenares de españoles a lo largo de los siglos dan testimonio los muchos libros y artículos de carácter maníaco acerca del *Quijote* y su autor, que consentirían hablar de un *delirio cervantista.*

llegar a la generación del 98 que lo enlaza resueltamente con el destino peculiar de España sellado en la decisión de la Contrarreforma; pero, por otra parte, es posible que delate también una paulatina pérdida de aptitud para percibir en el *Quijote* el valor estético de su dimensión grotesca, tan propio del Barroco. Lo cierto es que, haciendo mérito de tal embotamiento, se ha solido ensalzar la sensibilidad presente en contraste con la más grosera del tiempo de Cervantes, y de Cervantes mismo en cuanto hombre de su tiempo. Al lector actual, formado en el Naturalismo, y para quien la demencia no pasa de ser, o es ante todo, una enfermedad objeto de estudio, y una desgracia digna de compasión, la burla del héroe loco tiene que repugnarle;[3] se sentirá obligado a apartar de sí cualquier tentación burlesca; y, desde luego, no percibirá tampoco ese escalofriante titilar del espíritu a través de las brumas de la conciencia perturbada, que diera al demente su prestigio antiquísimo, convirtiéndolo en un ser sagrado y sometiéndolo al trato ambivalente que se aplica siempre a lo sagrado. Como aquellos locos cuya divina furia adora la antigüedad o el Oriente, como los ermitaños y mendigos en quienes España delira, como los *tontos* que todavía son irrisión de sus aldeas, don Quijote es entregado a la veneración y al vilipendio, de donde Cervantes extrae riquísimas consecuencias de arte, no sólo desplegando entre esos polos la amplia gama que va de lo patético a lo grotesco en contrastes de barroquismo extremo, sino también —y esto es lo que más importa— al utilizar su polaridad para conferir consistencia espiritual y significación mítica a un personaje de ficción que debía expresar en cifra el drama de España agarrotada en la Contrarreforma. Así es como puede encerrar en la inescindible unidad de un solo individuo ese conflicto desesperado de orden cultural, es decir: vital-espiritual; dando por loco a su personaje, lo extrae del plano de la realidad diaria, y si por un lado lo ofrece a la chacota, por el otro lo proyecta hacia una esfera sobrehumana.

Que la locura es en Cervantes algo más que un recurso utilizado para montar su sátira se comprueba tan pronto como

---

[3] A esa actitud responden, típicamente, los estudios que se han hecho a veces del "caso" don Quijote con el designio de encuadrarlo desde el punto de vista clínico, y que, interesantes como curiosidad, son disparatados en cuanto quieren fundar juicios literarios.

reparamos en que, dentro del conjunto de su producción, otro orate asume frente a don Quijote valor parejo y complementario: el Licenciado Vidriera, también abocado a la admiración y al vejamen. Una serie de paralelismos —que rebasan sin duda las coincidencias imputables a la identidad de autor— se descubren, en efecto, entre una y otra creación literaria.[4] Pero por encima de tales coincidencias y a base de ellas se eleva el contraste entre el loco del conocimiento y el loco de la acción, que hace complementarias ambas ficciones como miembros de una unidad de sentido (aquella misma que integran "armas" y "letras", tema de especulación en el *Quijote,* y que se encuentra incorporada a la estructura íntima de *El Licenciado Vidriera*). Este último demente, más penetrado del viejo carácter sacro, es un oráculo al que le son sometidos *enigmas,* y que los resuelve por sentencias. Frágil, quebradizo —como de vidrio que es— no soporta contacto alguno material: su saber luce y brilla encerrado ahí, en el fanal de su cuerpo. En cambio, don Quijote expone el suyo a todos los golpes y malos tratos del mundo, porque es asiento, no de un puro conocer, sino de una pura voluntad de acción. . .[5] La locura sirve, pues, a Cervantes para potenciar direcciones radicales del espíritu. En vez de ser pretexto para gracias groseras, como parecen pretender algunos, está llamada a establecer contacto con lo sobrehumano desde las raíces mismas de la más desamparada humanidad.

---

[4] En ambas, se omite de propósito el lugar de origen del protagonista: porque el autor no quiere acordarse, en el *Quijote;* mientras que en *el Licenciado Vidriera* es el propio personaje quien lo oculta, y ello por una razón quijotesca: reserva el declararlo para el día en que las propias hazañas puedan darle lustre. Como don Quijote, también Tomás Rodaja cambia de nombre: primero, por vía de apodo, pasa a ser llamado Vidriera (recuérdense también los títulos de Caballero de la Triste Figura y Caballero de los Leones); luego, él mismo dignifica su Rodaja en Rueda, evolución que, en cierto modo, equivale a las variantes del apellido de Alonso Quijano. Como éste, también pasa aquél de la cordura a la demencia, para terminar en una salud melancólica, que significa decadencia y muerte, etc.

[5] No es cuestión de entrar aquí en el debatido problema, que entiendo falso en su planteamiento, de la concepción originaria del Quijote como una "novela ejemplar" más. Las indicadas conexiones con *El Licenciado Vidriera* nada prejuzgan acerca de la solución de ese problema literario, si es que ella, lo que no creo, ha de dar la razón a una de las dos tesis contrapuestas.

De un salto, la demencia va a arrebatar al protagonista desde la vulgaridad de aquella "condición y ejercicio" del hidalgo lugareño hasta el plano heroico. La imprecisión del lugar, la del propio apellido del protagonista —dejado en la alternativa de Quijada, Quesada o Quejana, con la ulterior variante de Quijano— crean una indeterminación en la que, siendo exactos, netos, eficacísimos cual pinceladas impresionistas los datos de la existencia previa, se rebajan sin embargo a la categoría de lo genérico, como difuminados en conjunto por la atmósfera caliginosa de la aldea castellana... Pero en seguida, al iniciarse el tercer párrafo ("Es, pues, de saber..."), la locura, la determinación de hacerse caballero andante, lo absolutamente concreto emplazándose fuera del ámbito de la realidad. Hasta ese momento no teníamos ante nosotros sino a un hidalgo cualquiera de cualquier pueblo manchego; pero a partir de este punto los materiales comunes todos empiezan a organizarse y perfilarse en don Quijote, que, "armado de todas sus armas", los deja tras de sí, perdidos, lejanos, esfumados, desde el capítulo segundo. Ya el ideal gótico, —"armas que habían sido de sus bisabuelos", "tomadas de orín y llenas de moho", "luengos siglos... puestas y olvidadas en un rincón"— va a enfrentarse con el mundo nuevo, empeñado en imponerle sus normas... Nada tan arriesgado como los posteriores regresos del loco desatado a aquel su ambiente de origen: serán la prueba suprema de la creación operada, y Cervantes la repite una y otra vez con sutilísimas variaciones. Momento llegará (capítulo segundo de la segunda parte) en que ese mundo cotidiano vuelva evocado por el propio don Quijote, y no ya en las personas familiares del cura y el barbero, el ama y la sobrina. "Y dime, Sancho, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros?" Conocido es el informe del escudero. Pero el héroe está ya muy lejos de murmuraciones y comentarios. "Yo sé quien soy", había dicho con ocasión de su primer regreso: él es don Quijote, pura determinación heroica; la demencia le ha hecho ser quien es, lo ha elevado desde la forma de un hidalgo de pueblo hasta el terreno de las más altas significaciones espirituales. Y cuando, tras su último y definitivo regreso, renuncie a la locura para entrar en la muerte, su asombroso despertar nos dejará, cabal, clausurado, el perenne mito.

Pero, al alejarse de su circunstancia cotidiana, don Quijote no ha roto con este orden de la realidad para cumplir sus hazañas en el terreno de la fantasía; las cumple con los pies clavados en el suelo y actuando sobre un mundo donde él es, no don Quijote, sino un loco risible. Y así, vemos alzarse de las condiciones vulgares de una existencia humilde la quimera del ideal gótico, que va adquiriendo paulatinamente consistencia y plenitud de sentido, hasta convertirse en una esfera superior de la realidad, perfilada y sostenida en el contraste con el orden de lo cotidiano. De ahí el sesgo grotesco, por el que don Quijote introduce en el mundo un principio de salvación no sin analogías con el contenido en el sacrificio cristiano.

Ahora bien, entre las alturas sobrehumanas donde se desenvuelve la hazaña espiritual del héroe y el estrato de la vida cotidiana constituída por formas tradicionales, elementales casi, se intercala en el *Quijote* un conjunto organizado de representaciones donde se incorporan los motivos de una intensa elaboración cultural. Este sector de la obra, correspondiente a la alta cultura, en el que Cervantes confronta a don Quijote, no ya con venteros y mozas de partido, arrieros y yangüeses, sino con las actitudes sentimentales, las concepciones y los intereses superiores de la época, debe hallarse, sobre todo, en las narraciones o novelas interpoladas en el relato principal, de las que con tanta frecuencia y tan poca razón se ha supuesto estaban destinadas a amenizarlo, o a sostener acaso con su más complicada trama el curso lineal de las aventuras quijotescas. Ellas nos entregan, estilizadas, la actualidad histórica de Cervantes, como vida problemática, penetrada de ideales; pues ese conjunto de ficciones, ya casi por completo desvanecidas para nosotros en cuanto a su capacidad de aludir a realidades, contiene el cuadro objetivado de la experiencia más valiosa del autor, con la que va a enfrentar a su héroe grotesco.

Cabe distinguir, pues, en el *Quijote* tres diferentes planos o esferas de realidad: en primer lugar, el plano donde se mueve la gente ajetreada en los afanes del vivir práctico, y al que corresponde lo que, en los términos habituales de la crítica suele designarse como su elemento *realista;* en segundo lugar, el plano de aquella humanidad que se agita a impulsos de intereses espirituales, en particular, del arrebato erótico, y al que, por contraste, se podría denominar *idealista,* o aún —anacrónica-

mente— romántico; y por último el plano de las altas significaciones correspondientes al mito quijotesco o plano *trascendental.* De estos tres planos es, sin duda, el segundo aquél que más alejado queda de la retina actual: los ojos del hombre de hoy están avezados a la percepción realista; y el sentido transcendente del mito quijotesco ha sido intuído siempre y, por último, penetrado a fondo. La percepción de la realidad a través de esquemas ideales, en cambio, se ha distanciado o, mejor dicho, se ha superficializado hasta reducirse a la mera trivialidad de un sentimentalismo a base de lugares comunes; tanto que, para captar ese plano de la realidad del Quijote con suficiente plenitud, es indispensable adoptar el punto de vista adecuado, que sólo mediante apelación a la historia de la cultura puede alcanzarse. De otro modo, resultará fatal la deformación, por ejemplo, del fuerte Eros cervantesco hacia la delicuescencia de ese amor romántico cuyos restos convencionales alimentan la sub-literatura y el cine de nuestros días. Y, con todo, no podrá obtenerse una comprensión justa de la creación del Quijote sin haber restablecido en toda su densidad poética los valores literarios que se realizan en ese segundo plano, ya que es sobre él donde la figura del héroe adquiere su concreto perfil, su trascendental determinación histórica.

El acceso al ámbito de la alta cultura, interpuesto entre la existencia cotidiana y la aventura espiritual en que el mito quijotesco consiste, está facilitado mediante las más sutiles gradaciones: el viejo hidalgo, enloquecido chocará primero con la realidad cruda en sus manifestaciones casi naturales, y toda la serie de golpes que recibe a lo largo del libro, infligidos por manos brutales y toscas, se resumen expresivamente en la aventura de los molinos de viento. Pero luego va a tropezar con una humanidad en que la existencia es vivida como preocupación y sentida como problema; el estilizado ideal gótico de su locura se confrontará ahí con un mundo penetrado, a su vez, de otros ideales de cultura. Y no es casualidad que éstos se presenten frente a don Quijote encarnados, por su parte, en otro orate: Cardenio, el loco de amor.

Pero su encuentro con él está preparado mediante ese alquitarado preludio que es el suceso de Marcela y Grisóstomo. Antes de iniciarse este preludio, la personalidad de don Quijote había comenzado a levantarse sobre el suelo vulgar y

doméstico de ama, sobrina, cura y barbero, para acusar su insania frente al posadero pícaro, el labrador Juan Haldudo, los mercaderes toledanos, mozos de mulas, frailes, señora vizcaína en viaje a Indias. . . toda una población de seres absorbidos, cada cual según su condición, en los trabajos del diario tráfago. Desde su prosa, vamos a elevarnos ahora al terreno *poético* mediante unas delicadas transiciones. Don Quijote y Sancho se recogen a hacer noche junto a las chozas de unos cabreros. Se trata de cabreros reales: el olor de los tasajos que atrajo hacia el caldero el apetito de Sancho, las groseras ceremonias con que convidan a don Quijote, se encargan de recordárnoslo. Y sin embargo, siguiendo el camino de ese realismo, pisamos ya los umbrales de la Arcadia. Su atmósfera es creada por el mismo don Quijote que, igualando a su criado consigo en la mesa, inicia el ambiente de idealización pastoril y prepara el discurso de la edad de oro. Con él, y en el silencio solemne de la noche, se ha constituído la expectativa del sagrado Eros que pronto va a hacer acto de presencia. Todavía establecerá un compás la canción del zagal Antonio, que aborda el tema amoroso por el lado rústico en un tono semi-lírico, semi-burlesco, donde resuena Gil Vicente. Ahora, por fin, en una poderosa ráfaga, va a manifestarse el Eros pagano. De los cabreros reales hemos pasado a los pastores fingidos —"aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo", "Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquélla que se anda en hábito de pastora por esos andurriales"—, y de la vida vulgar a una vida conducida por las altas pasiones del alma. Los enlaces entre uno y otro mundo están primorosamente ejecutados; mas, pese a ello, no deja el lector de advertir que, en definitiva, se trata de dos esferas incomunicables.

La historia de Marcela y Grisóstomo nos ofrece, en términos purísimos, decantados, descarnados hasta el escalofrío, la fatalidad del Eros que, después, en otros episodios y con otros personajes, contemplaremos actuando en medio de circunstancias tomadas del campo histórico, de la actualidad social inmediata. Esos pastores de égloga —mejor dicho: esos seres humanos disfrazados de pastores— juegan su tragedia fuera de tales circunstancias: son almas desnudas, bajo el disfraz pastoril, y consideración ninguna atempera el rigor de su pasión. Poseído de amor irresistible, Grisóstomo se ahorca renunciando

a salvar el alma. *(Y con esta opinión y un duro lazo / acelerando el miserable plazo / a que me han conducido sus desdenes, / ofreceré a los vientos cuerpo y alma / sin lauro o palma de futuros bienes* —ha anunciado en su terrible *Canción desesperada)* y dejando orden de que lo entierren junto a la roca de su amor y definitivo desengaño. Allí mismo aparece Marcela para sellar con su irrefragable exculpación la fatalidad cerrada del caso. "El cielo —dice— aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección, es excusado". "¿Por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza?". Sin condiciones, se afirma ahí la libertad del alma, sólo sujeta al destino; y todo el análisis platónico que el discurso proferido por Marcela contiene nos coloca frente a una fuerza superior, de carácter demoníaco: la misma que hemos de hallar, debatiéndose contra las circunstancias de la vida real, en la historia de Cardenio.

Cardenio, el loco de amor. En verdad que esta historia requeriría un menudo estudio de su prodigiosa técnica literaria; pero aquí vamos a reducirnos a considerar la operación de la fuerza erótica en la textura de su complicada trama como contraste con el ideal quijotesco. El hallazgo de la maleta, la visión del hombre que salta de risco en risco y de mata en mata, la noticia suministrada por el viejo cabrero y, en fin, la aparición de Cardenio, vuelven a elevarnos otra vez, desde el plano vulgar, realista, hasta el mundo de los tensos deseos cargados de significación espiritual. La escena en que don Quijote y Cardenio son colocados frente a frente anuda en estrechísimo nexo una comicidad irresistible con el vislumbre del misterio suprarracional, de modo que una vez más vuelve a hacerse patente aquí el carácter sagrado de la locura. Cardenio, dispuesto a relatar su historia, establece una condición: el relato no podrá ser interrumpido, so pena de quedar suspenso y cortado en ese punto mismo. Será quizás el temor a que se quiebre el tenue hilo de su coordinación mental lo que le mueva a imponerla; pero lo cierto es que, por si no fuera ya bastante aterradora la fragilidad de ese hilo, aparece la condición ligada secretamente a un incomprensible orden de relaciones; se trata de una verdadera condición mágica, que le recuerda a don Quijote el cuento del paso de las cabras, poco antes suspendido por Sancho en el instante de ser vulnerada su

condición formal. La magia folklórica de ese cuento, en que el absurdo adopta un tono de burla, ha servido para preparar el salto hacia el misterio de la vesania, y ahora ya nos hallamos fuera del orden razonable de lo cotidiano. El relato de Cardenio ha hurgado por accidente en el tema de don Quijote, y éste, de oyente sensato y compasivo que era, pasa a reaccionar en caballero andante... La poderosa comicidad de la escena (una de las más ricas en valores artísticos y técnico-literarios que la obra contiene) no impide su efecto trascendental: pues el despropósito de don Quijote precipita a Cardenio en la sima de su propia insensatez. Así es como el caballero, que en seguida fingirá con su penitencia una locura de amor preceptiva, imitada de Beltenebros, se enfrenta con un verdadero loco de amor, cuya demencia abre las puertas hacia una vida cargada de elevados intereses, de finos problemas espirituales y morales.

Ahora, los amores de Cardenio y Luscinda, el de Fernando hacia ésta, la seducción de Dorotea por el mismo Fernando, y el desenlace del apretado nudo, van a presentarnos al amor sometido al régimen de las circunstancias sociales y debiendo triunfar, no sólo de sus trabas, sino además de las ingerencias perturbadoras del apetito carnal. Cardenio es separado de Luscinda, al crecer con la edad el amor, "por buenos respetos"; intereses lo alejan de ella para ir a casa del duque Ricardo; obediencia de buen criado lo retiene lejos mientras la traición del falso amigo se consuma. Sumisión filial llevará a Luscinda hasta la resistida boda con Fernando, a la que sólo por la muerte piensa substraerse. Y en el caso de Dorotea, son también consideraciones del buen parecer las que en definitiva la persuaden a entregarse al poderoso seductor. (Compárense las obligaciones que pesan sobre todos ellos, con la libertad absoluta en que nos son presentados Marcela y Grisóstomo). El desenlace feliz del conflicto reconcilia por último todas las irregulares situaciones con el orden civil sancionado por la Iglesia; pero esta reconciliación —para contraste, debe recordarse la muerte y entierro pagano de Grisóstomo— no es un acuerdo formal o forzado: consiste más bien en el ajuste de los sentimientos del amor verdadero con las normas sociales, que si en el caso Fernando-Dorotea (amor por elec-

ción) prevalecen, se pliegan a Eros en el caso Cardenio-Luscinda (amor por destino).

Así, el tema que se inició en condiciones de purísima intemporalidad, a la manera de obertura, viene a desplegarse en medio de las circunstancias de la realidad histórico-social, por lo pronto con la aventura de Cardenio y todas sus complicadas conexiones y secuencias, y en seguida con los demás episodios —no excluída la invención de la princesa Micomicona, ni la lectura del *Curioso impertinente*— que se anudan a aquel núcleo durante la permanencia del grupo de don Quijote en la venta, con la llegada de don Fernando y Luscinda, la del cautivo de Argel, y, en fin, la del Oidor, así como los deliciosos amores casi infantiles de don Luis y doña Clara. Y todavía, tras los dos días pasados en la venta —que ocupan con sus acontecimientos la tercera parte del *Quijote* de 1605—, el tema viene a cerrarse con el episodio del cabrero Eugenio (cap. LI), donde al suceso de Marcela y Grisóstomo se le imprime una variación mediante contraste de marcado barroquismo: en lugar de la libertad del alma, el "natural instinto" de la hembra es origen ahora de los desdenes de la hermosa pastora y los celos del pastor enamorado. Leandra, cortejada por tantos buenos pretendientes, se ha prendado del oropel y fanfarronería que el soldado Vicente de la Rosa despliega. "Y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquél que tiene de su parte el deseo de la dama", huye con el soldado, que la roba y la abandona en una cueva, dejándola sin embargo con la joya "que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre"—, "continencia del mozo" que, por paradoja, es su peor ultraje a la lascivia de la mujer. . .

Todas esas almas apasionadas integran un armonioso conjunto que, poderosa y ricamente, modula el tema de Eros; un conjunto prodigioso en el que las voces individuales se relacionan entre sí para componer diversas agrupaciones, ordenadas a su vez en equilibrios complicadísimos, en interminables enlaces, alrededor del profundo acento con que don Quijote sostiene el eje de la composición toda. Y sin duda ha sido ese arte barroco de la estructura, que consiente autonomía, dentro del recargado retablo a cada uno de sus elementos, lo que más indujo a considerar las distintas novelas o relatos que componen

la obra como piezas independientes, agrupadas mediante una habilidad externa, aunque muy sutil, para amenizar las aventuras, de otro modo un tanto monótonas, de los protagonistas. Desde la novela del *Curioso impertinente,* que se da como un manuscrito hallado, donde están narrados hechos de otro tiempo y lugar, y cuya lectura realizan en actitud crítica los personajes del *Quijote,* hasta la vida del cautivo, quien se entra por las puertas trayendo consigo su propia novela, en cuyo desenlace todos han de intervenir actuando a la vista del lector, apenas puede imaginarse engarce que Cervantes no haya utilizado en la montura de su obra. Atrevidísimos escorzos —al lado de los cuales resultan forzados y triviales a un tiempo mismo los recursos técnicos de un Pirandello, de un Cocteau— abren en ella los más imprevistos accesos a la realidad, colocándonos ante perspectivas de novedad perpetua: así, por ejemplo, la historia de la princesa Micomicona es una fabulación fraguada por el cura y el barbero según el modelo del cuento fantástico-caballeresco para operar sobre la conducta real de don Quijote, prendiendo en su delirio; y en efecto, interfiere en el desarrollo de la aventura quijotesca; pero esa especie de mascarada —aunque burlesca, eficaz— repite en parodia el caso dramático de Dorotea, su protagonista, y adquiere con ello una dimensión de vida preocupada y azarosa, de cuita. Al desdoblarse, ese "caso" o novela toma bulto con la distancia, se hace convincente como no lo sería en el simple discurso de un relato, un poco a la manera como la sombra destaca el trazado de la figura sobre el papel. Este ejemplo: un "grotesco" que *a)* actúa sobre la vida cotidiana sirviendo a sus fines (se trata de recoger a un loco descarriado), *b)* y que para ello engrana con el orden de altas significaciones espirituales realizadas en el esfera quijotesca, pero que *c)* es también "reprise" en "tempo" de parodia de un acongojado destino humano, este ejemplo —y muchos por el estilo hubieran podido elegirse— instruye bien acerca del arte de la composición en el *Quijote,* disuadiendo de la vulgar idea que considera artificiosamente injertas en la obra, y como accesorias, las diferentes piezas narrativas que sin dificultad consienten ser desglosadas de su texto. Es el mismo arte jugado en la presentación y manejo de los personajes centrales, a quienes se contempla desde las más diversas perspectivas, y cuya realidad resulta puesta de

relieve mediante los cambiantes enfoques. Si recordamos que, ya en marcha las aventuras de don Quijote, éstas son remitidas a la traducción de un manuscrito arábigo, dudoso a veces, interrumpido en un punto; y que la lucha con el Vizcaíno se corta para reaparecer inmovilizada en una estampa con epígrafe al pie (nunca las audacias de la técnica cinematográfica han alcanzado tan sencilla maestría), estampa a partir de la cual volverá a reanudarse el movimiento, ha de ser difícil que aceptemos ingenuamente las perplejidades del propio autor acerca del acierto o desacierto de haber incluído *El Curioso impertinente* en el *Quijote* de 1605, cuando en el de 1615 discurre sobre este problema literario. Lo que hace entonces no es más que asomarnos a su creación por un nuevo ángulo, cosa que desde el comienzo ha venido haciendo incalculablemente, y con ello, agregar todavía un pequeño toque destinado a desprender la figura del héroe de todo marco literario; pues al multiplicarse los enfoques sobre su realidad, ésta adquiere la evidencia de lo substantivo.

La insistencia con que Cervantes aplica esta técnica no deja lugar a dudas acerca del valor de utilidad que le confería —aparte, claro está, su intrínseca eficacia estética— en relación con el designio de erigir, mediante recursos de pura inventiva literaria, una criatura poética de novedad sin precedentes.

CULTURA DE HISPANOAMERICA

ALMA tan compleja y flexible como la de Pedro Henríquez Ureña, enriquecida por años y años de reflexión apasionada, sabía también complacerse, y descollar, en deliberados ejercicios de sencillez. No es casualidad que, entre los cuentos que escribió, haya alguno —para niños— no inferior a los admirables de Martí. Gusto de narrar, con nitidez y simplicidad extremas, cosas finas y significativas, acumuladas con suelta pero muy sabia composición. Gusto del color vivo y del rasgo puro y hondo. Gusto de señalar y colocar en su sitio exacto cuanto hay de bello y de noble en el mundo, y de invitarnos a que lo vivamos por dentro y a que lo valoremos con justicia y verdad (había siempre mucha ética en la estética de don Pedro). Y todo ello con discreción, con gracia, sin hosquedades ni sermones de puritano.

También es alarde de sencillez y de elegante precisión esta *Historia de la cultura* [1] que manos filiales ponen hoy en las de cuantos estudian a América con intelecto de amor. A través de la información asombrosa de Henríquez Ureña, ¡cuánto vivir por dentro, y qué seguro y equilibrado valorar! La difícil ética que aquí traspasa y vivifica su arte es aquella que manda al historiador presentar lo cierto como cierto y lo probable como probable, y elogiar o disentir con proporción, y configurar los entusiasmos en jerarquía firme y ordenada. Por entre su obra de historiador, crítico y filólogo, bien claro se dibuja el camino en que Henríquez Ureña, riguroso maestro de sí mismo, acabó por dominar los secretos de la exposición diáfana y densa que, articulándose sobre temas cardinales, se derrama sin embargo por mil senderos de sabiduría y curiosidad. Ciencia minuciosa, organizada en claro panorama, eso era ya su estudio de 1905 sobre el modernismo en Cuba, como iban a serlo después sus acotaciones —con las de Urbina y Rangel— a un siglo de literatura mexicana, y su artículo de la *Revue Hispanique* (1917) sobre las letras de su patria, y sus *Seis ensayos* sobre las de Hispanoamérica y Angloamérica, y sus monografías sobre la Edad Media y el Renacimiento en España. La misma preocupación por lo americano y por sus raíces europeas e indígenas que apuntaba

---

1 PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: *Historia de la cultura en la América Hispánica.* Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, No. 28. México, 1947.

en los juveniles *Ensayos críticos* perdura, crece y se ahonda a través de toda la obra posterior de Henríquez Ureña, hasta madurar en sus magistrales libros del Instituto de Filología de Buenos Aires sobre la lengua y literatura de México, América Central y las Antillas. De esa estirpe es la presente *Historia,* aunque en ella aparece más clara todavía la voluntad de condensar un material vastísimo en exposición ceñida y tersa. Síntesis histórica que se da a los ojos del lector en amplios y luminosos frescos, pero que consiente también, y muchas veces exige, la enumeración escueta y la definición lapidaria, como en esos párrafos del capítulo VI en que cada uno de los grandes escritores de la "organización y estabilidad" queda caracterizado con un par de trazos justísimos. No cabe imaginar en un libro mayor lucidez de arquitectura, reflejo inmediato de aquel orden viviente y armonioso con que en el espíritu de Henríquez Ureña se vertebraba su inmenso saber universal.

Porque precisamente *la cultura en la América hispánica* era el eje de ese saber. América concebida como un solo pueblo, de historia y geografía unitarias, aunque lleno de matices y relumbres individuales. Una América en que tan naturalmente entra el Brasil como las tribus y estados precolombinos, y en cuya asimilación a la cultura de occidente vemos a españoles y portugueses trabajando a la par, y utilizando a la par materiales europeos e indígenas. Y cuando Henríquez Ureña ha conseguido que sintamos toda nuestra América como una patria única, asistimos deslumbrados a lo que esa patria ha dado al mundo. Vemos desfilar artistas, sabios, empresas colectivas de cultura, luchas por la dignidad del hombre, que hacen del conjunto de estos pueblos una laboriosa y estudiosa república, no demasiado indócil, si bien se mira, a sus egregias minorías dirigentes: a esos próceres de la independencia guiados por cuidadosas lecturas, observaciones y meditaciones; a esos estadistas amigos de las ciencias y de las letras y, muchas veces, escritores ilustres ellos mismos. Muy significativa es al respecto la espontánea popularidad que en América hispánica suele acompañar a los poetas —por más que ellos tiendan, como es natural, a mostrarse quejosos de su aislamiento—: Henríquez Ureña lo ha ilustrado en sus conferencias de Harvard con ejemplos bien elocuentes.

No un afán de estilización tendenciosa, sino el de concentrar en apretado resumen la historia cultural de esa patria hispanoamericana, lleva al autor a reunir en haces compactos los artistas sobresalientes de cada época. Así vienen a nuestro encuentro —fulgurante constelación en torno a Rubén Darío— los nombres de González Prada y

Díaz Mirón, Martí y Julián del Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, Lugones y Valencia y tantos poetas menores. Así los prosistas de la época anterior: Montalvo, Sierra, Isaacs, Palma, Hostos, Varona. Así, en los párrafos finales del libro, la moderna pléyade de pintores hispanoamericanos, varios de los cuales "figuran entre los grandes del mundo contemporáneo". ¡Si hasta asombra el solo recuento de lo que los indios prehispánicos alcanzaron en el dominio de las artes, en el de las ciencias ("conocimientos astronómicos extensos y precisos, no superados en Europa antes del siglo XVI, y avanzados métodos matemáticos: a comienzos de la era cristiana, antes que los hindúes, inventaron el cero y el principio de posición, que facilita los cálculos aritméticos"), y en su organización económica, y en sus normas de convivencia! No necesita el historiador prodigar el elogio expreso; le basta con señalar los rasgos principales de las tres grandes culturas indígenas. Y Henríquez Ureña lo hace en un tono que no pocas veces viene a unirse gustosamente —sin malicia, pero sin candor— con el de aquellos hombres del Renacimiento a quienes tanto maravillaban las virtudes civiles cultivadas por el buen americano "sous la douce liberté des premières lois de nature".

Pues a cada paso este libro nos dice, sin decirlo, que los hombres y cosas admirables de nuestros países siguen siéndolo aun cuando, en vez de verlos con orgullo de compatriota, se estudien y analicen con ojos de espectador extraño. No deben su grandeza a la pequeñez ambiente: valen confrontados con la cultura de toda América, y con la del mundo entero. Pedro Figari es "uno de los mayores artistas de las Américas"; José Martí y Rubén Darío dejan huella definitiva en la lengua literaria española; Sor Juana es "el último de los grandes poetas" de sus Siglos de Oro; el autor de *Facundo,* el de los *Motivos de Proteo,* el de *Don Casmurro,* el de *Barranca abajo* brillarían en cualquier literatura. Por lo demás, si Hispanoamérica recibe de Europa, sabe luego pagar generosamente la deuda, y dar un Alarcón al teatro de la España clásica, y un Heredia, un Laforgue, un Lautréamont, un Supervielle a la lírica de la Francia moderna, y un Chasseriau a su pintura, y un Reynaldo Hahn a su música. (Es lástima que Henríquez Ureña no se haya referido aquí a uno de sus temas predilectos de conversación: el influjo de ciertas personales experiencias americanas en la obra de grandes artistas europeos.) No, no es jactancia de hispanoamericano la que dicta el elogio. Ilustres jueces de fuera se han pronunciado también, y Henríquez Ureña se complace más de una vez en recordar esos fallos consagratorios. Es el experto norteamericano Jewell

quien admira la arquitectura brasileña por su feliz acuerdo de lógica y fantasía. Es un Ezra Stiles, presidente de Yale, y un John Adams, presidente de los Estados Unidos, quienes se pasman ante el saber y el alto y ardiente sentir de Francisco de Miranda. Es el español Menéndez Pelayo el que juzga la *Bibliografía mexicana del siglo* XVI como "obra, en su línea, de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna". Es un Alexander von Humboldt quien da fe de que Europa no poseía en su tiempo biblioteca de botánica mejor que la de la escuela de Mutis. Hispanoamérica, precursora. Andrés Bello se adelanta a Emerson en proclamar la independencia intelectual del continente, como se adelantará América a España en el cultivo de la poesía romántica y en el de la novela realista y en las innovaciones del modernismo (aun las de la prosa, en que Gutiérrez Nájera anticipa a Azorín). Y el colmo de la *precursión*: los incas llevan la estadística demográfica "a un grado de precisión que hoy mismo no existe, como práctica oficial, en ningún país civilizado".

Para juzgar las calidades de la cultura hispanoamericana, acúdase sin miedo, pues, a escala universal. Recuérdese, por otra parte, que Hispanoamérica es, sí, muy americana y muy hispánica, pero que sus mejores hijos se han señalado por su vocación de universalidad. A Darío se le echó en cara su amor a lo exótico, sin ver, replica Henríquez Ureña, que no era sino "deseo, muy de nuestra América, de probar todos los frutos de la cultura". Con inequívoca complacencia evoca este libro la imagen de tan completo humanista como Bello, estudioso de Horacio y de Boiardo, de Víctor Hugo, de los *Nibelungos* y de Plauto. Humanismo cabal y amplísimo, como el del propio Henríquez Ureña.

De los grandes maestros de la cultura hispanoamericana tiene él también —como quien ha trabajado infatigablemente, y desde dentro, por hacerla más vasta, más honda y digna— el sentido crítico: bien sabemos que su culto de lo americano no excluía dolorosas reservas y alarmas. No el optimsimo dormido, no un fácil entusiasmo de fiesta patriótica vienen a desdibujar en este libro el rostro de la verdad. Porque no todo es progreso en la historia de nuestra cultura, y estas páginas traen también más de una rápida pero terminante mención de la quiebra de instituciones o actividades intelectuales antes florecientes. ¿Sabía el lector mexicano que alguna vez la Argentina contó con una decorosa Academia? ¿Recordaba el lector argentino que, en tiempos de Humboldt, "ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sóli-

dos como los de la capital mexicana" (que era entonces, por otra parte, la ciudad más poblada de las Américas)? La vida política de tal o cual país, lejos de avanzar, retrocede en el siglo XX; en tales o cuales ciudades, la actividad de impresores y editores, o las sociedades literarias, sufren largos períodos de decaimiento y vuelven a florecer aquí y allí. Ni nos llamen a engaño las apariencias de legalidad y corrección con que se encubren, hoy como ayer, muchas y muy profundas miserias. Discurre el autor sobre la liberación de las razas oprimidas de Hispanoamérica a lo largo del siglo XIX, y comenta: "De ahí en adelante el indio y el negro..." Esperaríamos ahora un *happy end* de libertad, igualdad y fraternidad. Pero el autor concluye: "... el indio y el negro fueron explotados como los pobres del mundo entero". Esta *Historia* incita a cada paso a distinguir entre la ley y la simulación de la ley, entre la forma —a menudo francesa o inglesa— de las instituciones políticas y jurídicas, y su efectivo funcionamiento. Claro que no todo es patética denuncia de la ficción y la mala fe, y que el ver las cosas por todas sus caras y en su complejo relieve y movimiento sirve muchas veces para disipar impresiones injustas, por parciales y simplistas. El pueblo del sanguinario Huitzilopochtli era también el de Quetzalcóatl. Y era pueblo politeísta, "*pero* una escuela filosófica, ya antigua, reducía la multitud de los dioses a uno solo". Y estaba sometido a organización imperial, *pero* democrática. Democrática, *pero* con clases sociales privilegiadas... ¡Ese incesante y socrático *pero,* con que el historiador desteje y vuelve a tejer los datos para ceñir con más precisión la figura exacta de la realidad!

Exacta y compleja. Si la literatura recibe aquí, ciertamente, muy especial atención, es la literatura con toda su densidad y sus más diversas formas marginales, y ligada a la existencia concreta de los escritores, a la de las revistas y periódicos, a la de los salones, a la del público lector (y espectador y oyente, pues con la literatura van el teatro y la canción, y a su lado la música, la danza y las artes plásticas). Todo en su nutrido contexto de cultura y civilización, donde entran, no sólo la religión y la filosofía, la ciencia y la enseñanza, sino las industrias útiles, la vivienda, los métodos de cultivo, la domesticación de animales, los sistemas de alimentación: mil aspectos del vivir cotidiano en cuyas transformaciones se reflejan las del variado encuentro de los pueblos en América, y sus conflictos y armonías. Todo situado y estimado en relación con el mundo entero. Todo unido por muchos hilos con la historia íntegra del hombre, en que cada episodio resulta así muy antiguo y muy moderno, muy extraño y muy familiar. No

necesita insistir en ello Henríquez Ureña, maestro en el arte de decir las cosas más importantes como al desgaire o entre paréntesis: deliciosos paréntesis, que hacen vislumbrar quién sabe cuánta ahincada lectura e inquisición sobre las materias más dispares; deliciosas observaciones incidentales, reveladoras, o poéticas, o simplemente pintorescas, y siempre —como de tan grande y cordial conversador— agudas, intencionadas, personales. Que en el mercado de Tenochtitlán los indios vendían por número y medida, pero no, como en el Perú, por peso; que en la Escuela de Minería de México enseñaban, hace siglo y medio, "los españoles Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, y Andrés del Río, descubridor del vanadio"; que París ostenta en arco triunfal el nombre del venezolano Miranda, general de los ejércitos franceses de la Revolución; que *El Guaraní,* del brasileño Gomes, "es buena partitura a la manera de Verdi en su época de transición, la época de *Aída";* que hacia 1750 la orquesta sinfónica de Caracas. . .

Riqueza increíble, pero perfecta claridad; sutileza y vigor. Así venía todo a enlazarse prodigiosamente en el espíritu de Henríquez Ureña, no con la monótona pasividad con que las noticias se depositan en ciertos cerebros —curiosos pero inertes— como en archivos incapaces de tasar, escoger y construir, sino ordenándose activamente y siguiendo simultáneas melodías concordes, en una música mental siempre alerta, donde cada nueva observación hacía brotar nuevas resonancias y subterráneas comunicaciones. Y en pocos trabajos suyos se nos muestra tan pleno como en este libro póstumo, páginas ganadas a la muerte desde las cuales se nos habla, se nos guía, se alude a nuestros íntimos afanes y curiosidades como sabía hacerlo él, "interlocutor ideal de cada interlocutor". Alegra el ánimo recorrerlas en este volumen del Fondo de Cultura, con sus bellas y elocuentes ilustraciones, con sus índices, con su selecta bibliografía sistemática —completada por los editores— que de veras ayuda e incita al lector. Y nos llena de alborozo el anuncio de que no tardarán en publicarse las conferencias de Harvard sobre *Las corrientes literarias,* nuevo mensaje con que nos introduce y exhorta a la devoción de lo mejor de nuestra América uno de sus hijos más preclaros.

Raimundo LIDA.

Dimensión Imaginaria

ELEGIA TEMPORAL

Por *Wilberto L. CANTON*

I

SENTADO junto a un río que se alarga como una vena temporal y estéril,
espero una esperanza.
Han pasado los tiempos, las campanas,
los minerales que se revolvían llameando en las entrañas de la tierra;
han pasado las danzas, las primeras
reuniones de la sangre; han pasado
insurgentes, madres, muertos, emperadores, curas, generales, poetas han pasado.
Pasa también un río, este río, tiempo abajo, llanto abajo,
pasa con su caudal de transparentes, leves, grávidas aguas
donde una mano borra toda forma.

Espero una esperanza. Llueve. Si miras bien,
más allá de la lluvia
y de los edificios de esta ciudad creciendo, asesinando,
más allá de los mapas, las fronteras,
más allá, más allá,
más allá de donde el profesor señala con su índice sucio de tinta,
aún más allá de donde el suspiro marca su tibia orilla,
verás el mismo rito anciano, el mismo
llegar, partir, morir, siempre
igual a sí mismo. Tú también,

y yo, y los vecinos, y los enemigos: los prójimos,
llegamos, partiremos, moriremos, y a veces,
si la tierra permite,
amaremos un cuerpo transitorio, y beberemos
vino de Chipre, champagne, pulque, ambrosía,
y nos desnudaremos silenciosamente para entrar en el río
y nadar con los labios
hasta llegar a un mar que no se toca.

Una palabra
puede muy bien saciar una esperanza.
En mitad del camino, encrucijada ardiente, cinco sentidos libres,
esclavo, pues, perro ni lazarillo,
colgado de cadenas estruendosas; las alas olvidadas,
aguza la atención hacia los vientos.
Una palabra: vivimos un misterio venenoso.
¡Quién sabe! Sálvenos, sálvenos,
sálvese quien pueda, quien sabe.
Y en todo caso, mañana aun podremos oír esa palabra
o bien decir: "mañana", con la más cierta voz.
No sé, no sabes las sílabas de miel. Esperemos,
espero.

II

No vuelvas la cabeza. Puedes hacerte sal como cualquier estatua
de cualquier testamento anochecido.
Nada tienes atrás, nada delante.
En esta encrucijada hacia ninguna parte
has de marchar. Espera, avanza, muere.

A qué mirar los tiempos duros como el olvido,
habitados de una materia pálida como de maldición.
Entonces en los campos cosechábase muerte. La muerte salía
de todas las ciudades y pueblos
y se multiplicaba hasta el punto de que cada jinete
la llevaba amarrada a su cintura, iba dando traspiés
por los caminos pardos en donde cada noche, ella misma, la
muerte, se moría...

Músculos, polvo, llamas,
sombreros anchos como la esperanza.
A qué volver, a qué mirar de nuevo estallar flores rojas en
el centro de un pecho
donde vieja corteza resguarda odio y amor,
y morir la sonrisa como mueca que desde muy remotos terri-
torios crecía.
Las cruzadas cananas, como una cruz hipnótica, señalaban el
más seguro sitio de la vida.

Pero hemos de partir de alguna parte, y ésta es parte nuestra:
nuestro costado, acaso;
lanza y esposa, víscera sangrante: cómo escapar
de esta cárcel de sombra en que cada barrote es un recuerdo,
cada claro un olvido. Cómo dejar atrás
estos trozos de vida transcurrida en nosotros,
vivida a veces, a través de otros cuerpos,
en otras envolturas,
soñada en las más tristes ocasiones.
Cómo no galopar por los senderos cuyo polvo es el nuestro
y al que un día nos reintegraremos:
las sendas que se abrieron entonces
son esperanzas que no cubre la hierba en el ocaso pávido.

III

En la más hueca parte de la llama,
en la más amarilla, más azul, más helada —tacto de espuma—,
donde un pulmón de polvo agonizaba,
donde cintila apenas un corazón de lágrimas;
allá donde se cruzan meridianos malignos,
donde no encuentro un eco de la sombra imprevista,
sales, entonces, todo un regimiento, banderas, rifles,
aves volando hacia ninguna parte,
y es el alba, y partimos.

Los muertos son tierra sólo de la tierra.
No hay alfareros que con dedos de aire,
haciendo al sol lamer sus estructuras,
pongan de pie sus huesos ateridos
para danzar de nuevo esta mañana.
No hay tampoco valiente que se atreva,
sabido su destino,
a deslumbrar al sol y confesarle: "Detente y mira,
pega pero escucha: con tus pálidos dedos
corriendo por el arpa que tus rayos afinan sobre el mundo,
tócanos esta vez tu propia sombra,
entona una tonada, cuenta
tus aventuras viejas, olvidadas, por ejemplo aquella que te finge
ángel rebelde mascullando insultos
y sometido al fin a la tristeza, lanzado siempre a arder
como nosotros, ángel rebelde, revolucionario, luzbel amigo,
enemigo infernal, demonio, hermano".

Vistámonos de rojo. Cientos de ángeles rebeldes, el fuego
en una mano y la velocidad en la otra,

sonámbulo desfile por caminos quemantes,
mágica danza, con ojos relucientes y constelados huesos.
Arboles de sonrisas nos dan sombra;
hasta el cielo se llena de agitados pañuelos, prematuros presagios.
Olvida, amigo, un minuto prendido a la epidermis como un beso;
deja correr el tiempo, lámpara viva, presurosa garza.
He aquí un siglo: trocadas las distancias
podrás cortar la flor más bella del ejido elegido: un mundo
que amanece cual flor, en cualquier mano.

He aquí nuestro discurso: "¡Oh, sol!
Danos odio, danos furia que borre nuestras vidas;
cubre de fuego póstumo al hermano;
acompaña la mano que te hiere,
haz luz dentro del ojo que se cierra.
Danos parte del oro que derramas, oh millonario
triste, avaro ardiente, danos
calor para sanar nuestras heridas. ¡Danos
paz algún día, lumbre para incendiar nuestras cabezas,
amor para sembrar en nuestros campos!"

IV

ERA el ronco regreso renegrida resaca:
ni una sombra en la sombra se movía.
Crecía cada paso en el misterio
como si fuera dado en la frente del mundo.
Detrás de las ventanas temblaban los fantasmas arrugados
que me vieron partir, despectiva sonrisa, ahora
miedo veloz helando cada vena.
Pasaron puertas vistas indiferentemente, porque buscaba una,
la del odio, el deseo, la ansiedad,

la puerta que todos sabían que buscaba, y buscaban también con las miradas
adelgazadas al través de los quicios.
Ningún cerrojo ya resistiría la descarga violenta del deseo.
Cayó la aldaba estrepitosamente, y el interior maldecido y amado
apareció de súbito.

Oyes crugir los huesos, y rechinar los dientes, y la ceniza
invadir con su pálido espanto
el corazón que trémulo esperaba. Detrás de alguna puerta,
desnuda tras la ropa, en su simple existencia,
dentro del caracol sencillo de su vida,
cercada de deseos,
palpitante y florida como una enredadera.
En sus suaves estambres se puede anclar el mundo.

Ah, la furia de entonces, nunca jamás sentida. Ah, la sangre prohibida
desbocarse por cauces inextintos.
Derribados en alfombras sonoras, machacando las rosas pintadas por el tiempo,
recorriendo humedades, poros, bocas, campanas,
líneas nunca surgidas,
caricias ácidas que se sacudían de tormenta en tormento,
de labio a piel, a lengua, a pecho,
a roja angustia desolada,
hallamos una niebla de palabras holladas,
un recorrido túnel de insultos y lamentos.

Cuando duermen los ángeles entre labios del tiempo
y la paloma vuelve, y se deshoja el día,
aun tenemos este clavel marchito entre las manos,
aun crece la nostalgia,
nos invade un sabor de férrea espuma, de cereal ceniciento,

de nada más sino crecer el odio lento
manando de miradas y tactos y esqueletos.
Y a qué volver, a qué saber de un pueblo naufragado en el tiempo.
A qué resucitar a nuestros muertos.
A qué odiar un pasado perdido para siempre.
A qué pedir al tiempo una tregua.
A qué cambiar por esto una esperanza.

V

Muere la fiebre, el pulso se despide.
Un ojo guiña, el otro se abre incrédulo y distante.
Es que ha pasado todo.
Mis músculos son débiles
de tanto descubrir los nuevos mundos. Nada
crece ya en mí. Odio ni amor
ya pueden derrotarme. Soy de la generación decepcionada
que comparte la muerte cada hora, desayuna con ella, la disuelve en azúcar
y la bebe. Es inútil. Se escapan las palabras
hacia la libertad que nadie tiene.
La sonrisa es el pan de cada día: dánosla hoy.

La derrotada juventud del lirio de la guerra,
perdida va, tan pronto rebosante de duras indolencias: mira
cómo no hay más sino una espada de luto gravitando sobre nuestros sueños.
Bostezos y ciudades velozmente ateridas. Goznes de mala muerte
rechinando en los jóvenes danzantes, los jóvenes guerreros,
los jóvenes narcisos de cualquier charco sangriento.

VI

ASOMARSE al abismo
de un pozo ensangrentado y temeroso,
como un narciso sollozante, tan prematuramente envejecido. . .
O será
de veras, será de veras un río éste que viene de los siglos remotos,
en páginas de llanto y de dulzura,
me recorre, me yergue, se me escapa
hacia un futuro del que todavía
no sé más que la sabiduría que gobierna
el ademán con que alargo la mano y borro toda imagen.

¡Quién tendrá la palabra! El silencio más cruel, más habitado
esparce sus espasmos. Ningún fantasma pone mano al alcance de la mano,
porque podríamos tomarle la palabra u obligarlo a decirla:
"Dime, dime lo que dijiste
cuando el mundo era joven, repítelo,
redímelo, sálvalo del silencio que lo ahoga.
Y yo estoy esperando".

Cuerpo a tierra, la más feroz batalla,
el campesino inclina su ternura indiscreta.
Hacia el polvo moreno viaja lenta la mano.
Estallar de la fruta, música
del celeste misterio. Silba, zumba la abeja
de soledad en dulce laberinto
que convida a tocar arpas de nuevo y de nuevo
encender una fogata para asar medio bosque: de un bocado
dar cuenta de ave, ciervo y fruta.
Anochece, entristece. Algo como un incendio fosfórico
a lo lejos. Ha de llegar la luz y la palabra: salvados.
Sálvese quien pueda:
espero una esperanza.





. . . espero una esperanza.

AL VERSO: Páginas de llanto
de dulzura.

RELACIONES DEL ARTE Y DE LA MORALIDAD

Por *Roger CAILLOIS*

CONVENDRÍA concebir entre el arte y la moralidad relaciones particulares, aunque no sean precisamente aquellas que se nos aparecen en primer lugar y que se discuten de ordinario. No puede bastarnos, en efecto, que la obra sea forzosamente objeto de juicio moral por la sociedad. No cabe duda que ésta la juzga, se preocupa por ella, la persigue a veces, pero es lo mismo que suele hacer con todo acto grávido de consecuencias. Por otra parte, la conciencia del individuo busca en los libros ejemplos, modelos, consejos que lo dirijan por tal o cual camino, feliz o funesto. Todo ello, naturalmente, puede descubrirlo también en su propia vida. La sociedad que vela por su estabilidad y el hombre celoso de su conducta no le crean una suerte especial a la literatura cuando se interrogan sobre la moralidad de una obra cuya influencia temen. Esta es la razón que lleva, generalmente, a no confundir arte y moralidad y a declarar que son independientes uno de otra. Asegúrase que sus relaciones son superficiales y, a decir verdad, inevitables; pero que no manifiestan entre sí ningún enlace íntimo. Y se citan sin dificultad volúmenes que son a un tiempo edificantes e informes, o informes y corruptores, o corruptores y admirables, o admirables y edificantes. No hay combinación que no pueda encontrarse holgadamente. Falta saber si no existe entre el arte y la moral una conexión menos aparente, pero más porfiada.

HA habido que componer esas obras, que son objeto de nuestro examen. Su autor es un hombre. Hacer una obra de arte constituye cierta acción profesional que implica, también, su código y que exige honradez. De suerte que existe una moral de la obra de arte, que nace no ya de los efectos que produce,

sino de la forma como fué producida. Esta moral, se la limita generalmente al estilo. Que una obra esté bien escrita —suele decirse y basta. El autor ha cumplido con su deber. La belleza, la perfección no se contentan con menos de ser aquí las únicas soberanas. El artista, si no es más que artista, no conoce otras justicias.

Esto es por demás evidente. Dichas máximas se nos aparecen como incontestables. Deben suscribirse sin reserva, a menos de que negándole al arte la más mínima independencia, se piense en subordinarlo a algún fin exterior a su naturaleza, tal vez religioso, político o didáctico. En tal caso, es evidente que se abre una controversia infinita, pues no hay nadie que pueda entenderse sobre el dogma, el régimen o la doctrina que debe ilustrar el arte. Lo único que se consigue es situar el debate en un punto en que resulta insoluble. Cada cual abogará por su preferencia, o por su fe y no es fácil que nadie logre desalojarle de sus posiciones. ¿Y qué será de todas las obras que vengan a ilustrar a las demás? Si se quiere degustarlas, ¿su estimación no deberá normarse por el talento que revelan, sin pensar en el destino a que se las reduce? Más vale apreciarlas en este caso sin tantos distingos y aceptar que la moral consiste ante todo, para el escritor, en escribir bien y para el pintor en pintar asimismo bien.

Mas la cuestión se hace aquí espinosa, ya que no es tan fácil como parece entenderse sobre lo que se llama escribir bien. En la música lo mismo que en la pintura, todo es cuestión de oficio o poco menos. El sentido importa poco. No se trata de combinar sonidos o colores que nada significan por sí mismos o que, por lo menos, gustan por lo esencial y sin que intervenga su significado, suponiendo que se le preste alguno.

Claro está que las sinfonías llevan un título y los lienzos no todos representan paisajes, naturalezas muertas o composiciones abstractas. Sin embargo, sea cual fuere el tema, todos las admiran ante todo por sus cualidades plásticas. Lo que significan es, por lo general, menos indiferente de lo que se pretende; pero, en fin, a nadie se le ocurre estimar a un pintor por la elección de sus temas o a un músico por el título de sus piezas, como sucede con las letras, donde la invención se considera un mérito seguro. No podría serlo en la pintura o en la

música más que a condición de innovar, no respecto del tema, sino de la manera de tratarlo.

¿En qué consiste, en efecto, el arte de escribir? Empieza por el respeto a la sintaxis, quizás a la ortografía y, si se quiere, a la caligrafía. Encojámonos de hombros: no reside aquí la dificultad. Esta se halla en el otro extremo, razón por la que todo resulta diferente. Pues no se trata de trazar signos, sino de expresar. ¿Y dónde puede acabar este arte, esta técnica que tiene por materia el lenguaje, donde todo interesa pronto? Escribir bien no es una operación de pura forma. No es juntar sonidos en secuencia y agradables al oído. Importa más generalmente la armonía de la significación de las palabras. Y, dígase lo que se quiera, esto ocurre incluso en poesía. Esto es, no cabe descuidar la forma de pensar, de sentir o de imaginar, pues se requiere siempre tener algo que decir. Ahora bien; una tontería o una vulgaridad, exactamente expresadas siguen siendo tontas o vulgares, y un absurdo, absurdo. El arte no cambia aquí nada. Es harto dudoso, incluso, que pueda aplicarse a una excesiva obscuridad o locura. No logra prender, cuajarse en ellas y tanto valdría tratar de esculpir con barro líquido. La calidad del estilo presupone la calidad de la idea, la agudeza de la emoción, la potencia del sueño. Claro está que lo expresado puede reducirse al papel de mero soporte. No es indispensable que el pensamiento sea raro o profundo, sino que ofrezca aquella coherencia que lo haga expresable. Para que el estilo posea una forma, es menester que traduzca un mensaje que la tenga o que se la dé. He de repetirlo a mi vez: no se enuncia bien lo que se concibió mal; las palabras, por decirlo así, no acuden tan dócil ni precisamente como se desearía. Y con razón. No se logra buen estilo con lo difuso e innominado.

Ignoro si a semejantes obligaciones se las debe estimar como estéticas, intelectuales o morales. La verdad es que aquí la moral, la razón y la estética tienen unas mismas exigencias. En realidad, las predilecciones de un hombre, el cuidado que pone en obrar bien se vuelven a encontrar necesariamente en su modo de pensar y de escribir. No acabaríamos nunca de enumerar los méritos de estilo que son virtudes humanas: elegancia, desprendimiento, justeza, distinción, simplicidad, firmeza, grandeza, etc. Y lo mismo ocurre con los defectos: énfasis, confusión, negligencia —no faltan vicios para alimentar lo

mismo el carácter que la expresión. Me sorprende que haya quien de ello se sorprenda. Escribir bien es una disciplina; el buen estilo, un ejemplo. Este es más moral que el malo. Lo mismo ocurre con el trabajo de laboratorio que, cuidadosamente llevado a cabo, revela la probidad del sabio: es que dicha labor es también rebusca y perfección. Engendra, por otra parte, confianza, como el buen estilo y como la lealtad. Ahora bien; yo descubro con satisfacción, en el poder de inspirar confianza, el primer efecto y como la piedra de toque de la moralidad. Y veo también en ello su principal cometido. Al preguntarme con frecuencia para qué sirve la moral, no he encontrado mejor respuesta hasta ahora que ésta: sirve para acrecer la suma de confianza disponible en el mundo y, más precisamente, para aumentar el crédito que los hombres pueden otorgarse razonablemente unos a otros. Y semejante función no es tan modesta como parece. Llego incluso a persuadirme de que posibilita el comercio de los hombres entre sí. Creo pues que la preocupación del escritor por su oficio constituye su deber fundamental.

Pero su preocupación es estrecha si no alcanza más que a la forma de su obra: no es el suyo un trabajo que se conforme con estar bien hecho, como el de quien labra un mueble o lleva a cabo un experimento o como el de quien cumple exactamente un contrato. El problema no consiste ya en fabricar un objeto de manera que responda lo mejor posible a determinado destino. La tarea del escritor dista de ser tan definida. Le deja a éste, por el contrario, una temible libertad. Poco es que cuide la factura de su obra. Es dueño absoluto de su creación y él mismo puede decidir la finalidad que la confiere. No puedo imaginar que desdeñe interrogarse a sí mismo a tal respecto. No es creíble tan gran indiferencia. El trabajo que se toma para pulir una frase, ¿no va a dárselo meditando aquello que debe expresar? Es libre sin duda de ofrecernos tan sólo un jarrón de bella apariencia. Sería mucha reserva, sin embargo. La mayoría prefieren los jarrones llenos de un licor generoso. Pero para destilar éste, es preciso efectuar operaciones más delicadas aún y más rigurosas que para fundir un jarrón bello. Ni siquiera sé si para fundir éste no se requiere tener el alma pura. Hay quienes parecen haberlo creído así. Recordaré una fábula contada en un viejo libro chino. Cierto príncipe felicitó

a un artesano por un campanario de madera, perfecto e irreprochable, que había construído. Este respondió: "Yo soy un artesano y no poseo secreto alguno. Sin embargo, sé de algo necesario para mi obra. Cuando me dispuse a construir el campanario, me guardé muy bien de malgastar mis fuerzas, Después de haber ayunado durante varios días, no me atrevía ya a pensar en el provecho o en el honor. Al quinto día de ayuno, ya no osaba pensar en los elogios o en las críticas, en la habilidad o en la torpeza. Transcurridos siete días de ayuno, había perdido la noción de mi cuerpo y de mis miembros. En aquellos instantes hasta había dejado de pensar en la Corte de Vuestra Alteza. De este modo me concentré en mi arte y todos los ruidos del mundo desaparecieron para mí. Fuí entonces al bosque a contemplar el crecimiento natural de los árboles. Y una vez que tuve ante mis ojos el árbol verdadero, me encontré con mi campanario terminado, de suerte que pude, sin más, darme de lleno a mi tarea. Si no hubiera descubierto el árbol, hubiera abandonado mi propósito. Pero por haber dejado obrar a mi naturaleza de concierto con la naturaleza de mi material, las gentes dicen que he realizado una obra divina".

No faltarán quienes opongan a esta declaración un buen número de obras maestras, debidas a francos bribones que poseían mucho más gusto por lo bello que respeto por el bien. En su vida privada el artesano de la leyenda era quizá un sujeto de interés más bien escaso. Importa poco, ya que recogía en su arte lo que de elevado había en su alma y, desde este punto de vista al menos, sabía someterse a una disciplina. Por incompleta que sea, esta sumisión me basta: no necesito más para vislumbrar la moral del artista —y más aún la del escritor— extendiéndose casi hasta el infinito y agrandándose o rebajándose según la amplitud de su destino. Y los preceptos suben de número cuanto más aspire a componer una obra de grandes poderes. En el fondo, pocos son los escritores que puedan considerarse irreprochables si se miden así sus obligaciones y sus pretensiones. Muchos escriben por descollar, por sorprender o por seducir y adoptan posturas de profetas o de conductores de pueblos. Tratan a la ligera las cuestiones difíciles y, pagados de sí mismos, le ofrecen al lector deleitosas palabrerías. Pero si cualquier necesidad los constriñera de repente a observar las reglas de su arte, como lo hace el artesano

honrado, la mayoría preferirían renunciar a su oficio. Reducidos a vencer tanta dificultad para obtener un provecho disminuído, se les vería espantarse ante la obligación de pensar con cuidado, de vigilar sin indulgencia alguna la obra de su espíritu y de procurar no ofender a nada ni a nadie en el momento de verter sus reflexiones al papel. Los artículos de un código severo les prohibirían divagar, mentir, hablar sin conocimiento de causa... Les prohibirían la fanfarronería, la precipitación, la ignorancia, la falta de esmero. ¿Dónde acaban estas normas?

Decididamente, yo no les veo más límite que el propio propósito del escritor. No tiene éste sino un medio para eludir sus exigencias: el de no ponerse en el caso de tener que rendirles pleitesía. Si se pone a describir una naranja o un pedrusco, sus deberes no son muchos, pero su empresa resulta harto limitada también. ¿Pretende aumentar su alcance? Su responsabilidad aumenta a la par y, con ella, sus obligaciones. Tenemos un artista que se esfuerza por hacernos sentir la dulzura de un crepúsculo, otro nos transfiere sus sueños, el tercero nos cuenta maravillosas historias con una deliciosa fantasía. Muy bien; por mi parte no les pido más. Recibo esos dones con gratitud. Pero no me llamo a engaño sobre su valor ni sobre su importancia. Cuanto más ambiciosa es una obra más impulsado me veo a mostrarme exigente a su respecto. Si un autor, desdeñando satisfacer en mí al aficionado a los poemas y los sueños, pretende interesar al hombre e incluso transformarle, y los hay que no disimulan semejante propósito, heme en guardia, atento y vigilante y dispuesto a exigir cuentas. Es lo menos que puedo hacer. Si lo único que se pretende es satisfacer mi gusto, me limito a juzgar sobre éste y aprecio sin ambages la seducción de la obra. No hay dificultades en ello: la parte que dedico al placer a nadie le importa más que a mí mismo y yo me la administro a mi guisa. Libre soy de agrandarla o restringirla. de preferir tal especie de obras divertidas y de no gustar otras. En tal caso no tengo por qué buscarles pleito acerca de la moralidad del placer obtenido. Creo que esto es más de mi competencia que de la suya. Pero hay obras que exigen de mí mucho más que una simple distracción. Las hay que me impulsan a tomar decisiones extremas, que pretenden hacerme renunciar al siglo, a distribuir mis bienes, a pensar en la muerte.

Se me dirá que éstas no pertenecen a las letras. "Se refiere usted a piadosos sermones o a algún evangelio que trata de su salvación. Esto no interesa al arte". La cosa no me parece a mí tan sencilla.

En primer lugar, ¿qué es lo que impide que tales obras estén bien escritas, bien pensadas, bien compuestas y que sus méritos sean, en exceso brillantes? El arte se acomoda a todo. No existe biblia o evangelio al que no pueda dar forma admirable. Por otra parte, ¿dónde trazar la frontera que separa a los libros que quedan comprendidos dentro en las letras de los que quedan al margen? En vano se buscará entre unos y otros distinción bien delimitada. Este no pretende sino recrear; aquél, al tiempo que divierte, trata de instruir o de corregir; otro le propone al hombre una gran causa a la que consagrar abnegadamente su esfuerzo; un cuarto le conjura a merecer la felicidad eterna en el otro mundo. La gradación es insensible. ¿Puede juzgarse acerca del talento? Pero no comparto los escrúpulos de los exquisitos, que detestan que el arte se vea lastrado de preocupaciones extrañas a su naturaleza; éste se encuentra indiferentemente en toda especie de obras, tanto en las más libertinas como en las más edificantes. El esteta más empedernido se da cuenta de que empobrecería demasiado el arte literario dedicándolo a barnizar obras que, en cierto modo, sólo resultarán bellas por añadidura. Prefieren no interesarse sino por lo que de literario tienen. Extraordinaria y, sin embargo, trivial situación la suya: sus páginas plantean los más graves problemas y ponen en tela de juicio el destino de cada uno. La vida de éste se siente conmovida. Advierte el de más allá que el estilo resulta agradable o enfadoso y, si retiene su atención, es únicamente por ese rasgo. ¿Qué podemos decirle? Para conmoverle, sería en verdad necesario que yo me convirtiera esta vez en predicador o en apóstol. Así, paréceme que no nos sería posible ir más lejos en el examen del problema. Tropezamos aquí con una oposición irreductible y más vale dar por terminada la discusión.

En lo que a mí respecta, esta es en todo caso la última palabra que me permito decir sobre las relaciones entre el arte y la moralidad. Es, después de todo, cuestión de postura y

cada cual resuelve el altercado con arreglo a la mayor o menor importancia que conceda a la belleza frente a la virtud. Se irrita según los casos: si con la pretensión de reformarle se le turba en la contemplación de una obra maestra o si se le distrae, por medio de brillantes simulacros, en su afán de hacerse generoso y puro.

Resulta que la obra más vasta es aquella que satisface en mayor número de seres el número más elevado de aspiraciones. Todo se concierta en obra semejante, en cuanto se ofrece completa. Su perfección reconcilia al artista con la vida. Moral lo mismo que estéticamente, a ambos les ofrece alimento y goce, lo que no es ningún milagro, pues no existe artista que no viva ni se estremezca. Es hombre, es decir, curioso, inquieto, insaciable. No todo lo espera de la belleza y, cuanto más espera, menos puede rehusársele las altas y dilatadas pretensiones. Desea para ella una plenitud, una abundancia, una vastedad que invada pronto al universo humano entero, no dejando de él nada que no abarque y de lo que no se haga cargo. Hele aquí restituyéndole a la belleza los poderes y las opulencias de que quisieran privarla aquellos que se obstinan en reducirla a no ser más que la pura Belleza.

LA NOVELA: SIGNO HUMANO, ESPEJO SOCIAL

Por *Luis-Alberto* SANCHEZ

"GÉNERO tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos", escribe don Marcelino Menéndez y Pelayo, en sus exhaustivos *Orígenes de la novela.* Agrega, estableciendo un paralelo ineludible y en extremo provechoso, que la epopeya es una "narración muchas veces grandiosa", "compañera de las primitivas civilizaciones", "teogónica, primero y después heroica". Definiendo mejor el parentesco entre ambos géneros, el ilustre polígrafo dice: "la novela, el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy cultivamos son *la antigua epopeya destronada, la poesía objetiva del mundo moderno,* cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual".[1]

Importante definición: la novela "epopeya destronada", "poesía objetiva del mundo moderno". Más adelante, el propio autor, tratando de esclarecer mejor su dictamen, avanza un juicio que nos compete directamente: "La poesía épica, contemporánea de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano, no domina la realidad, sino que *es dominada y sobrepujada por ella.*[2] Lo cual indica, sin lugar a dudas, que, cuando la novela no consigue dominar su objeto, se acerca e identifica con la epopeya, "contemporánea de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano". Como la novela americana, de todas las Américas, se diferencia de la europea, precisamente en que mientras ésta domina su sujeto o realidad, la nuestra no, resultaría, de acuerdo con la opinión de Menéndez y Pelayo, nada pasible de vanguardismo,

---

[1] MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, *Orígenes de la novela,* Reed. Colección Hórreo, Emecé Editores. Buenos Aires, 1945, t. I, p. 11-12.

[2] *Ibid.,* p. 13.

que la novela americana se aproxima más a la epopeya que a la novela clásica, rasgo de suma importancia para establecer nuestra edad histórica y literaria.

La afirmación antedicha tiene incalculables alcances. Si la épica se relaciona de modo inmediato y causal con el estado gestativo de un pueblo; si la novela, desaparecida la credulidad en la intervención de los dioses en los actos humanos, representa una epopeya "destronada"; y si, por fin, en la medida en que sea menos capaz de dominar su materia, la novela se aproxima más a la epopeya, llegamos llanamente a la conclusión de que el sui géneris carácter de la novela de América, cuyos temas ahogan a sus autores, acusa una etapa de gestación, un período propenso a la épica y, por tanto, en trance de definición. De ahí resulta que, al estudiar nuestra novela, nos encaramos, por primera vez, al espíritu americano, concebido ya como ente autónomo, con incipiente o definida personalidad. La novela revela, pues, la clave de muchos inéditos problemas; sirve de guía para internarnos en sus vericuetos.

Abandonemos, por el momento, otras disquisiciones de Menéndez y Pelayo respecto a la novela en general, no obstante de que algunas son de capital importancia: por ejemplo: la de considerar los libros de caballería como "planta exótica" en la novelística castellana; la de llamar al *Amadís de Gaula,* "primera novela idealista moderna" [3] y datarlo en las postrimerías del siglo XIV español; [4] la de afirmar que la novela histórica de W. Scott "es la más noble y artística descendencia de los libros de caballería" [5] aserto que corrige al calificar la novela histórica española, de "rama desgajada de la crónica nacional e injerta en el tronco de la literatura caballeresca",[6] etc.

Interesa aquí, delimitar los campos de épica y novela, tema importante de suyo, pero más ahora, por cuanto de él se infiere la existencia o no, de un estado gestatorio americano, patente en su novela, como expresión contemporánea de la épica.

No puede ofrecer mayor número de posibilidades debate literario alguno.

---

3 MENÉNDEZ Y PELAYO, o. c., t. I, p. 208.
4 *Ibid,* o. c., I, p. 327.
5 *Ibid,* o. c., I, p. 478.
6 *Ibid,* o. c., II, p. 91.

Ortega y Gasset, discrepando de Menéndez y Pelayo, afirma que la épica se distingue de la novela, en que mientras aquélla mira al pasado, ésta sólo atiende a la realidad (actual); que la épica se asemeja a la tragedia, en tanto que la novela se parece a la comedia, pues en ella actúa, con notable eficacia, el aguijón de lo cómico, v. gr.: el *Quijote*.[7] Para corroborar su tesis, Ortega y Gasset sostiene que "los hombres de Homero pertenecen al mismo orbe que sus deseos" y que sus héroes superan a las circunstancias (adviértase que para Menéndez y Pelayo ocurre al revés: en la épica, la realidad supera al autor y a los mismos personajes). En cambio, en la novela realista, el ambiente reemplaza al héroe y al mismo argumento. Por tanto, dicha novela realista, no acciona propiamente, sino que *reacciona* y se *adapta;* y "adaptarse es dejar que el contorno material penetre en nosotros; es el triunfo de Darwin sobre el héroe antiguo". "El arte se somete a una policía: la verosimilitud" —aserto que no concuerda exactamente con el de Aristóteles, según se verá después. Delimitando mejor su pensamiento, concluye Ortega que la novela no se debe confundir con la lírica, por cuanto lo lírico "es una proyección estética de la tonalidad general de nuestros sentimientos". La novela sólo es descriptiva, por cuanto ya que *se narra lo pasado y se describe lo actual,* "el libro de imaginación, narra; pero la novela describe".

En medio de tantas sutilezas, se advierten evidentes contradicciones. Si fuese exacto que hay una definición cabal de la novela, podrían discutirse algunos de los asertos de Ortega, pero como, precisamente, ocurre que la novela es el género en "que caben todos los géneros", tal debate resulta inoficioso. Si la novela constituye un arte de adaptación, no de acción; si en ella triunfa el ambiente sobre todo otro ingrediente, ¿cómo se la va a distinguir de la épica, en la que, insisto, el ambiente mítico, geográfico, histórico es quien preside la inspiración del poeta y moldea los actos del héroe?

Tampoco los personajes épicos actúan: *reaccionan.* Son los dioses, encarnación del ambiente, quienes actúan; los demás

---

7 ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Meditaciones del Quijote,* 2 ed., Madrid, 121. Tomamos los apuntes de la *Meditación primera,* titulada *Breve tratado de novela* y me refiero en especial a las páginas, 172, 173, 194, 176 y 151.

se adaptan a sus caprichos. Frente a la implacable lógica de una novela de Zola, o de Dickens, susceptibles de una clasificación retórica, existe otro tipo de novela de un apasionante vigor humano. Nadie podría establecer si son novela o epopeya el tumulto oceánico del *Moby Dick;* la fiebre de jungla de *La Vorágine;* el laberinto urbano de *Manhattan Transfer;* la secreta sumisión a lo impenetrable que luce en *Doña Bárbara,* novelas sin contagio de pasatismo, tan *descriptivas* como *La Odisea* o *La Eneida,* y tan narrativas también, y por lo mismo.

El propio Ortega se rectifica años después. Al estudiar las causas de una supuesta decadencia de la novela —y tal afirmación nos coloca en el secreto de Ortega—, sostiene que ello se debe al hecho de ser "prácticamente imposible hallar nuevos temas".[8] Justamente, y al revés, lo típico de la novela del Nuevo Mundo reside en su riqueza de temas; en que dicha opulencia no exige esfuerzo analítico del autor, sino simple actitud receptiva y proclive a la narración. Para el Ortega de 1925, lo importante en la novela será "lo que se ve", siempre que sea humano. *La narración,* no el argumento; he ahí lo fundamental. "Género moroso", dirá, la novela valdrá por lo que haga durar el relato, *por su forma,* de donde emana, entre otros, el renombre de Dostoyewski, campeón en el arte de narrar.[9] La novela posee, según esto, "un carácter hermético". "Divino sonámbulo, el novelista tiene que contaminarnos con su fértil sonambulismo";[10] y Ortega concluye su cuadro del siguiente modo: "las emociones intelectuales más poderosas que el próximo futuro nos reserva, vendrán de la historia y la novela".

El tema de la novela continúa atrayendo el interés de Ortega en otro libro: *Espíritu de la letra,* colección de artículos literarios. Reaccionando sobre su afirmación acerca de la decadencia del género, escribirá entonces: "Probablemente es la novela *el único género literario que hoy existe".*[11] Lo demás que se escribe no pertenece a género alguno: es pura extravagancia en el buen sentido de la palabra, en el malo y en el etimológico. "La dignidad, el rango estético de la novela estri-

---

8 Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*: "La Revista de Occidente", Madrid, 1925, p. 87.

9 *Ibid,* p. 109.

10 *Ibid,* p. 138 y 145.

11 R. Caillois piensa justamente lo contrario: véase más adelante

ba en ser un género; por tanto, en poseer una estructura dada, rigorosa e inquebrantable".[12] Más adelante confirma esta opinión acerca de la rigidez de las reglas novelísticas: "La novela supone un decálogo inexorable de imperativos y prohibiciones. Con la novela no se puede jugar. Es tal vez lo único serio que queda en el orbe poético". "La novela tiene que representarnos realidades". "La novela es casi ciencia". Debe ser "más verídica" que la misma realidad" (conciliación con Unamuno).

Posiblemente en aquellos días, la mente de los críticos se hallaba impresionada por el extraordinario éxito de cierto tipo de novela norteamericana, rusa y aun española, y por la declaratoria de un cartabón inusitado, pero con sus reglas de tráfico, según los modelos de Joyce y Proust, fielmente obedecido por Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Antonio Marichalar y E. Jiménez Caballero, todos ellos mentalmente sujetos a Ortega. De cualquier modo sorprende la rigorosa exigencia racionalista de Ortega respecto a la novela en los precisos instantes en que, esta se desprendía de sus antiguos cánones y abría de par en par las puertas al lirismo, impregnándose y hasta confundiéndose con él.

Para el Ortega de *La deshumanización del arte,* la novela, antes que de realidad, se nutre, pues, de estilo. Narrar constituye una proeza de la forma, antes que del contenido. La verosimilitud queda rezagada ante la importancia del modo de presentar los hechos. Y si, por un lado, la novela decae, por "no hallar nuevos temas", sin embargo, y contradictoriamente, "las sorpresas que el próximo futuro nos depare" provendrán de la novela (no tan decadente, por tanto) y de la historia.

Para don Miguel de Unamuno, siempre desconcertante, el tema de la novela resulta campo de magníficas paradojas. Al revés de Ortega y de cierta preceptiva (no la aristotélica), sostiene que la ficción ejerce invencible sortilegio en la novela. "Las figuras del realismo suelen ser maniquíes vestidos", escribe en *Tres novelas ejemplares y un prólogo.*[13] Siempre que conversan dos seres insiste, hay seis personajes presentes: el

---

12 ORTEGA Y GASSET, *El espíritu de la letra.* "Revista de Occidente". Madrid, 1927. p. 77. Véanse además pp. 78, 84 y 86.

13 UNAMUNO, MIGUEL de, *Tres novelas ejemplares y un prólogo.* Calpe, Madrid, Barcelona, 1920, p. 13.

que es, el que se cree, el que imagina en el otro, y viceversa. Tal pluralidad de almas en cuerpos singulares demuestra que la verosimilitud debe contar con la fantasía, y que la realidad exterior no se sostiene sin el apuntalamiento de la interna. De ahí el redondo aserto de Unamuno: "La realidad en la vida de don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes".[14]

Más tarde, el mismo don Miguel confirma su anterior tesis: "Si por novela se entiende, lector, el argumento, no hay novela", dirá en 1928. O lo que es lo mismo, no hay argumento. Dentro de la carne está el hueso, y dentro del hueso, el tuétano, pero la novela humana no tiene tuétano, carece de argumento. Todo son las *cajitas,* los ensueños, y lo verdaderamente novelesco es *"cómo se hace una novela".*[15]

Se desplaza, así, el debate del objetivo de la novela a la manera de "hacerla". Sólo que mientras Ortega concede decisiva importancia a la forma de expresión, al modo de narrar, Unamuno traslada este énfasis a la forma de combinar las irrealidades con las realidades, y, sobre todo, a cómo el autor logra traducirse en sus personajes. Una novela será, pues, siempre, una autobiografía —y ahí el divorcio con la tesis de Thibaudet— ya que: "¿No son acaso autobiografías todas las novelas que se eternizan y duran eternizando y haciendo durar a sus autores y a sus antagonistas?" [16] "Todas las criaturas son su Creador".[17] Y agrega Unamuno, contradiciendo a Wilde: "Contar la vida ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo de vivirla? ¿No vivió Amiel su vida íntima contándola?" [18]

Mientras Wilde distingue dos clases de hombres: los que escriben la obra que no pueden vivir, y los que viven la obra que no saben escribir,[19] Unamuno reduce esta antinomía a más simples términos: narrar una vida es, en realidad, vivirla de veras. La novela existe, no por lo que refleja, sino por que se

---

[14] UNAMUNO, o. c., p. 17.

[15] *Id, Cómo se hace una novela,* Lib. Hispano Argentina, Buenos Aires, 1928, p. 55.

[16] *Ibid.,* p. 64.

[17] *Ibid,* p. 66.

[18] *Ibid,* p. 150.

[19] WILDE, Oscar, *El Retrato de Dorian Gray,* prefacio.

escribe. Ergo: existe porque existe. Define su ser tautológicamente. De donde, las literaturas desprovistas de novela, no se conocen a sí mismas: novelar es una forma de obtener la gracia y su correspondiente partida de bautizo. Aplicado el concepto a América, no puede negarse que se ajusta maravillosamente a nuestro caso.

Georges Duhamel al abordar el fecundo tema novelístico, prescinde de todo criterio social e histórico, ciñéndose al aspecto estético y psicológico. Para él hay novelas de dos tipos: "el que nos hace olvidar la vida y el que nos ilumina la vida".[20] No obstante, partiendo de este punto de vista, llega a la misma conclusión que Menéndez y Pelayo, esto es, a identificar, en cierto modo, novela y epopeya. Duhamel cree que lo novelesco se confunde con lo "maravilloso o fabuloso". "Como la novela ha reemplazado en el favor del pueblo al poema épico, ella se propone saciar en el lector una necesidad muy natural y muy viva: *la necesidad de lo extraordinario".*[21] ¿Se induciría de lo dicho que una novela no puede ser doméstica o familiar? La respuesta de Duhamel aclara: en este último caso, la novela descubre lo extraordinario de lo ordinario. Como "el hombre necesita embriagarse", hay que servirle poemas épicos, novelas y teatro. En nuestra época, el poema épico subsiste en Oriente y sirve para narrar hechos extraordinarios. En Occidente, la novela de caballería reflejaba lo mágico de la vida. "A pesar de la revolución del realismo" —escribe Duhamel— la novela conserva su tendencia a lo extraordinario (las hay de aventuras, de capa y espada, científicas, etc.). La "revolución realista" ha ensanchado el campo de la psicología, entregando a la literatura un espacio desconocido. El naturalismo, prosigue Duhamel, ha engendrado *"una nueva forma de irrealidad"*, y como la novela familiar se nutre de realismo y naturalismo, se concluye que no ha muerto en ella el penacho irrealista, el fondo mágico propio de la epopeya. La novela, piensa Duhamel, se descarta del argumento, porque su principal objetivo son los retratos o galería de retratos "nunca inmóviles". Requiere, además un ingrediente intransferible: el humor. Con todo esto, se puede convenir en que "el verdadero novelista llega a veces

---

20 DUHAMEL, Georges, *Défense des lettres,* Biologie d'un métier, 7 ème édition, Paris, Mercure de France, 1937, p. 243.

21 *Ibid,* p. 244.

hasta el final de sus personajes: no le preocupa ir hasta el fin de sus ideas ni tampoco hasta el fin de las ideas de nadie".[22]

La coincidencia de Duhamel con Ortega es innegable en cuanto al valor de la técnica en la novela; mas no en cuanto a situar toda la fuerza del género en el estilo; mucho menos en separarla de lo maravilloso que no sólo existió ayer, sino que subsiste en el presente, bajo formas diversas. La fuerza atómica, el radium, la electricidad, la navegación aérea, el cine, reemplazan a los mitos de antaño: a su turno, la novela, cuando los refleja, sustituye a la clásica poesía épica.

Ahora bien, aun desde el punto de vista del estilo, hay que confesar que la proximidad de la novela a la vida, hace que sea su más fiel espejo. Por lo menos, desde Baudelaire, la literatura busca sus metáforas en las sensaciones cotidianas. Con ello no se rompe ningún precepto: se enriquecen los existentes. Ha dicho Gustave Lalou algo que aplicado al caso de la novela y la epopeya ilumina el asunto: "La tradición no es un canon a observar: no es fija; será fija el día que la civilización francesa sea cosa del pasado, cosa muerta. Entonces se podrá hacer el inventario de lo que contiene, apartar lo que excluye y buscar las razones. Mas en tanto que el espíritu francés sea una fuerza viva, la tradición pasará de generación a generación".[23]

Si aplicamos lo anterior a la novela, tendremos adecuada respuesta al concepto de Ortega, según el cual la novela debe moverse dentro de preceptos rigorosos, casi inmutables, como si fuese un género mineralizado.

A su vez, Emile Bouvier nos ilustra respecto a la importancia o índole de la novela, en un ensayo rebosante de sugestiones.[24]

La opinión de Bouvier discrepa absolutamente de las de Ortega, Duhamel y Unamuno, en cuanto se basa en que "la mayor parte de las obras (literarias) se propone. . . sea demostrar algo, sea descubrir, analizar, explicar los fenómenos individuales o colectivos".[25]

---

[22] DUHAMEL, o. c., p. 356.

[23] LALOU, Gustave, *Manuel d'Histoire de la littérature*. Paris.

[24] BOUVIER, Emile, *Introduction à la littérature d'aujourd'hui*, 12 ème edition. La Rennaissance du Livre. Paris, 1928, p. 126, etc.

[25] BOUVIER, o. c., p. 126.

Según Bouvier, el placer novelesco consiste, no "en ser emocionado, sorprendido o encantado", móviles superfluos, sino en "reconocer, aprobar y comprender". La novela guarda íntima relación con *la inteligencia.* De ahí que las novelas policiales o detectivescas se asemejen mucho a los juegos matemáticos: proezas del intelecto. Sin embargo, el mismo autor reconoce que la nueva literatura —y por ende la novela nueva— se funda en "una emancipación de la libre imaginación", y que, después de la guerra de 1914, con los inventos y nuevas doctrinas consiguientes se hace imprescindible cambiar las fórmulas que sobre todo arte tenía el hombre. El novelista clásico, agrega, "trata de explicar una pasión, como el profesor su cátedra". Para reforzar su tesis Bouvier cita a Romain Rolland a quien asigna la facultad de ver todos los detalles de sus relatos, sin descuidar ninguno, y a Marcel Proust, el cual observa "con microscopio la vida celular del hombre".[26]

Corresponde a Albert Thibaudet una definición más cabal de la novela. A diferencia de Unamuno y Ortega, aquél por su intimismo, éste con su formalismo, el autor de *Reflexions sur le roman,* distingue netamente entre la novela y memorial. Un manojo de recuerdos no puede trocarse en novela sino a condición de que se conviertan de reales, en posibles, de que se vuelvan *creaciones,* "que se construyen y se cree hayan sido".[27] La novela es pues, no un relato de lo acontecido, sino una "antología de lo posible", concepto éste que coincide con el de Aristóteles sobre la verosimilitud de la epopeya: "es preferible imposibilidad verosímil a posibilidad increíble" decía el Estagirita.[28]

En tal posibilidad, fuente de fantasía, radica lo típico de la novela, lo cual nos retrotrae a la concepción aristotélica de la poesía: "el poeta es, pues, en cierto sentido, *varón de deseos.* Y lo es, sea dicho sin intención de injuriar a nadie, el que nos ha creado paraísos más deseables".[29] "Evocación creadora" y "composición", he aquí dos elementos imprescindibles en

---

26 Bouvier, o. c., p. 161.

27 Thibaudet, Albert, *Réflexions sur le roman,* N. R. F. 8 ème. édition, Paris, 1938, p. 13.

28 Aristóteles, *Poética,* ed. Universidad de México, 1946, p. 41.

29 García Bacca, J. D. Introducción a la *Poética* de Aristóteles. México, 1946, p. LXII.

la novela. Pero, el mismo Thibaudet observa, al descubrir la evolución del género, que ella consta de tres etapas, la primera de las cuales se identifica con la épica, aunque él no lo haga notar. Las tres etapas son: 1.—*de la novela bruta,* "que pinta una época"; 2.—de *la novela pasiva,* "que desenvuelve una vida", y 3.—de la *novela activa,* "que aísla una crisis". Si admitimos tal clasificación, habría que considerar entre la novela bruta, a *La guerra y la paz* de Tolstoy y a *Los Miserables* de Hugo; entre la novela pasiva, al *Gil Blas* de Lesage y al *David Copperfield* de Dickens; entre la activa, a *Madame Bovary* de Flaubert y al *Don Quijote* de Cervantes. La novela bruta sigue el "ritmo de la vida social" (que sería el caso de cierta novela americana); la pasiva, "lo recibe todo de la realidad" (es predominante la nuestra); la activa "crea un orden", o sea que el novelista se vuelve demiurgo de un mundillo posible o fantástico. Si la novela activa coloca al novelista en la posición de un pequeño Dios, que extrae de sí mismo, no la reconstrucción de una época, ni un concepto general sobre la existencia humana, sino una pasión, un estado individual, habrá que convenir en que son la primera y sobre todo la segunda de dichas etapas o formas las que nos comprenden a los americanos.[30] La novela resulta, de ahí, como el arte de componer una intriga, un carácter o un estado de alma, dentro de lo que cabe un perfecto equilibrio, a la manera francesa, o un absoluto desequilibrio, a la rusa. Más audaz, debemos recordarlo, aparece Aristóteles cuando dice que la peripecia "es la inversión de las cosas en sentido contrario. . . por necesidad o según probabilidad". Por otra parte, la novela no sólo existe en sí; avanza hasta crear una forma de concebir el mundo: "*romanesque* (o romancesco, o novelesco), dice Thibaudet, es un epíteto con tanto valor como lírico, épico o trágico; epíteto posterior a la era de la novela, o sea una época después del Quijote,[32] y que caracterizaba un modo de ser femenino, por cuanto eran las mujeres las únicas lectores de novelas desde el siglo XII.

Si existe un modo de ser "novelesco", quiere decir que no sólo hay un género literario llamado también novelesco, sino una forma de encarar la vida, de acuerdo con la novela, o sea

---

30 THIBAUDET, o. c., p. 14-22.
31 ARISTÓTELES, *Poética,* ed. cit., p. 16.
32 THIBAUDET, o. c., p. 109.

que ésta —la novela— constituye un modo de ver y de ser. No significa que la novela esté impedida de subdividirse en especialidades o preferencias, según los móviles o inclinaciones del autor. Así, la novela de aventuras prescindiría, según Thibaudet, del amor, "como la tragedia clásica evita al personaje el amor engañado"; por ello, si bien popular entre los sajones, no goza de difusión en Francia. La"novela del intelectual" sería también de índole germana o sajona, en cuanto a su problemática, pero francesa, en cuanto a su concepción. La novela doméstica, entre las que coloca *Los Karamasov* de Dostoyewsky y los psicologismos de Bourget, posee su dinámica especial. La "novela del destino", que nos toca más de cerca, sería, entonces "la que sucede en una especie de pensamiento cósmico en una atmósfera que nos baña y nos penetra y en la que todo lo que hacemos parece existir idealmente antes de nuestra acción".[33]

Rompiendo con todos los prejuicios y normas acerca de la novela, dispar de casi todos los criterios anteriores, salvo el de Unamuno y Duhamel, Roger Caillois afirma que el novelístico constituye un género en el que... ¡caben todos los géneros![34] "Así como ciertas novelas son poemas, otras son manuales", dice: Carecen de regla alguna. Trascienden de lo estético y literario a otros muchos campos. La novela es estudiada con curiosidad, porque rebalsa *puro contenido* —no forma pura, como quería Ortega. Lejos de asimilarse al teatro debe más bien compararse *con el cine,* por su carácter de *infinitud,* por su enorme libertad. Afirma Caillois que las clasificaciones de la novela obedecen a conveniencias de decoración, ya que el público sólo distingue entre novelas de amor y de aventura; otras diferencias resultan demasiado técnicas y, por tanto, falaces.

Si referimos la novela a la vida, deberemos concluir que en cuanto a modalidades psicológicas, aquélla es más densa y rica que ésta, por cuanto puede revivir todos los sentimientos, sin exclusión de ninguno. Con respecto a la duración, "las novelas, dice Caillois, empequeñecen o agranden el tiempo".[35] Hay novelas fragmentarias que permiten al lector el lujo de rehacer y verificar sus instantes por ejemplo: *Mientras yo ago-*

[33] THIBAUDET, o. c., p. 105.
[34] CAILLOIS, Roger, *Sociología de la novela.* Ed. Sur, Buenos Aires, 1942, p. 15.
[35] *Ibid.,* p. 47.

nizo de William Faulkner. Debe anotarse, además, que, en la novela, el lector persigue la vida; en ésta, el autor no logra librarse de ella misma. Al lector le interesan los lugares y épocas que puede imaginar; al autor sólo su propia época, pues no atina a pintar otra cosa.

De todo lo dicho, extrae Caillois conclusiones un tanto singulares: "La novela es lo que permite transformar en espectáculo aquello de que cada uno tiene experiencia como compromiso".[36] Por su origen y sus efectos, la novela es antisocial, lo que choca con las afirmaciones de Thibaudet. En vista de que la sociedad deja al individuo rodar en el vacío, la novela lo engrandece y hace más consciente y dolorido.[37] Por esencia, la novela se rebela contra el medio social; y es "corrosiva" respecto de la ciudad, salvo la novela popular de amor y de aventuras. Caillois afirma más audazmente aún: "El relajamiento de los vínculos colectivos —dice— aconseja al individuo la posesión la más exclusiva posible de sí mismo, y lo coloca en el centro de un universo particular que la novela le enseña a cultivar y amar. Así, el mundo de la vida cotidiana sigue siendo común a todos, pero el del corazón y el del pensamiento se separan cada vez más y la creación literaria sufre inmediatamente las consecuencias".[38] Como un dato adicional acerca de la supuesta ruptura del vínculo colectivo, inherente a la novela, asevera Caillois que la novela otorga grande importancia a la parte física del amor, o sea que "trata de los minutos más aislantes".

Los personajes de novela se ciñen a los más sensibles o más conscientes (ayer Des Esseintes o Bergeret, hoy Stephen Dedalus, por ejemplo); de donde resulta que, a fuerza de aislar rasgos individuales, la novela patrocina el endiosamiento del héroe —ser excepcional. Entonces, según dice Caillois (y respeto su defectuosa expresión en castellano), "la fe religiosa o revolucionaria actúa como una palanca poderosa y aun cuando los nuevos héroes no sepan en favor de qué revolución acudir, ni qué religión adoptar o fundar, dejan por lo menos de actuar como focos de disgregación para formar células de apóstoles o de profetas, mal adaptadas sin duda a una misión que, por

36 CAILLOIS, o. c., p. 134.
37 *Ibid.*, p. 135.
38 *Ibid.*, p. 134.

otra parte, no acaban de concebir, pero ardiendo cuando menos en el deseo de cumplir una".[39]

Como quiera que se mire el pensamiento de Caillois, se evidencia su actitud relativista: 1º Porque considera a la novela como un género que no pertenece a ningún género, o sea como una mera actitud expresiva; 2º Porque aun cuando juzga que la exacerbación sentimental y física de la novela, la aleja de todo eco social, admite que la puntualización de los caracteres individuales, al exaltar la personalidad, favorece en ella la aparición de héroes y apóstoles, al servicio de ideales colectivos.

Dejo, para último lugar, algunas opiniones de Jean Epstein. No son tan pertinentes a la novela. Sin embargo, bueno será destacar su juicio acerca del naturalismo: "Se ha repetido con exceso —escribe— que la literatura debía reproducir la vida. . . Por haber observado tan escrupulosamente el precepto, murió el naturalismo".[40] Quiere decir que no existe literatura a base de puro realismo, sin imaginación. Epstein denomina "subliteratura" a todo cuanto luce demasiada lógica, tristeza, delimitación, moralidad y subsecuentes desenlaces justos e higiénicos, que nada dicen de la personalidad del autor. Tales son los rasgos del folletín o subliteratura, "fruto de la instrucción obligatoria"; que mira los hechos en sí mismos, en su estricta realidad y con cierto tinte moral; que nada tiene que ver con la verdad estética, tan humana y tan poco aparente.

Poseemos hasta aquí un importante caudal de nociones y juicios acerca de la naturaleza de la novela, que conviene resumir y orientar para beneficio del estudio emprendido. Ensayémoslo:

La primera conclusión demuestra que la novela, como rama de la poesía objetiva, no sólo refleja realidad o verosimilitud, sino principalmente la posibilidad e imaginación.

La segunda: indica que, lejos de ser la novela un género petrificado, como pretende Ortega, es más bien un receptáculo de géneros, una bahía a la cual llegan todos con su velamen desplegado: igual poema que ensayo, didáctica que fantasía.

---

39 CAILLOIS, o. c., p. 160.

40 EPSTEIN, Jean, *La poesía de hoy, un nuevo estado de inteligencia.* Carta de Blas Cendrars. Trad. de C. M. Onetti, J. Samet, editor, Buenos Aires, s/a. (¿1926?), p. 34.

La tercera revela que el problema del estilo, a pesar de su gran importancia, no constituye el nervio de la novela: está, lejos de deshumanizarse, vive ahora a expensas de la muchedumbre de hechos y sensaciones nuevas que el progreso y la guerra han traído consigo.

La cuarta conclusión señala que, en su condición de "epopeya destronada", la novela contemporánea ha abierto paso a nuevos mitos, a nuevos héroes: el de la velocidad, el de la infinitud, el de la altura, en aquello; los inventores, líderes revolucionarios, aventureros y financistas, en esto;

La quinta conclusión anuncia que se ha instalado sobre la tierra, un nuevo Olimpo compuesto de fuerzas naturales, a las que el hombre no reconoce bajo símbolo o alegoría alguna, sino por su propio nombre: no ya Hephaistos, sino el hierro; no ya Eolo, sino la radio; no ya Marte, sino el petróleo; no ya las Euménides, sino las minas; no ya Diana, sino el algodón; no ya Venus sino la avaricia; no ya Júpiter, sino el imperialismo.

La sexta conclusión establece que la novela no cumple exactos ciclos en todos los países, ni mucho menos al mismo tiempo: si en la Europa de Flaubert a Joyce, la novela *activa* destaca el papel del creador de tipos o argumentos; en la América de Melville a Eustasio Rivera, la novela *pasiva,* cuando no *bruta,* marca el señorío de la realidad sobre el creador o novelista.

La séptima conclusión indica: que como la novela, queriéndolo o no, refleja la vida social e individual, no existe mejor documento para conocer la vida de los hombres que esta expresión en la que la realidad se diluye en fantasía o posibilidad hasta identificarse con ellas.

En fin: la novela condensa un gran problema humano. Sobrepujando las fronteras literarias, en ella radica uno de los más tentadores enigmas de nuestros días.

LINO NOVAS CALVO Y EL CUENTO HISPANOAMERICANO

Por *José Antonio* *PORTUONDO*

I

TODA la producción contemporánea de cuentos en Hispanoamérica puede ser distribuída, a partir de Horacio Quiroga (1878-1937), en dos grandes grupos o corrientes, la *criollista* o *impresionista* y la *psicológica* o *expresionista,* que proceden del maestro ríoplatense, estimuladas más tarde por influencias que van de Conrad a Huxley y a Kafka, de Máximo Gorki a William Faulkner y a Ernest Hemingway. En primer término se produjo la corriente *criollista,* descendiente del realismo del autor de *Anaconda* y de su impresionismo colorista, sensual, que se apoya en el paisaje y en el lenguaje popular salpicado de regionalismos e idiotismos, para pintar la tierra y sus criaturas. Ambos apoyos, paisaje y lengua regional, determinan en el criollismo limitaciones localistas que permiten reunir a sus cultivadores en diversos grupos nacionales, sin perjuicio de la individualidad estilística no siempre acusada, de cada escritor. Así es fácil distinguir el grupo *uruguayo,* con las narraciones del precursor Javier de Viana (1868-1926) —anterior a Quiroga pero, en cierto modo, subordinado a su genio— y de sus continuadores, el más importante de los cuales es Enrique M. Amorim el *argentino,* con los cuentos pamperos de Benito Lynch, con los relatos sobre gauchos judíos de Alberto Gerchunoff, con las narraciones porteñas de Arturo Cancela y de Enrique Espinosa (Samuel Glusberg), etc.; el *chileno*, heredero también de Baldomero Lillo (1867-1923), con los huasos de Federico Gana, los bandoleros románticos y los "venidos a menos" de Rafael Maluenda, con los cuentos folklóricos de Ernesto Montenegro —temáticamente emparentados con los del guatemalteco Máximo Soto

Hall y los de la costarricense Carmen Lira [1]—, con la riquísima pintura de la tierra, sus hombres y sus bestias, de Mariano Latorre, el mejor dotado de los descendientes de Quiroga, con los cuentos campesinos de Fernando Santiván y de Marta Brunet y con los marineros de Manuel Rojas y de Luis Enrique Délano; el *peruano* que, a partir de Abraham Valdelomar (1888-1919), se empeña en una viva pintura de la realidad indígena, espléndidamente realizada en los relatos andinos de Enrique López Albújar y en los de César Falcón, a los cuales deben añadirse los cuentos sobre negros de Fernando Romero; el *ecuatoriano,* que a las narraciones del altiplano, como las de Jorge Icaza recogidas en *Barro de la sierra,* su libro más logrado, se unen los vigorosos y sensuales cuentos montuvios de José de la Cuadra y los relatos sobre indios, negros y mestizos costeños de Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Pedro Jorge Vera, Adalberto Ortiz y otros más; en el grupo *colombiano* se destaca sobre todos un cuento, *El machete,* de Julio Posada R., notable hasta en su factura litográfica que imita la caligrafía y la ortografía de un peón campesino, con lo cual el criollismo llega más lejos aún, en su fidelidad al habla popular, que los relatos de Lynch en el español de los gauchos; el grupo *venezolano* pasó del culto primor modernista de Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927), interesado ya en los cuadros de la tierra, cuajado de bellezas estilísticas que han dejado su huella en la fina producción de Antonio Arráiz, a la expresión apasionada e incorrecta de la generación de escritores cuya formación literaria se frustró, en parte, en las cárceles de Juan Vicente Gómez, pero en la cual se destacan, junto a la figura un poco anterior de José Rafael Pocaterra, los nombres de Arturo Uslar Pietri, de Julián Padrón y de Guillermo Meneses; *México* oscila actualmente entre los cuentos coloniales con picante olor a chismes de sacristía, muy cerca de las tradiciones de Ricardo Palma, de Artemio del Valle-Arizpe, la dramática ironía de Juan de la Cabada y la sombría pasión de José Revueltas;

[1] Sobre esta comunidad de temas folklóricos en algunos cuentistas hispanoamericanos, vid. MARÍA ROSA LIDA, *El cuento popular hispanoamericano y la literatura.* Buenos Aires, Instituto de Cultura Latino-Americana, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1941.

en el grupo *cubano,* la denuncia de la explotación imperialista en los centrales azucareros, realizada por Luis Felipe Rodríguez, se completa con los cuentos de ambiente proletario, de marinos y de presidiarios, de Carlos Montenegro, con los de pescadores y de burócratas de Enrique Serpa, con los relatos teogónicos y zoolátricos de origen yoruba recogidos por Lidia Cabrera y Rómulo Lachatañeré, y con las narraciones de ambiente rural de los cultivadores más recientes del tema campesino: Onelio Jorge Cardoso, Carballido Rey, Carlos Enríquez, Dora Alonso, Rosa Hilda Zell, Ernesto García Alzola, Enrique Labrador Ruiz, Hilda Perera Soto. En un ambiente semejante, entre la explotación y las revueltas frecuentes, se mueven los personajes del *dominicano* Juan Bosch, uno de los más vigorosos representantes de la línea criollista.[2]

Esta realizó, en lo que a la técnica del cuento se refiere, aportaciones de capital importancia: destacó el valor de la circunstancia hispanoamericana —la tierra y el hombre— como temas literarios, superando la evasión modernista que prefirió ocuparse de paisajes y personajes exóticos, y reveló la riqueza expresiva de la lengua popular. La quiebra del criollismo ha estado en sus limitaciones regionalistas y lingüísticas. Se detuvo demasiado en lo peculiar, en lo característico, un tanto externo, en lo típico y pintoresco, descuidando el hallazgo de la más honda y universal raíz humana. El lenguaje popular fué, en manos de los escritores criollistas, elemento de color utilizado con objeto de añadir realismo a las narraciones, no con más honda intención expresiva.

Hay, dentro de la línea criollista, un tipo de cuentos que constituye un intento de acercamiento a formas de expresión más universales: el cuento que denuncia la explotación proletaria. Aquí es donde se impone con más fuerza la influencia de Gorki y la de los narradores norteamericanos. Pero no es

---

[2] No existe una buena antología general del cuento hispanoamericano contemporáneo. Hay un intento encomiable, aunque muy incompleto, en ANTONIO R. MANZOR, *Antología del cuento hispanoamericano.* Santiago de Chile, Zig-Zag, 1938. Desde hace algún tiempo se anuncia la que realizan en New York el cuentista chileno Luis Enrique Délano y el mexicano Juan de la Cabada. Un esfuerzo interesante es el realizado por la mexicana Colección "Lunes", bajo la dirección de los hermanos Pablo y Henrique González Casanova.

posible confundir la amplitud y universalidad de resonancia de un tema que se repite en todas las latitudes del sistema capitalista, con la profunda vibración humana. Los cuentos proletarios hispanoamericanos han ganado en universalidad, en la amplitud de su mensaje político, pero no abundan entre ellos los que logran una expresión profundamente humana. Es más, en ocasiones, el afán de denunciar en sus aspectos más repugnantes la explotación de los trabajadores lleva a ciertos cuentistas a crear personajes infrahumanos, como las terribles "larvas" del argentino Elías Castelnuovo.

De los cuentos de Horacio Quiroga influídos por Edgar Allan Poe u obsedidos por el "más allá" y por el cinematógrafo,[3] parte la dirección *psicológica* o *expresionista.* En ésta desaparece el localismo paisajista o lingüístico, y la circunstancia hispanoamericana es apenas un accidente superable por la intuición o por el subconsciente. El hombre deja de ser el individuo concreto, histórico, nacional, provinciano y hasta doméstico, grato al criollismo, para convertirse en el ser abstracto que maneja la filosofía. A la pasión, al juego dialéctico del hombre con sus circunstancias, suceden la especulación y la angustia, el juego dialéctico del alma y sus fantasmas. Las influencias posteriores a Quiroga van aquí desde Tagore, presente en más de un cuento del chileno Augusto D'Halmar, a Huxley y a Kafka, de Proust a Joyce y a Virginia Woolf. (Prescindimos deliberadamente del instante de transición al psicologismo, desde el modernismo, como en Rafael Arévalo Martínez, y desde el naturalismo, a través de Bourget, como en Eduardo Barrios). Hay, además, influencias más o menos directas del psicoanálisis y del pensamiento filosófico: el concepto bergsoniano del tiempo como duración, la angustia de Kierkegaard, de Heidegger y, ahora mismo, de Jean-Paul Sartre. Todo muy literario, no siempre bien asimilado, pero presente sin duda alguna. No pocos de los conceptos existencialistas germanos pasaron a nuestras letras a través de Kafka, como en la actualidad contribuyen la novela y el teatro de

[3] Cf. HORACIO QUIROGA, *Más allá.* Buenos Aires-Montevideo, Ediciones de la Sociedad de Amigos del Libro Ríoplatense, vol. XIV, 1936. En uno de los cuentos de este libro puede hallarse, por ejemplo, un posible antecedente de la novela de BIOY CASARES, *La invención de Morel.* Es el titulado "El Vampiro" (p. 45-87).

Alberto Camus y del propio Sartre a divulgar los conceptos del nuevo existencialismo elaborado en París.

El *criollismo,* recordemos, es, de modo esencial, impresionista; el *psicologismo* fundamentalmente expresionista. Uno y otro se apartan, en sus extremos, del cuento; el primero suele convertirse en descripción pura en la que el hombre es sólo un elemento del paisaje —como en algunas páginas de Quiroga y en muchas más de Mariano Latorre—, o degenera en panfleto político. El *psicologismo,* por su parte, deriva hacia el soliloquio más o menos filosófico —como sucede con frecuencia en narraciones de Eduardo Mallea y de Jorge Luis Borges— o se acerca al poema lírico en prosa. De este modo, el cuento deja de serlo para servir a otros intereses: descripción, panfleto político o poesía lírica. Se impone, pues, y así lo han comprendido sus más destacados cultivadores, un retorno a la esencia del género.

Para Quiroga, el cuento es una flecha que va rectamente a clavarse en un blanco. Es decir, que, para él, lo característico del género está en esta puntería inmancable del narrador que dispara sin desviaciones el relato hacia una solución escogida de antemano. Esto quisieron hacer los *criollistas,* sólo que dando al blanco, a la solución, a la tesis, y al medio en que se mueve la flecha, atención exclusiva. Entre los *expresionistas* la flecha de Quiroga cede ante la de Zenón de Elea que obsedía a Valéry: la flecha inmóvil en el espacio, detenida por el poder especulativo de la mente. Recuérdense ciertos cuentos de Mallea, especialmente los recogidos en el libro de título tan sugestivo, como todos los suyos, *La ciudad junto al río inmóvil.* También, y mucho más significativo, un cuento de Borges, "El milagro secreto", coincidente con otro, ligeramente anterior, del joven narrador cubano Virgilio Piñera, *El conflicto.* En ambos, el relato quiere expresar el mágico poder de la mente que detiene en el espacio la flecha del tiempo real o, como dice Piñera, que quiere "detener el suceso en su punto de máxima saturación" para "sólo así burlarse de la acción de lo ineluctable".[4]

---

[4] VIRGILIO PIÑERA, *El conflicto.* La Habana, 1942; JORGE LUIS BORGES; "El milagro secreto", *Sur,* No. 101, Buenos Aires, febrero de 1943, p. 13-20.

Sin embargo, es fácil advertir que la fórmula de Quiroga apunta más bien al movimiento mismo de la flecha y al temblor, que es ímpetu inacabado, con que se queda vibrando en el blanco. Esta pintura de una trayectoria, esta narración de un proceso vital destacado por la muerte es, precisamente, lo que caracteriza al relato detectivesco, y de ahí que los escritores más preocupados por la crisis del cuento se hayan vuelto en demanda de soluciones hacia la narración policial, como ocurre ahora mismo con Borges y con Bioy Casares, con Amorim y con Silvina Ocampo.[5]

II

ENTRE todos estos esfuerzos por devolver al cuento su propio y peculiar carácter, sin recaer en el viejo naturalismo a lo Maupassant ni en el impresionismo a lo Daudet o a lo Catulle Mendès, se destacan los realizados por el cuentista cubano Lino Novás Calvo. Lo primero que se advierte en los cuentos de Novás, recogidos en sus libros *La luna nona* (Buenos Aires, 1942), *No sé quién soy* (México, 1945), *Cayo Canas* (Buenos Aires, 1946), y *En los traspatios* (La Habana, 1946), es su empeño en aprovechar los aportes válidos de las dos corrientes antes mencionadas, tomando en la criollista el realismo que

[5] Vid. JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES, bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, *Seis problemas para Don Isidro Parodi.* Buenos Aires, Sur, 1942; ENRIQUE M. AMORIM, *El asesino desvelado.* Buenos Aires, Emecé, El Séptimo Círculo, 1945; ADOLFO BIOY CASARES y SILVINA OCAMPO, *Los que aman odian.* Buenos Aires, Emecé, El Séptimo Círculo, 1946. Véanse también los comentarios en torno al auge contemporáneo de la novela policial dados a conocer por Borges, por Alfonso Reyes y por Lino Novás Calvo en diversas publicaciones del continente.

No debe confundirse este cultivo literario de la narración detectivesca, en busca de soluciones para la crisis del cuento, con la imitación de Conan Doyle realizada por el chileno Alberto Edwards (1874-1923), con el seudónimo de Miguel de Fuenzalida. Vid. RAUL SILVA CASTRO, *Los cuentistas chilenos.* Antología. Santiago de Chile, Zig-Zag, s.f., p. 79-85. Existe una edición escolar de cuatro cuentos policiales de Edwards, hecha en Norteamérica, con el título de *Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno.* New York, The MacMillan Company, 1946.

se apoya en la propia circunstancia —paisaje, hombres, lengua popular—, y de la expresionista el propósito de desnudar, en el personaje local, la más honda esencia humana, universal. De este modo, sus cuentos son característicamente cubanos por su fidelidad a la propia circunstancia, y universales por su feliz ahondamiento en la común entraña humana. Hay, además, en ellos, como en la narración detectivesca, peripecia apasionante, creación, por encima de la mera descripción, de la fría exposición ensayística o la encendida del panfleto político. Visto el problema desde diverso ángulo, puede afirmarse que un criollista aprovecharía los temas tratados por Novás para describir morosamente el paisaje cubano —el mar, los cayos, pueblecitos campesinos, "solares" habaneros— o para denunciar, en la áspera y directa lengua del pueblo, la explotación de proletarios y de campesinos; un expresionista utilizaría los mismos temas para bucear en el conflicto psicológico que padecen los personajes, con prescindencia casi absoluta del paisaje. Lino Novás Calvo, en cambio, señala el escenario sin prolijidad, en breves trazos certeros, como lo haría quien forma parte del paisaje, y narra la peripecia vital de sus criaturas en la lengua de ellas, pero con ciertas fundamentales cautelas: empleando lo permanente del coloquio popular, sin dejarse extraviar por lo momentáneamente expresivo de ciertas modas lingüísticas; destacando, por un hábil manejo del enfoque, los aspectos más significativos del escenario y de la anécdota; refiriendo la peripecia de modo que resalten aquellos detalles que han de revelar, por grados, una situación psicológica o patológica, sin exponerla de modo expreso; manifestando, en la forma indirecta que hemos señalado, lo universal humano por encima del carácter local de los personajes. Estos son siempre hombres, mujeres y niños de Cuba que emplean el español salpicado de regionalismos propios de los cubanos, pero lo que de ellos se impone al lector no es lo regional ni lo típico ni lo pintoresco, sino lo humano, sin que tal cosa implique prescindencia del peculiar juego dialéctico de tales personajes con su circunstancia insular. Por último, inventando, con elementos tomados de la realidad cotidiana, un proceso vital en el que los personajes humanos se debaten contra la fatalidad y la muerte. De este modo, vuelven a encontrarse en Novás las líneas divergentes de una tradición literaria iniciada

en Quiroga, pero ahora enriquecida por experiencias vitales diversas, madurada por la crisis y la angustia de nuestros días, expresiva de una nueva visión del mundo.

Mas, ¿cuál es esa nueva visión del mundo que expresan los cuentos de Lino Novás Calvo? Sin duda ninguna, la del individuo cercado acosado por la angustia y por la muerte. Ramón Yendía ve estrecharse lentamente el círculo de persecución y de muerte que ha provocado su propia conciencia aterrorizada; el viejo Oquendo desfallece entre llamas implacables; Tamaría se pierde, ciego, en el mar, rodeado de voces fantasmales; las espirales del ciclón y de la muerte envuelven y enloquecen a la protagonista de *No sé quién soy;* el terror a la muerte hace que Jubito mate a su propio padre, sin saberlo... Siempre el hombre que se debate inútilmente contra la fatalidad y la angustia de la muerte, contra una muerte sórdida, brutal, sin belleza. El autor no ha querido idealizarla, sino pintar la vida como marcha imparable hacia la muerte, como pelea desesperada e impotente contra el terror y la muerte. Su último libro, *Cayo Canas,* puede servirnos de prueba. Los cuentos que lo integran constituyen siete variaciones sobre el tema único del hombre cercado por la angustia y por la muerte. Estos son, en apretado resumen, sus asuntos: 1.—"Cayo Canas": un viejo contrabandista, rodeado por las llamas que ha prendido su enemigo, ve venir, impotente, la muerte, en un pequeño cayo carbonero; 2.—"El otro cayo": unos cuantos carboneros, sacudidos por la superstición, el terror y la tempestad, perecen a tiros o desaparecen en el mar; 3.—"La visión de Tamaría": un joven ciego, cercado de voces alucinantes, se pierde en el mar, nadando, sin percatarse de ello, en dirección contraria a la playa; 4.—"Un dedo encima": un niño que vió morir ahorcado a su padre pirata o contrabandista, vive en perpetuo espanto, acosado por los otros niños en una miserable casa de vecindad y, en un instante de terror, clava un cuchillo en el cuello de otro habitante del solar; 5.—"No le sé desil": un médico rural, que acude en su pequeña ambulancia a atender a dos campesinos que se han herido a machetazos, se debate contra el fango de los caminos y la actitud fatalista, aparentemente impasible de las mujeres de los heridos —dos hermanas— que han ido en su busca; 6.—"Trínquenme ahí a ese hombre": un campesino casado con una paralítica

desconfía de cuantos se acercan a su joven amante y enloquece cuando el menos sospechoso se larga con la joven y con la botijuela de sus ahorros, ante los ojos de la paralítica que muere al fin satisfecha; 7.—"Aliados y alemanes": por encima de la violencia y de la muerte, los primeros automóviles de alquiler ("alemanes") se imponen a los viejos coches de caballos ("aliados"). El cuentista no se interesa, en este último caso, por el fenómeno económico, ni por el paralelismo histórico que implican los nombres de "aliados" y "alemanes", sino por el conflicto humano de los últimos cocheros que luchan en vano contra el ritmo fatal del progreso mecánico que los arrolla y desplaza.[6] Lo importante en todos estos cuentos, como en la obra de Novás, es la lucha del individuo con circunstancias abrumadoras que llevan la angustia, el terror y la muerte en sus entrañas.

Se dirá que ésta era también la concepción del mundo de Horacio Quiroga, pero, en realidad, se trata de cosas distintas. En Quiroga, la selva, el río, las circunstancias naturales, constituyen el verdadero personaje de los cuentos; en los de Novás, en primer plano está el hombre, el individuo aislado, solo en medio de la multitud que no puede ayudarle sino que agrava su terrible conflicto interior. ¿No se ve aquí claramente la expresión poética de un problema fundamental de nuestro tiempo: la angustia del individuo perdido en la masa, envuelto, como entre llamas o espirales de ciclón, en la vorágine de su circunstancia social en crisis? Por otra parte, en Quiroga, como consecuencia de lo que acabamos de señalar, dominan los valores espaciales: la pintura de la selva, del río, del escenario, en fin; en los relatos de Novás se siente el paso implacable del tiempo. Quiroga supo advertir la riqueza plástica del cine, Novás se interesa en mayor grado por su secuencia temporal. Por todo esto, está en el extremo opuesto a Quiroga y expresa una visión del mundo totalmente

---

[6] Esta actitud se resume en las palabras finales del cuento, narrado por un muchacho: "Así fué como yo dejé de ser 'aliado' y me convertí en 'alemán'. Pero yo nada sabía de lo que pasaba entre verdaderos aliados y alemanes más allá del mar. Sólo más tarde... Pero eso ¿qué tiene que ver con nuestros 'aliados' y nuestros 'alemanes'?".

diversa, asentada en vivencias personales de muy distintas circunstancias.

El contenido de los cuentos de Lino Novás Calvo es siempre la vida en los bajos fondos, en el medio sórdido de pequeños burgueses pobres, de campesinos más pobres aún, de proletarios, de lumpemproletarios, que el autor conoció en sus días de chofer ("botero"), carbonero, boxeador de peso mosca y librero. "La visión de Tamaría" es, entre estas narraciones, una excepción —la acción transcurre en un balneario elegante— y en *No sé quién soy* los personajes burgueses se mueven en la zona marginal de los amores ilícitos, las entrevistas secretas y los pactos suicidas. La materia de los cuentos está tomada de la realidad cotidiana, doméstica, antiheroica, en que se siente el fluir lento pero indetenible del tiempo. Los protagonistas son hombres comunes, moldeados en barro deleznable y grosero, trabajados inarmónicamente, a golpes, por la vida: choferes, contrabandistas, oficinistas desplazados, vendedores ambulantes, campesinos pobres, carboneros, psicópatas, proletarios, pintados no como factores de la lucha social, con criterio clasista, sino como individuos de dolor y de angustia, presos en la red irrompible de sus propias circunstancias. De aquí que el contenido ideal de estos cuentos sea, en esencia, fatalista. Pero, entiéndase bien, fatalista porque el proceso narrado conduce con ritmo implacable a la derrota y la muerte de los protagonistas, no porque en él se exprese la necesidad metafísica de esa destrucción. El autor no expone como universal e inevitable la derrota del hombre en su batalla con las circunstancias, pero, de esta lucha, prefiere relatarnos algunos vencimientos individuales, como un modo, acaso, de llamarnos la atención sobre el dolor de cada hombre olvidado, pospuesto por el interés mayor de las urgencias colectivas. En un tiempo en el que lo que importa son los personajes colectivos, las masas, las clases, Novás viene a recordarnos que, dentro de éstos, integrándolos, hay personajes individuales que sufren el tormento de su aislamiento angustiado, de su soledad frente al terror y la muerte. Sus cuentos hablan, no del soldado sumido, salvado, en la unidad mayor de su ejército, sino del habitante perdido en la "tierra de nadie", que no acierta a ver la guerra ni a entender su sentido, pero padece cogido

entre dos fuegos, que no puede soñar con la victoria y está fatalmente destinado a la destrucción y a la muerte.

Todo esto está expresado con una técnica que debe no poco al cinematógrafo, con la sugerente objetividad con que manejan la cámara los grandes directores europeos y, en norteamérica, un Orson Welles. El cuentista no quiere describirnos una emoción ni narrarnos el desarrollo de un sentimiento, sino revelar ambos fenómenos con el enfoque de gestos, de objetos, de situaciones sugerentes que, en la mayoría de los casos, para nuestra atención, suelen estar "fuera de foco". Todos sabemos el prestigio enorme, simbólico, la relevancia que adquieren ciertos objetos, ciertos sonidos o ciertas situaciones habitualmente indiferentes, cuando están de algún modo relacionadas con un suceso conmovedor. El cine trajo a primer plano este enfoque emocional, este destaque simbólico de imágenes, y Novás ha sabido aprovecharlo en sus cuentos. Véase, por ejemplo, esta certera "toma" inicial de una de sus narraciones, que podría servir de introducción a un buen film contemporáneo:

> Pasado el riel de caña, cubierto de hierba, el ramal se bifurcaba: Uno corría recto al encuentro de la carretera, el otro se iba disolviendo en camino real, cruzaba los sitios, el bajío, la vega, para ascender luego serpeando hasta la sabana, a cuyos primeros bohíos había llegado ya, en su estreno, la ambulancia.[7]

El ramal se anima velozmente al paso del vehículo y lo vemos cruzar el riel cubierto de hierba, bifurcarse, transformarse, serpear, vivir bajo el ojo sagaz de la cámara que nos lleva con ella a detenernos en los bohíos y en la ambulancia para dara paso luego a la anécdota. Se piensa en el comienzo de *La bestia humana,* el admirable film de Renoir sobre la novela de Zola.

Otras veces las imágenes son principalmente sonoras, como en "La visión de Tamaría", donde hay también afortunadas descripciones de sensaciones táctiles. Un joven ciego nada, fatigado por el esfuerzo, lejos de la playa:

> La meta (que ya debía estar cercana) absorbía ahora toda su atención. Aquellos primeros rumores se transformaron en otros,

---

[7] "No le sé desil", *Cayo Canas.* p. 121.

tan numerosos y alegres, como extraños. Había risas, voces juveniles, música. Chistaban los grillos, un tren pasaba pitando y (cosa más extraña) hasta se le figuró por dos o tres veces que había "visto" pasar en arco (un arco como él describía nadando) bengalas de cocuyos. Otra vez reapareció en su imaginación la muchacha bailando con el hombre invisible, bailando sola en la pista hacia el alba cuando ya todas las demás parejas habían abandonado el sitio. Multitud de imágenes y sonidos embargaban su mente, le sustraían a cuanto el resto del hombre pudiera acontecerle. La playa estaba, al amanecer, colmada de gente (la gente del domingo), y a través de esa masa pululante venía ella, como una ola rebelde, una ola morena y de través, a recibirlo. Oyó su voz —clara, diáfana, leve, sorprendida— que preguntaba algo ininteligible. Surgía de pronto y volvía a sumergirse, daba vueltas en torno y se alejaba, disolviéndose cada vez que se imprimía un impulso hacia ella. Trató de llamarla, de hacerle ver que sentía fatiga, que necesitaba ayuda, pero su propia voz se atoraba en la garganta y no salía. Alzó una mano, luego otra, en sucesivos y desesperados aleteos de ave herida y no marina derribada en el agua. Trató de cogerse a alguna de las figuras que creía ver, siguiendo la estela de la joven, pero también esas se disolvían, con un ruido que no era risa, pero que correspondía a una burla más cruel que ninguna risa.[8]

En esta página se imponen las imágenes auditivas junto a unas pocas visuales justificadas por una etapa anterior en que el protagonista podía ver; las hay también táctiles, que predominan en otras páginas. En todos los casos se trata de una inteligente combinación de imágenes objetivas, de sensaciones, que conducen al lector a una situación anímica, a un estado emocional, que crean una adecuada *atmósfera*. El propio Novás describe el procedimiento por boca de uno de sus personajes, en un capítulo de su novela en preparación *Los Oquendo*.[9] Aquí una mujer narra los sucesos de un día de gran trascendencia. En imágenes escuetas, como simple registro de acontecimientos sucesivos, dice el ir y venir de los personajes que lleva al máximo la tensión del lector frente a lo que presiente. Explica:

---

[8] *Loc. cit.*, p. 97-98.

[9] Vid. p. 264 del presente número.

Todo esto forma una atmósfera. Es la misma y, no obstante, parece tener algún nuevo ingrediente que no comprendo. Siempre que algo me inquieta, sin revelarse, trato de juntar recuerdos, imágenes, impresiones, y ver cómo combinan. A veces, me espantan. Otras, el simple contacto de dos imágenes me da la respuesta.

Este es, precisamente, el procedimiento del cine y también el de la inducción policial: la asociación de imágenes sugerentes que integran una "atmósfera" en la que no puede brotar más que la respuesta precisa. En sus cuentos logra, a veces, Novás el estado emocional deseado sorprendiendo al lector con comienzos que lo sitúan, de golpe, en el corazón mismo del problema:

Lo primero que sonó allí fué el nombre: Fillo; Fillo Figueredo. *Allí* era un montoncito de cuartos, dentro y en torno a la cantera vieja, y el camino a la lomita donde lavaba Sabina, y el camino a los pasajes, y el placel, y el tren con su ceiba y los marabúes. Unos cuartos viejos, nacidos viejos, y chiquitos, y retorcidos y sin orden. Los del babiney, nos llamaban.[10]

De pronto, con este procedimiento de descripción indirecta, nos encontramos en el centro del escenario: un miserable barrio de indigentes, sórdida frontera entre el campo y la ciudad. Pero lo esencial es el nombre: Fillo, Fillo Figueredo. La descripción del lugar en que resuena este nombre se ha hecho en pocas palabras, las indispensables para acompañar al índice ideal que señala los escasos puntos de referencia. Mejor diríamos que se trata de una enumeración en la que las imágenes agrupadas, yuxtapuestas, crean una atmósfera familiar de miseria ya conocida, vista a diario, en la que adquieren relieve y sentido los detalles cotidianos: la lomita en que lavaba Sabina, la ceiba y los marabúes junto al tren... La eficacia de este tipo de descripción descansa también en el manejo del lenguaje: la reiteración de conjunciones copulativas (el *polisíndeton* de las viejas preceptivas), la eficacia de ciertas formas verbales —ese pretérito que crea la impresión de cosa acabada: "donde *lavaba* Sabina"— el hipérbaton de la oración final que destaca el sujeto psicológico contenido en el complemento gramatical. El escritor ha empleado la forma descriptiva por

10 "Un dedo encima", *Loc. cit.*, p. 101.

enumeración de los elementos del paisaje, tan frecuente en el lenguaje del pueblo, haciéndonos ver, por los ojos del narrador, una circunstancia familiar a éste, y echa mano para ello de formas coloquiales —lomita, placel, montoncito, pasajes, babiney— apenas alterados por un culto "en torno". Y esto es buen ejemplo del tratamiento del lenguaje en los cuentos de Novás.

Algunas veces, muy pocas, emplea él un lenguaje esencialmente culto, intelectual, de largas oraciones envolventes, con dilatadas proposiciones incidentales y paréntesis. Así, por ejemplo, en "La visión de Tamaría", inspirada en unos versos de George Santayana. La mayor parte de las veces prefiere el lenguaje popular de oraciones breves, cortante, nervioso hasta el jadeo, o lleno de circunloquios y meandros que llevan el pensamiento, en un movimiento oscilante de devanadera, a entrelazar los acontecimientos pasados con los actuales, no con afán proustiano de "recobrar el tiempo perdido", sino con el mágico propósito de revivencia peculiar de toda forma primitiva o ingenua de expresión. De ahí el sabor de teogonía primitiva y el ritmo casi versicular de ciertos párrafos como este que habla de la noche en un cayo carbonero:

> Entonces venía aquella noche sin fondo. No había laderas, ni fondo, ni nada, sino un lugar vacío en el mundo. No había agua ni tierra, ni se veían las palmas, y el que estaba junto al fuego veía cosas humanas por dentro. Eran actos que se derretían en la imaginación y que se veían antes y después de ser, pasando. Todo pasaba allí y se lo comía la noche.[11]

Es, como puede advertirse, un tratamiento artístico, culto, del lenguaje popular que parte, aprovechándolos, de los recursos expresivos de éste, utilizando lo perdurable de su magia creadora, lo que en ellos subsiste de los valores poéticos del habla primitiva. Como ciertos narradores norteamericanos —Faulkner, Hemingway—, Novás utiliza más de una vez la repetición, a modo de ritornello o leit motiv, en sus relatos:

> —Déjenme la muchachita —dijera Sabina—. No me la toquen y déjenla. Su padre anda cerca y un día vendrá aquí y puede pasar algo; no la toquen.

---

[11] "El otro cayo", *Loc. cit.,* p. 55-56.

Esto era años antes, pero nadie vió por allí al padre, y no pasó nada. Las mujeres reían por eso. Elfo no había creído en nada y el padre no había venido. Quizás no hubiera padre o Sabina no supiera de él. Luego Elfo se le fué a Erólida, y después a Hildelisa, y ancló en Limbania. Altica misma lo decía, riendo y andando así, al decirlo.

—Déjenme la muchacha, por su madre, déjenmela —dijera Sabina.

Esto antes. Hacía tres años que ya no lo decía, salvo quizás a sí misma. A veces hablaba sola y los otros reían, diciendo que aún lo decía, por lo bajito, porque alto nadie le creía.

—Déjenmela, no la toquen, que aún es muy joven —había dicho.[12]

En los fragmentos que acabamos de citar hallamos idénticos procedimientos estilísticos. En ambos, el ritmo creciente de negaciones, la repetición de conceptos y de palabras que abren y cierran el párrafo, la economía de formas verbales y de sustantivos que se reiteran constantemente. En el segundo ejemplo es más ostensible el ritmo gradual de las negaciones: desde el comienzo: —Déjenme la muchachita —dijera Sabina—, al centro mismo del párrafo —"Déjenme la muchacha, por su madre, déjenmela —dijera Sabina"—, al final —"Déjenmela, no la toquen, que aún es muy joven, había dicho"—, la repetición enfática de ciertas palabras, la dilución gradual de otras, expresan cabalmente un apremio angustioso, una demanda que se inicia con un grito y concluye en un sollozo, en queja musitada "por lo bajito", a sí misma. Y, al final, el mismo vacío sin fondo: la noche que todo lo devora; las gentes que ya no creen ni escuchan a Sabina. Aquí también hallamos la íntima fusión del pasado y del presente, la revivencia de aquél, apenas mantenido a distancia por unas formas verbales —el vago pretérito de subjuntivo "dijera", al comienzo y al medio del párrafo, el más rotunto antecopretérito de indicativo, para cerrar el sentido, al final: "había dicho"; también "hablaba", "reían", etc.,— o por una declaración expresa —"Eso era años antes", "Hacía tres años que ya no lo decía"— que no anula por completo su persistencia —"salvo quizás a sí misma"— ni su estrecha relación con los acontecimientos actuales. Y es que

---

12 "Un dedo encima", *Loc. cit.*, p. 106-107.

en los cuentos de Novás, como en la noche del cayo carbonero, todo se ve "antes y después de ser, pasando". Esta esencial preocupación por el transcurso temporal, a que ya hemos aludido, desnuda el afán del hombre contemporáneo por sustraerse a la tiranía del tiempo, que es cambio y destrucción. Aquí se acerca Novás a los expresionistas. Como ellos, alguna vez intenta superar el paso del tiempo con la entrega total a un suceso presente, sin pasado ni futuro, con la sumersión y la embriaguez en un evento que nos aparta de la realidad circunstante y parece sustraernos de la órbita de todos los relojes. En uno de sus cuentos se lee:

> Allí se olvidó el tiempo. Los cortadores todos trabaron un corro, en cuclillas, sobre cubierta, donde no entraba el tiempo. Lo espantaba el son que salía del bongó. José Encarnación estaba en el medio con el tambor entre los muslos y la música le salía a él mismo de los músculos. Se iba convirtiendo él mismo en bongó. La luna lo ponía rojo y el cuero caliente entre las piernas lo tensaba hacia arriba. Nosotros lo veíamos encaramado en su cuerpo, con los dientes pidiendo luna, y los ojos cerrados, y abiertos hacia adentro. Esto, los cortadores y yo. Y el capitán y hasta el segundo. Los jefes y mayorales se arrimaron a la borda y se borraron de nuestros sentidos por algún tiempo. Nadie podría decir cuanto. Meterse en aquella música era salirse de la realidad de afuera y vivir sin tiempo.[13]

Aquí están patentes, junto a las innegables analogías, diferencias que separan a Novás de los narradores expresionistas. Como ellos, expresa el afán de "vivir sin tiempo", pero en tanto que Borges, Mallea, Bioy Casares o Virgilio Piñera intentan realizarlo, como "milagro secreto", en la mente del sujeto, como aquel "naufragio hacia adentro" de que hablara Neruda, en Novás se da como transustanciación en elementos ajenos al sujeto, como mágica fusión del individuo y el corro, del tocador y la música. El hombre se encarama sobre su propio cuerpo, no se sale de él, para mirar hacia adentro. La realidad circunstante desaparece aquí también, como en el caso de los expresionistas, y el hombre escapa de ella y del tiempo, que es su esencia, metiéndose en la música, que es un fragmento —¡esencialmente temporal!— de esa misma realidad. Es

---

[13] "El otro cayo", *Loc. cit.*, p. 94.

decir, que para Novás el hombre se olvida del tiempo apretándose en corro a otros hombres o metiéndose en la música que expresa la pulsación profunda del ritmo vital.

III

He aquí, por cierto, un buen camino para superar el desaliento que exhalan estos cuentos, el que manifiestan los artículos periodísticos y los ensayos de Novás Calvo. Es imposible persistir en esta visión del mundo —el individuo aislado, acechado por la angustia y por la muerte— sin caer en la monotonía del acento monocorde, en la repetición, hasta el cansancio, de una misma nota ejecutada por diversos instrumentos. Y es que, además, dicha visión del mundo no es sino la carencia y el anhelo de una concepción del mismo que sea, a la vez, razón y acicate, clave de su sentido y estímulo para la acción. El mismo autor parece reconocerlo así cuando escribe: "Me falta una misión; la misión que da el estar identificado con algún sector humano en marcha, con un propósito y contra algún estorbo. Esto viene a ser militancia en arte. Por ello —entre otras cosas— fué grande El Greco; por falta de ello —en otras cosas, y a pesar de sus virtudes— es pequeño Picasso. Esto no es, ni mucho menos, todo lo que importa, pero es importante".[14]

La solución está, sin duda, en aquel trabarse en corro de los hombres, expuesta por el propio Novás; en una visión renovada del mundo que le devuelva la fe en el individuo salvado, no perdido, en la masa, puesto a crear, con el tiempo de aliado y no enemigo, una circunstancia mejor. O, acaso, en el empeño de revelar en los cuentos la diversidad de las circunstancias a través de las múltiples visiones del mundo, en un esfuerzo de acomodación simpática a ajenas concepciones y actitudes vitales. Con lo cual su obra futura alcanzaría una más amplia resonancia polifónica. En sus producciones más recientes —*En los traspatios,* el capítulo de la novela en preparación— hay claras muestras de un cambio de actitud del autor en lo que se refiere a la expresión de las emociones y de los sentimientos, que son en ellas descritos, sin abandonar, no

---

14 Carta al autor del presente ensayo. Febrero 26 de 1947.

obstante, la técnica anterior de sugerirlos. En ambos libros, como se insinuara en "Un dedo encima", el individuo acosado mata inconscientemente para librarse del terror a la muerte. Es un gesto brutal, instintivo, de defensa, que desvía hacia otros la muerte. Pero el individuo aterrado se impone y derrota a la muerte. Y esto es ya, por encima del dolor y de la ajena desgracia, casi un triunfo de la vida.

Por otra parte, a Novás le preocupa y desconcierta la ausencia de raíces nutricias, de tradición para su arte. "Me falta una tradición —escribe—. Nos falta en Cuba. Motivos de sensibilidad estragada y mediatizada nos han impedido seguir y continuar un patrimonio literario que debió partir de Las Casas y llegar hasta nuestro roce, sin fusión, con lo americano. Pero esto ha sido imposible y hoy el escritor cubano tiene que crearlo todo, sacarlo todo de sí mismo, tal como él mismo está hecho de mezclas por asimilar y, lo peor, de mezclas que se vician, corrompen y pasan rápidamente".[15]

La mejor contradicción a estas ideas es la propia obra de Lino Novás Calvo. Hemos visto cómo en ella se resumen y superan las líneas de una tradición de narradores hispanoamericanos que no inició Quiroga, pero que, en su aspecto más reciente, parte de él. En el caso específico de Cuba, es más fácil aún mostrar el proceso ininterrumpido que se inicia, antes de Las Casas, en la pintura de su amada circunstancia habanera por Arrate, y tiene momentos culminantes en "El Lugareño", en Cárdenas y Rodríguez, en Ramón de Palma, en Suárez y Romero, en el Villaverde de las narraciones cortas tanto como en el de *Cecilia Valdés,* en Nicolás Heredia, en Jesús Castellanos, para no salirnos de la línea estricta de los narradores. Cada uno de ellos, como ahora Novás, insurgió contra mezclas e influencias viciosas y se empeñó en una empresa renovadora. La tradición se ha ido forjando con la suma de tales esfuerzos. Tradición que no es sólo suma de conquistas, de realizaciones, sino de descontentos y de momentáneos desalientos que impulsan a nuevas aventuras. Ya Pedro Henríquez Ureña lo había señalado. "Los inquietos de ahora —escribió— se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa (Novás añade ahora, con razón, a los Estados Unidos. J.A.P.), nutrién-

[15] *Loc. cit.*

dose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba: olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa".[16] Y ni siquiera es más angustiosa ni urgente nuestra demanda de hoy, sino que repite la ansiedad de generaciones anteriores. El propio Henríquez Ureña lo ha explicado así: "Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio".[17]

Frente a esta inquietud, "el ansia de perfección —concluye el crítico citado— es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido".[18]

Que es cabalmente lo que ocurre con Lino Novás Calvo. El ansia de perfección le ha llevado a superar los hallazgos de una doble tradición hispanoamericana, en la que están incluídos los escritores cubanos, dándonos, por encima de su fidelidad innegable a la propia circunstancia nutricia, la expresión angustiada, universal, del hombre contemporáneo. Novás, como todo verdadero creador, como Horacio Quiroga, es conclusión y comienzo, etapa fundamental en el proceso de nuestras letras y, al presente, primero entre los cuentistas de lengua española.

---

16 PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, "El descontento y la promesa" en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión.* Buenos Aires, Babel, (1927), p. 15.

17 *Ob. cit.*, p. 18.

18 *Ob. cit.*, p. 32-33.

CAMILA TIMIRAOS CUENTA*

Por *Lino NOVAS CALVO*

LA MUERTE de Lalo ha dejado un suspenso extraño. Advierto que hay más que terror y más que pesar; más, incluso, que consternación y cólera. Lourdes vino un momento, de noche, a dejarme un nuevo teléfono. Santos no había llegado. Ella entró por el frente, con la llave que tiene. Me dejó la hojita en la cartera y salió sin despertarme. Yo la vi a través del sueño. Estaba tan rendida, y a la vez tan alterada, que mi sueño era transparente, tenue y movedizo, como un agua pesada y oscura, de la que sin embargo no podía soltarme. Quise despertar. Sabía que era Lourdes, la estaba viendo (a la luz de las ventanas) pero el sueño me apretaba hacia abajo. Ella se detuvo un minuto ante la cama, mirándome. Me lucía desvaída, macilenta, temblorosa. La sentía respirar; creía ver sus grandes y asombrados ojos verdes sobre los míos.

Desperté justamente al sentir el clic de la puerta al cerrarse y los pasos breves y secos de Lourdes saliendo a la acera. No encendí la luz. Sabía que Lourdes me había andado en la cartera y fuí a ver. Allí estaba la hojita, con el teléfono, sin más explicación. Pero era un número nuevo que venía a tapar otros números; quería también decir que Lourdes andaba aún libre; y aun quizás, que lo estuviera Chano. De lo contrario, ella me habría dejado la noticia. A la vez, indicaba que la policía estaba apretando, pero esto apenas había que decirlo. La muerte de Lalo era prueba bastante.

Santos vino con el día. No había ido a guardar. Traía un carro nuevo, un Marquette crema, flamante, de paquete. Me dijo que había engrampado un viaje para el campo, y yo miro a las ruedas limpias. ¿Cómo era eso? Pero no hice ninguna pregunta. Para el campo podía decir, simplemente, para un

* Fragmento de la novela en preparación, LOS OQUENDO.

cabaret de las afueras. ¿Por qué se me ocurría siquiera pensar en esto? Quizás porque necesitaba pensar en algo.

Santos luce curiosamente alterado. Está pálido, tiene los ojos levemente inyectados. Mira en derredor con el recelo de los atemorizados.

—¿Qué te pasa? —le pregunto de golpe. El hace como un ademán de levantarse, se queda con la taza de café en la mano, mirándome, alarmado.

—¿Qué me pasa por qué?

No sé que contestarle. Me fijo en su aspecto. Se ha afeitado y bañado y se ha puesto un nuevo traje. Salgo del paso diciendo:

—¿No vas a dormir?

—No; —me dice Santos—. Ya dormí en el carro. Tengo que llevarlo al mecánico; ahí un fallo...

Traga rápidamente el desayuno y se levanta. Va al cuarto, cierra la puerta, sale al traspatio por el baño. Lo veo entrar en la caseta de las herramientas. Tarda un rato en volver y viene palpándose los bolsillos, mirando a los lados, como si hubiera perdido algo. Se detiene a unos pasos de mí, me mira fijamente. No sé cómo interpretar esa mirada. Puede ser sospecha, recelo, odio contenido, amor frustrado... qué sé yo. En un instante trato de asociar todas las posibilidades y el resultado es una borrosidad, durante la cual Santos pasa a mi lado. En el pasillo, vuelve a detenerse, regresa y me besa en la boca. Noto que le tiemblan las manos, que los labios no expresan deseo, que tienen prisa de apartarse. Me aprieta las dos manos y dice explicando:

—Me han alquilado ahí unos mexicanos. No vendré tampoco esta noche.

Da dos o tres pasos apresurados, se detiene otra vez, vuelve y me pone un fajo de billetes en la mano. Sale entonces trotando. Le sigo hasta la puerta, pero cuando llego ya él ha subido al carro y está virando en segunda. El auto se aleja callado.

No cuento los billetes, pero noto que son de a cinco y me digo que deben de sumar, por lo menos, cien pesos. No sé por qué me impresiona. Para cualquier buena suma, Santos tenía siempre una buena explicación. Con nada de lo que está sucediendo puedo relacionarlo. Hay hecho —y sumas— ante-

riores. Datan de la época del niño. Recuerdo que entonces me había dicho: Si dinero es lo que falta, habrá que buscarlo. Lo había buscado. Habíamos tenido médico y comida y medicinas y otras cosas. La explicación era clara. Santos tenía sus amigos, y sus entradas al margen. Chano y Lourdes mismos conocían los hechos: Rosita, la banquera; Mr. Owens el del casino; sus marchantas... Eran sus entradas. Nada extraño.

Pero esta mañana me pareció ver algo diferente en su cara. Quizás lo hubiese visto otras veces, desde lo de Lalo. Y también esto era explicable. Lalo y Santos, se tenían afecto —hasta donde Santos podía tenerlo a "esos chichinguacos". Pero los tolera. Dice que hay que vivir hasta con las bibijaguas. Se lo dice a ellos mismos. No cree en ellos. No cree en nada. Pero ellos lo quieren. Dicen que tiene buen corazón. Santos lo niega. Esto ha durado años.

A las nueve salgo a hacer la compra, pero antes de salir del caserío me pregunto para qué. Puedo almorzar en La Habana. Santos no vendrá, de seguro, en todo el día, ni en toda la noche. Y por la tarde puedo salir al Paradero, o irme a casa de Monona. Viro para atrás con intención de dejar la java y volver a salir. Entonces me encuentro con Cunagua.

El joven está sentado en el ribazo, sobre el entubado, con el tres apoyado en el suelo. Me ve venir y no se mueve. En ese momento, pasa, despacio, una máquina. Alguien mira desde dentro hacia la casa. Yo hago que no veo, entro y dejo la puerta entornada. Desde la sala, veo a Cunagua todavía en aquel sitio. Luego se levanta y se mete, paso a paso, por el camino al borde de la finca. Sé que dará la vuelta al caserío y entrará, como siempre, por entre las tunas. Pronto lo tendré en casa, como un delito. Pero él me dice entrando:

—No te ocupes. Todavía yo no estoy fichado. Espero no estarlo nunca. Además, nosotros somos familia y nadie se extraña.

Le pregunto prontamente qué hubo de Lalo; cómo es que lo han cogido. Cunagua pone el tres sobre la mesa y menea la cabeza:

—Cualquiera sabe. Es parte del juego. La casa estaba vigilada, y el Secretario ni siquiera vivía en ella. Simulaba vivir. Fué una trampa. A mi ver, lo cogieron allí mismo, con el petardo, sin que haya habido confidencia.

Me quedo agitada. He ido a hacer café y al traerlo noto que me tiemblan las manos. ¿Confidencia? Pero la palabra no tiene para mí sentido preciso. Puede ser confidencia de los mismos agentes. En todo caso ¿qué tiene que ver con nosotros? Ni Santos ni yo queremos enredos con estas gentes. Lourdes los ha ido infiltrando en nuestra vida. Ahora... Santos dice que no se deja en el hoyo ni al diablo. Eso, si uno puede sacarlo. Ni Santos ni yo podemos gran cosa.

Cunagua no parece alterado. Es un ángel, sin mal y sin bien. Canta y toca el bien y el mal con la misma música, y él se sale por el margen, y viene hasta mí, y me mira con amor en los ojos. Es un amor que me hace falta. Cualquier debilidad de mi parte pudiera matarlo.

Cunagua es también un duende. Es capaz de ir hasta una mujer que no ha visto nunca y decirle, con toda seriedad, con toda sinceridad, como un mendigo: "Mamaíta, acuéstate conmigo". Es difícil no hacerlo. Pero yo pienso que si una lo hace, la próxima vez quizás no se lo pidan de ese modo. Yo quiero conservar ese candor, sin ética y sin miedo, sin malicia y sin recuerdo. Mataron a Lalo, y es parte del juego. Un día, Cunagua ha entrado sin dinero, en un lujoso prostíbulo y, dirigiéndose a la reina, le dijo, con voz de gato, que la necesitaba. Ella se levantó, depositó, de su cartera, la cuota en manos de la dueña. A Cunagua, nadie le niega nada.

—La verdad, Camila, que tú eres santa— me dice ahora, y es como un rezo. Yo le sonrío, paso rozándole con el flanco, me inclino sobre él, le rozo con los senos la mejilla, le beso cómicamente en la frente. Cunagua no se mueve. Sigue ante su tacita de café, recogido, contento. No trata de coger nada. Está allí para agradecer, para pedir, para admirar, para amar tranquila y candorosamente.

Y cuando habla, liberta. Los temas más arduos pierden gravedad en su voz. Me dice que Chano y otros andan aun pensando que Lalo ha sido delatado por alguien que sabía que habían echado a suertes. Pero hasta esto se aligera en sus palabras. Es parte del juego, y éste parece desinteresado. Contra este hombre no habría que hacer. Todo es suyo— y si no lo es no se ofende. Lo mismo que toca, lo que quiera que sea (amor imposible, amor impuro, amor traicionado, amor triunfante, amor canalla) es juego. Santos se ríe de Cunagua.

Le llama muñecote, y bobito, y solibio, y sinsonte, y cualquier cosa que le suene a pluma sin buche y sin cabeza. Cunagua ríe. La risa es de Cunagua.

Después del café coge el tres y se pone a rasguñar. No suena. La caja está llena de proclamas. Cunagua sonríe y dice que el instrumento tiene empacho. Ha comido ajiaco a la guajira; todos los días le añade algo nuevo pero el fondo, o poso, de esas adiciones es lo que importa. Al fin, cuando envejezca bastante, el fondo irá dominando, más y más, las adiciones. Más o menos, es lo que ha dicho él mismo. En su tres hay hojas de todo. Todo lo ha cantado Cunagua.

Me quedo aliviada. Cunagua sale a mediodía y marcha bajo el sol calzada arriba, sin prisa y, aparentemente, sin rumbo. Me quedo pensando. Momentos después, alguien estará leyendo una nueva proclama y nadie, ni los más avisados, podrán sospechar de dónde ha salido. A la tarde, aunque con su poso, la caja del tres estará suficientemente aliviada, para dar resonancia a más leves canciones.

Al atardecer hace Lourdes otra aparición. Más directa, ésta me parece, sin embargo, más extraña. Viene arrostrando el peligro. Viene exaltada. Entra por la puerta y cierra de golpe. Se queda arrimada a ella, por dentro, y pasea la vista en derredor como buscando amparo. Trae el vestido sucio y ajado; respira con la boca entreabierta; el verdor de sus ojos tiene estrías de espanto y de veneno. Yo me había estado fatigando en el lavadero, rehuyendo pensar, y salí a su encuentro con la mente embotada. Lo primero que se me ocurre es, naturalmente, que viene escapando, pero en seguida: ¿por qué a esta casa?

Santos, pensábamos todavía, no estaba vigilado. Su posición había sido aclarada por él mismo. Desde luego, no botaría a su hermana. Pero tampoco se dejaría llevar por ella, ni por nadie. No creía en nadie. No creía en nada. El haría, si pudiera, un lío de ropa sucia (policías y políticos), lo mandaría en el lanchón de la basura a Cayo Cruz. Estaba claro. Así era Santos.

—No te ocupes— me dice Lourdes—. No te ocupes.

Da unos pasos por la sala, atisba al interior del cuarto, desde la reja hacia el traspatio. Cuando regresa, nos encon-

tramos con los ojos. No sabemos qué decirnos. Yo rompo el silencio:

—Encontré tu nuevo teléfono. Te vi a través del sueño.

—Olvídate de eso— dice, roncamente; y añade:—¿Dónde anda mi hermano?

—Alquilado—le digo—. Con unos mexicanos. No vendrá esta noche.

Mientras hablo, miro a su rostro. Noto, o creo notar, que va cambiando, de una expresión cerrada a una expresión irónica. Rompe a andar, entra en el baño, sin cerrar la puerta. Orina y se seca sin ocultarse, mirándome a la cara. Cruza otra vez hacia la sala. Yo la sigo unos pasos y, cerca de la puerta, se vuelve de súbito, me mira a los ojos. Parece a punto de saltarme encima, pero cambia de nuevo y sale de prisa. Sale sin ocultarse. Marcha por la orilla hacia el Paradero, con aire decidido, pero con paso algo rígido, como a una cita trágica.

Todo esto forma una atmósfera. Es la misma y, no obstante, parece tener algún nuevo ingrediente que no comprendo. Siempre que algo me inquieta, sin revelarse, trato de juntar recuerdos, imágenes, impresiones, y ver cómo combinan. A veces, de esta química, salen formas de delirio. Si no estoy fuerte, me espantan. Otras, el simple contacto de dos imágenes me da la respuesta. ¿Qué ha sucedido en estos días? Recuerdo de repente que Santos me ha dicho, poco antes: —"Creo que mi hermano anda por La Habana". No dice Martín. Hace siete años que Santos ha dejado de llamarlo por su nombre. Pero aun le llama su hermano, lo cual no es un cumplido. También a Lourdes le dice hermana, aun cuando le estaría llamando pirranga. Y a Martín le dice hermano como le habría dicho bandido— si bandido, para Santos, fuera un reproche. Pero lo ha nombrado. Desde hacía siete años Martín era tabú entre nosotros. Quizás hubiese venido. Periódicamente, nos llegaban vagas noticias. Se decía que mandaba éste o el otro velero; éste o el otro crucero. Un día Lourdes trajo un recorte de periódico diciendo que un yatecito de contrabando había sido perseguido por un guardacostas, y el reporte añadía: "sospechándose que fuese mandado por el joven y notorio Martín Oquendo". ¿Por qué notorio? ¿Qué había hecho?

Aquella noticia se había ido aquietando. Yo misma hacía un esfuerzo por olvidarla. Recientemente, supimos que dos o tres revolucionarios habían escapado en una pequeña embarcación no especificada, de contrabando. No eran del sector de Lourdes y los suyos, pero Lourdes había dicho, varias veces, a espaldas de Santos: "Martín... ése sí es un hombre". Pero Santos ¿cómo se había enterado y por qué ahora lo nombraba? Pensé que lo había dicho, simplemente, como un hecho, sin sentido. Pero ahora sabíamos que estaba vivo.

Martín no tenía, sin embargo, nada que ver con esa atmósfera. Aun cuando llegara mañana, nada cambiaría. Lo atribuía, pues, a la muerte de Lalo, tan desconcertante, que había afectado a los ánimos. O a que la persecución, intensificada, había llegado a un punto en que el aire jubiloso de conspiración se quiebra, se agrieta, se cuartea, y las gentes empiezan a sentirse, oscuramente perdidas. Me dije que la última visita de Lourdes era como un despecho. Yo estaba todavía en mi casa, con mi marido, y nada me ocurriría, a pesar de mis pecados; ella, en cambio, andaba escapando, y lo que había empezado en fiesta, terminaba en espanto. Se lo había oído decir yo así a Yolanda, la mujer del Secreta: "Ya tú verás, ya tú verás como Calvito acaba ahora con todos esos..." —Y había hecho un gesto hacia mi casa, porque sabía (¿no lo había dicho la prensa?) que Lourdes andaba rompiendo vidrieras. No obstante, Yolanda y yo nos llevábamos, y pienso que a ella y su marido debíamos, en parte, nuestro sosiego. A veces venía a mi casa. Otras yo iba a la suya y pasábamos por su jardín de tunas fálicas. Yolanda me dijo una noche que, al principio, lo había recorrido todo, desnuda, a la luna, porque con la sangre que (involuntariamente) se sacara así tenía que hacer un embó. El rito había surtido efecto.

Se me hace noche pensando. En realidad, no hago más que evadirme, y para cambiar me meto en la ducha y espero a que se vacíe el tanque. Estoy aun allí cuando siento abrir la puerta. Pienso que pueda ser Santos y no me apuro. Lo siento en la sala, luego en el cuarto de fuera. Cuando salgo, no hay nadie. Enciendo las luces y registro la casa. Todo está igual. Asomo al traspatio y veo venir a Chano a lo largo del muro. Apago las luces.

Lo que primero me sorprende es su soltura. Sonríe y me coge por la cintura y me besa en el cuello. No le tiembla la mano ni los labios. Me extraña, porque Chano es el más buscado y era el más íntimo de Lalo. Ayer tenía el rostro descompuesto y la voz se le quebraba. Hoy habla claro y con firmeza. Pero cuando me fijo en los ojos, creo advertir en ellos un brillo asesino.

—¿Qué buscabas en el cuarto?— le pregunto. Estábamos entrando en la sala. Chano vira de golpe y, por un instante, noto que le tiemblan los labios. Pero se domina y contesta sentándose:

—Lourdes. Ha dejado por ahí una libreta. Nos hace falta.

No intento (quizás no me atreva) a escarbar más abajo. La respuesta, por lo menos, cubre las formas. Lourdes ha perdido una libreta. Estuvo en el cuarto y en el baño y en el traspatio y quizás también en la caseta o el tinglado. La libreta, pienso, debe de ser aquella chiquita, de teléfonos. Es oscura, color de tierra, y está sobada. Puede estar por cualquier parte. Digo tan sólo:

—¿Estás seguro de que ha perdido por aquí la libreta? ¿Y no es peligroso que vengas?

—Todo es peligroso —dice Chano—. Nunca se sabe. Pero si uno no se duerme tiene más chance. Lalo confiaba demasiado. Sí —volviendo a la libreta— estoy seguro de que la perdió en esta casa.

Dice "esta casa" con cierto retintín, pero no le encuentro todavía sentido. Se separa de mí y empieza a buscar, o hacer que busca, por los rincones. Abre, incluso, mi coqueta. Yo lo siento; me voy al portal, como de costumbre, y vigilo el frente. Pasan algunas máquinas, pero todas velozmente. Por un buen cuarto de hora, siento a Chano, vagamente, registrando la casa. No estoy segura de cuándo dejo de sentirlo, y cuando entro de nuevo, se ha ido. Me extraña, porque la peor salida (el caminito hacia la casa de Yolanda) es por el fondo, y estoy segura de que no ha salido por el costado. Me doy cuenta entonces de que anda en el traspatio.

Lo localizo primero entre los plátanos frente al tinglado. Esa parte está parcialmente alumbrada ahora por el foco distante de la calzada. Chano mira hacia la casa, pero no puede verme, porque yo estoy bajo el alero de la cocina. Advierto

que se mueve, no ya con cautela, sino con afán. Mira a los lados, otea, parece un cazador (o un táctico) midiendo el terreno con la vista. Esto me extraña también porque una libreta pequeña no se encuentra a oscuras entre las matas. Luego vira hacia la caseta, trata de entrar por la puerta. La puerta resiste y Chano da la vuelta, empuja la luceta y entra por ella. Esto acaba de alarmarme.

La caseta había sido siempre dominio privado de Santos. Allí tenía su hobby y sus herramientas. La policía la había visitado dos veces, pero ése era, evidentemente, un sitio demasiado obvio para guardar secretos.

Me acerco despacio. Los trescientos metros que median entre la casa y la caseta los estiro, tardo en llegar varios minutos. Según me acerco, trato de oír el ruido que pueda estar haciendo. No se oye nada. En un instante, me digo que quizás no sea Chano (no lo había visto claramente) sino algún policía, registrando, y me detengo. Si es policía, lo mejor es dejarlo. Estoy casi a punto de volverme cuando se abre la puerta por dentro. Chano no sale. Inmediatamente veo que está usando una lámpara de mano. Al sentirme en el umbral, me enfoca con ella. Le oigo murmurar:

—¡Ah, eres tú!

—¿Qué estás haciendo? Lourdes no ha podido entrar en la caseta.

No me contesta. Empuja la puerta, que se cierra por sí misma, y acaba de abrirse hacia fuera, y sigue registrando, con la lámpara, entre las herramientas, los overoles, los tarecos. Lo hace con método, pero de un modo intenso y reiterado. Vuelve varias veces sobre el mismo sitio. Rasga el forro de un viejo saco, abre pomos de grasa, revuelve con los dedos en la sustancia.

Lo ha registrado todo. Mientras lo hacía, ha ido dejando tras sí cierto orden, apartando objetos para volver sobre ellos. Levanta dos émbolos de un viejo motor, y mete los puños en los cilindros. Deja a un lado los émbolos, desprendidos, y vuelve nuevamente a examinarlos. Los hace sonar con la antorcha y les aplica el oído. Ha encendido la luz y trabaja ante mis ojos.

Yo espero. Gradualmente, una estremecedora sospecha se ha ido formando en mi mente. Todavía no me atrevo a

afrontarla. Pienso que sin duda es una falsa alarma. Pero al mismo tiempo, recorro rápidamente algunos incidentes de los últimos tiempos sobre que apoyarme. Me he remontado mentalmente a la época del niño y, con incomprensible rapidez, he seguido el hilo de sucesos de posible significación y relación con todo esto. El hilo corre, quebrada pero ininterrumpidamente, y cuando llego al instante en que Chano abre el émbolo y saca el papel amarillo, ese hilo ha tirado de mí, me ha enrollado, me ha dado cuerda, me ha puesto en tensión.

Pasa sólo un minuto, pero, como en los sueños, el tiempo se estira en estos estados. Basta un minuto para contener toda una historia y transformarla. Hasta el comienzo de ese minuto, yo estoy todavía *junto* a Chano. Cualesquiera que hubiesen sido las combinaciones, creo que me hallaría junto a él, por lo menos con mi cuerpo. Pero el hilo, al correrse, ha abierto un canal por donde sube ahora una ola caliente. Me golpea las sienes. No razono. No me digo que esto o que aquello haya podido ser bueno o malo. No me digo siquiera que lo que está haciendo Chano sea malo o legítimo. Me acerco, simplemente y pregunto:

—¿Qué es eso?

Chano lo está leyendo y calla. No levanta los párpados. Yo me arrimo a su hombro y sigo, con la vista, las líneas del plano, las cruces, los nombres. Medio minuto es suficiente para darme cuenta. Todo cuanto hay en el papel conduce a Lalo, y su muerte. Y más allá de él, quizás a otras muertes. Y la letra es de Santos. Hasta las líneas, y las huellas digitales (con grasa) son de Santos. Chano tiene tiempo de haber repasado eso, punto por punto, varias veces, pero sigue sujetando el papel, lo pone más a foco para que yo pueda verlo. No tiene que decir nada. Relacionando, esto da para mí un cuadro indudable, pero él aun espera. Sin duda piensa que la sorpresa habrá empañado mi mente. Sigue sujetando el papel a la luz y acaso esperando, de mí, una explicación ingenua. En vez de eso, le digo de súbito:

—¿Qué piensas hacerle?

Esto le hace volverse en redondo. Dobla el papel, lo retiene en el puño cerrado. Me mira exaltado. No hay en su cara ni pesar ni odio ni nada que no sea, pura y brutalmente, exaltación de combate. Su sonrisa es una mueca salvaje.

Da un paso hacia mí, en dirección de la puerta. Hace alto y me dice con parte de la cara:

—¿Qué crees tú que se hace en estos casos?

Pero la pregunta ya no tiene potencia. No hace más que confirmar la mueca. Al mismo tiempo, rompe ese dique misterioso que, hasta cierto instante, divide las mismas acciones en diferentes personas (o diferentes principios). Roto ese dique, la acción queda sola y vale por sí misma. En ese instante, Chano deja de tener nombre; no es más que el hombre; deja de ser perseguido; él es ya el que persigue. Y Santos, Santos.. es el perseguido.

—¿Qué tú piensas hacerle?— le pregunto de nuevo. Pero tampoco la pregunta tiene potencia. Me he impuesto de todo rápidamente. En un instante me doy cuenta de lo que va a suceder y de lo que, si yo quiero, no sucederá de seguro. Es una horrible deuda. Yo tengo que pagarla. Yo tengo, también, que cobrarla.

Me ladeo un poco como para dejarle paso. En un segundo me lo digo diez veces: Chano acaba de averiguar algo que nadie más, entre los suyos, sabe todavía. Media hora antes Chano me ha echado el brazo a la cintura, me ha hablado casi tiernamente al oído. Pero por debajo de esa máscara, su intención venía trabajando. También me lo digo. Me lo repito, como para darme ánimos. Me digo que también yo he sido burlada y esto, a la vez que me da fuerzas, me sitúa más (y ya del todo) junto a Santos. Pero Santos no está presente. Yo soy aquí su única presencia.

En tanto, mi mano izquierda se ha ido corriendo, sola, por el tabique, hasta el banco de la herramienta. No sé qué herramienta. Sólo que el banco está cubierto de ellas: limas, trincheras, destornilladores, pinzas, seguetes, martillos...

Resulta ser una lima, pero sólo después me doy cuenta. Sin mirarla, sin saber lo que es, tiro del cabo y—guiada por el peso— la disparo estilo cuchillo hacia la parte más próxima y blanca que tengo ante los ojos. Todo ocurre en una fracción de segundo y tan irremediablemente como una ráfaga. La lima es larga y ancha y delgada; es, en realidad, un cuchillo con rayas. Penetra fácilmente en la carne, bajo el tendón, sobre la clavícula; rompe la pared de la tráquea.

Hecho eso, se me ha agotado el impulso. Un instante después, se me ha caído la mano y toda yo estoy, hundida por dentro, ante el hombre todavía cayéndose.

Tarda mucho en caerse. No sabría decir cuánto. Otra vez como en los sueños, puedo seguir su movimiento demorado al caerse. Veo sus ojos espantados, su boca abierta, la mano (todavía con el papel) crispada en un paralizado ademán de defensa, la lima clavada y saliendo por el cuello.

No da ningún grito; solo un ronquido sordo y gorgoteante. Pero una vez en el suelo, continúa retorciéndose, y tratando de salir por la puerta. Tropieza con la lima en el marco y se queda recostado, mirándome.

No me había movido. Estaba aún allí, con las piernas aparte, los brazos separados del cuerpo, mirando, desde arriba, al hombre caído. De súbito, descubro, con horror, que el hombre aun no ha muerto y que de la herida mana poca sangre. Sigue respirando y mirándome, mudo y espantado, pero aun con vida en los ojos. La lima cierra todavía su propia brecha. Me lo repito: vive todavía.

Mi primer estado siguiente es de parálisis. Estoy agarrotada de cuerpo y mente. No puedo pensar, no puedo hacer nada. No puedo tampoco apartar los ojos del hombre caído. Advierto, sin embargo, que la sangre sigue manando, aunque no a borbotones, sino gota a gota. Tiene ya la camisa y la corbata empapadas. Veo esto con el canto del ojo, porque mi mirada está pegada directamente a la suya. También noto que sus músculos se contraen y que hace esfuerzos por decirme algo. Pienso que es una súplica. Me pide que lo salve. Trata de mover la mano hacia mí, la abre con esfuerzo, deja caer el papel. Entonces me liberto de su mirada.

Recojo el papel y vuelvo a mirarlo. Está en mi mano, puedo destruirlo. Pero no pienso en eso. Pienso sólo que es como un pago, adelantado, por una obra de misericordia. Pero tampoco puedo realizar esa obra. El papel ha dejado de tener valor. No ha servido más que como consigna. Lo único que ahora importa es el hombre—su vida o su muerte. Pero el hombre está entre la vida y la muerte y yo soy la única que puedo (quizás) inclinarlo hacia una o hacia otra. ¿Puedo?

Me hago esta pregunta casi en voz alta. Me muevo desesperadamente entre los trastos, miro por la luceta hacia el

cielo, vuelvo a encontrarme con la mirada del hombre agonizante. Ahora noto que se ha deslizado un poco, que trata de hacerme alguna seña, pero se ve que teme mover el busto o la cabeza y debe de tener la boca llena de sangre. Empieza a manarle por los cantos. Para contenerla aprieta los labios.

Dos impulsos me acometen entonces a la vez. Uno me manda salir corriendo en busca de Santos, pero tropieza en seguida con la consideración de que no sé donde encontrarlo y de que, por otro lado, no puedo dejar al moribundo: alguien pudiera venir y encontrarlo, acaso salvarlo; pudiera incluso levantarse él mismo y salir a la calle.

El segundo impulso me manda rematarlo. Ese es el acto lógico y expedito. Una vez muerto, puedo disponer fácilmente del cuerpo. Llego incluso a preguntarme si lo habrá visto entrar alguien. Quizás no. Chano era sigiloso. Sabía enmascararse. Me digo que su desaparición tampoco podrá extrañar a nadie, puesto que muchos de los que andan en su juego desaparecen así, tranquilamente, un buen día, sin que se sepa de qué modo. No se me ocurre entonces pensar que Lourdes pueda haber tenido, como él, sospechas de Santos. Aunque se me ocurriera lo habría rechazado. Seguramente Chano no habría querido decírselo hasta estar seguro. Era tan inverosimil, que hasta yo, con todos los síntomas que eslabonar, había tenido que ver el papel para tener, siquiera, la más leve sospecha.

Pero esta salida me es tan imposible como la primera. He dado el primer golpe, no sé cómo. Es como si algo en mí hubiese obrado por su cuenta, movido, irresistiblemente, por el cúmulo de sentimientos en crisis. Pero ese algo ha renunciado a su independencia y se ha incorporado al todo que soy yo. Y yo no puedo hacer más nada.

Chano está ahora apoyado sobre el brazo izquierdo, un hombro contra el marco, la lima proyectada oblicuamente en dirección del vano. Ha resbalado un poco sobre el suelo y trata de decirme algo con los ojos. Los esquivo y dejo correr, distraída, la vista sobre su pecho, siguiendo la sangre. Esta le empapa ya hasta más abajo de la cintura, corre por un canalillo de tela, gotea en el suelo. Miro caer las gotas. Trato de contarlas, como los latidos de un pulso, para determinar la gravedad del paciente. Chano hace un esfuerzo desesperado;

entreabre la boca, se agita, tose, echa un buche de sangre hacia mí. Retrocedo para evitarlo, aunque está demasiado lejos para alcanzarme, y en ese instante, así provocada, mi mano hace un breve movimiento hacia el hacha que cuelga sobre el torno.

La mano por sí misma se detiene. Ha sido un breve impulso, casi un reflejo, sin fuerza suficiente. Vuelvo a mirarlo y advierto que un grado intensificado de terror está dando paso a otro de alivio relativo. Creo ver casi una expresión de gratitud y, cuando doy un paso hacia la puerta, casi de esperanza.

Doy ese paso porque me había imprimido a mí misma una acción y no quiero dejarla pasar. Empiezo a sentir terror, no tanto del hombre, como de mi incapacidad para moverme. Paso junto a él, de lado, esquivando la lima. La puerta abre hacia fuera. Pudiera cerrarla, dejar dentro al hombre agonizante. Pero me doy cuenta de que no he apagado la luz, que cualquiera puede asomarse por la luceta. Esta está rota y no puede cerrarse. Tampoco tengo ánimos para volver a entrar y apagar el bombillo. Estoy fuera y, al amparo de la noche, puedo huir de aquel sitio. Pronto me digo que no tengo adonde ir. Doy vueltas a la caseta y asomo por la luceta. Chano alza con esfuerzo los párpados; nuestros ojos se pegan de nuevo, y tengo que hacer un gran esfuerzo por despegarlos. Al hacerlo, cobro otro impulso, retrocedo rápidamente, me quedo dando vueltas entre los crotos. He llegado casi hasta la cerca y miro por encima.

Sólo en una casa vecina hay luz. La han encendido en este instante. Alguien debe de haber llegado del cine, y pienso que pronto estará durmiendo. Entonces la única luz del caserío será la de la caseta. Caso curioso, no pienso en su agonía ni en el dolor que Chano pueda estar sufriendo. Sólo en librarme de mi propio dolor y agonía. Para esto, empiezo a caminar, de prisa, culebreando, entre las matas, en son de fuga, como si algo me fuera persiguiendo. Y algo me está persiguiendo.

Pero no es algo a lo que yo sepa escapar. Tan pronto como, siguiendo, ciegamente, la cerca, rebaso la casa y asomo al muro de la calle, me doy cuenta de que he llegado a mi límite. Sin embargo, no puedo detenerme, y sin correr, sola-

mente andando de prisa, doblo hasta el portillo, y me planto en la acera. Allí vacilo entre seguir hacia el Paradero o, por la calzada, hacia el reparto. Ambas perspectivas son imponentes. El reparto se me presenta como la tiniebla y el vacío, donde pueda perderme. Temo también salir al Paradero y que la gente me vea. Además, me doy cuenta de que sólo llevo una bata de casa y zapatillas.

Pienso en mi cara y esto me da algo que hacer inmediato. Viro hacia dentro y atravieso el portal y no me detengo hasta el cuarto. Parada ante la luna del ropero me veo vagamente, porque aun sin luna la noche está clara, y los focos de la calzada y los anuncios lumínicos del Paradero derraman siempre un resplandor sobre el caserío. Pero no veo ningún detalle. Solo una forma borrosa y fantasmal como en un remanso de agua corriente. Tengo la impresión de que la figura se está disolviendo, como una jalea, calentada por fuera. Me llevo las palmas a la cara y me siento fría y temblando.

Creo sentir entonces un ruido en el traspatio. Ha sido sólo un roce, un aleteo; puede haber sido un murciélago o una rana; puede no haber sido nada. De todos modos, me hace virar y salgo al pasillo y miro por entre las matas. El ruido no se repite. La luz de la caseta sigue encendida. Todo en derredor está en silencio, pues ya no hay brisa. En este silencio, me siento respirar seca y trabajosamente. Me digo que tengo sed y entro en la cocina. El hielo se ha derretido, y el agua está caliente, pero beber es una acción y toda acción me alivia. Empiezo a moverme, simplemente, por terror a pararme, sin fin ni propósito. Doy vueltas a la casa, por los arriates, impulsando y a la vez frenando el paso. Saliendo, de nuevo, al borde de las matas, tengo la impresión de haber oído otro ruido, esta vez en el lote vecino, cubierto de aromos, del lado de la finca. Escucho; el ruido se repite; y esta vez tengo la certeza de que es real, no imaginado.

Me arrimo a la cerca opuesta y me muevo detrás de las cajeles y entre las picualas hasta que estoy de nuevo casi frente a la luceta. Entre la cerca y la caseta median unos cinco metros. En la sombra, como estoy, no puedo ser vista desde dentro. Empinándome, logro echar una mirada y captar un destello: el hombre está todavía allí; todavía derribado, contra el marco, el mango de la lima sobresaliendo en el vano. Tengo la im-

presión de que ha bajado un poco, pero no puedo hacer comparaciones. De todos modos, los ojos están todavía abiertos.

Pero tan pronto recojo la mirada me estremezco. ¿Será cierto? Tengo la oscura impresión de que detrás de la lima, por fuera, frente a la puerta, entre las matas, hay una figura. No propiamente una figura. Sólo una imagen, tan tenue, que puede ser sólo una ilusión óptica, formada por el contacto de la luz del bombillo (pequeño y empolvado) con la sombra de fuera. No obstante, no puedo apartar de mí la idea. Me recuesto contra la cerca, cierro los ojos, trato de retener y precisar aquella imagen. Trato también de disiparla, diciéndome, mentalmente, que no es cierta, pero ella persiste, y cuanto más aparto el pensamiento del hombre derribado, más claro se me ofrece su contorno. Tiene forma de hombre, y no ocupa todo el hueco de la puerta, pero su cabeza roza casi el dintel. Es, pues, una figura más bien alta, delgada, y sin protuberancias. No puede ser Santos ni Cunagua. Trato de precisar quién pueda ser. No tengo mucho tiempo. Una sombra furtiva pasa entre mí y la caseta.

Apretada contra la cerca, no me muevo. Antes de que haya tenido tiempo de fijarme, la forma ha pasado la zona de la luceta y debe de estar dando la vuelta por el frente. Me aparto rápidamente del radio de luz y me muevo con sigilo entre las matas. Llego a tiempo de verlo doblar la esquinita. Va despacio, midiendo los pasos, mirando en torno con cuidado. Antes de llegar a la puerta, frena, describe un semicírculo, se detiene entre los anones, al otro lado.

Durante ese tiempo he ido eliminando formas conocidas. No es ninguno de nuestros visitantes asiduos. Al principio tengo la impresión de que su porte me es conocido, y pienso en algunos de los policías que solían molestarnos hasta que (según Santos) se convencieron de que no había problema. Pero no puedo recordar ningún rostro concreto, y antes de seguir comparando, en la mente, la figura misma se ha puesto de relieve.

Su primera intención ha sido continuar a lo largo de la cerca sin duda para salir por detrás, pero al pasar a nivel de la caseta se inclinó de nuevo a mirar. Fué solamente un instante, pero bastante para que la luz le diera en el rostro. Demoró todavía, en la sombra, cerca del marco, mirando hacia

abajo, a la figura derribada por dentro, y como esperando, todavía, comprender el encuentro.

Esta aparición ha sido demasiada súbita para pensarla. Un solo sentimiento me sacude. Es un miedo; otro miedo. Me doy cuenta de que Martín, llegando de improviso, y hallándose con esto, sin comprenderlo, va a desaparecer de repente, como ha venido. Ha querido echar una última mirada al moribundo, quizás en un esfuerzo final por identificarlo. Seguidamente se deslizará por entre las matas, saltará la cerca, saltará a la finca, pasará la vía y. . .

Estoy todavía pensando en esto y moviéndome hacia él, cuando me doy cuenta de que se ha replegado y está desvaneciéndose. Aprieto el paso. Dudo todavía de que lo que veo sea el tronco de plátano sin rama pegado a la caseta. Pienso que es él. *Quiero* que lo sea. Ruego que lo sea. Pero la distancia es demasiado grande y, en el aturdimiento, he tardado demasiado. Martín ha desaparecido como lo que parecía haber sido al principio: un espectro. Pero ahora sé ya que no era un espectro. Justamente cuando llego a nivel de la puerta de la caseta, siento un baque al otro lado de la cerca. Me precipito hacia allí, doy un breve grito, y asomo a tiempo de verlo hundirse y desaparecer en el matorral de Santana.

Vuelvo sobre mis pasos, resignada. Esta última acción ha agotado las fuerzas activas que me quedaban y un instante después estoy desplomada en mí misma. No pienso ya en huir ni en remediar; y, caso curioso, no tengo miedo. Vengo directamente hacia la caseta y traspaso el umbral y voy directamente al chucho. Antes de apagar, me vuelvo, en el centro, y echo una mirada casi displicente al cuerpo derribado contra el marco. Nuestros ojos vuelven a encontrarse, pero los suyos están entrecerrados y vidriosos y han perdido magnetismo. Ya no sujetan los míos. Me parece que todavía le queda un soplo de vida, pero no estoy segura. La sangre ha formado una costra entre sus labios y no hay respiración visible. Está doblado, por la cintura, y parece reducido. La sangre ya no corre. Todo su pecho es una coraza negra. El cuello, en torno a la lima, se ha tornado rígido y blanco.

Un pensamiento grotesco se adelanta entonces en mi mente. Mi estado es ahora recesivo, negativo, exangüe. Todo cuando valía y se quería se ha disuelto. En su lugar, queda

sólo alguna forma de cadáver. Pero aún es un cadáver que piensa. Miro a este hombre y me digo a mí misma que en un tiempo fué mi Hombre —*y recuerdo en qué formas.* Recuerdo el juego de las voces en la loma, los asaltos desde la finca, los encuentros entre los mantos. Lo suscito, lo retengo en la mente, lo sopeso. Pienso entonces que todo es delirio y que lo único cierto es ahora el cadáver. ¡Y gracias a Dios que ya es cadáver! Me vuelvo, apago la luz, y salgo. Una vez fuera, tiro tranquilamente la puerta. Esta tropieza con la lima, pero empujo y prende el pestillo. Me cercioro de si está bien cerrado. Entonces doy la vuelta y marcho vereda arriba, entre las botellas, hacia la casa. Alguien acaba, justamente, de prender la luz en la sala.

FERDYDURKE

FERDYDURKE irrumpe en el sosegado mundo literario como un ornitorrinco en un "five o'clock" y, con exultante insolencia, usando lo grotesco como arma, se enfrenta valientemente con ese gran tabú de nuestros tiempos: la Cultura.

Ante un libro como éste,* libro de combate por excelencia, el lector, acostumbrado a las "artísticas" creaciones de los escritores contemporáneos, puede hacer todo menos permanecer indiferente. Necesariamente tiene que aprobar o rechazar este enjuiciamiento sumario de todo el mundo moderno; mundo representado por tres de sus características más salientes: educación, amor y relaciones entre las distintas clases sociales; sucesivamente expuestas a través de las divertidas y trágicas peripecias del protagonista.

Con un lenguaje fuerte, implacablemente burlón, que muchas veces llega hasta el sarcasmo, Gombrowicz nos narra, por boca del héroe, Pepe, sus sucesivas experiencias en la escuela, en el amor, y en la casa solariega de una familia de la nobleza rural polaca.

Nos encontramos ante este libro, como detenidos por un alto muro que surgiera de pronto en un camino trillado que estamos acostumbrados a recorrer, tanta es la novedad que aporta a la literatura. Novedad en el estilo, en el lenguaje, donde va desde la deformación de las palabras hasta la creación de otras nuevas, pero es ante todo nuevo por la fuerte y revolucionaria actitud del autor frente a los problemas artísticos. En efecto, se ve desde el comienzo que una de las cosas que postula con más insistencia, directa o metafóricamente, es la necesidad de subordinar el Arte al hombre, y, ya sabemos que, desgraciadamente, ahora sucede todo lo contrario, puesto que el arte planea tan por encima de sus propios creadores que se diría está hecho para habitantes de otro planeta, más preparados que nosotros para comprenderlo.

Gombrowicz, y es éste su más sorprendente hallazgo, maneja con gran naturalidad los más complicados recursos de la técnica literaria moderna, pero, no como un fin artístico en sí, sino como un simple

* WITOLD GOMBROWICZ, *Ferdydurke,* Editorial Argos, Buenos Aires, 1947.

medio para alcanzar, a través de ellos, el fondo del espíritu humano, donde yacen aletargados, problemas tan candentes como el de la forma.

Considerando la forma como proyección total del individuo en su medio y prescindiendo del ser en sí, lo que quita a este libro todo carácter filosofante, hurgando cruelmente el alma humana, Gombrowicz descubre uno a uno los secretos resortes que han dado origen a los grandes mitos, que como el del amor, por ejemplo, rigen a la humanidad.

Naturalmente, a muchos lectores, este libro les parecerá excesivo e implacable, ya que no es nada agradable el papel de conejillo de Indias en que nos coloca; pero a estos hipersensibles lectores advierto que es de agradecer que alguien, con bastante clarividencia, se haya preguntado a dónde vamos a ir a parar por este camino, y, en lugar de seguir ciegamente adelante, se haya dicho: detengámonos, hay que recapitular. Esta es, sobre todo en literatura, una actitud necesarísima y mientras más pronto la adoptemos tanto mejor para todos, ya que la literatura moderna ha llegado a un grado tal de desvinculación con todo lo humano, se ha vuelto tan abstracta, tan refinada, tan etérea, tan exquisita, que, como ciertos extraños y complicados platos, sólo puede ser apreciada por "gourmets". Gombrowicz no se limita a señalar los defectos sino que, llegando hasta sus causas, nos empuja brutal y humorísticamente hacia el conocimiento de nosotros mismos, condición imprescindible para alcanzar la ansiada madurez.

Esta novela tan pedagógica (uso esta palabra en su mejor sentido), no resulta fatigosa, ya que el autor emplea para fustigar nuestros vicios un látigo que es una carcajada, y, además, une a su magnífico y sarcástico humorismo un gran poder de invención que hace que el lector se vea arrastrado, desde el comienzo hasta el final, sin una sola disminución del nivel artístico, a través de un mundo mágico donde la sorpresa va unida a una salvaje belleza del idioma y del estilo.

Posiblemente algunos, acostumbrados a sólo considerar como poético la palabra rimada y ciertas situaciones consagradas por el uso, al no encontrar aquí nada que se parezca a la "rosa", al "claro de luna", al "éxtasis", al "ensueño", e ignorantes de la existencia de algo más universalmente humano, no perciban la sencilla, fresca y vital poesía que se desprende de este libro. Claro que no dejo de reconocer que esta poesía "inmadura" resulta difícil de captar ya que tiene como inspiración principal el turbio ambiente del mundo bajo, el inframundo, como lo llama el autor. Mundo cuya belleza e importancia ignoramos más de lo conveniente.

En fin, es natural, que una obra tan drástica y a la vez tan grotescamente humorística corra el riesgo inmenso de ser considerada como una enorme burla o una descomunal paradoja. Pero, confío que la inteligencia de los lectores sabrá descubrir debajo de tanto humor y, lo repito, de tantos deslumbrantes hallazgos artísticos, que bastarían para justificar de sobra este libro, lo fundamentalmente serio y provechoso que contiene.

No quiero, por falsa modestia, ya que pertenezco al Comité de traducción, dejar de hacer constar el innegable valor que, según mi opinión, tiene la versión castellana.

Humberto RODRIGUEZ TOMEU.

S U M A R I O

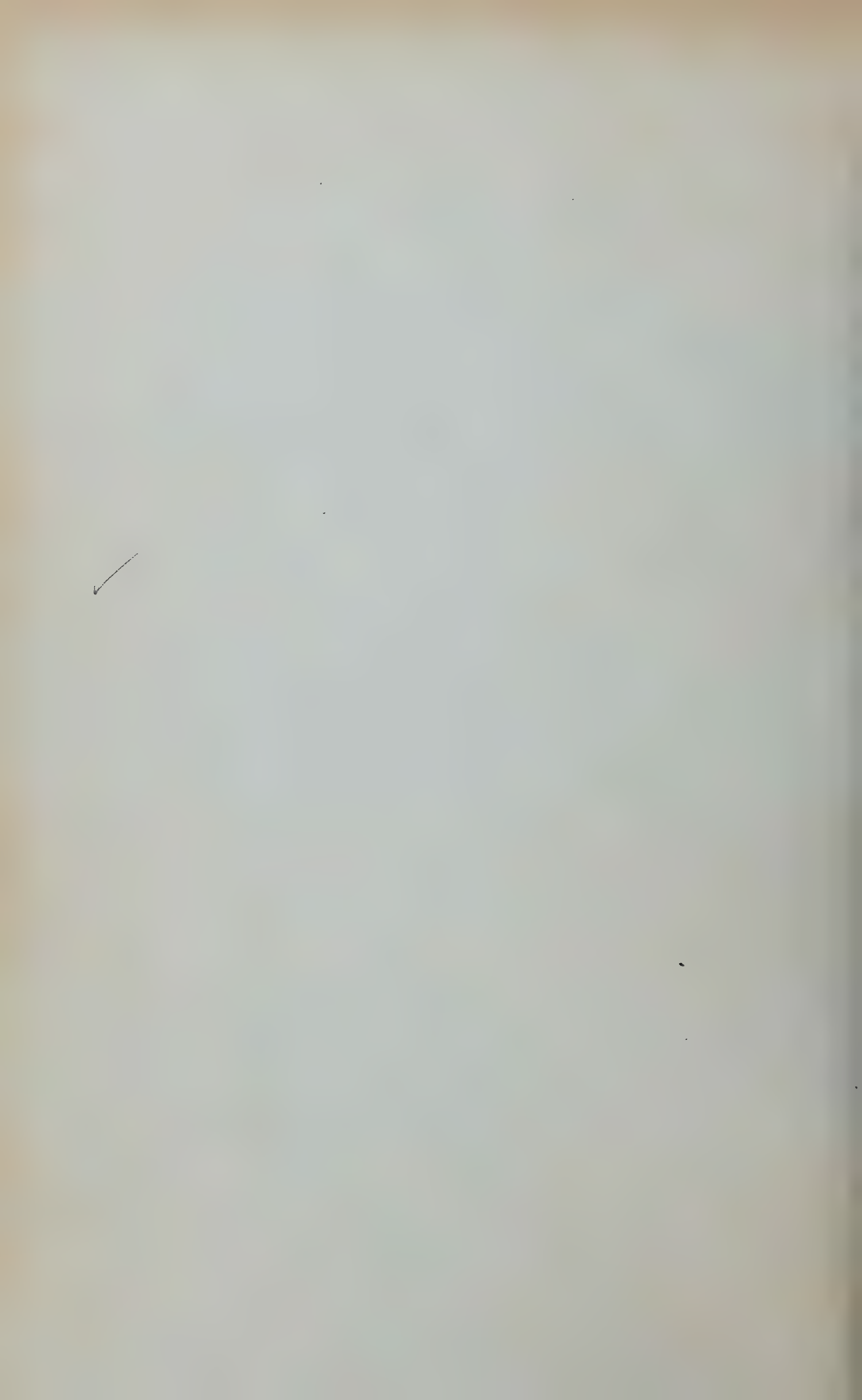
Printed in Mexico.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6




FE EN
MEXICO
LA PATRIA
NECESITA
TU ESFUERZO
AMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO



En la ciudad de PATZCUARO, puede el turista encontrar aparte del clima delicioso, todo el encanto de las ciudades quietas, severas, donde el espíritu puede gozar de la paz y apartamiento de las cosas vanas.

Por sus calles tortuosas, llenas de misterio y de recuerdos seculares, por donde atardeciendo todavía se ven personajes que con paso tardo caminan hacia la colegiata, urgidos por las sonoras voces de las campanas que llaman a la oración.

En sus plazas anchurosas, sombreadas por robustos y añosos fresnos se forman los tianguis más típicos de la región.

Y desde el estribo la vista se dilata y se regocija al contemplar el turquí de la laguna surcada de canoas con sus pescadores que cantan, mientras tienden sus redes que tiñe de oro el sol.